

No puedes escapar del pasado y sus cadenas

JOSÉ MARÍA BRAVO LINEROS

SOMBRA Y CENIZA

JOSÉ MARÍA BRAVO LINEROS

SOMBRA Y CENIZA

© José María Bravo Lineros, 2019

Ilustración de cubierta: © Zsofia Dankova, 2019

Edición n.º 1 (*Vade retro, Titivillus!*): 15 de mayo de 2019

Reservados todos los derechos.

www.jmbravo.com

*A mis padres, porque ahora comprendo lo que
creía saber.*

*A Claudia, por tanto amor, tanta paciencia, y
por unos hijos que difícilmente podré
merecer.*

AGRADECIMIENTOS

A Pablo Vila Vayá, por su invaluable amistad, buenos consejos y ánimos, especialmente durante el final del largo, larguísimo proceso de gestación de esta novela.

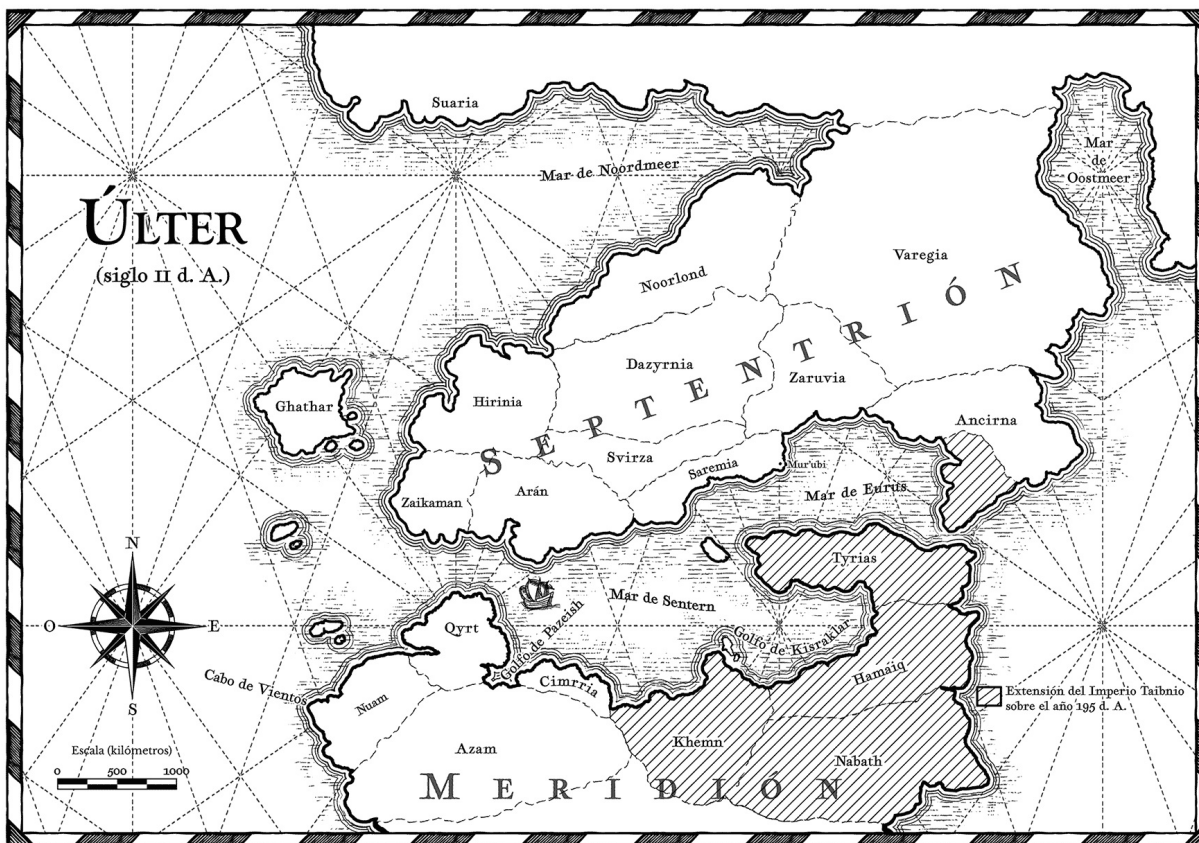
A Israel Sánchez Vicente, por una amistad insoluble en el tiempo y el último afinado de estilo.

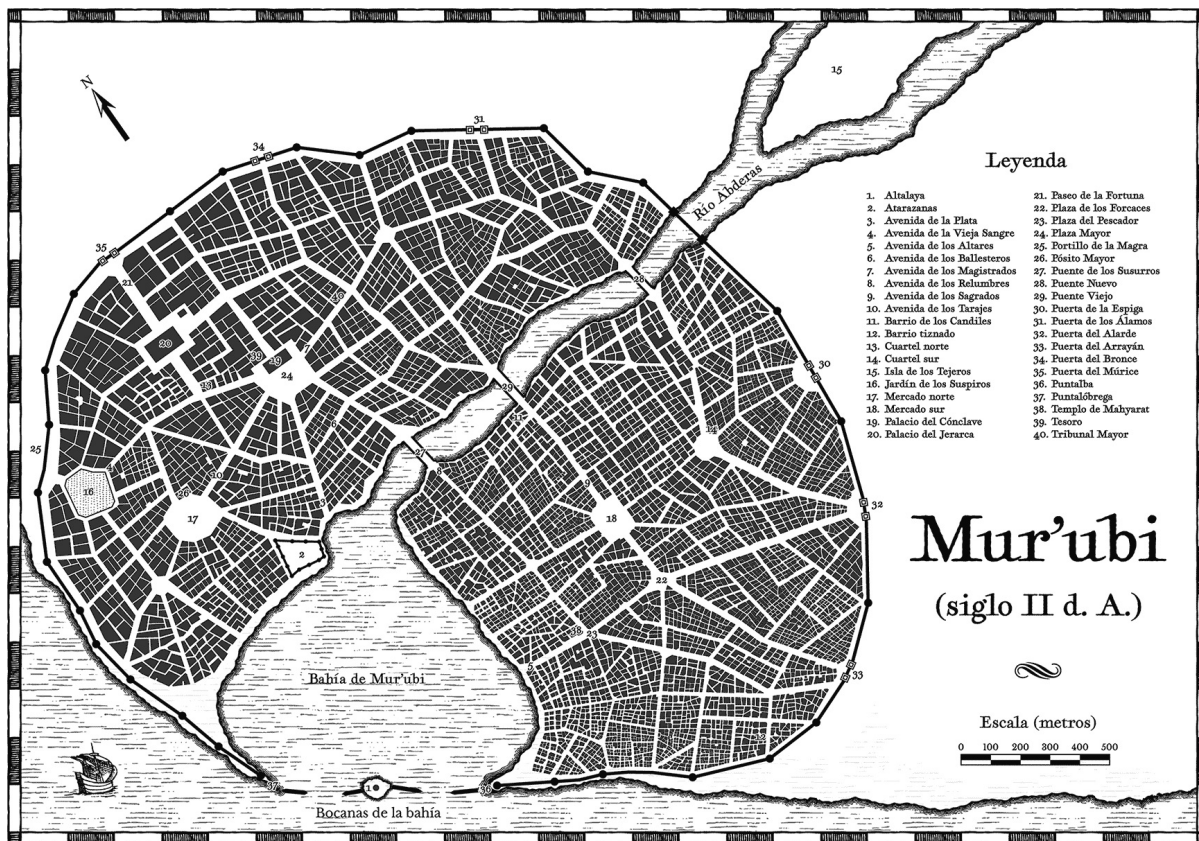
A Andrés Díaz Sánchez, por su amistad y por allanar el camino que comienzo a recorrer ahora.

A los viejos compañeros de armas de Espada y Brujería, por el grato e imborrable recuerdo de aquellos años.

A Rafael Sánchez Ferlosio —en paz descanse—, por su viento de halcones.

Y, por último, a ti, lector, por dedicarme tu tiempo y atención.





LIBRO I

Entonces el señor replicó:

—¡Qué has hecho! La sangre de tu hermano clama a mí desde la tierra. [...] Andarás por el mundo errante y vagabundo.

GÉNESIS 4:10–12

1

Primera sangre, repitió para sí Naúd. Largos años de adiestramiento se ponían a prueba ahora; sería el fin de las noches en vela, del miedo a la cobardía y al deshonor. Al cabo, todo se resumía en algo muy sencillo: o mataba o lo matarían.

Ezab interrumpió sus pensamientos con un gesto. *Aquí*, le indicó. Naúd se agazapó junto a él en la esquina, al abrigo de las sombras, y examinó la fachada posterior de la mancebía, iluminada apenas por un farol. Una puerta pintada de almagre franqueaba el acceso; detrás de ella, diluida en la engañosa calma, se adivinaba el bullicio del interior.

No podían haber elegido mejor lugar para la celada, pues aquel callejón tenía tan solo dos salidas: la calleja empinada por la que habían venido y otra, al fondo, oscura como boca de lobo en aquella noche de diciembre, cerrada y sin luna.

Poco después columbró a dos figuras embozadas con ropones, sombras en las sombras de la bocacalle. Ezab los saludó con una seña y deshizo luego el atado de trapos que cubría la moharra de su lanza. Naúd hizo lo propio: se descolgó el bulto largo que llevaba al hombro y lo dejó en el suelo lleno de barro y escarcha; acuclillado, el canto del broquel se le clavaba en las costillas, así que se lo quitó del cinto. Tentó las lazadas de bramante y deshizo el nudo del fardo con los dedos entumecidos por el frío.

Sostuvo el arma con la respiración en vilo. Al tirar suavemente de la empuñadura, dos palmos de hoja salieron de la vaina bien engrasada con un susurro: el acero centelleó en la penumbra, afilado, incitante.

Una espada. Algo que anhelaba desde que tenía memoria, que había jurado valorar tanto como su propia vida. Ahora debía ganársela...

Esta noche es la noche, cachorro; deberás probar tu valía. Estoy tranquilo: te he adiestrado bien. Sé que no me decepcionarás.

Las palabras del mab'ni —hielo y hierro— le resonaban todavía en las mientes. Tras conjurar sus temores con un reniego, ciñó espada y broquel y revisó, una vez más, el resto de sus armas: se ajustó la posición de la daga en el talabarte, apretó las pretinas del jubete.

Después, se dispuso a esperar.

Los nervios comenzaron a hacerle mella. Se secó por enésima vez las manos húmedas en las perneras del calzón; bajo el jubete sentía la camisa empapada, fría. Zozobra. Desazón...

... ¿miedo?

Entrecortado, el resuello se le atascaba en el pecho. Maldita sea. No soy un cobarde...

Ezab se removió a su lado; al presentir su inquietud, el muy cabrón rio por lo bajo, a su costa. Naúd masculló un reniego. No soy un cobarde. No soy un...

La puerta se abrió con un chirrido de bisagras oxidadas. Una batahola confusa reverberó por el callejón: carcajadas, voces roncadas y agudas, arrastrar de muebles, tintineo de vasos y jarras. Un hombre salió de la mancebía con paso incierto y se arrimó a la pared mientras forcejeaba con la bragueta; poco después, el orín chapaleaba impetuoso. Cuando terminó de orinar, el borracho se compuso el calzón y regresó adentro. Al pisar el umbral, sin embargo, se volvió a medias y miró, erguida la cabeza, a un lado y a otro del callejón; su apariencia ebria había desaparecido.

El ojeador cabeceó con la mirada perdida en algún rincón, adoptó de nuevo los aires de borracho y cerró la puerta tras de sí.

Ezab levantó una mano, hizo un puño. *Prepárate.*

Naúd asintió. El aire frío y húmedo lo mordió al desembarazarse de la capa. Manoseó la espada, se restregó el rostro pegajoso de sudor. Zozobra. Desazón...

... ¿miedo?

No. No era un cobarde. No lo era. Para sosegar su ánimo, recitó en voz

baja las cuatro virtudes del arjai Silajq, la destreza de armas:

*Ligero, ágil, como el viento;
fuerte, robusto, como la tierra;
vehemente, implacable, como el fuego;
dúctil, inasible, como el...*

Tras la puerta resonaron carcajadas. Ezab se incorporó, empuñó la lanza; un gruñido de satisfacción le resonó en la garganta. Naúd aprestó las armas, aquietó la respiración.

La puerta se abrió. Cuatro hombres bajaron por la escalera; dos de ellos, jóvenes, vestían ropas de buen paño e intercambiaban chanzas y risas; los otros dos, nocherniegos con traza de soldados, tenían por instinto o hábito la mano cerca del puño de las espadas.

Ahora. Ezab salió de la esquina. Naúd fue tras él, igualó el paso con rápidas zancadas. Raser y Arvad avanzaron desde la bocacalle. Uno de los jóvenes columbró algo y dio el aviso; los nocherniegos reaccionaron con rapidez y se adelantaron, prestas las armas. Uno de sus protegidos regresó a la puerta e intentó, en vano, abrirla; el otro, remiso, desenvainó la espada.

Ezab fue a por él con una sonrisa lobuna. Un nocherniego flaco y pelirrojo trató de impedirselo, pero Naúd le cortó el paso, ya en guardia: la punta de la hoja presentada hacia el contrario, los pies firmes.

El del pelo rojo, armado también con espada y broquel, lo encaró con un destello de fiera en las pupilas. Durante el instante previo al lance calibraron fuerzas y ánimos. Los nervios lanzaron un último mordisco a las entrañas de Naúd, le sorbieron el aliento. No era un cobarde. No era un...

Su adversario acometió con un revés que buscó desjarretarlo. Naúd anduvo rápido: hurtó la pierna, desvió la cuchillada con un quite de broquel y estiró el brazo del arma.

Lo habían adiestrado bien: su estocada erró por muy poco la garganta del taheño, que reuló entre maldiciones. Sin darle respiro, Naúd le tiró al adversario varias cuchilladas que lo forzaron a retroceder, aunque este no se dejó apabullar y recuperó enseguida los bríos: jugaron las espadas, que iban y venían, venenosas, en tanto que los broqueles resonaban con agudos tañidos. Pronto le llegó el inconfundible olor del acero caliente.

Hubo una pausa. Ambos dieron un paso atrás, jadeantes. Los ojos del

nocherniego llameaban; afloró por ellos un vislumbre de duda, pero fue solo un instante. Una mueca de furia le descompuso el gesto al arremeter; sañuda, su cuchillada de revés quebró la línea de ofensa de abajo arriba. Naúd la atajó con su espada sobre el tercio medio y fue hacia él sin arredrarse. Los broqueles repicaron al entrechocar; Naúd giró la hoja, ganó los tercios de la espada al pelirrojo y le tiró una estocada súbita al rostro que hizo carne.

El nocherniego, que había evitado la muerte por apenas un dedo, reculó con un siseo. Destemplado por el dolor y la sangre que le bajaba por la cara, avanzó con cuchilladas a diestra y siniestra, abroquelándose alto.

Naúd rechazó un tajo, le ganó el flanco izquierdo y acuchilló bajo el broquel. La hoja alcanzó al otro en la cintura, tajó hondo; el filo vaciló al tropezar con el hueso, cortó luego la carne con espeluznante facilidad y salió con un chasquido de tela y agujetas rotas.

El pelirrojo dejó escapar un quejido, soltó las armas, se palpó el vientre, incrédulo: un primer asomo de intestino serpenteó de la herida; luego, pese a sus denuedos, la maraña de tripas se escabulló de su cuerpo con un rumor húmedo. Cayó de rodillas sobre el amasijo maloliente de sus entrañas. En vano, intentó acallar los sollozos que le surgían, entre espasmos, del pecho.

Naúd contuvo una arcada y arrugó la nariz, mareado por el hedor. Durante un latido de corazón retuvo la mirada del moribundo: la desesperanza, el horror, las preguntas sin respuesta se agolpaban en su mirar febril; la luz de sus pupilas desfallecía.

La estocada entró bajo el esternón, certera y decisiva. Naúd limpió la espada en las ropas del muerto y se volvió hacia sus compañeros, todavía en liza.

El adversario de Ezab sangraba por un corte en el brazo del arma; sus paradas tenían un margen cada vez más escaso. Ezab lo hostigaba contra la pared, demorando, a propósito, el golpe mortal.

Raser, que había desarmado a su rival, le tajaba el cuello sin miramientos; el mozo, al que el horror pintado en la cara le hacía parecer aún más joven, cayó de hinojos mientras la sangre, negra en la media luz del farol, escapaba a chorros de la herida.

Arvad, entretanto, amagaba un lanzazo hacia las piernas del otro nocherniego. Sobrepasó su guardia, le atravesó el pecho y arrancó luego, de un brusco tirón, la lanza: esquirlas de hueso, una llovizna carmesí.

El último de los cuatro temblaba tanto que no podía esgrimir la espada

con firmeza. Ezab lo derribó de un golpe en el vientre con el regatón de la lanza. Soltó el arma y cayó al suelo embarrado de sangre, desencajadas las facciones. Las hojas de acero cayeron sobre él, hirieron, sañudas, la carne frágil y pálida; el joven masculló súplicas, lloró mientras se arrastraba, como si la salvación estuviera a su alcance.

Un lanzazo le traspasó la espalda y lo dejó paralizado. Intentó gritar, casi ya sin aliento, pero tan solo vomitó una bocanada de sangre entre ásperos gorgoteos. Raser y Arvad se apartaron de él; Ezab miró fijo a Naúd, sacudió la sangre de la lanza con un cimbreo y cabeceó.

Naúd tragó saliva. Envainó la espada y aprestó la daga. Vaciló. Ezab lo observaba en silencio: *hazlo, no dudes, hazlo ya*, decía su gesto.

No dudó más. Se colocó a horcajadas sobre él, lo agarró por los cabellos y tiró hacia atrás. La palidez y el espanto le habían desfigurado las facciones, antes arrogantes; miraba con ojos hueros, turbios por las lágrimas; jamás sabría el porqué de aquel destino.

Apoyó la daga en un lado del cuello, cortó con mano firme. El acero se abrió paso con suavidad a través de la piel tensa; la sangre surgió en una explosión roja y deslumbrante, chapoteó en el barro a más de dos varas de distancia. El hombre boqueó entre convulsiones durante tres latidos de corazón hasta quedar callado, muerto.

Limpió la daga, la envainó y se puso en pie con lentitud. Ezab le tocó un hombro e hizo una señal hacia la calleja por la que habían llegado.

Naúd lo miró confundido, asintió; entretanto, Raser y Arvad se marcharon en dirección contraria.

Primera sangre, dijo para sus adentros Naúd. Respiró profundamente; el aire estaba impregnado del olor metálico, dulzón, de la matanza.

2

El grito le atravesó los oídos como una cuchillada. Se abalanzó hacia la puerta y dudó con la mano sobre el picaporte hasta que, resignado, la retiró. Harto de deambular por el pasillo, regresó al banco.

Entre los quejidos alcanzaba a oír voces desde el dormitorio, opacas pero elocuentes: palabras de ánimo en las que se adivinaba la angustia. Cruzó los brazos, balanceó el cuerpo atrás y adelante, atrás y adelante, una y otra vez, mientras la madera chasqueaba como huesos al quebrarse: adelante, crac, atrás, crec, adelante, crac, atrás... Crec. Crac. Crec.

Como soldado y marino, había soportado largas esperas con aplomo. Sin embargo, aquella estaba siendo excesiva para sus nervios. ¡Sangre de Quilnub! ¿Cuánto más tendría que esperar?

En respuesta, el grito llegó hasta él, desgarrador como metralla en las tripas...

Zaiel se incorporó en el lecho con un rezongo. Como venía siendo habitual, se había despertado mucho antes del amanecer, inquieto sin saber por qué.

Su vista se adaptó a la penumbra. Contempló a su mujer, plácidamente dormida; hinchado, el vientre le subía y bajaba al ritmo de la respiración.

Alargó la mano para acariciarla, pero se detuvo a mitad del gesto.

—Ay... Mi niña, ¡mi pobre niña!

Deja de preocuparte, muchacho; todo saldrá bien esta vez... Zaiel arrugó

el ceño. Se agarró la entrepierna para conjurar el mal agüero y maldijo en voz baja: aquel recuerdo infausto se aferraba a su memoria como una lapa al casco de un navío.

Después de un rato se resignó. No iba a conciliar el sueño más por aquella noche. Subió la mecha del candil y fue con él a la pieza contigua, donde corrió la cortina y dejó la luz sobre un arcón. Llenó la jofaina, se enjuagó la cara y el cuello.

El agua helada despejó los últimos vestigios de cansancio; el malestar permaneció.

Poco después, un ojeroso mozo de cuabras le entregaba las riendas de su montura favorita, una yegua joven y alazana. El mordisco del relente lo animó antes que arredrarlo; cambió el aire del paso al trote, rodeó la tapia sur del jardín de los Suspiros y subió por las calles solitarias del barrio alto hasta dejar atrás las villas de los mur.

Aminoró el aire de la yegua. El camino, cada vez más estrecho y abrupto, trepaba en la oscuridad a lo largo de la muralla oeste. Encendió el farol que traía consigo y fue al paso. Pronto se oyó con claridad el resuello del mar contra las paredes del acantilado. La bruma trepaba por los riscos, entretejía formas ilusorias en el aire, oloroso a algas y salitre.

La atalaya de piedra que dominaba Puntalóbrega se insinuó entre la niebla, una silueta oscura verdeada por el musgo. Se apeó de la montura y caminó llevándola de las riendas. La hierba susurró al acariciarle los muslos.

Los ronquidos del centinela resonaban en la garita. Zaiel arrojó luz al interior, pero ni aun así se despertó. Lo dejó por imposible mientras rezongaba en voz baja; apagó el farol y soltó a la yegua para que paciera libre. Llegó al borde del acantilado y se apoyó en el pretil de piedra. El viento fresco que corría desde el sudoeste le hizo arrebujaarse en la capa. Inspiró con fuerza y oteó en la distancia.

El mar rebullía bajo él, murmurando su viejo runrún. La piel atezada de las aguas se rizaba, se rompía luego en efímeras cascadas de espuma blanca contra los riscos de Islavigía y los malecones de la bocana este. Más allá de las peñas ocre de Puntalba, el tono rojizo de las nubes que se confundían en el horizonte anunciaba el amanecer.

Las campanas de Altalaya repicaron entonces, heridas por el toque de prima. Como si fuera una señal, Zaiel dirigió la vista hacia la bahía de Mur'ubi. Las naves atracadas en las dársenas se mecían en las aguas

sombrías. Sin prisa, el río Abderas bajaba desde las montañas, las campiñas y las herbosas vegas, dividiendo en dos la ciudad: al norte, las Atarazanas, astilleros y almacenes del puerto, los barrios gremiales de las Artes Mayores y, sobre ellos, las villas y palacios de la gente de sangre; al sur, las luces rojas del barrio de los Candiles brillaban todavía, invitadoras, y más allá, invisibles en la misericordiosa penumbra, se agazapaban las casuchas de los arrabales.

Mur'ubi era vieja, muy vieja, colmada de magnificencia y belleza; la Vieja Puta era magnífica y bella, sí, pero en su aliento se adivinaba el hedor de la podredumbre.

Zaiel se agitó bajo la capa, maldijo para sí. Qué confuso e ilusorio le parecía el presente. Largo era el trecho que lo había llevado a la senescalía de la ciudad más importante de toda Saremia, a gozar de una autoridad tan solo sujeta a la del Cónclave o el mismo jerarca.

Senescal... aun casi diez años después de su nombramiento no conseguía acostumbrarse al título. Al cabo, para la Vieja Puta él sería siempre un vulgar campesino con los pies manchados de estiércol.

¿Quién lo hubiera dicho? Él, nacido en la campiña, había llegado muy alto. Más de lo que le correspondía, según —lo sabía bien— pensaban muchos...

No lo conseguiste solo, susurró una voz maliciosa en su interior; no lo olvides. Leydn estuvo allí durante todo el camino. Se lo debes a él: tu carrera en la Armada, el rango de capitán, incluso la mujer de sangre mur que desposaste... Y cuando Leydn murió, ellos buscaron a otro que ocupara su lugar, aunque tú no eres ni la mitad de hombre que él. Mejor así: los de arriba siempre los han preferido mansos, y el coño de una mur bien bastó para comprar tu lealtad de por vida. No olvides quién eres, muchacho: naciste patán y medraste como un soldado gracias a que la diosa Fortuna te sonrió, pero recuerda: para ellos eres tan solo un peón en un juego que no comprendes...

A su espalda, un relincho interrumpió el hilo de los pensamientos de Zaiel, que resopló de fastidio. Malas noticias, no cabía duda.

El jinete alcanzó la cumbre del promontorio. Zaiel le dedicó una última ojeada al horizonte. El día rayaba; sus primeras luces incendiaban las nubes bajas. Puntalba refulgía con el color de la sangre.

—Señor...

Encaró con calma al sargento de la Guardia. El hombre se quitó la

capelina emplumada y se cuadró. Estaba nervioso, y podría jurar que no era por venir a importunarlo.

—¿Y bien?

—Eisec requiere vuestra presencia lo antes posible.

Zaiel disimuló una mueca de fastidio. Eisec, el preboste de la Guardia, era nuevo en el cargo; en ocasiones tenía la impresión de que no sería capaz de cagar si no le daban licencia.

—¿Cómo me habéis encontrado?

—Bueno, señor... Un criado de vuestra villa me dijo que venís aquí a veces, muy de mañana.

Zaiel asintió. Después señaló hacia la garita.

—Amonesta a ese imbécil. Si vuelve a quedarse dormido durante una guardia, lo hago colgar.

Alcanzó la montura y picó espuelas. El día despuntaba cuando volvió a adentrarse en la vieja Mur'ubi.

Una turba de curiosos —rufianes, ramera desocupada, mendigos, niños descalzos— se apiñaba en las entradas del callejón; los guardias tuvieron que abrirle paso a empujones y golpes con el regatón de las lanzas.

Los fiambres —cuatro en total— aparecían dispersos alrededor de la puerta trasera de la mancebía; los habían amortajado con sus propias capas. Junto a ellos aguardaba Eisec, atildado como siempre, aunque un gesto de asco le turbaba las facciones bien afeitadas. Zaiel correspondió al saludo del preboste con desgana. Al acercarse más y sentir la peste entendió el porqué de su expresión: hedía a sangre, vejigas y tripas desanudadas.

Un mal presentimiento le hizo rechinar los dientes. No había necesidad de armar tanto revuelo por cuatro muertos en un callejón...

... salvo que alguno de ellos tuviera apellidos.

El preboste carraspeó. Un ligero temblor le agitaba el rostro; había sacado un pañuelo perfumado para mitigar el olor.

—Decidme, Eisec: ¿a qué tanta urgencia?

Eisec se retiró el lienzo de la boca, la abrió para decir algo, acabó por

pedirle que se acercara más con un gesto. Señaló el cuerpo que tenía a los pies y se apartó.

Zaiel examinó el cadáver. Yacía bocabajo; el rastro en el lodo indicaba que se había arrastrado antes de morir. Una mano de dedos largos y descoloridos emergía de la capa; uno de ellos ceñía un anillo de oro. Resultaba como mínimo peculiar que aún lo conservara.

Al limpiar el anillo de barro distinguió el blasón. Jadeó; ahora ya no le extrañaba que nadie se hubiera atrevido a desvalijar el cadáver. Descubrió la cabeza. Los rasgos lívidos, húmedos de rocío, estaban desencajados en un rictus de agonía, pero aun así no le costó reconocer al muerto. Le habían abierto el cuello de lado a lado de un solo tajo.

—Lo encontró el celoso del garito, antes del amanecer.

La voz de Eisec sobresaltó a Zaiel, que cabeceó ensimismado y retiró al completo la capa para observar el resto de las heridas. La túnica aparecía desgarrada; los brazos y piernas, sobre todo el torso, cosidos a puñaladas. No debían de haber pasado más de dos o tres horas; apenas si estaba rígido.

Se levantó despacio y miró en derredor: fachadas leprosas de salitre con el enjalbegado cayéndose a tiras, un callejón de apenas cuatro pasos de anchura, lleno de barro y desperdicios. Sin duda, un lugar perfecto para una celada; los asesinos habían tenido buen ojo. Miró la puerta pintada de almagre en mitad del callejón. Era una forma discreta de entrar y salir en la mancebía; discreta y rápida, pensada para los clientes de calidad, los cuales subían directamente a los reservados del piso de arriba, sin tener que mezclarse con la parroquia ordinaria del local.

—¿Lo sabe alguien más? —dijo, enronquecido.

—No lo sé, señor. He dado la orden de cerrar el garito, pero ya sabéis lo rápido que se difunden las malas noticias en esta ciudad.

Zaiel se acercó a los demás cadáveres: las heridas eran menos aparatosas, más precisas, asestadas por un luchador con experiencia y destreza que quisiera acabar con el baile rápido. Sin embargo, el primer muerto estaba acuchillado a conciencia, con saña; parecía la labor de un carnicero. Descubrió el último cuerpo; el hedor del vientre abierto en canal le azotó el olfato y lo hizo toser. Aquella cara...

—Huesos de los yrdn...

Eisec se volvió hacia él al oír su exclamación.

—¿Ocurre algo, señor?

—A este lo conocía.

Eisec disimuló tan mal el desconcierto que Zaiel tuvo que reprimir una carcajada. Por si lo había olvidado, aquello le recordó que no todos los plebeyos tenían la misma condición. Los parientes de Eisec eran gremiales de las Artes Mayores, con ascendiente en el Consejo y buena fortuna, si no estaba mal informado. Que el senescal de Mur'ubi tuviera como conocido a un nocherniego, a uno de esos matasietes que alquilaban su espada al mejor postor, debía de parecerle inapropiado, cuando menos. O incluso escandaloso.

Conocía de sobra al Bermejo, vaya que sí. Qué perra y extraña era la vida. Aquel hijo de puta zaino y lamebotas había sobrevivido a la escabechina de Verdesaguas sin un arañazo y ahora acababa así sus días, tirado como un perro en un charco, con las tripas fuera.

Un pensamiento nubló el ánimo de Zaiel: le habían herido de cara y el Bermejo, podía dar fe de ello, no era manco con la blanca. Si lo hubieran atocinado a él solo, el asunto estaría bien claro: alguien había saldado alguna de las muchas cuentas pendientes que tenía el muy cabrón.

—Hasta luego, Bermejo —susurró como despedida, antes de cubrir de nuevo el cuerpo. Después le echó un último vistazo al primer cadáver y se dirigió al preboste—. Mantened apartada a la chusma e interrogad a los del garito. Disponed un carruaje para llevarlo a su familia; a los demás les bastará con el carro de la Magra. Me encargaré de comunicarles la noticia a los padres.

Eisec asentía, erguido en una pose que sin duda él creería muy gallarda. No se le había escapado el tono autoritario de Zaiel. Tal vez refrescarle su lugar en el escalafón le ayudaría a no pensar tanto en la diferencia que había entre sus cunas.

Lo dejó para que rumiara a solas el despecho. Al dirigirse al extremo del callejón sintió los ojos ávidos de la muchedumbre sobre él. Alguno de estos sabe algo, se dijo. Tanto daba; sabía bien que nadie diría una palabra: en el barrio de los Candiles, nadie nunca veía nada.

Se envaró. Por un momento creyó ver una cara conocida: un fulano alto y flaco, con trazas de soldado; pero lo había perdido entre la chusma. Se acercó al cordón y escudriñó la multitud por encima de los hombros de los guardias. Iba a desistir cuando tropezó con su mirada, y ya no tuvo dudas.

Nahib, o Tres Cuartos, como lo conocían en la Armada, lo saludó con un

guiño y desvió la vista hacia una bocacalle próxima. Zaiel asintió en respuesta con un sutil movimiento de barbilla. Poco después se zambullía entre el gentío, con la diestra cerca de la bolsa y aún más de la daga que llevaba, terciada, al cinto.

Aquella jornada prometía, a tenor de su comienzo.

Estrecharon manos y cruzaron miradas, como si sopesaran el debe y el haber mutuo. No recordaba que tuvieran cuentas pendientes.

—Me alegro de verte.

—Y yo, compadre. Y yo. —Nahib esbozó aquella media sonrisa tan suya mientras se recostaba contra el murete, de espaldas al río.

Habían caminado sin cambiar palabra las escasas trescientas varas que separaban el callejón del barrio de los Candiles de la barbacana del puente Viejo. Nahib parecía el mismo de siempre, a excepción de algunas canas y uno o dos chirlos que no recordaba para hacerle compañía a los demás. Vestía a lo soldado, con una camisa de paño muy remendada pero limpia, justillo de piel y calzas de color crudo. Del cinto pendía una daga; no le habría extrañado verlo ceñir broquel, o incluso media espada, como los nocherniegos que escoltaban a los de sangre.

—Te veo bien, Tres Cuartos.

Nahib sonrió, esta vez de forma franca.

—Hacía lustros que nadie me llamaba así. Qué recuerdos...

Muchos recuerdos. Se habían conocido durante la campaña contra los Reyes Piratas cimrrios del setenta y dos. Por aquel tiempo, Nahib era un cabo de marinería muy popular entre la tripulación, con ojo rápido para afrontar los lances y diestro con la espada y el broquel; sabía bien que era impulsivo, manirroto y muy aficionado a los juegos de azar, pero era de los hombres que uno querría tener a su lado en un entuerto. Y eso era lo que contaba para Zaiel, que lo consideraba amigo, aunque jamás lo había llamado así.

Carraspeó. Era cuando menos irónico que se hubieran reencontrado por la muerte del Bermejo. A juzgar por el ánimo socarrón de su viejo compañero de armas, aquello no debía de haberle pasado inadvertido.

—Uno de los fiambres era él, ¿verdad? Ya sabes... nuestro amigo. El pelirrojo —preguntó Nahib, al fin.

—Vaya. No te andas con rodeos.

Tres Cuartos se encogió de hombros.

—Bueno, ¿y qué querías que te dijera, que pasaba por casualidad por el barrio?

Zaiel celebró la salida de Tres Cuartos con una generosa sonrisa, y pronto ambos rieron a carcajadas; aquello relajó la tensión.

—Los dizques en Mur'ubi corren como la pólvora, pero esto es el colmo. ¿Cuánto tiempo ha pasado? ¿Cuatro, cinco horas?

—Ya me conoces; siempre he tenido buen oído para ciertas melodías...

—Nahib hizo una pausa breve, aderezada con una de sus mejores muecas de truhan—. Vamos, suelta prenda: ¿está muerto, o no, el hijo de puta?

—Sí. Del todo.

Silbó Nahib en tanto que asentía con la barbilla.

—Vaya. Quién hubiera dicho que el Bermejo iba a terminar así. Ah; supongo que a todo cerdo le llega el día de la matanza.

—Veo que tampoco te contabas entre sus amigos.

—¿Amigos? No creo que ese hijo de mala puta conociera, si acaso, el vocablo. En fin. —Nahib escupió de lado—. A ese nadie lo echará de menos. Pero al otro... ¿es quién creo? El mozo de sangre.

Zaiel desvió la mirada, molesto por la pregunta. Descansó el cuerpo contra el antepecho. Se agradecía la caricia del sol en la cara, que lucía ahora sin tapujos en el cielo; su luz doraba la espalda del Abderas. Como si quisiera eludir la conversación, siguió con la vista el recorrido del río hasta los meandros de la isla de los Tejeros, donde algunas barcazas lo remontaban perezosas.

De nada servía negarlo; en unas pocas horas lo sabría toda la ciudad.

—Sí, es él. Se han ensañado con el pobre desgraciado, los hijos de puta. Lo acuchillaron a conciencia.

—Oh. Suena mal. Sobre todo, para aquel al que van a pedir explicaciones.

Zaiel lo miró atravesado. El muy cabrón, como siempre, no dejaba puntada sin hilo.

—Sí. Y pedirán muchas, me temo.

—Bueno. Descuida, hombre. Saldrás del brete.

—Imagino —dijo Zaiel— que no tendrás siquiera un barrunto de quién pudo haberlo escabechado.

—Quía, no; a saber. No faltan matachines en esta ciudad, compadre. Sobran, de hecho. Rufianes, cofrades, mercenarios...

—Soldados viejos... —apuntó Zaiel.

—Sí. También muchos de esos.

—Y si llegaras a saber algo, supongo que no podrías decirme nada.

Sin ocultar el recelo, Tres Cuartos le sostuvo la mirada un rato, para desviarla después hacia la barbacana del puente. A esa hora, desde la avenida de los Sagrados iba y venía abundante tráfico: oficiales de las artes menores; criados, mozos de cuerda y mujeres, cargados de abastos; carretas venidas de la campiña y algunos carruajes sin librea, probablemente gentes de sangre de recogida tras una francachela tardía.

—No sé, compadre —dijo Nahib—. Ya me conoces. No soy de los que van abanicando por ahí los asuntos de los demás. Aunque todo depende, claro, de cómo y por qué se hace algo... No sé si me explico.

—Te explicas... La verdad es que me vendría muy bien tu ayuda.

Nahib se rascó el mentón mal afeitado, asintió al fin.

—De acuerdo. Dime en qué puedo serte útil.

—Por ejemplo, podrías prestarme ese oído tuyo tan fino. Y por lo demás, te imagino bien relacionado.

—Bien relacionado... ¿entre quiénes?

Zaiel comenzó un gesto vago, acabó por encogerse de hombros.

—Ya sabes. Gente de la cuchilla.

Otro silencio se espesó entre ellos. Tres Cuartos se mordía los carrillos, sopesando su respuesta. Zaiel cambió el peso de una pierna a la otra y aguardó. Ciertamente, la ayuda de Nahib sería bien recibida: siempre había tenido ascendiente entre los gremiales y cofrades de las artes menores, y había sido nocherniego de los de arriba; quizá todavía andaba en esas...

La carcajada del otro lo cogió por sorpresa.

—Gente de la cuchilla... sí, cómo no. —Le guiñó un ojo—. Está bien. Cuenta conmigo: veré lo que puedo hacer. ¿Conoces la hostería del Arrafiz, cerca de la plaza del Pescador?

—No. Pero me las apañaré.

—Dale cualquier mensaje que quieras hacerme llegar a su dueño. Él se encargará.

—Siempre tan precavido, ¿eh?

—No te lo tomes a mal, compadre. Que te busque el senescal no suele ser plato de gusto entre los míos. Ya sabes. Los de la cuchilla.

Sonrió Tres Cuartos. Se estrecharon las manos.

—Por cierto —dijo Nahib—, deberíamos quedar un día. Para hablar de los viejos tiempos.

—Claro, cómo no. De los viejos y de los nuevos. Cuenta con ello.

Lo vio alejarse avenida abajo y desaparecer luego en dirección a los muelles. Con un hondo suspiro, Zaiel echó a andar hacia donde había dejado la yegua. Se preparó para hacer de heraldo de los cuervos, embargado por una extraña sensación agridulce, añoranza sazónada de envidia. En el fondo, sabía que era una envidia falsa: no deseaba, ni por asomo, estar en la piel de Nahib.

Bueno. Tal vez sí. Un poco; solo un poco.

3

Como cada despertar, Faruh abrió los ojos en vano. Puntuales, la oscuridad y el dolor ya lo estaban esperando. Mientras reunía fuerzas para comenzar el día, lo asaltó el presentimiento de que iba a morir pronto.

A tientas, halló la cabeza de su sobrino Serab y la acarició; durante un momento, como para conjurar la inquietud, escuchó los suaves ronquidos del niño.

Aún no, viejo; aún no. El crío te necesita.

Con un gruñido, se incorporó en el jergón y se abrazó el cuerpo, aterido. Apretó los dientes para que no le castañearan y alargó una mano hacia el brasero: las cenizas del picón estaban frías. Maldijo para sí: otra vez habían dormido de más.

Tomó la bacinilla y se alivió en ella la vejiga. Un violento acceso de tos le hizo doblarse y casi derramar sus propias inmundicias. Escupió un grueso cuajarón de flemas y una sarta de reniegos, dejó a un lado la bacinilla y se limpió la boca. Ya era hora de despertar al crío. Le retiró la manta y lo zarandeó.

—Vamos, muchacho, despierta.

Serab rezongó en sueños. Faruh tuvo que insistir con más energía.

—Vamos. Arriba, perezoso.

—¿Fa'uh...? ¿Está despie'to? —dijo el muchacho, soñoliento.

—Sí, estoy despierto. Venga, arriba.

Faruh esperó a que Serab hiciera sus necesidades y se aseara. Después aceptó la jofaina. El roce del agua helada despejó los últimos restos del

sueño; se enjuagó la cara, las barbas y sobre todo el cuello, para aliviarse el escozor de las picaduras: las putas chinchas se habían ensañado con él anoche. Quizá ya tocaba cambiar la paja de los jergones.

—Bueno, muchacho; ayúdame a levantarme.

Sintió los brazos de Serab rodeándolo. Consiguió levantarse a despecho de las punzadas en la rodilla izquierda. Al erguirse, recordó tarde lo bajo que era el sótano. Siseó un reniego entre dientes mientras se frotaba la cabeza; mandaba cojones que llevaran tantos años pernoctando allí y todavía se diera coscorrones contra el techo cada dos por tres.

Se apoyó en el hombro de su sobrino y dio el primer paso. Sentía la pierna izquierda hinchada y rígida. Un latigazo le cortó la respiración, pero se obligó a dar el siguiente paso, y el siguiente, hasta que poco a poco la sangre fluyó por el miembro.

—Alcánzame el manto y el cayado, Serab. Eso es; gracias, muchacho. Vámonos, anda. Es tarde.

Subir los veinticuatro escalones de la maldita escalera fue una tortura; el esfuerzo lo dejó sin resuello. Faruh recostó el cuerpo contra una pared del caserón y olfateó el aire fresco de la mañana con cuidado. Olía a polvo, a madera podrida, al aroma dulzón y traicionero de las flores de las adelfas que crecían entre las ruinas y al lejano efluvio a sal que llegaba desde la bahía; a nada ni a nadie más. Quizá tanta precaución era excesiva. ¿Quién iba a atreverse a entrar en el barrio tizado? La gente temía demasiado a los fantasmas.

Le hizo una seña a Serab para que continuaran. Atravesaron las ruinas y salieron a la calle de los Rederos, donde Faruh sintió el sol a la espalda, entibiándole el cuerpo. Subieron luego hasta el cruce con el paseo de las Piedras y continuaron por él a buen paso.

El batiburrillo de olores —aves, reses, inciensos y óleos— de los tenderetes de la plaza del Pescador le alcanzó la nariz. No se oía mucho tráfico por la avenida de los Altares aquella mañana; un día flojo para los dioses y sus siervos.

Serab le tiró de la manga.

—¿Desayuno? —dijo, ansioso.

—Sí, ahora. Vamos donde Lisaj.

Estaban cerca, por suerte; la pierna lo estaba matando. Apretó el cayado entre los dedos sudorosos. Le retumbaba el corazón; cada latido, bum, bum,

bum, resonaba ensordecedor en las sienes.

Escuchó el bisbiseo de una fuente y se detuvo.

—Espera, Serab... —dijo entre jadeos—. Vamos a descansar un poco.

Serab lo ayudó a encontrar un poyo de piedra donde sentarse. Trasegó aire, se estremeció; un sudor frío le mojaba la camisa. Otra vez, maldita sea; aquellos arrechuchos eran cada vez más habituales. Siempre comenzaban igual: la sensación de angustia, el dolor agudo en el pecho, los alfilerazos que le recorrían el brazo izquierdo desde el hombro hasta la punta de los dedos.

El presentimiento que había tenido nada más despertar regresó, insidioso. Quizá no andaba muy desencaminado. Sangre de Quilnub, ¿cuánto más podría aguantar su viejo cuerpo? Había veces, como aquella, en las que no se veía con fuerzas para vivir, y menos aún para cuidar del niño. Los yrdn bien sabían los esfuerzos y quebrantos que había tenido que padecer con tal de que aquel niño saliera adelante. ¿Cuánto más iba a necesitarlo?

La angustia le aferró la garganta con dedos helados. Tragó saliva, apretó los párpados contra los ojos ciegos para contener las lágrimas.

—No puedo más, Yaiza —musitó Faruh—; perdóname, pero no puedo más...

—*Cuida de él, hermano. Prométemelo. ¡Prométemelo!*

—¿Fa'uh? ¿Está bien? —La mano de Serab le rozó la mejilla; pudo sentir la inquietud del niño. Faruh se forzó a sonreír.

—Estoy bien, muchacho. Tranquilo, no es nada; ya se me pasa. ¿Tienes el jarrillo contigo? Bien. Tráeme un poco de agua de la fuente, anda. Buen chico...

El niño volvió al poco y le puso el jarrillo entre las manos. Bebió el agua, fresca y con sabor a tierra, y aquello pareció infundirle los ánimos necesarios para continuar.

—De acuerdo, Serab. Ya me duele menos. Sigamos.

La calle de los Herreros estaba a un paso; podía respirar el olor a metal caliente, el cual le recordaba siempre al de la sangre.

Llegaron por fin donde Lisaj, un figón de puntapié; no olía demasiado mal, y por tres cuartos podrían echarse a la barriga unos chuscos de pan recién hecho y unos tragos de vino. Entretanto se dirigía a la mesa de costumbre, saludó a los parroquianos. Sus hedores los delataban: allí el betún

del zapatero, allá la peste del curtidor, acullá la agrura del tintorero, dominados todos por la tufarada a sudor, hierro y humo de los oficiales de fragua que abarrotaban la taberna.

Faruh se acomodó en una silla a tientas mientras el muchacho iba a por el desayuno. Oía susurros, conversaciones a media voz; algo se agitaba en el ambiente, podía sentirlo.

Serab le rozó el brazo; había vuelto con el desayuno. Faruh mojó el pan y lo masticó con desgana. Un aguijonazo le recorrió la mandíbula. Maldita muela. La muy cabrona llevaba jodiéndole desde hacía un mes. Tendría que hacérsela sacar...

Pasos, un olor intenso a vinazo mal digerido. Era Ezdré, el maeso herrero, podría jurarlo. Faruh compuso la mejor de sus sonrisas a la vez que despejaba el ceño. Llevaba semanas buscándolo para hablar lo de Serab; y justo ahora era él quien se acercaba a saludarlo. Qué curioso...

—Buenas, maeso Faruh. ¿Cómo andamos?

—Hola, Ezdré. ¿Qué se cuenta por ahí?

—¿No lo sabéis ya? Anda en boca de todos.

—No, no sé nada. Siéntate, hombre, y cuéntamelo.

—Bueno. Chico, toma. Tráeme un cuartillo de tinto.

—Ve, Serab. Hum. A ver, cuéntame.

—Pues verá, maeso Faruh, lo encontraron fiambre esta mañana, con puñaladas hasta en el nombre, y...

—Espera, hombre; ¿a quién han encontrado fiambre?

—A uno de los de arriba; a él y a cuatro de sus nocherniegos, en saliendo de la mancebía del Solaz. Al amanecer había por los Candiles más gallos lanza en mano que en una gallera; hasta bajó el senescal a ver los muertos. Diz también que uno al que le decían el Bermejo estaba entre los difuntos.

Faruh estuvo a punto de atragantarse.

—¿Al Bermejo? ¿Estás seguro de eso?

—Que me lleven los velados si miento. Rajado como cerdo en día de matanza, diz que estaba.

—Al Bermejo... Vaya por dónde. Lo conocía.

—Vaya; ¿de dónde, maeso?

—De la Armada. Estuvo a mis órdenes... Fíjate, lo que son las cosas, Ezdré; yo era el contramaestre del *Sereno* y él un simple gaviero. Menudo era...

Sí, menudo hijo de la grandísima puta. Hacía años que no sabía de él, pero según contaban andaba de nocherniego y muñidor de los de arriba; bailaba bien, sin duda, aquella tonada; el muy cabronazo había sido siempre un lameculos de primera categoría. Era difícil de olvidar el día en el que se reencontró con él. «Hombre, Harapos, cuánto tiempo; al fin haces honor a tu apodo». El muy bujarrón le largó aquello en la cara, le echó una limosna al cazo y se fue entre risas.

—... diz por ahí que se trajinaba a una de arriba, ¿es verdad?

—No lo sé. Tras lo de Verdesaguas le perdí el rastro. Él salió ileso, pero yo me llevé un recuerdo de aquello. Ven, acerca la mano. No tengas miedo, hombre. ¿Notas esto, en la nuca? Es un trozo de hierro, del falconete que reventó a mi lado durante la batalla. El quirurgo no quiso ni intentar quitármelo. —Sonrió; le habría gustado poder verle la cara a Ezdré en esos momentos—. En fin; ahora él está muerto y yo sigo vivo, tullido y ciego, pero vivo...

Faruh se paró, frunció el entrecejo; había recordado algo. ¿No le habían dicho que el Bermejo hacía de nocherniego para un Mur Teryed? No conseguía acordarse de cuál, pero estaba muy seguro del linaje.

Huesos de los yrdn; no había transcurrido apenas una semana desde aquel duelo entre el hijo de Leydn, el antiguo senescal, y un Mur Teryed. La que se iba a armar...

—Bueno, maeso, yo querría hablar con vos de algo... —Ezdré se interrumpió, incómodo, sin saber cómo seguir.

Faruh reprimió una sonrisa. Por fin se decidía, el pichón; ya se imaginaba que Ezdré no se había hecho el contradizo de repente tan solo para charrar con él.

—Venga, hombre, lárgalo. Aunque no, espera, déjame adivinarlo: es algún asunto con la Comedianta.

Ezdré balbució algo, carraspeó y no dijo nada. Faruh se lo figuró rojo como la grana.

—Ejem, sí, eso mismo.

—Hum. ¿Qué te traes con Liara?

—Yo, nada aún. Pero bien que querría. No es bueno que una mujer esté sola, y menos sin familia que cuide de ella. Hace ya tres años largos que se le murió el marido.

—Hum. Buena prisa te das, hombre. ¿Cuándo murió tu Maisa? Hará unos

cuatro meses, ¿no?

—Siete van ya, maeso. No es bueno que uno ande sin ayunto. Y todavía soy joven; mi pobre Maisa no habría dicho nada en contra.

—Bueno, hombre. Hum; así que vas por ley con ella, ¿eh?

—Por supuesto, maeso. Los velados me lleven si miento.

—Hum. Bueno. No te puedo prometer nada. Mudadizas son las mujeres, hazte cargo.

—Lo sé, maeso, pero... os dais maña hablando, y ella tiene fianza en vos; fuisteis un buen amigo del Comediante. Si le habláis de mí con palabras halagüeñas y empleáis buenos consejos con ella, estoy seguro de que se avendrá al casorio. Qué demonios; muchas mujeres me querrían por marido. Soy un maeso herrero, y aunque esté feo que yo lo diga, todavía gallardeo.

—Hum. ¿Has hablado con ella de esto?

—Yo... algo le he dicho, pero soy muy torpe tratando con mujeres. ¿Me haréis el favor? No os quepa duda de que vos sabré recompensar con generosidad.

—Está bien. Aunque no quiero nada para mí. Hum; ¿te acuerdas de lo que te comenté hace un tiempo? Sobre lo de Serab.

—Oh. Bueno, Faruh, vuesto sobrino...

—No parece muy listo y no habla mucho, pero aprende rápido y es listo como un zorro cuando quiere.

Silencio. Ezdré dudaba. Faruh decidió sacudir el anzuelo.

—Yo le hablaría muy bien a la Comedianta de ti. Deja esto en mis manos: no habrá de ser la primera moza que halla en razón el matrimonio después de que le regale el oído.

—No sé, maeso. No necesito ningún aprendizaje más por ahora; no me sobra el trabajo.

—Me hago cargo, hombre. Tampoco le sobraba el trabajo a mi cuñado Rahé cuando te tomó como aprendizaje en su herrería. Espero que no lo hayas olvidado.

Silencio. Uno largo y desagradable. Faruh aguardó, con el alma entre los dientes. Vamos, maldito roñoso. No te hagas más de rogar.

—Bueno... Está bien, maeso. Veré lo que puedo hacer. Vos encargaos del casorio y yo me ocuparé de que vuesto sobrino entre de aprendizaje en el gremio. Pero Faruh...

—Sí, sé lo que vas a decirme. Tendrá que trabajar duro. No te preocupes

por eso; te doy mi palabra de que trabajará, y por lo de las arras del contrato, tengo algo ahorrado.

—Bueno, de acuerdo. Me voy; he dejado la herrería a cargo de mis oficiales y no me fío. El ojo del amo engorda la res, como decía mi padre. Hale, buen día. Nos vemos.

—Hasta luego, Ezdré. Buen día.

Faruh apuró el vino y se atusó la barba, pensativo. Vaya... justo cuando había perdido la esperanza, mira tú por dónde, el pez mordía el anzuelo. Quién sabe; igual hasta tenía suerte. Quién sabe...

Serab le tironeó de la manga.

—¿Fa'uh?

—Sí, muchacho, ya nos vamos. ¿Lo oíste, Serab? Se nos muda el aire; mucho tiempo llevábamos en chicha.

—¿Fa'uh?

Ah. Buena pareja hacían; un tullido ciego y un mozo con el seso trastornado. En fin. Encontró la cabeza de Serab y le atusó el pelo.

—Anda, vámonos. A ver qué tal se nos da la mañana.

Se puso en pie y renqueó apoyándose en el hombro de Serab hasta que este le alcanzó el cayado. La pierna apenas lo molestaba ahora. Sí, parecía que las cosas iban a mejorar. Ojalá no se equivocase.

4

Sentado al borde de la cama, Nezaj Mur Asyb enseñó los dientes al gruñir. Fue un ruido ronco, casi animal. Al fin, entre jadeos, vio caer la condenada gota de orina.

Plic, hizo contra la bacinilla de plata. Nezaj exhaló con fuerza, desesperado; apenas había conseguido un pequeño charco de meados, oscuro como el vino tinto, después de media hora larga de quebrantos. Maldijo, masajeándose el miembro con el índice y el pulgar; el escozor, agujas en la carne, remitió un poco.

Cerró los ojos. Otro de aquellos condenados espasmos venía de camino; comenzaban con un escalofrío, seguido de una sacudida subyugante y, por último, un ardor vivísimo, tal que si le introdujeran un hierro al rojo por el canal de la orina.

Plic. Nezaj parpadeó aturdido, se enjugó el sudor de la cara con la manga del camisón y resopló.

Ah, al cuerno. No puedo más, los yrdn sean testigos. Examinó el pingajo de carne que tenía en la mano con disgusto: había pasado de ser fuente de orgullo y placer a convertirse en un instrumento de tortura.

Condenada vejez... Aquellos ataques eran cada vez más frecuentes: lo dejaban postrado en la cama, con un dolor agudo y profundo en los riñones, forzado a sufrir el tormento de la estranguria.

Resuelto, se acomodó el camisón, echó a un lado la bacinilla con el pie y se levantó trabajosamente. Por mucho que aquello contrariase a los médicos, se volvería loco si pasaba otro día encamado.

Dio pasos torpes en la habitación en penumbra. La luz de la mañana pugnaba por entrar por entre los ventanales entornados y las cortinas de raso. Era tarde; debían de haber pasado dos horas desde el toque de prima.

Renqueó de regreso a la cama y tiró de la campanilla del servicio. Entretanto esperaba, el espejo de la esquina del dormitorio, azogado y de cuerpo entero, atrajo su atención sin que pudiera evitarlo. Escudriñó su reflejo con aire resignado; poco a poco, las facciones semejaron desdibujársele y se encontró mirando el rostro de un muerto.

Vacilante, se acercó a la cama donde yacía el anciano, cuya mirada, turbia por la agonía, se perdía en el cielorraso; un borboteo de cañería rota le surgía a intervalos del pecho.

Se ahogaba, lenta e inexorablemente, en su propia sangre. Eso, al menos, habían dicho los médicos. No se podía hacer nada, salvo confortarlo hasta que acudiera la Magra.

—Padre... —dijo—. Estoy aquí, padre.

El anciano parpadeó despacio, abrió y cerró la boca como un pez fuera del agua; trató de decir algo, pero el esfuerzo resultó excesivo para sus fuerzas y dejó caer la cabeza contra la almohada.

Se sentó al borde del lecho y tomó las manos del anciano. Antaño habían sido grandes, fuertes, sanguíneas; ahora eran las de un esqueleto, recubiertas apenas por piel amarillenta y manchada. Hizo una mueca al sentir el olor: orines, sudor rancio y fiebre.

—Padre... —Una indecible turbación le desbarataba la voz—. Padre, yo...

... te odio, quiso decir; te odio, cabrón miserable. Muérete de una condenada vez, viejo; bastante has tardado ya.

Como si pudiera leerle el pensamiento, el anciano abrió los ojos y miró el hosco semblante de su hijo con un último atisbo de lucidez. Una lágrima le recorrió la arrugada mejilla y se perdió en la maraña de la barba.

Te odio. Maldita sea mi sangre, te odio, hijo de la gran puta...

—Padre...

Entonces llegó el primer espasmo, y después otro, y otro, cada vez más agónicos. Al poco, sus hermanas entraron en tromba en el dormitorio y se arremolinaron junto al lecho.

Con un estertor, el último aliento del anciano se le escapó del pecho;

luego sobrevino el incontestable silencio de la muerte, punteado por los sollozos de las mujeres.

Soltó las manos del muerto.

—Padre... —dijo en un susurro.

... te perdono, quiso haber dicho. Pero era tarde.

Nezaj negó con la cabeza, desazonado por el recuerdo. Ah, burla cruel del destino: a su pesar, cada vez se parecía más al hombre que tanto había aborrecido. La semejanza resultaba aterradora en los pequeños detalles: la forma en la que se acomodaba los pliegues de la túnica, o los dichos y gestos que acudían a él sin darse cuenta. Era como si el fantasma de su padre fuera poseyéndole el alma pedazo a pedazo...

Llamaron a la puerta.

—¿Mur? ¿Puedo pasar?

Era Falá. Nezaj lo invitó a entrar. Al verlo de pie, el mayordomo lo observó ceñudo, como reuniendo valor para reprocharle que se hubiera levantado de la cama.

—Mur, quizá no deberíais...

—Déjate de monsergas. Prepárame un baño.

—Pero mur, el médico dijo...

—¡Al cuerno con el médico! De paso, llama al barbero; parezco un mendigo.

—Ahora mismo, mur. Ah... casi lo olvido; ha venido vuestro sobrino Izíah. Creo que le ha traído un regalo a Teramal.

Un regalo... Nezaj arrugó el ceño. No le preocupaba demasiado la influencia que pudiera ejercer Izíah en su nieto, pero aun así no podía evitar cierto recelo: de un tiempo a esta parte menudeaban sus visitas, a veces con las excusas más peregrinas. La semana anterior, sin ir más lejos, se habían pasado varias tardes hablando en ghathárico, algo que a Nezaj no le hizo nada de gracia: lo último que necesitaba el muchacho era que le recordasen a su padre.

Ah. No se sentía de humor o con paciencia para soportar de buen grado a su sobrino, pero era mejor que permanecer otro día en cama. Tal vez consiguiera animarlo con alguna de sus extravagancias.

—Dile que lo recibiré en el jardín. Tomaré el desayuno allí.

—Como ordenéis, mur.

Antes de que el mayordomo dejase la habitación, Nezaj lo llamó de nuevo.

—Una cosa más: haz que se lleven ese condenado espejo. No lo quiero ver más.

Nezaj movió el peón hasta el cuarto escaque de la torre de dama. Miró a su sobrino y sonrió, complacido.

Iziah asintió apenas con un cabeceo y concentró la atención en el tablero. Nezaj le tendió la taza a Falá para que se la llenara de nuevo y se arrellanó en el sillón de mimbre, entrecerrados los párpados en tanto aspiraba la brisa, marera y fresca: traía olores a tierra mojada, resina de cedro y sal.

La mañana era espléndida e inusitadamente soleada para mediados de diciembre; apenas si hacía falta el brasero que les calentaba los pies. Mientras paladeaba el calhré, fuerte y amargo, Nezaj observó divertido a Iziah, cuyo rostro mostraba un visaje de profunda concentración.

—Qué serio estás, sobrino. ¿Te preocupa algo?

—Sí. Ganar.

—Ah. Sobrino, para ser tan aficionado a las palabras hablas muy poco.

—Hablo poco por eso mismo; poco y de forma precisa.

—No es eso lo que cuentan de los académicos... —apuntó Nezaj—. Dicen que sostenéis encendidos debates sobre los escritos de filósofos muertos, debates que duran horas y horas...

Volvió a reír. La visita inesperada de su sobrino le estaba alegrando el día.

—Apasionante, me figuro... Aunque creo que no es justo llamarte académico. ¿Cómo era el título? ¿Doctor en Artes?

—Magíster. No alcancé el doctorado.

—Ah. Vaya. Bueno, si consigues fundar una universidad en Mur'ubi tal vez puedas otorgarte tú mismo el título...

Por respuesta, Iziah alzó la comisura de un labio y regresó poco después la atención hacia los trebejos. Nezaj lo observó de reojo, ya sin humor. ¿Por qué venía tanto, y por qué ahora? ¿Para ver a Teramal? Su nieto era algo

impresionable y todavía conservaba la inocencia propia de la mocedad, pero dudaba mucho que los dislates de Izíah pudieran resultarle de interés, por buena que fuera su relación. Teramal era un muchacho responsable... si olvidábamos el asunto del duelo, claro.

Condenada juventud... Aunque, debía reconocerlo, le había gustado comprobar que su nieto tenía más hierro en la sangre de lo sugerían sus trazas; conociendo de quién era hijo, no cabía extrañarse.

—No te he agradecido aún la deferencia de venir a visitar a este pobre anciano, sobrino —dijo Nezaj, con un leve apunte de sorna—. Aunque en estos casos se supone que es el invitado el que ha de darle conversación al anfitrión, y no al revés.

Izíah sonrió esquinado.

—Vuestro movimiento, querido tío, me ha cogido por sorpresa... Sois un excelente jugador.

Nezaj tomó un peón caído durante la partida y lo sopesó entre los dedos.

—Eso debo agradecérselo a mi padre; él me enseñó.

Sí. A machamartillo. Desde que tuvo edad suficiente para comprender los rudimentos del juego, él y su padre jugaron al menos una partida a la semana. Todavía recordaba las risas del viejo después de cada una de sus invariables derrotas; el muy cabrón disfrutaba ridiculizándolo.

—Dicen que Quilmeh Mur Asyb era uno de los mejores ajedrecistas de Mur'ubi —comentó Izíah. Nezaj lo observó con suspicacia. Su sobrino había dicho aquello como de pasada, sin levantar apenas la mirada de los trebejos.

Uno de los mejores, sí. Mas lo derrotaste. Tuviste que aplicarte durante años, pero al cabo lo conseguiste, y no una, sino muchas veces. Tantas que el viejo rehusó volver a jugar contigo...

Dejó el peón sobre la mesa con un suspiro.

—Era un hombre ejemplar. —Era un hijo de puta ejemplar, más bien. Nezaj se reprendió con dureza; decía poco de él que todavía albergase rescoldos de aquel rencor: habían pasado ya casi treinta años desde la muerte de su padre.

Izíah alargó la mano hacia el tablero; titubeó un instante y movió el caballo del flanco de rey hasta el cuarto escaque de la dama negra.

—Vaya... —murmuró Nezaj, pensativo—. Buena jugada, sí señor. Ah, cómo te aprovechas de este pobre anciano.

—Me aprovecho tan solo de vuestra falta de concentración. Os toca.

Moved.

Nezaj sopesó el siguiente movimiento con calma; la partida se ponía interesante. Decidió mover el caballo. Izíah asintió; una sonrisa tenue bailaba en su gesto, como si hubiera previsto aquella jugada.

—Siempre me halagan tus visitas, querido sobrino —dijo Nezaj, algo escamado—, pero no puedo evitar que me intrigue tanta generosidad por tu parte. Debe de ser muy tedioso para ti acompañar a este pobre viejo.

—Vamos... No sois tan viejo.

—Sí, lo soy. En duodembre, si los yrdn son benévolos, cogeré a tu padre. Setenta años... Ah, qué solo me siento a veces; cada vez queda menos gente de mi edad. Soy viejo, muy viejo, pero espero tener fuerzas para vivir unos cuantos años más. —Nezaj sonrió a medias—. Al menos, hasta los setenta y seis, como nuestro estimado jerarca, los yrdn velen por su debilitada salud...

Izíah soltó un bufido.

—Por favor, tío. No he venido a hablar de política.

—Vamos, no finjas; sé que la política es uno de tus temas favoritos.

Izíah no respondió. Tomó la torre del flanco de dama y la hizo avanzar seis escaques en horizontal.

Torre a primera, caballo de rey, murmuró para sí Nezaj, perplejo. ¿Qué demonios pretendía con eso...? Ah: ¡claro! Era una jugada brillante, sencilla, pero muy eficaz; no obstante, creía poder contrarrestarla...

—Magnífica jugada —admitió Nezaj—. Creo que habríais sido un excelente egregio, querido sobrino. La política y el ajedrez guardan ciertos parecidos innegables.

—¿Un egregio, yo? —Izíah alzó mucho las cejas—. No, por favor; prefiero mis discusiones sobre gramática, retórica y filosofía a los juegos de sombras myrmyras del Cónclave. Mi padre hizo bien en elegir a Najor como patriarca de los Mur Mevnorás.

Nezaj se retrepó en el asiento. Pasó los dedos por el anillo de su linaje, demorándose en el sello. Observó el blasón, caviloso, entretanto acariciaba con el pulgar los perfiles del múrice.

—No sabría qué decir de eso, sobrino. Tu padre era un hombre juicioso y casi un hermano para mí, pero quizá se apresuró al designar a Najor como patriarca... Aunque no le dejaste muchas opciones; no fuiste un hijo dócil, la verdad.

Izíah desoyó el alfilerazo.

—Nunca he tenido uñas para los negocios o la política. Y a diferencia de vos, no considero que el ajedrez y la política tengan parecido alguno. El ajedrez es un juego preciso y bello, un arte, incluso. Además, en sus lances no se derrama ni una sola gota de sangre.

Con un ademán displicente, Nezaj meneó la cabeza.

—Siempre acaba derramándose sangre, sobrino. Por acción... u omisión.

Iziah lo miró sin parpadear con aquellos ojos suyos, agrisados y desapacibles. Ladeó la cabeza y se atusó una guía del bigote.

—Tal vez.

Quizá era mejor cambiar de tercio. Después de varios sorbos a la taza de calhré —tibio a esas alturas—, Nezaj dijo:

—Ahora que lo pienso, no te he preguntado por mi hija. ¿Qué tal está?

—Bien, como siempre. Aunque, según ella, su salud es delicada; pero ya conocéis a Rasha.

—¿Y mi nieta? ¿Va todo bien con el embarazo?

—Todo bien.

—Esperemos que llegue a buen término esta vez...

Iziah asintió, seco, se removió en el asiento.

—Zaiel estará rebosando gozo, me imagino —prosiguió Nezaj—. No he vuelto a ver a vuestro yerno desde la última audiencia; volvió a sacar el asunto de los estipendios que Leydn dejó a deber a sus hombres... Según él, es responsabilidad nuestra. Inaudito...

—Bueno... Según se mire —dijo Iziah—. El Cónclave engrosó generosamente las arcas del Tesoro gracias a Leydn. Ya sabéis, durante la campaña contra los Reyes Piratas cimrrios... Supongo que os acordaréis mejor que yo.

—Bien, sí, ¿y? ¿Quién le proporcionó la armada, acaso? Además, si a Leydn le importaban tanto sus hombres, ¿por qué no les pagó él mismo los estipendios? Su fortuna, según se estima, es enorme.

—Eso se rumoreó en su día. Fortuna que pronto heredará Teramal, por cierto.

—Si están resueltos los trámites legales para ese entonces... Malditos leguleyos ghatháricos. ¿Por qué se le ocurriría a Leydn hacer testamento según las leyes de su tierra?

—Eso es fácil de responder. No se fiaba de las nuestras. Y no puedo culparlo.

Nezaj refrenó el genio. No iba a perder los estribos por una tontería así.

—A veces, sobrino, me pregunto de qué lado estás...

—Huelga decirlo, querido tío: del vuestro.

Nezaj escrutó los rasgos de su sobrino en busca de algún asomo de burla. Fue en vano.

—Por cierto... —Iziah señaló el tablero—. Es vuestro turno.

Con desgana, Nezaj se inclinó hacia el tablero y procuró poner mientes en la partida.

—Ah... qué cabeza la mía —dijo entonces Iziah—. Casi lo olvido... —Se llevó la mano a la faltriquera de la túnica, de donde sacó un pliego doblado—. He recibido carta de Jebael. Ha llegado esta misma mañana.

Sin ocultar la desazón, Nezaj bebió para demorar la respuesta; las heces del calhré estaban frías y le dejaron un regusto desagradable en el paladar.

—Ah. Bien.

—Vuestro hijo sigue en Ghathar, aunque tiene planes para regresar a Mur'ubi muy pronto...

Nezaj dejó la taza en el plato con brusquedad. No había pasado por alto el hincapié de Iziah al decir «vuestro hijo».

—Déjanos a solas, Falá.

—Sí, mur. —El mayordomo, una suerte de estatua hasta ese momento, recogió la loza en una bandeja y se alejó con parsimonia por el sendero de grava del jardín.

Iziah mantuvo intacto aquel áspero mutismo un buen rato, pero al final, como esperaba, volvió a la carga.

—Vamos, tío... Jebael ha pasado más de diez años fuera de casa. ¿Es que no tenéis nada que decir?

—¿Qué quieres que diga? Marchó a Ghathar por voluntad propia.

—Ha estado ocupado.

—No me digas... La pregunta es en qué.

—Pronto lo sabréis, tío. Aunque os adelantaré que, gracias a su mediación, puede que se aligeren los trámites para resolver la herencia de Leydn... Está recabando aliados para nuestros linajes; quizá, incluso, podríamos abrir fundagos en aquellas tierras.

—Fundagos en Ghathar... —Nezaj bufó entre aspavientos—. Ghathar está muy lejos, sobrino.

—Extrañas palabras en boca de un saremio, querido tío. Otrora fuimos

una raza marinera, célebre por explorar buena parte del mundo conocido. Ghathar no está tan lejos. Y es una nación que debemos tener de nuestro lado, sobre todo en años venideros. Sabéis muy bien que su conflicto con el Imperio taibnio es inevitable.

—No sigas. Sé por dónde vas... No quiero otra perorata en contra del Imperio, sobrino. Bien sabes la postura de nuestros linajes. Somos aliados de los taibnios desde hace más de un siglo.

—Cierto. Pero eso podría cambiar...

—¿Y qué sugieres? ¿Una alianza con Ghathar? —Nezaj bufó—. ¡Bah! Una nación bisoña frente al Imperio taibnio. Es ridículo.

—Es una nación bisoña —concedió Izíah—, sí, pero orgullosa y pujante. Nezaj cabeceó obstinado.

—¿Orgullosa? ¿De qué? El Imperio taibnio tiene muchos más motivos: cuatro siglos de historia, la mejor armada que ha conocido el mundo. Y no olvides que su sangre está mezclada con la nuestra. ¡Qué demonios! Sin nosotros, aún serían un pueblo de pastores de ovejas, temeroso de las tribus del desierto. Hemos compartido sangre, sal y plata, Izíah. Son más que aliados.

—Dicho así, querido tío, suena como un sacrilegio. Sería tan solo una infidelidad. Nuestra historia conoce muchas...

Nezaj crispó los músculos de la mandíbula. Aquellas sonrisas maliciosas de su sobrino lo irritaban sin que pudiera evitarlo.

—... además —insistió Izíah—, los taibnios han controlado el Sentern durante tantos siglos gracias al apoyo de las ciudades saremias. Y eso... podría cambiar. Los ghatháricos son diestros en la guerra, y están dispuestos a frenar el avance del Imperio en Septentrión.

—Si mañana el Sentern se helara de cabo a rabo, me echaría a temblar. Los ghatháricos son temibles en tierra firme, pero ¿en el mar? Bah. Nunca han tenido una armada capaz y fuerte.

—Nunca, cierto... Eso también puede cambiar.

—De nuevo, sobrino, me pregunto de qué lado estás. Ah, poco importa. Mucho tendría que cambiar la situación para que los ghatháricos sean rivales para los taibnios. El futuro de Mur'ubi depende de que elijamos con cuidado a nuestros aliados.

—En eso estoy por completo de acuerdo... —Izíah señaló con la barbilla, risueño—. Y hablando del futuro, aquí lo tenemos.

Nezaj siguió con la vista la dirección que indicaba su sobrino y vio a Teramal dirigiéndose hacia ellos por el sendero del jardín. La luz del sol arrancaba visos de oro a su cabello; incluso a él, a veces, le sorprendía lo rubio y claro de tez que era su nieto.

El joven los saludó con alegría. Aún llevaba el brazo herido en un cabestrillo, pero parecía de mucho mejor aspecto.

—Buenos días, abuelo —dijo, todavía somnoliento.

—Buenas tardes, querrás decir... Un poco más y te habría dado el toque de secunda en la cama. —Quizá debería imprimir algo más de firmeza a su reproche, pero siempre le costaba enfadarse con su nieto.

—Buenas, tío —dijo Teramal, risueño, al unirse a ellos—. ¿Qué tal se encuentra mi prima? He de hacerle una visita.

—Muy bien. Visítala; le vendrá bien algo de distracción.

—Eso haré. Una mañana magnífica, ¿verdad? Falá me avisó de que estabais aquí y me dije que sería bueno acompañaros. Así dejaríais de hablar de política por un rato... Porque hablabais de política, ¿a que sí?

—Vaya —dijo Nezaj—; niño, ¿ahora te burlas de tus mayores?

—¿Yo? No, en absoluto. ¿Acaso me equivoco? Siempre habláis de política, y la detesto. Lo mío son los números... —Teramal vio el paquete sobre la mesa y lo señaló—. ¿Qué es eso? ¿Un regalo?

Iziah se permitió una sonrisa, por una vez sincera. La presencia de Teramal siempre conseguía volverlo mucho más locuaz y menos... él.

—Un regalo, en efecto. Toma... ábrelo, vamos.

Teramal rasgó el envoltorio del paquete con la ilusión de un niño, aunque entorpecido por el brazo en cabestrillo. Al ver el contenido se extrañó un tanto.

—Libros...

—Recién salidos de la imprenta.

—Ah. Vaya... No sé qué decir...

Teramal manoseó los libros, encuadernados en vitela y cuero. Nezaj contuvo una risa cruel. Libros, cómo no. Tratándose de su sobrino, no podría ser de otra forma.

—*Sátiras*, de Persius... —dijo Teramal, leyendo el título del primer libro; al hojearlo, miró a Iziah con desánimo—. Pero... está en tamarquío.

—Es una edición bilingüe. La traducción al saremio es mía.

—Ah... Bien. —Teramal tomó el siguiente—. *Tratado de cuentas y*

escrituras, de Livio di Borgo.

—La traducción también es mía. Fue un encargo del propio autor, al que conocí en la Universidad de Sazerna.

Nezaj contuvo el chascarrillo que le quemaba la lengua; cómo no, siempre tenía que salir por algún lado Sazerna y su dichosa Universidad.

—... Livio describe y compendia los principios de la contabilidad, tal y como la conocemos hasta ahora.

—La cual inventamos nosotros, por mucho que se empecinen los araneses en arrogarse el mérito —terció Nezaj, picado.

—No lo pongo en duda, tío. Aunque, según el *Libro de las hazañas*, hemos inventado buena parte de los logros de la civilización, desde la vela hasta la brújula, pasando por el alfabeto... En todo caso, espero que te sea de provecho, sobrino.

—Gracias, tío. Los leeré. No será por tiempo... —Teramal levantó el codo del brazo herido—. ¿Cuándo crees que podré volver a la teneduría, abuelo? Me aburro.

—¿Volver a la teneduría? ¿Y qué se supone que harías allí, eh?

Teramal farfulló azorado.

—Yo... no sé, podría revisar los asientos de los libros. Para eso no necesito el brazo. Estoy harto de estar encerrado aquí todo el día, sin hacer nada.

Nezaj miró a su nieto, endureciendo la expresión.

—Teramal, como tú mismo dijiste antes, lo tuyo son los números. Los números... —le dijo asiéndolo por el brazo sano—. ¿Ha quedado claro?

Teramal tragó saliva.

—Sí. No volverá a ocurrir, abuelo.

—Bien. Espero que aprendas la lección y se te quiten las ganas de más pependencias estúpidas, propias de plebeyos o de la vil soldadesca. ¿En qué estabas pensando, maldita sea? Eres un Mur Asyb.

Izíah terció; había una extraña inflexión en sus palabras.

—No creo que debáis ser demasiado duro con él, querido tío. Sé de buena tinta que en vuestros años mozos participasteis en varias trifulcas, antes de que os casarais con mi tía Dezai; e incluso sostuvisteis un duelo... y no a primera sangre, por cierto.

Nezaj demudó la expresión. Tragó saliva con las mandíbulas apretadas; sintió el trasiego de la sangre en las sienes.

—¿Quién te contó todo eso?

—Mi tío Naieb. ¿Me mintió?

—Eso ocurrió hace muchos años —respondió Nezaj con aspereza—; no habías nacido, siquiera.

Nezaj sorprendió un gesto socarrón en Teramal, pero desapareció tan rápido que podría haberlo figurado. Su nieto carraspeó.

—Muy propio de Naieb —continuó Nezaj—; hasta después de muerto es capaz de sacarme de mis casillas...

—Me habría gustado conocerlo —dijo Teramal.

—Sí, te habría gustado, sobrino. —Iziah cabeceó despacio, sonrió con tristeza—. Lo echo de menos.

Cómo no, Iziah, cómo no. Fue él quién te sacó las castañas del fuego cuando estabas sin blanca en Arán, dedicado a las Artes. Universidad... Nezaj resopló, molesto; al advertirlo, Iziah lo miró con desaprobación.

—Ah, querido tío. Tenéis un corazón muy duro. Aún no lo habéis perdonado.

—Las responsabilidades han de asumirse. Le dio la espalda a la familia para irse a conocer mundo... ¿Te suena, sobrino?

Iziah sonrió con desdén.

—Sí. Me suena. La llamada de la sal, según los poetas de antaño. En mi caso, siempre he preferido las palabras antes que los hechos, pero Naieb tenía la vena aventurera tan propia de nuestra raza.

—Como Jebael, ¿verdad? ¿Crees que no sé que lo has ayudado todos estos años, como hizo mi hermano contigo? Soy viejo, no estúpido.

Iziah desvió la mirada. Dejó de sonreír.

—Jebael es un gran hombre. Créeme, tío; algún día te sentirás orgulloso de él.

Teramal intervino con sutileza. En su cara se veía auténtico apuro.

—Vamos... no discutáis. Por favor, abuelo...

—Si me disculpáis, iré a descansar —dijo Nezaj.

Dejó el sillón y enderezó la espalda con un quejido; echaba a andar cuando vio a Falá venir hacia ellos, al trote; el sudor le brillaba en las sienes despobladas de cabello.

—Mur... Será mejor que me acompañéis. —Falá se acercó a él para susurrarle al oído—. Uguz está aquí. Trae un mensaje urgente...

Nezaj asintió con rapidez.

—¿Qué ocurre, abuelo?

—Esperad. Ahora vuelvo.

Acompañó al mayordomo hasta el portillo del jardín, medio oculto por la hiedra. En la sombra, el muñidor cimrrio lo aguardaba ansioso.

Uguz bajó la mirada al saludarlo.

—Mur, han encontrado muerto a Urías Mur Teryed en un callejón del barrio de los Candiles. En cuanto se confirmó la noticia he venido a avisaros...

Nezaj parpadeó varias veces y dejó escapar el aire por la boca.

—¿Muerto? ¿Cómo...?

—Acuchillado. Dicen que lo mataron como a un perro. Y todo indica que fue premeditado.

Nezaj asimiló las implicaciones de aquello y comprendió el nerviosismo de Uguz y Falá. Asintió despacio e hizo la pregunta clave:

—¿Hemos sido nosotros?

—No, mur —respondió Uguz.

Nezaj escrutó los ojos oscuros del cimrrio largo rato.

—¿Y mi nieto Teramal, o alguno de sus nocherniegos?

—No, mur —insistió Uguz—. Estoy seguro de ello.

Las pupilas de Nezaj empequeñecieron. Miró en dirección al cenador y buscó a Teramal.

—Trata de averiguar todo lo que puedas —le dijo a Uguz—. No repares en gastos. ¿Está claro?

El cimrrio asintió raudo y desapareció por el portillo. La pregunta se formuló sola en las mientes de Nezaj.

Si no hemos sido nosotros, ¿quién?

5

Corría bajo un cielo que vomitaba pavesas, nieve gris y tibia, perseguido por los gritos y el olor de la carne quemada. Rocas afiladas le herían los pies desnudos; los árboles se erguían torvos, espinosos de ramas, arrojaban sobre él telarañas de sombra, le tendían zancadillas de raíces. La calidez de la sangre se le agolpaba en el rostro, sudoroso, afiebrado por el recuerdo de las llamas.

Tropezó con una piedra suelta. Cayó con un gemido, rodó pendiente abajo en tanto que el mundo giraba en un ensordecedor torbellino y la oscuridad, helada y viscosa, lo enceguecía.

Aulló de angustia. Arriba, unos rasgos borrosos se perfilaron en la distancia, alguien que le tendía una mano, enorme y blanca; alguien que lo llamaba sin voz...

—¡D d! ¿Qué haces ahí? Dame la mano, te sacaré. Agárrate fuerte. ¡Vamos! ¡Agárrate, maldita sea!

Extendió los brazos, intentó agarrarse con desespero. Rozó la mano...

Se hundió en la negrura, acompañado del eco de sus alaridos.

Naúd despertó tembloroso. El corazón le retumbaba; sentía el cuerpo entumecido, empapado de sudor. La oscuridad pesaba sobre él cual mortaja.

Como los demás, aquel mal sueño no tardó en desvanecerse, dejándole confuso, desorientado. Se incorporó en el lecho, tiritando, y respiró despacio hasta serenarse. Ezab roncaba en el catre. El muy hijo de perra siempre dormía a pierna suelta.

Dio un paso inseguro y tropezó con el bacín, que protestó con un chirrido.

Tuvo que apoyarse en las paredes de la celda para mantener el equilibrio. Descansó la frente contra la piedra desnuda; la frialdad le atemperó el ardor. Los temblores aminoraron.

Recordó, sin embargo, la última mirada de aquel hombre, sus ojos vacíos de esperanza; sintió en cada recodo de la piel el hedor dulzón de la sangre — tan roja, tan brillante—, y supo que aquellos recuerdos no eran un mal sueño. Una fría puñalada de asco le atravesó el vientre; cayó de rodillas, tanteó en la oscuridad hasta dar con el bacín y vomitó espumarajos de saliva cuajados de bilis.

Después de un rato las náuseas remitieron y pudo ponerse en pie. Halló el arcón con sus ropas, y tras vestirse dejó la celda para subir las escaleras hasta el patio.

Al salir entrecerró los párpados, cegado. Hacía una mañana clara, radiante, impropia de mediados de diciembre. Quedó un rato de pie, agradecido por la caricia del sol en la cara. Lejano, el bullicio de la avenida de los Altares trepaba por los altos muros del sirij, ahogando casi el estrépito metálico de las armas. El adiestramiento matinal terminaría pronto. Urá y Elim, los yadiqd de mayor rango, vigilaban muy cerca a los feraid mientras estos contendían por parejas con espadas negras.

Para su alivio, no vio al ma'bni por ningún lado. Debía de ser casi mediodía, pues la Quradj apenas si arrojaba sombra. Calculó que habría dormido unas cuatro horas, como mucho.

En el centro del patio, cerca de la Quradj, unas pocas hijas se afanaban en torno al hogar. Por el olor, cocían ceniza para la colada. Una de ellas le dirigió un guiño al reconocerlo. Era Nazaya. Naúd no supo qué hacer y se dio la vuelta con brusquedad, de camino a los postes de práctica.

Elí, uno de los feraid jóvenes que practicaban tirando al poste, le dirigió un saludo al verlo llegar, al que Naúd correspondió con desgana. Lo observó entretanto se acercaba a la panoplia de prácticas. El muchacho manejaba con soltura la madera; sus golpes eran firmes y precisos. Pronto le dejarían practicar con acero. Si sobrevivía, claro. Se acercaba el trienio para aquella camada; muchos de ellos no superarían la Iniciación, se recordó Naúd.

Flexionó los músculos. Eligió una espada de dos manos de madera, tiró unos cuantos tajos al aire. Sonrió; acostumbrado al peso de las espadas de prácticas, la primera vez que le confiaron una blanca se sorprendió de su ligereza; apenas tres libras de acero bien equilibrado y buido como navaja de

barbero. Había sonreído de puro júbilo. Ya no era un niño. Empuñaba un arma real. Podía matar...

Matar... sonaba fácil, parecía tan limpio en el arjai de la destreza. Paso, tajo, revés, hendiente; paso, quiebro, estocada... La teoría de aquellas secuencias era perfecta, como un dibujo trazado por un geómetra. La realidad del lance era bien distinta: te jugabas la vida en apenas tres o cuatro latidos de corazón; la teoría no hablaba del miedo, de la desesperación, del olor de la sangre...

Dejó la espada de madera en la panoplia y se decantó por una de las negras, su favorita, con los filos llenos de muescas y el cuero de la empuñadura desgastado por el uso. Asió la espada, adoptó la guardia de punta larga, tomó aire antes de comenzar. Avanzó apenas el pie derecho, alzó las manos y formó un tajo a la vez que terminaba el paso. Sus músculos se quejaron ante el esfuerzo. Desoyó las punzadas, concentrándose en el ejercicio.

Tajo. Revés. Estocada. Paso atrás. Quiebro. Estocada. Todo se desvaneció: tan solo oía el rozar de sus pies en la tierra batida, el chasquido del acero contra la madera, el silbido del resuello entre los dientes. Tajo, revés, estocada. El poste crujió. Una astilla le rozó la frente. Paso atrás, quiebro, estocada.

Un grito lo sobresaltó. Uno de los feraid debía de haber recibido una cuchillada en las manos, pues se sujetaba los dedos de la diestra entre quejidos. Hubo algunas carcajadas, e incluso Naúd mismo apuntó una sonrisa; sabía muy bien lo que dolían esos golpes, pero tras muchas uñas y varios dedos rotos había aprendido a curarse de ellos.

Urá puso orden; poco después, los instructores dieron por concluido el adiestramiento, y los feraid abandonaron el patio hacia el refectorio entre risas y chanzas.

Naúd regresó al ejercicio del poste. Tajo. Revés. Estocada. Paso atrás. Quiebro. Estocada. Guardia baja; un brusco ascendente con el falso filo. Tajo, revés, estocada. Paso atrás, quiebro, estoca...

Un escalofrío le cosquilleó la nuca. No estaba solo.

—Deberías estar durmiendo, cachorro.

Naúd bajó la espada y se inclinó respetuoso ante el ma'bni, que lo observaba con fijeza. De tan inexpresivo, el semblante de Yezrah parecía una máscara de cera; la energía que brotaba de sus pupilas desmentía la aparente

fragilidad de aquel cuerpo enteco y demacrado.

—Déjalo por hoy; necesitas recuperar fuerzas. Te harán falta esta noche durante tu investidura, créeme.

Naúd devolvió la espada a la panoplia y regresó junto a Yezrah.

—Levanta la barbilla, rapaz. Mírame. Ayer estuviste muy bien, sobre todo considerando que era tu primera sangre. Estoy orgulloso de ti.

—Gracias, ma'bni.

—Pronto serás uno de nosotros. Cuando recibas los glifos dejarás de ser un ferai y te convertirás en un yadiq. ¿Recuerdas lo que significa?

—Sí, ma'bni. El que aniquila —dijo Naúd, tras inspirar con fuerza.

Un destello frío cintiló en los ojos de Yezrah al oír la respuesta. No parecía complacido.

—Has respondido bien. Como quien recita una lección. Dime, ¿qué te bulle en las mientes, Naúd?

—¿Cómo...? No entiendo, ma'bni...

—Te preocupa algo. Creo que sé lo que es. Matar no es igual que cortar muñecos de trapo rellenos de paja, ¿verdad, cachorro? El acero cortando la carne y el músculo, el quebrar de los huesos...

Naúd rehuyó la mirada de Yezrah.

—Ma'bni...

—Adelante. Habla sin rodeos.

—Me habéis enseñado a matar con rapidez, sigilo y eficacia, pero lo de ayer fue más propio de un vulgar matarife.

Yezrah lo miró con interés.

—Pero lo hiciste. Mataste a aquel hombre como a un perro. ¿Por qué?

Naúd masculló algo, cerró la boca, bajó la vista.

—Te diré por qué, Naúd. Matar es difícil: el miedo, la duda o la compasión paralizarán tu brazo. Ayer fue tu mano la que mató, pero no fue tuya la voluntad necesaria para hacerlo. Cuando un yadiq mata en nombre de Mahyarat, su voluntad le pertenece a ella. Ahí radica su fuerza, nuestra fuerza; recuérdalo.

»No olvidarás jamás tu primera sangre, pero pronto dejará de tener importancia. Matarás muchas veces; has nacido para ello: lo sé desde el primer día que comencé a adiestrarte. La diosa forjó tu alma para la discordia, para la guerra...

Yezrah se desciñó el tahalí de cuero y sostuvo entre las manos la vaina de

madera lacada que llevaba siempre consigo.

—... como esta sashda —añadió Yezrah, solemne, tendiéndole el arma—. Desenváinala, vamos.

Naúd parpadeó, receloso. Aquella sashda era el bien máspreciado de la qabila, una reliquia de valor inestimable...

—Ma'bni, yo...

—Ssst. No hables. Tómalala, te digo.

Obedeció, vacilante; asió la empuñadura de la sashda, la desnudó despacio. Admiró fascinado la hoja; el metal, entreverado de estrías oscuras y plateadas, era ligero y flexible como un junco. Un destello de luz recorrió la espada, se demoró en el filo, en los nieles de plata de la guarnición.

—Tiene más de trescientos años —dijo Yezrah—. Esta sashda bebió sangre taibnia a las órdenes de Abrás el Fiero, pero todavía tiene sed, Naúd. Una sashda nunca se sacia de sangre.

Yezrah lo escrutaba con una sonrisa de piedra; se había retirado unos pasos, en un claro gesto que lo invitaba a probar el arma. Naúd entrelazó los dedos alrededor del puño del arma, sopesó su temple y equilibrio; eran inigualables. Con un seco ademán, palmeó el recazo para hacer vibrar la hoja. Al principio no pudo oír nada; después sintió un runrún, como si el acero murmurara...

Mmmmmnnnnnnnnndddddd...

Contuvo el aliento; un repeluzno le recorrió la espina dorsal.

—¿Lo oyes, cachorro? Así susurran las arenas del desierto, la voz de la diosa. El maestro herrero que forjó esta sashda supo capturarla. Tras la derrota de Abrás, muchas de estas espadas cayeron en manos enemigas. Los taibnios intentaron arrancar el secreto de su forja con la tortura, pero fue inútil; murió con nuestros maestros herreros.

Naúd volteó la espada sobre la cabeza, cimbró la hoja, rasgó el aire con un molinete, mmmmmnnnnnnnnndddddd, formó cuchilladas altas, vvvvvrrrrmmmmddddd, dio un paso atrás, tiró un tajo cruzado, un revés...

Mmmmmnnnnnnnnnnndddddd ...

Tañer el acero, así llamaban los qabilnd, los ancestros de los shalaj, al arjai de la destreza; la tradición sostenía que el aullido de una sashda despojaba de valor a los adversarios e incluso podía paralizar sus músculos. Las leyendas que había escuchado cuando era solo un ferai asustadizo no eran ya lejanas e irreales; aquel trozo de metal parecía querer susurrarle las

historias de gloria y sangre que llevaba prendidas en los filos... Casi podía ver a los guerreros qabilnd a lomos de sus monturas, remolineando las espadas antes de entrar en combate, arrebatados por la furia sagrada de la diosa; casi podía oír el rugido de las tormentas de sangre del desierto de Urnd'akni, la Roja Desesperación...

Vvvvvrrrrmmmmdddddnnnnnnnnnn...

—Veo que lo comprendes; puedo imaginarme lo que sientes ahora mismo. —Yezrah sonreía, complacido.

Embargado por un extraño e intenso júbilo, Naúd se detuvo, jadeante. La mirada del ma'bni le enfrió los ánimos. Ya era suficiente; envainó la sashda y se la devolvió.

Yezrah se ciñó el arma, apuntó apenas una sonrisa.

—Quién sabe, Naúd. Tal vez, algún día, pueda ser tuya. Pero antes has de probar que eres digno de ella. Recuerda quiénes somos, cachorro. Somos los shalaj, los sin tierra. Los últimos de una estirpe milenaria de guerreros; ante nosotros temblaba Meridión. Ahuyenta las dudas y los escrúpulos que atenazan tu mente: un yadiq no conoce la duda, el remordimiento o la compasión; lo han forjado para la muerte, como a esta sashda.

»Bien. No te fatigues más por hoy. Ve al refectorio y come algo. Tómate esta tarde de asueto; quizá te vendrá bien dar un paseo. Pero no te demores demasiado. La ceremonia de investidura requiere tiempo.

Justo cuando Naúd se retiraba, Yezrah habló de nuevo.

—Por cierto, tienes otras obligaciones para con la diosa, bastante más livianas. Nazaya vinculó su primera sangre con la tuya. No lo has olvidado, ¿verdad?

—No, ma'bni.

Yezrah sonrió con aire procaz, lo cual acentuó todavía más su desazón, si cabe.

—Hasta la noche, muchacho.

Impaciente, Naúd se alejó hacia el refectorio. No sentía ningún apetito.

El guijo rebotó en el agua tres veces antes de hundirse. Naúd cogió otro,

lo pulió contra el pretil del muelle y lo arrojó con un giro de muñeca. Erró el tiro y la piedra se hundió como una plomada en las cobrizas aguas de la bahía.

Ahuyenta las dudas y los escrúpulos que atenazan tu mente...

Resopló con fastidio. Las palabras del ma'bni todavía le resonaban en las mientes.

Un yadiq no conoce la duda, el remordimiento o la compasión; lo han forjado para la muerte, como a esta sashda...

Tuvo que admitirlo. La perspectiva de la ceremonia de investidura lo aterraba. Ezab llevaba meses hablándole de ello; aprovechaba la menor oportunidad para mostrarle sus glifos con orgullo.

No hay por qué tener miedo. Demostraste ser digno. Has superado tu primera sangre; tan solo son nervios.

Pero la memoria ya lejana de su Iniciación le encogía el ánimo. Aún recordaba las miradas escrutadoras de las hijas, sus afiladas sonrisas; los ojos muertos de la madre, aquel aire de locura que le transfiguraba el rostro, el miedo que casi podía palparse en los demás feraiid, reflejo del suyo propio.

Recordó, una vez más, a aquel ferai que lo precedió durante la ceremonia. Al poco de beber del cáliz que le tendió la madre, cayó entre espasmos, echando espumajos por la boca.

Cuando le llegó el turno, temblaba tanto que casi no podía sostenerse en pie. El líquido le bajó helado por la garganta, y el regusto dulzón del cordial de la diosa, en el que apenas si se distinguía el amargor del veneno, le inundó el paladar. Tras una espera inacabable, sintió un retortijón y creyó morir.

No lo hizo. Estuvo débil varios días, pero eso fue todo. ¿Por qué aquel muchacho había sucumbido y él no? No podía saberlo. Ezab le dijo en su día que algunos pasaban la Iniciación y otros no; así era, y punto.

Ah. Tal vez Ezab tenía razón; le daba demasiadas vueltas a las cosas.

Aspiró el aire cargado de sal y humedad con deleite. Hacía tiempo que no paseaba por los muelles, su rincón favorito de la ciudad. El sol, oculto casi tras Puntalóbrega, incendiaba con sanguinolentos destellos los farallones negros.

Naúd miró a lo lejos, sobre las aguas de la bahía; algo atrajo su mirada hacia la silueta sombría de Colinalta, que se perfilaba más allá de los muros de Mur'ubi. Una hilera de luces trepaba por la ladera del promontorio, camino a la cima. Sabía bien lo que significaban. El Osario tendría pronto un nuevo huésped; ese al que habían escabechado aquella misma madrugada, lo más seguro.

El Osario. Donde los velados custodiaban los huesos de los sagrados yrdn, los viejos reyes de antaño...

*Viejos reyes, sin lamento,
bajo piedras frías duermen
el largo sueño del hueso.*

Se estremeció al descubrir que había estado bisbiseando la estrofa sin reparar en ello. Cantar aquella tonada era considerado de mal agüero; solo los de arriba la cantaban en sus procesiones de duelo, de camino al Osario. Era como si alguien se la hubiera susurrado desde lo más hondo de su ser.

Un escalofrío le turbó el gesto; una vieja conocida le agitaba las tripas, aquella maldita desazón, como si hubiera olvidado algo importante y no pudiera recordarlo por mucho que lo intentara.

Naúd bajó hasta el muelle. Llegaba el atardecer. Los barcos se mecían perezosos en las dársenas; el terral susurraba entre las jarcias, arrancaba ocasionales quejidos a las arboladuras.

Los marineros y estibadores se llamaban a voces, afanándose por terminar la jornada; pronto el muelle quedó casi vacío, salvo por las ratas y algunos corros de chiquillos.

Unos arrapiezos que alborotaban junto al murallón, entre cajas y fardos de sogas, atrajeron su interés. Dos de ellos se habían enzarzado en una pelea a puñadas; el resto se agrupaba alrededor para jalearlos con gritos y risas.

Se paró a observarlos. Uno de ellos, mucho más corpulento, llevaba las de ganar, pero el otro se revolvía, corajudo. Naúd ensombreció el gesto. Agarró una piedra y la sopesó en la palma de la mano. No es asunto tuyo. ¿A quién le importa?

—¿Adónde vas, eh, flacucho?

—Eh, espera. No vayas tan rápido... Queremos hablar contigo. ¡Eh!

Sus pasos se convirtieron en zancadas. El miedo mordió hondo cuando descubrió que se había metido en un callejón sin salida...

El grandullón había dado a tierra con el otro; a horcajadas, lo golpeaba sin cesar. Los gritos de dolor le hirieron los oídos. Naúd chasqueó la lengua. Pasaría de largo. No era su problema.

Eran dos. Más altos que él. Uno bizqueaba de un ojo por debajo de unas cejas negrísimas; al otro, un chirlo le cruzaba una mejilla. El de las cejas se adelantó hacia él.

—¿Adónde ibas tú, eh? Vamos, vacíate las faltriqueras. A ver qué llevas.

Naúd inspiró lentamente. Apretaba la piedra con tanta fuerza que el brazo comenzó a temblarle. Impotencia, miedo, rabia. Conocía bien aquellas sensaciones. Las odiaba con todo su ser. Pero no era su problema. No lo era, maldita sea.

El puñetazo lo cogió desprevenido. Le dio de lleno en la nariz. Oyó un chasquido y durante un latido todo se volvió negro. El calor de la sangre le corría por la cara. El dolor llegó después, abrumador, y lo dejó sin resuello.

Cejas se colocó a horcajadas sobre él. Con una mano lo aplastaba contra el suelo mientras lo manoseaba con la otra.

—¿Qué tienes, eh? A ver...

Se rebulló, en vano; el otro era demasiado fuerte. Buscó a tientas algo con lo que defenderse: una piedra, un palo, lo que fuera... Nada. Barro, tan solo eso.

Cejas aulló sorprendido al recibir la pella de barro en los ojos. Se libró de su manaza y le dio un puñetazo en la entrepierna; a él le pareció sin fuerza, pero Cejas no habría opinado lo mismo: cayó de espaldas, doblado, la boca muy abierta.

Se abalanzó sobre él, le golpeó la cara con el puño, tal que un martillo, una vez, y otra, y otra, arriba, abajo. Cejas aullaba, lanzaba manotazos que ni siquiera sentía.

Uno de sus puñetazos aplastó la nariz de Cejas. Oyó un ruido seco. Siguió golpeando; una vez más. Y otra. Arriba. Abajo. Otro chasquido. Los gritos del niño se apagaron, hasta que solo se oyó el silbido ronco de su

respiración.

Se levantó, vacilante. El compañero de Cejas lo miraba como aturdido. Se acercó a él; vio algo en su expresión que le hizo tragar saliva. De repente, ya no le gustaba aquel juego. Nada en absoluto. Retrocedió un paso, pero algo lo detuvo. Quizá sentía vergüenza de arredrarse ante un mierdecilla como él. Dio otro paso atrás, no obstante, y sacó un cuchillo, pequeño y oxidado, que blandió frente a él. Le temblaba el pulso.

Tap. Tap. Tap.

Una figura ensombreció la entrada del callejón. Un hombre. Alto. Delgado cual lebrél, con el aspecto de estar tallado en piedra. Los miró de arriba abajo con unos ojos fríos y claros como pedazos de escarcha. La mano izquierda sujetaba el vuelo del manto, raído y manchado de barro, para que pudieran ver lo que repiqueteaba con los dedos...

Tap. Tap, tap.

... la vaina de una espada. El matón dejó caer el cuchillo. Cuando vio que el hombre le dejaba expedita la huida, salió del callejón a la carrera. Ojos Helados se inclinó sobre el cuerpo de Cejas.

—Vaya. Lo has fajado bien, rapaz.

Su acento era extraño. Agudo. Vibrante. Extranjero, sin duda.

—Oí vuestros gritos y me dio por mirar. Quizá a alguien tenga la misma idea, así que será mejor que nos vayamos de aquí. Sígueme.

Ojos Helados le indicó la dirección con un cabeceo. Su voz no admitía réplica, como las de quienes están acostumbrados a mandar y a que los obedezcan. Fue tras él sin atreverse a decir nada; varias calles después, Ojos Helados se detuvo junto al zaguán de una casa y le indicó por señas que se acercase.

—Veamos esa nariz...

El hombre lo agarró por la barbilla. Sus dedos parecían cepos de hierro. Intentó protestar, pero lo acalló con una mirada.

—Quieto, chico. ¿Te duele?

Negó con la cabeza mientras las lágrimas le rodaban por las mejillas. Claro que dolía. Mucho.

El hombre soltó una carcajada seca.

—¿No era que no dolía, rapaz? Vaya. La tienes rota. Espera.

El hombre lo empujó contra la pared, le colocó los pulgares a ambos lados de la nariz.

—Quieto. Esto sí que te va a doler...

Oyó un chasquido. Apretó los dientes para no gritar. Los dedos de Ojos Helados le hurgaron en las ventanas de la nariz; sintió un tirón, escuchó otro chasquido. El dolor fue tan fuerte que lo dejó paralizado y sin aliento; cuando remitió, Ojos Helados asentía, satisfecho. Lo dejó ir. Él se palpó la nariz con cuidado.

—Curará, no te preocupes. ¿Dónde vives, chico?

El hombre volvió a asentir al ver que no respondía.

—Comprendo. ¿Sabes, rapaz? No creo en las coincidencias. ¿Y tú?

No respondió. Ojos Helados tenía una mirada intensa, hipnótica.

—No eres muy hablador, ¿verdad? Te propongo algo: ven conmigo. Si lo haces, te romperás la nariz más veces; qué demonios, puede que sea yo mismo el que lo haga... —Sonrió—. Pero tendrás refugio y comida.

Ojos Helados no esperó a que respondiera. Lo vio alejarse calle arriba, con pasos largos y enérgicos. Se limpió la sangre de la cara con una manga, sopesó qué hacer.

Tuvo que correr para alcanzarlo.

Naúd maldijo. El pequeñajo apenas si se debatía ya; se había hecho un ovillo en el suelo para protegerse de las patadas que le asestaba el grandullón. No era su problema, se mintió una última vez...

La piedra le alcanzó en una oreja. El grandullón dio un grito, cayó al suelo con una mano sobre la herida. Sus amigos se volvieron hacia Naúd. Después ahuecaron a toda prisa.

El chico se puso en pie a duras penas. Resollaba. Miró a Naúd; sus ojos comenzaban a entrecerrarse por la hinchazón. Durante un instante se observaron el uno al otro; después, el chico le asestó al grandullón una patada con todas las fuerzas que pudo reunir y se marchó sin mirar atrás.

Naúd lo vio marcharse. Sonrió. Qué demonios. Había merecido la pena.

6

—Déjame verla.

La mujer la sostenía contra el pecho, envuelta en una manta.

—Señor, yo... Es mejor que no...

—Déjame verla, te he dicho.

Tomó a la niña de los brazos de la comadrona. Era ligera, cual saco de plumas; cuando retiró la manta vio una carita amoratada, con los ojos cerrados y la boca como fruncida por un mohín. Dormida, se diría.

Devolvió la niña muerta a la comadrona y la apartó de la puerta desoyendo sus protestas. Entró en la pieza como si fuera un extraño; en la cama, entre sábanas manchadas de sangre y sudor, donde había librado los trabajos del parto, su mujer descansaba.

La encontró frágil, trasojada, pálida como un hueso. Solo cuando vio el ir y venir de su pecho se convenció de que seguía viva. Ella abrió los ojos al presentirlo, lo miró como si estuviera muy lejos.

—Lo siento, mi amor. Lo siento mucho...

—No digáis eso, mi señora...

La abrazó. El llanto la sacudía con espasmos hondos, desgarradores.

—Mi niña... ay, mi pobre niña. Tan pequeña... Pobrecita. Mi niña, ay, mi pobre niña...

—¿Y ahora? ¿Lo habéis sentido?

Zaiel parpadeó, mirando sin comprender a su esposa.

—Aquí. —Betzabé le guio la mano bajo el camisón. El vientre de su mujer era cálido, terso al tacto, tan hinchado que parecía increíble que la piel

pudiera dar tanto de sí.

—Ahora... ¿lo notáis?

Zaiel acomodó su postura y relajó la mano que le sujetaba su esposa. No notaba nada. Desazonado, pensó en alguna excusa para ausentarse, pero entonces lo sintió. Fue algo tenue, al principio; luego se dejó sentir con claridad. Una patada.

—Sí... sí, mi señora. Lo noto.

—Vuestro hijo acabará conmigo. Patea como una mula.

La sonrisa de Zaiel se desbarató. Sintió frío en el espinazo.

—*Mi niña... ay, mi pobre niña...*

Se enjugó el sudor de la frente y las sienes con la manga del jubón; hacía mucho calor en aquella condenada sala de estar, con la chimenea a todo trapo, la alfombra de lana de Ymalrn y los tapices hirinius que cubrían las paredes, pero su esposa siempre tenía frío en esa época del año.

Iba a retirar la mano cuando sintió dos patadas más, y luego otra, hasta que el niño pareció tranquilizarse. Un pensamiento acudió a sus mientes.

—¿Cómo podéis estar tan segura de que es un niño, mi señora?

—Lo sé, mi señor; creedme, las mujeres sabemos de estas cosas. Además, la ama de llaves de mi madre me lo confirmó el otro día. Es un niño, mi señor.

La mirada de Zaiel recaló en los pechos colmados de su esposa. Los pezones, gruesos y oscuros, se insinuaban a través del camisón. Un ramalazo de deseo le sacudió con un espasmo la entrepierna. Le acarició la curva de la barriga y luego deslizó la mano abajo, hasta sentir las cosquillas del vello, oscuro y rizado, del sexo de su mujer.

Betzabé detuvo su mano con una sonrisa.

—No... lo siento, mi amor. Es... malo para el niño. Me lo dijo la comadrona.

Zaiel asintió. Su gesto de resignación debió de ser evidente.

—Lo siento, mi señor. Sé que ha pasado mucho tiempo desde la última vez...

—Tenéis razón, mi señora. Mejor no asumir riesgos.

Cobijó a su mujer con la frazada y se retiró del diván qyrtio. Fue hacia los ventanales cerrados y atisbó por un resquicio entre los postigos de las

contraventanas. Afuera, más allá del jardín en sombras de la villa, casi podía sentir el terral que soplabá por sobre los tejados de Mur'ubi, frío y seco como el invierno de las tierras altas.

Betzabé no tardó en enhebrar otro asunto para seguir la conversación. Por lo visto era muy urgente encontrarle un aya al niño. La mujer de un primo suyo, un Mur Desderas, le había recomendado una. Quería que la entrevistaran juntos. Tal vez mañana.

Zaiel asentía, desganado. Decidió servirse una copa de licor. En realidad, no tenía ganas de beber, pero sí necesitaba alguna excusa para interrumpir la conversación incesante de Betzabé.

Frente al aparador, se pellizcó los párpados. Un dolor sordo y difuso comenzaba a martillearle las sienes. Las paredes de la pieza parecían combarse sobre él.

—¿Os ocurre algo, mi señor?

Tomó la copa y se volvió hacia ella. Dudaba mucho que aquella sonrisa forzada la engañase; nunca lo conseguía.

—Nada de importancia. ¿Os apetece una copa?

Betzabé negó con un cabeceo. Resultaba obvio que había reparado en su distracción mientras le hablaba. Por una vez, sin embargo, no se lo tomó a mal. Algo en él la había inquietado.

Zaiel se acercó al diván y se inclinó para besarla. Inspiró la fragancia de sus cabellos; olían a dama de noche y alelí, como un jardín empapado de rocío. En aquel momento le pareció frágil, más niña que mujer; le recordó a la chiquilla que había desposado diez años atrás, ya tan bella, ya tan hechicera a sus apenas trece inviernos...

—¿Mi señor?

—Guardad cuidado, mi señora. Son... gajes del oficio.

—Vamos. Podéis contármelo. Además, me servirá de distracción. Estoy encerrada en esta casa todo el día...

Zaiel acercó un escabel junto al diván y tomó asiento. No quería asustar o preocupar a Betzabé en el estado que se encontraba, pero sería peor si se enteraba por otros. Los criados tenían la lengua muy larga.

Medió la copa de un buen trago. El licor de hierbas, fuerte y aromático, se le agarró al paladar.

—Han encontrado muerto esta mañana a Urías Mur Teryed.

—¿Qué...? ¿Muerto?

—Lo asesinaron en un callejón del barrio de los Candiles, cuando regresaba de una de sus francachelas.

La mano con la que se cubría la boca Betzabé temblaba de emoción. Zaiel se arrepintió de habérselo contado.

—El duelo será mañana. Tuve que comunicarles en persona la noticia.

Endureció el gesto al recordar las expresiones de los Mur Teryed, aquella misma mañana, cuando recibieron el cuerpo amortajado de Urías; hubo gritos, ayes, sollozos y miradas cargadas de odio e indignación. Jezem, el patriarca, le dio las gracias, rígido, enronquecido, y pidió que los dejara a solas con su desgracia.

No tuvo tantos problemas con el otro muerto, el compañero de calaveradas del Mur Teryed. Era de buena crianza, el segundón de un maeso lanero rico y respetado, pero no era de sangre mur. Y eso marcaba una importante diferencia.

Zaiel se sirvió más licor. Su mujer se había relajado, aunque aún le turbaba el gesto una sombra de preocupación.

—Un momento... —dijo—; no creeréis que esto tiene algo que ver con mi primo Teramal, ¿verdad?

—No. Pero es cuando menos creíble, mi señora. Atengámonos a los hechos: hace una semana vuestro primo y Urías se enzarzan en un estúpido duelo; Teramal sale mal parado, el orgullo de los Mur Asyb queda en entredicho... y ahora, esto.

Zaiel apuró la segunda copa, con el entrecejo surcado de arrugas. No tenía ni idea del motivo por el que esos dos habían reñido, y le daba el aire de que tenía su importancia.

—Teramal nunca haría algo así. Es joven, impulsivo, pero no tan estúpido.

—Por supuesto que no —repuso con una media sonrisa—. Teramal no haría algo así. Él mismo no, desde luego; está claro que entre sus talentos no se incluye la destreza de las armas.

Zaiel lamentó haber dicho aquello. Había sido impropio de él sucumbir a aquel estúpido ramalazo de celos. Betzabé y su primo habían estado muy unidos, sobre todo desde que Teramal quedara huérfano. Él tenía sentimientos contradictorios respecto a aquel muchacho; siempre había sido cordial y atento, mucho más de lo que exigían las formas, pero su presencia avivaba los fantasmas del pasado. Teramal se parecía a Leydn mucho; en

verdad, salvo por su traza ingenua y bisoña, era la viva imagen de su padre.

Betzabé pareció desoír la pulla hacia su primo, aunque su voz le semejó fría.

—Tal vez fue un duelo. Urías era un pendenciero. Todo el mundo sabe que fue él quien provocó a Teramal.

—No, querida. No fue un duelo. Los duelos se hacen en presencia de testigos, con padrinos, y aquello fue... una carnicería.

Betzabé hizo una mueca de frustración.

—¿Quién creéis —preguntó, titubeando— que pudo matar a Urías?

—Buena pregunta, mi señora. De momento, pienso en el porqué. Únicamente se me ocurren dos motivos, y de ellos solo uno es creíble.

»El primero es el robo, pero se cae por su propio peso. Los cadáveres conservaban sus objetos de valor. Llevaban las bolsas vacías, aunque no es de extrañar, sobre todo tras una noche de jarana.

Zaiel se sirvió una tercera copa. Regresó al escabel y probó el licor, pensativo. Había más razones para descartar el robo, por supuesto. Ninguna cuadrilla de rufianes atacaría así, de forma tan directa. Más aún, uno de los fiambres tenía indudables heridas de espada, y la mayoría de esa canallesca se valía de garrotes o facas y atacaba a traición, por la espalda. No conocía a los demás nocherniegos, pero el Bermejo era diestro con la blanca, y no cabía duda de que los habían afiambrado de frente, rápido, sin ruido; un par de lances a lo sumo, dos o tres zigzags de filosa, y fuera.

Además, ¿por qué se habían ensañado tanto con Urías? ¿Y por qué tenía indemne la cara? Estaba claro. Los asesinos habían querido que identificaran el cadáver sin dificultad.

—El segundo motivo, mi señora, el único fiable, es un ajuste de cuentas. Un asesinato a sangre fría...

No cabía otra posibilidad, pero algo no encajaba. Sí, en los Albañales había asesinos con cojones y maña para un negocio así, pero jamás picarían tan alto. No podrían desaparecer después; no fácilmente. Todo acababa por saberse, tarde o temprano. Sin embargo, por ahora no tenían ninguna pista. Sus gallos habían registrado los Albañales hasta el último tugurio, y no habían conseguido más que una porción de dizques e infundios. Era como si a los asesinos se los hubiera tragado la tierra.

—En realidad, hay dos preguntas mucho más interesantes: quién estaba malquistado con Urías y quién podía pagar suficiente plata para que le tajaran

las tragaderas de parte a parte.

—No puedo creer que de verdad penséis que los Mur Asyb hayan ordenado asesinar a Urías.

Zaiel contuvo una carcajada áspera.

—¿Por qué no? Andan a la greña con los Mur Teryed desde hace generaciones. Sí, no me extrañaría. Los Mur Asyb... o incluso los Mur Mevnorás; ¿por qué no? Soléis hacer lo que os dicen vuestros primos, casi al dictado.

Un raptó de rabia empañó la mirada de Betzabé.

—Estáis borracho y no decís más que dislates —dijo, fría y serena—. Os recuerdo, además, que pertenecéis también a los Mur Mevnorás.

—¡Ja! Lo había olvidado, mi señora. —Zaiel hizo una breve reverencia—. Soy un Mevnorás, claro. Un Mevnorás plebeyo, sin el mur que os adorna, pero un Mevnorás... Es algo curioso lo de los apellidos. Nunca me hicieron falta, y ahora me dan más quebranto que alegría.

—Será mejor que dejéis de beber, mi señor.

Su mujer se incorporó del diván con evidente esfuerzo. Respiró un buen puñado de veces con afán, y luego se irguió, algo torpe, con las mejillas arboladas por la rabia.

—Buenas noches, esposo.

Él la alcanzó antes de que llegara a la puerta. La abrazó por detrás y le besó la nuca.

—Esperad... lo siento, mi señora. No pensaba lo que decía.

Ella se revolvió entre sus brazos. Su voz sonó aguda, tensa.

—¿Por qué os cuesta tanto aceptar las cosas como son? ¿Por qué tenéis que darle siempre tanta importancia a la cuna? ¿Creéis que sería más feliz si mi esposo fuera un mur? ¿Acaso sois menos hombre que ellos? ¿Han derramado sangre por esta ciudad, como vos?

Zaiel la miró, sobresaltado; raras veces había visto perder los estribos a su mujer.

—Además —añadió Betzabé, bajando la voz—, la ley de la sangre es clara. El hijo que llevo ahora en mis entrañas será mur, sea cual sea la cuna del padre; nada más importa. ¿Os queda claro?

—Sí. Muy claro, mi señora.

El disgusto desapareció de la expresión de Betzabé tan rápido que semejó un espejismo. Le acarició la barba con ternura.

—No nos enfademos, mi señor.

Se abrazaron. Una esquirra de amargura se deshizo en el pecho de Zaiel al estrechar el cuerpo de su esposa.

—Lo siento, mi señora. Es esta maldita ciudad; acabará por desquiciarme.

—Vayamos a la cama, mi señor. Os conviene descansar.

—Sí... ahora mismo. Esperadme allí, mi señora.

Betzabé le besó la mejilla antes de retirarse a la alcoba. Zaiel echó las heces de la copa a las brasas de la chimenea y observó cómo ardía el espíritu del licor. Después masculló un reniego, mató la luz de los candiles y fue tras ella. La calidez de su lecho le confortó; el agotamiento acabó por imponerse a la zozobra, aunque sus sueños no fueron tranquilos.

7

Naúd despertó sin saber muy bien dónde se encontraba ni cómo había llegado a aquel pestilente callejón. Estaba sentado en el umbral de una casa; debía de haberse quedado dormido allí. Intentó ordenar sus pensamientos.

Harto de dar barzones, sin ganas de regresar al sirij, había entrado en un figón. El ambiente del establecimiento le resultó sofocante, así que salió por la puerta de atrás y buscó en una calleja próxima un rincón para sentarse: aquel umbral tapiado. Lo último que recordaba era devorar el pastel de carne y beberse el jarrillo de vino al tercer trago.

Se puso en pie. Tenía los músculos entumecidos, el cuerpo destemplado por el relente. ¿Qué hora sería? El corazón se le encogió en el pecho. La ceremonia... la había olvidado por completo. Mierda. ¡Mierda! Iba a llegar tarde...

El ruido de pasos lo puso alerta; una pareja se acercaba por un recodo del callejón, cogidos del brazo. Naúd se agazapó en la oscuridad. El hombre y la mujer se detuvieron a unas pocas varas de él. No lo habían visto.

El hombre soltó un eructo, se inclinó sobre la mujer, ocupada en desabrocharle la bragueta. Naúd los observó desde el rincón en penumbra. Se sonrió. Tan solo era una cantonera despachando una folgada rápida con un cliente; aquel lugar debía de tener muchas visitas así durante la noche.

—Ven, cariño —dijo ella con zalamería—. Saca a nuestro amigo.

—Lo estás deseando, ¿eh, zorra? Te gustará, ya lo creo que sí. —La ebriedad teñía la voz del hombre, ronca y desagradable—. Espera. Ahora...

La mujer se recostó contra la pared, se subió la falda y los pliegues de la

ropa interior.

Oscuridad, olor a heno y estiércol. Él la sobaba ansioso, tironeando de sus ropas. Escuchaba los gritos de la niña, agudos, desesperados...

Naúd torció el gesto. El recuerdo punzó su mente, se apoderó del ahora: aquella voz...

... tronaba, iracunda:

—¡Putas, me l'has mordido! ¡Te voy a sacar la piel a tiras, hija de perra!

Debía hacer algo, pero ¿qué?

Miedo.

Uno de sus pies tropezó con una horca.

Ruido.

Él se volvió. Sus ojos, iracundos, lo abrasaron.

Naúd maldijo para sí. Hacía tantos años de aquello que creía haberlo olvidado; pero, como la lengua acude a las llagas de la boca, el recuerdo volvía, volvía incansable a sus mientes...

—Espera, se ha salido otra vez... Mierda.

—Poco a poco. No tengas prisa.

El hombre se retiró de la mujer. La cólera comenzaba a arrebatarlo.

—¡Cállate, coño! Ahora verás...

Trató de embestir a la mujer varias veces sin éxito, hasta que perdió la paciencia y se retiró.

—Joder... ¡joder!

—Tranquilo, cariño... No pasa nada. Otra vez será.

El hombre se abrochó la bragueta.

—Te dije que te callaras, joder. De otra vez ni hablar. Ven aquí. Ya verás, ya. Ven. ¡Ven, te digo! —La ira hacía vibrar la voz del hombre. Aquella voz...

»¡QUIETA! Quieta, te he dicho...

El manotazo resonó en el callejón, un trueno en los oídos; los gritos de la mujer —*agudos, desesperados*— le apuñalaron las entrañas. Naúd apretó los puños. No, ni lo pienses siquiera. Lo de los arrapiezos en el muelle había sido una minucia; esto era muy distinto. Podía meterse en un embrollo. Uno muy

serio. Así que no iba a entrometerse. Esta vez no. Tan solo era una puta cualquiera. Solo tenía que salir por el otro lado del callejón. Ni siquiera lo verían marcharse.

—¿Qué haces ahí, imbécil? ¿Qué coño quieres?

Paralizado, le vio acercarse entretanto se subía con torpeza las calzas; algo le abultaba en la entrepierna. Sus manazas, peludas, terribles, se acercaron. Temblando, retrocedió un paso, dio un traspié...

—Yo... oí gritos... no quería... lo siento.

Algo borroso lo derribó. Un segundo golpe en la cara lo alcanzó mientras trataba de ponerse en pie, pero esta vez fue tan fuerte que casi perdió el sentido.

Se arrastró, mareado; sentía algo pegajoso deslizándose por la cara, un sabor acre, a hierro. La cabeza le daba vueltas; un zumbido le ensordecía los oídos. Tenía algo en la boca, algo duro y menudo, que escupió entre arcadas; tardó en reconocer el diente en el charco de sangre.

Las manos lo alzaron del suelo como si fuera un pelele. Los ojos se clavaron en él; la voz lo fustigó.

—Escucha, escucha bien, bastardo: si te vuelvo a pillá guipando te mato, vaya que si te mato. Y como largues algo d'esto te la corto y se la echo a los puercos. ¿Has comprendió, cabroncete?

Tragó sangre. Sentía un frío terrible. Balbució. El temor le atascaba la voz a medio camino. Algo se deshizo en su interior; una calidez húmeda le bañó los calzones, cayó a chorros hasta el suelo.

Las manos lo soltaron. Risas, carcajadas.

—¡Vete de aquí, meón! La próxima vez te muelo a palos.

Él se incorporó, vacilante, aturdido; ella le imploró sin palabras, a través de un abismo de asco y vergüenza, hasta que el corpachón del hombre la eclipsó.

Huyó conmovido por la angustia, empapado de humillación...

La cantonera se arrastraba por el suelo entre súplicas, intentando rechazar con las manos los puntapiés a la cara, al pecho, al vientre. El borracho sacó un cuchillo, apenas un indicio de palidez en la penumbra.

—Te voy a rajar, so guarra: cuando acabe contigo no te querrá ni un leproso.

¡Vete de aquí, meón!

Naúd parpadeó para librarse de las lágrimas. Maldita sea, no había sido culpa suya. Era solo un niño; ¿qué podría haber hecho por ella? Había tenido tanto miedo...; pero ya no. No era un cobarde. No; no lo era.

Ya no tenía miedo. No era un cobarde. No lo era.

¡Vete de aquí, meón!

No tenía miedo no era un cobarde no lo era no...

La furia vibró en las cuerdas vocales de Naúd. Se incorporó de un salto, llegó hasta ellos de tres zancadas. Agarró la mano extendida del hombre, le asestó un puntapié en una corva; el borracho aulló sorprendido, se tambaleó, hincó la pierna maltrecha. Naúd le retorció la muñeca hasta que dejó caer el arma, lo derribó de un empujón y envió lejos el cuchillo con un puntapié.

El borracho consiguió darse la vuelta; la cólera se impuso pronto al desconcierto.

—¡Cabrón! ¿Quién cojo...?

Naúd atajó el exabrupto de una patada a la entrepierna, encadenó dos puñetazos: uno bajo las costillas, al hígado, el otro de abajo arriba. La violencia del choque le estremeció el brazo desde los nudillos hasta el hombro: sintió el rasgar de la piel, el quebrar de la mandíbula; una rociada de sangre le salpicó la cara.

El borracho golpeó la pared, cayó de bruces, regurgitó: sangre, espumarajos biliosos, un pedazo de lengua cortado por sus propios dientes, rojo y brillante. Naúd retrocedió un paso, los músculos tensos, preparado para golpear de nuevo.

No era necesario: el hombre apenas podía sostenerse de manos, aferrado aún a la conciencia pese al castigo que había recibido. Consiguió alzar la cabeza; la sangre le manaba de la boca y la ceja abierta. Barbotó algo ininteligible, le clavó unos ojos —*aquellos ojos*— rebosantes de desprecio, de odio...

¡Vete de aquí, meón!

Ahogó un grito. Un velo rojo le nubló la razón; golpeó con puños y pies

una cara bañada en sangre, un cuerpo que se retorció: chasquear de huesos, aullidos, sollozos. Agarró por el cuello al borracho, le aplastó la cabeza contra el muro. Inexorables, sus dedos se hundieron en la carne flácida de la garganta. Los ojos del hombre empequeñecieron sus pupilas, el odio dejó paso al miedo, al pánico. Una mano intentó romper la presa, se detuvo a mitad del camino, cayó inerte.

Naúd soltó al hombre, respiró con afán; una arcada le revolvió el estómago, le hizo encorvar el cuerpo entre sacudidas. Contuvo las ansias de vomitar. Se miró las manos, se frotó los nudillos: los tenía enrojecidos. Mañana los tendría mucho peor, sería difícil ocultar que había tenido una pelea. Imbécil. ¡Imbécil! Tomó aire, expiró despacio. Calmarse. Debía calmarse.

Se agachó sobre el cadáver y examinó sus ropas: atada con bramante, al cinto, tenía una talega de cuero. Recogió el cuchillo del suelo y cortó el nudo de la bolsa. Dentro, el magro patrimonio del muerto: seis adarnes, un puñado de cuartos; el resto, guijos y conchas para hacer bulto. Naúd sopesó las monedas; había visto tatuajes en los antebrazos del borracho; de seguro se trataba de un estibador de los muelles o un marino pendiente de un nuevo embarque: un ganapán al que nadie echaría en falta. Dejó escapar el aire con un bufido. Ya estaba hecho. De nada valía lamentarse.

Naúd giró sobre los talones. La cantonera: había olvidado que estaba allí. Seguía en el suelo; miraba, absorta, ora al cuchillo que empuñaba Naúd, ora al cadáver. El miedo habitaba sus ojos verdes; la sangre le brillaba en los labios, ya algo hinchados. En su cara se advertían los estragos de demasiadas noches como aquella. Aun así, a Naúd le pareció hermosa.

—¿Está...?

—Sí.

Naúd apartó el cuchillo y arrojó a los pies de la mujer las monedas.

—Vete. Y no le hables de esto a nadie.

La cantonera se acercó a él con una sonrisa débil.

—Gracias... muchas gracias...

La voz de la mujer temblaba aún, pero incluso así le resultó suave, agradable al oído. Tenía un deje peculiar que no supo reconocer, extranjero sin lugar a duda.

—Creí que me mataba... —Extendió una mano pequeña, blanca, cuyos dedos le rozaron el brazo.

Naúd la apartó de malos modos.

—¿Estás sorda? ¡Vete de una vez, maldita sea!

La mujer retrocedió, sobresaltada. Asintió. Después de recoger las monedas del suelo se marchó a paso ligero. Naúd vio cómo se alejaba, observó de nuevo el cadáver, indeciso. Quizá debía arrastrarlo hacia algún rincón. Quizá...

Un apagado rumor de pasos precedió a la lengua sombra que se perfiló callejón abajo.

Mierda, mierda, ¡mierda! Todo por salvar a una puta cualquiera, maldita sea; ¿cómo podía ser tan imbécil?

La sombra menguó hasta desaparecer. Naúd afirmó el cuchillo en la diestra. Era un hombre, embozado en una capa, algo achaparrado; aquella forma de moverse le era familiar. Muy familiar...

—Guarda eso, Largo. —Ezab se detuvo frente a él, le clavó una mirada agria. Naúd se guardó el cuchillo y retrocedió. Su compañero se acercó al cuerpo del borracho; hizo una mueca al voltearlo con el pie.

—¿Quién lo ha acogotado? ¿Has sido...?

—Sí.

—¿Quién es? ¿Lo conocías?

—No.

—¿Te ha visto alguien?

—No.

La desconfianza se traslucía en las pupilas de Ezab. Fue a decir algo, acabó por callárselo.

—¿Cómo supiste dónde encontrarme? —le preguntó Naúd.

—¿Qué cómo lo supe...? He estado toda la tarde buscándote. Vine al puerto, me dio por pasar por el figón al que vamos tanto y me dijeron que habías pasado por allí.

Ezab resopló, se alisó el cabello con los dedos. Su voz sonó tensa, áspera.

—¿Qué cojones te pasa? ¿Y si nos topamos con la Guardia, o un sereno, o un cofrade? ¿Quién es el fiambre?

—No es nadie.

Ezab tomó a Naúd por sorpresa; lo empujó contra la pared, con el antebrazo izquierdo sobre su cuello, el puño en alto.

—¿Cómo lo sabes? ¿Eh? Dime, cómo puedes estar seguro. Podría ser un cofrade. Nos has puesto en peligro. ¿Es que quieres acabar en la horca,

imbécil?

Naúd exhaló por la boca, bajó la barbilla para protegerse la garganta; no trató de quitarse de encima a Ezab. Tan solo lo miró, inclinado hacia él, muy de cerca, y le dijo:

—Suéltame.

Ezab se pasó la lengua por los dientes. Finalmente, lo soltó.

—Si Yezrah se entera...

—No tiene por qué. Yo no le diré nada. ¿Y tú? ¿Se lo vas a decir?

Lamentó aquellas palabras justo después de pronunciarlas, pero no podía echarlas atrás. Su compañero recibió el desplante sin apenas inmutarse: lo traicionaron, sin embargo, el leve temblor que le estremeció las aletas de la nariz y el brillo mortecino que adquirieron sus ojos, fijos en los de Naúd.

Al cabo, Ezab semejó relajarse.

—Está bien. No diré nada de esto. Pero te advierto una cosa: no quiero más tonterías, Largo. ¿Queda claro?

—Sí.

—Ea. Vámonos de aquí; nos están esperando.

Naúd asintió, fue tras su compañero. Hacía frío.

Llegas a nosotros desnudo e inerme, ferai.

Juras Silencio, Lealtad, Fraternidad y Honor, hasta que la muerte te destruya. Lo juras ante la diosa por tu sangre, por la sangre de tus hermanos.

Lo juras, ferai, bajo pena de muerte: sabe que a los traidores se les arrancarán ojos, lengua y vísceras, su carne será entregada a las bestias, y las cenizas de sus huesos se esparcirán al viento.

Sea: levántate, yadiq.

La peste a carne quemada persistía aún en su olfato cuando recobró la conciencia. Rezongó. Una cara apareció borrosa ante él.

—Venga, hombre. Arriba, eso es. Apóyate en mí, Largo.

Los escalones temblaban bajo él. Buscó aire con afán, mareado.

—Todo ha ido bien; había menester hígados y los tuviste. Ya no seré más tu iab; ahora somos un verdadero par. Ya casi estamos. Espera. Agacha la cabeza. Te dejaré en el catre. Sí que pesas, Largo...

Naúd se desplomó sobre el lecho, dejó escapar un gemido.

—Ezab...

—Tranquilo, no estarás solo. Vendrán a cuidarte. Descansa... si te dejan.

—Ezab le dedicó un guiño socarrón, cerró la puerta.

Naúd se abrazó el cuerpo en la oscuridad, estremecido. Se pasó los dedos por los glifos; sentía la piel en carne viva allí donde el pincel había dejado la tintura, una mezcla secreta de resinas, ceras y mordientes cáusticos que habían usado las siervas de la diosa durante generaciones. Los glifos trazaban caprichosos arabescos, signos de poder; pronto se volverían de color cárdeno y dejarían de escocerle, pero ahora la agonía era casi insoportable.

El recuerdo de la investidura danzaba todavía en sus mientes: el frío de la piedra sorbiendo el calor de su cuerpo desnudo; la mirada de Yezrah, atento a cualquier muestra de debilidad; y el olor, aquel nauseabundo hedor a carne quemada, su carne, a medida que los trazos del pincel lo acariciaban. Luego todo comenzó a girar, a tambalearse, mientras los latidos del corazón le atronaban los oídos.

Cálmate; ya ha pasado. Tranquilo... Un agradable sopor comenzaba a embargarlo cuando escuchó el quejido de la puerta al abrirse. Abrió los ojos y tuvo que entrecerrarlos, deslumbrado; alguien había prendido el candil de la celda. Parpadeó para aclararse la vista. Una figura menuda se acercó al lecho, dejó una bandeja en el suelo y se inclinó hacia él. Al contraluz, los rasgos de Nazaya le parecieron afilados, aun torvos; los ojos negros como pozos, los pequeños dientes blanquísimos en su sonrisa...

Unos dedos fríos le palparon la frente.

—Estás ardiendo... Espera. —Nazaya recogió un cuenco de la bandeja y se lo tendió, autoritaria—. Bebe. Te calmará la fiebre.

Obedeció. La infusión estaba endulzada con miel, pero reconoció el regusto amargo a sauce y verbena. El líquido le entibió el cuerpo; una arcada estuvo cerca de arrebataré del estómago, pero pudo contenerla. Se echó hacia atrás, cerró los ojos. Sintió algo húmedo y fresco en la frente.

—Estoy orgullosa de ti, Naúd. Ni siquiera parpadeaste; no es la primera ceremonia de investidura a la que asisto. Muchos otros hincaron la rodilla ante el dolor.

Naúd resopló. Maldita sea, ¿por qué no lo dejaba en paz?

—Ya eres un yadiq... ¿Cómo te sientes, Naúd?

—¿Qué...? —musitó, confuso.

—Nunca mataré en nombre de la diosa, pero siempre me he preguntado cómo será quitarle la vida a alguien... Dime, ¿qué se siente, Naúd?

—Déjame descansar...

Nazaya desoyó su protesta y se acercó, decidida.

—Hace ya tres meses que tuve mi primera sangre; llevo todo ese tiempo esperándote, Naúd. Solo podré aspirar a ser una hija si he conocido hombre.

Nazaya se despojó de la túnica. Se ofreció desnuda ante él, sonrió; su pequeño cuerpo era hermoso, cautivador.

—Quizá estés demasiado débil para que consumemos nuestro lazo, pero será mejor que me asegure...

Nazaya le desanudó las calzas. Sus dedos fríos le fisgaron la entrepierna, rodearon su sexo. No mucho después, con un espasmo, una pujante erección le llenó de sangre el miembro.

—Vaya; no estás tan débil como parece...

Nazaya se puso a horcajadas sobre él. Titubeó un buen rato con su miembro en las manos —manos frías, suaves—, reunió valor y lo dirigió hacia sus adentros. Lo hizo con decisión al principio, aunque luego se amilanó un tanto; Naúd la vio dolerse, dudar; pero al fin, entre jadeos, lentamente, se dejó caer sobre él.

Tras una breve resistencia, sintió cómo su carne se sumergía en la de Nazaya, tersura húmeda y cálida como un beso; la mujer gimió arqueando la espalda, los ojos cerrados, las facciones contraídas. Comenzó a mover las caderas entre jadeos roncós, casi animales; sus pechos, pequeños y puntiagudos, oscilaban con cada acometida. Sus movimientos se volvieron cada vez más frenéticos. El miembro de él se arqueaba en su interior, casi dolorosamente.

No duró demasiado. El clímax dejó a Naúd exhausto, sin resuello; Nazaya se quedó muy quieta, con la cara arbolada, reluciente de sudor. Tras un rato se retiró de él; tenía los muslos manchados de sangre, y la simiente comenzaba a gotearle del sexo.

Nazaya se acarició protectora el vientre, sonrió.

—Si la diosa es benévola engendraré un hijo tuyo. —Un gesto apasionado le confirió una belleza salvaje, fascinante, casi aterradora—. Un

hijo fuerte y valiente, diestro en la lucha como tú...

Naúd jadeó, sofocado, sintiéndose desfallecer; la imagen de Nazaya se agitó ante él, persistió fiera e irreal en su retina durante su caída hacia la nada.

8

Sin padrinos ni nocherniegos, al atardecer, en un rincón solitario del jardín de los Suspiros: así lo habían acordado.

Cuando llegó, su oponente ya lo esperaba. Se saludaron sin palabras y quedaron quietos largo rato antes de desembarazarse de los mantos y desenvainar las espadas.

El aire helado le mordió la piel a través del colete. Irguió el cuerpo, adelantó la hoja de la espada y atrasó el brazo desarmado, presto para desviar, atrapar o golpear.

Su adversario —en la penumbra del jardín, los ojos le brillaban como los de un animal al acecho— adoptó una guardia elaborada, propia de las nuevas tendencias impuestas por los maestros de destreza extranjeros.

Sonrió, despectivo. Él no se había adiestrado con maestros de armas de a dos velas la lección, sino con nocherniegos y capitanes de navío. Aunque poco importaba quién los hubiera adiestrado, sino quién de los dos era el más hábil. Y aquello solo podía probarse espada en mano.

Con un asentimiento mutuo comenzaron. Por unos instantes, tan solo se escuchó el silbido de sus respiraciones y el zapatear de sus pasos en el piso de arcilla. Clap, clap, avance, acometida; clap, clap, retroceso, quite, cuchillada.

Los latidos de su corazón semejaron detenerse, su visión se estrechó para enfocar al oponente. Más allá de aquello, el mundo dejó de existir.

Su rival era nervioso, huidizo. Evitaba agregar las hojas, como si al hacerlo anticipara la derrota. Él no perdió la calma y avanzó sin arredrarse,

en tanto que rechazaba sus furiosas acometidas. Trabaron aceros; él probó a atajar para ganarle tercios, y el otro reaccionó de forma exagerada, librando para acuchillar hacia la cabeza.

Controló la espada de su adversario mientras los filos se mordían; después, en un único y sutil movimiento, levantó la mano, giró la hoja y acometió de punta. El lomo de su espada deslizó por el filo contrario con un susurro; el otro vio venir la estocada y se echó atrás en un quiebro a la desesperada. La punta erró su garganta, pero lo alcanzó en una mejilla.

El dolor de la herida —un largo corte desde el pómulos a la sien— y el miedo descompusieron el temple de su adversario, que ahogó un grito y avanzó dando torpes cuchilladas. La sangre le bañaba el demudado rostro.

Él sonrió, avieso, y retrocedió con cautela, justo fuera del alcance de las cuchilladas del otro, hasta que vio una línea abierta. Quitó un tajo desmañado y acuchilló de revés. Volvió a hacer carne su hoja, esta vez en la muñeca; su adversario chilló de angustia, soltó el arma, trastabilló y cayó de espaldas.

Sonrió de nuevo, triunfal, y le puso la espada en el cuello.

—Retractaos de vuestras palabras.

En el suelo, su rival apretó las mandíbulas, henchido de rabia y rencor.

—No. Nunca. Antes prefiero la muerte.

Él asintió, despectivo.

—Sea.

Su adversario cerró los ojos, como si se rindiera al destino. Él dudó un momento. Fue suficiente.

Oyó pasos por el sendero, y después, una voz de mujer.

—¡Alto! ¡Nezaj! ¡No lo mates, por todo lo sagrado!

Se volvió hacia la voz. Había venido a la carrera; tenía alborotados los cabellos y descompuesto el semblante.

—¿Linai...? ¿Qué demonios haces aquí?

Retiró la espada y dio un paso atrás, azarado. Ella pasó a su lado sin mirarlo, se arrodilló junto al hombre caído y lo abrazó entre sollozos.

Entonces lo comprendió. Podría haber ganado aquel duelo, pero había perdido el que verdaderamente importaba.

—¿Padre? ¿Os encontráis bien?

Nezaj miró a su hijo con extrañeza.

—Sí. Estoy bien —respondió mientras se acomodaba en el asiento. El traqueteo del carruaje le estaba machacando los riñones y la espalda, aunque, al menos, había amanecido bastante repuesto del ataque de estranguria.

—Padre, quizá deberíais haberos quedado en cama. El médico...

—¡He dicho que estoy bien, maldita sea!

Derab le rehuyó la mirada y puso gesto de perro apaleado. Las ballestas del carruaje crujieron; giraban hacia la izquierda en el cruce de la avenida de la Vieja Sangre y el paseo de la Fortuna. Con un reniego, Nezaj enderezó la espalda. De buena gana se habría quedado en la cama, pero había mucho que hacer, mucho por lo que preocuparse.

—Es una lástima que Teramal no haya heredado la destreza con las armas de Leydn —dijo con una mueca agria—. Ahora tendríamos menos problemas.

—¿Cómo podéis decir eso, padre? —Derab parecía escandalizado de veras, lo cual divirtió un tanto a Nezaj—. Vos mismo habéis repetido cientos de veces que aquello fue una estupidez.

—Claro que lo fue. Una estupidez rematada. Pero, ya puestos, nos habría dolido menos la cabeza si tu sobrino hubiera matado a Urías en el duelo, con padrinos de por medio. Teramal tendría que pasar un año o dos en el extranjero y los Mur Teryed nos pedirían una reparación digna del rescate de un príncipe, pero ahí habría quedado la cosa...

Nezaj se llevó la mano a las sienes. Un dolor sordo comenzaba a martillárselas.

—Ah, de nada sirve lamentarse. Lo hecho, hecho está.

Con la mirada ausente, su hijo asintió. Sopesó largo rato sus palabras hasta que por fin decidió soltarlas:

—¿Por qué ha tenido el jerarca que convocarnos en vísperas? ¿A qué tanta premura?

—Es obvio. Jezem lo habrá apremiado para que convoque la audiencia hoy mismo. Al cabo, son familia.

Un raptó de enojo ensombreció el gesto de Nezaj. Maldito fuera Jezem Mur Teryed y su sangre. Ah, Nezaj, viejo estúpido, ¿por qué no lo mataste cuando tuviste la oportunidad?

—Mezaras debería haber esperado al menos hasta la semana que viene —dijo—. Ahora estarán muy alterados los humores; la sangre del muerto aún no se ha secado.

—Dicen que lo mataron a golpes y cuchilladas, como a un perro, y que apenas si lo pudieron reconocer por los anillos... ¿Es cierto?

—Sí. Es cierto. Incluso para un Mur Teryed, es una muerte indigna.

—Nos culparán...

—Sí. Cómo no.

—Pero... no fuimos nosotros.

—Guarda cuidado, hijo. No fuimos nosotros.

—En tal caso, no tenemos nada que temer...

Nezaj contempló a Derab. El suspiro que le brotó del pecho fue profundo y cansado. Lo quería, o eso deseaba creer, pero eso no le impedía darse cuenta de sus limitaciones. Había perdido ya la esperanza de que llegara a echar garras. Frisaba los cuarenta y siete años y seguía siendo un ingenuo; leal y de buen corazón, sí, pero sin uñas para los negocios o la política. En fin, qué le vamos a hacer; por lo menos me ha dado siete nietos, tres de ellos varones...

—Tenemos mucho que temer, Derab —contestó, armándose de paciencia.

—Pero ¿por qué? No tienen pruebas...

—No las necesitan. ¿Quién tendría más motivos para matar a Urías? *Cui bono*, como diría tu primo Izíah. ¿Qué pensarías tú si no fueras un Mur Asyb?

Su hijo fue a protestar, pero decidió contener la lengua, visiblemente desazonado. Nezaj miró afuera. La avenida de la Vieja Sangre despertaba apenas, y las mimbreras y sauces de sus márgenes lloraban el relente de la noche. Unos pocos coches sin librea subían en dirección opuesta, con toda probabilidad juerguistas de vuelta tras una noche de jarana.

La atención de Nezaj regresó al interior del carruaje.

—A estas alturas —dijo con resignación—, poco importa.

Derab alzó las cejas, atónito, pero se cuidó mucho de interrumpirlo.

—Lo que importa de verdad —prosiguió Nezaj— es lo que crean los demás. Si dicen que somos unos asesinos nos ha de importar, Derab. Podríamos tener que hacer frente a una *reprobatio dignitātis*.

Su hijo no replicó. Mantuvieron un agrio silencio, atemperado por el traqueteo cadencioso del carruaje, hasta que Nezaj decidió zanjar el asunto.

—En fin. No adelantemos acontecimientos; pronto sabremos por qué herida respiran los Mur Teryed, y con qué quieren restañarla, si con plata o con sangre. Hablemos de otra cosa. De lo que sea.

Mohíno, Derab asintió. Después se decidió a cambiar de tercio:

—He recibido carta de Jebael, padre... —comenzó a decir con suma cautela, como si anduviera sobre cristales rotos.

Vaya. De todos los temas posibles, tenías que elegir ese, hijo mío. Nezaj afiló la expresión. Al sentir el venablo de su mirada, Derab se encogió contra el asiento.

—Por lo que sé, tu hermano se ha aficionado mucho a escribir cartas.

—Regresará a Mur'ubi pronto. Antes de la invernada, si le es posible.

—Oh. Excelente.

Derab bufó, desesperado.

—Por favor, padre... Ha pasado once años fuera de casa.

Los malos recuerdos comenzaban a avinagrar el semblante de Nezaj, que nada dijo. Derab, tras otra porción de titubeos, habló con voz opaca y triste:

—Lo echo de menos, padre.

Nezaj asaeteó a su primogénito con los ojos. Claro que lo echas de menos, hijo. Estás harto de que el peso de este linaje recaiga sobre tus hombros y temes que te nombre a ti patriarca, porque no quieres esa responsabilidad. Nunca has querido ninguna...

El carruaje dio un barquinazo y frenó luego en seco, entre los soes y reniegos del cochero. Nezaj se asomó por la ventanilla. Vio parte de otro coche, sin librea, que venía de la calle Vientos. Nefili, su factótum, ágil como un gamo pese a su tamaño, bajó del pescante para asistir al cochero. La sola presencia del gigantón zanjó pronto el asunto y reanudaron la marcha.

Nezaj corrió las cortinas y cabeceó con desánimo al ver a Derab. Quizá soy demasiado duro con él; en el fondo, no es culpa suya. Su madre lo consintió en exceso. Ah, si Dezai le hubiera dado más varones: todo sería bien distinto. Era él o Jebael, y aún no se había decantado por ninguno.

Tal vez queriendo alejar aquella espina, Nezaj se fijó en el cartapacio que llevaba su hijo en el regazo.

—Creo que tenías que decirme algo sobre los últimos balances contables.

Derab evitó mirarlo de frente, asintió con brusquedad.

—Así es, padre. He...

—Déjame verlos —lo interrumpió Nezaj. Su hijo le tendió los papeles, reacio. Después de examinar atentamente las cifras, Nezaj tragó saliva; y fue un trago harto desagradable—. ¿Estás seguro...?

—Sí, padre. Las he revisado yo mismo tres veces.

—¿Treinta y cinco mil libras de plata...? ¿Incluidos intereses?

Derab negó con desánimo.

—No, padre. Sumando intereses debidos y compensaciones, la suma supera las cincuenta mil libras.

Nezaj se quedó sin habla unos instantes.

—¿Cuándo... cuándo fue el vencimiento?

—Hace dos semanas.

Nezaj le devolvió el cartapacio. Apretó los puños, se forzó a respirar despacio.

—Dos semanas... Dime, ¿por qué has esperado tanto para decírmelo?

—Estabais en cama... Yo... No quería molestaros.

—¡Debiste decírmelo antes! ¡Maldita sea! ¿Cuánto tiempo podremos aguantar así?

—No mucho, padre. Corremos el riesgo de quedarnos sin liquidez.

Nezaj maldijo al emperador y a su negra estirpe. Sabía bien el porqué del retraso en el abono: los hijos de la gran puta estaban esperando a ver qué ocurría con la sucesión de Mezaras. Si el Tratado Rojo no se ratificaba, incluso serían capaces de dejar de pagar. Y no podían permitírselo. Sería la ruina.

—Me reuniré con Salafir. ¿Quién más ha visto el balance de estas cuentas?

—Solo Yahel y dos oficiales de la teneduría. Nadie más.

—Que siga así. Hablaré con Yahel antes de la audiencia.

—Najor me preguntó al respecto, no hace mucho...

—Dale largas. No debe saber nada hasta que yo lo diga. ¿Entendido?

—Pero... tiene derecho a saberlo, padre. Parte de sus fondos están en esa cuenta. Y el cierre del ejercicio es dentro de un mes... Será imposible ocultar algo así.

Con un gruñido, Nezaj se incorporó en el asiento y agarró a su hijo por los hombros. A menos de un palmo, le habló en voz baja pero clara:

—He dicho que no debe saber nada hasta que yo lo diga. ¿Está claro?

Derab trató de rehuir sus pupilas, pero no pudo. Afirmó con la cabeza una sola vez. Satisfecho, Nezaj lo soltó.

—Como te he dicho, hablaré con Salafir. Tal vez sea un error.

—Está bien, padre.

Una sombra veló el coche. Nezaj miró por la ventanilla; entraban en la

plaza Mayor por el pasaje cabe la avenida de los Tarajes. Habían llegado.

—Vamos —le dijo a Derab—. Conociendo a Najor, ya estará impacientándose.

Yahel, el maeso contador, los recibió con una ensayada reverencia en el vestíbulo de la teneduría.

—Buenos días, mur. Najor os espera en la sala de juntas —dijo, tan circunspecto como siempre, con una mano en el pecho y otra en la espalda.

—No lo hagamos esperar, pues.

El maeso los acompañó hasta las puertas de la sala. Antes de abrirlas, se detuvo un momento para preguntar:

—¿Deseáis algo más, mur?

—No. —Nezaj lo despidió, pero cambió de idea—. Espera, Yahel; después de la audiencia en el Cónclave quiero que revisemos los libros. Tenlos preparados. Sobre todo, la cuenta de lucros y daños.

Yahel parpadeó. Un temblor ligero, casi imperceptible, le agitó la nuez, pero se rehízo y asintió con presteza.

—Bien, mur... Cómo no.

Inquieto, el maeso contador evitó su mirada mientras se atusaba las barbas con los dedos, huesudos y manchados de tinta. Nezaj tenía por cierto que su temor no era que se encontrara un yerro en los libros —llevaba lustros al servicio de su linaje, y era de los mejores contadores de Mur'ubi—, sino a despertar su ira.

Yahel abrió las puertas de la sala y las cerró una vez entraron. Najor, ante los ventanales, se volvió hacia ellos. Un ceño le ensombrecía el gesto, de por sí no muy afable. Pese a que debería estar acostumbrado, a Nezaj siempre lo asombraba la disparidad entre los dos hijos de Taleb Mur Mevnorás. Mientras Izíah era alto y delgado, su hermano era rechoncho y membrudo; mientras Izíah era pálido, de rasgos nobles y aquilinos, Najor era moreno y tosco. Sus temperamentos —no podía ser de otro modo— también eran antagónicos. A tenor de aquello, debería sentir predilección por Najor antes que por Izíah, pero no era así.

En fin. Mal que le pesara, Taleb lo había designado como su heredero; no había nada que hacer. Nezaj hizo un gesto hacia la mesa de juntas.

—Vamos. Sentémonos.

—Prefiero seguir de pie, tío.

—Está bien. Como gustes.

Nezaj se sentó a la cabeza de la larga mesa. Ahuyentó con aire ausente las motas de polvo que flotaban en los haces de luz provenientes de los ventanales, hacia donde dirigió la vista: desde allí podía verse la explanada cabe el palacio y la fuente de Leviatán. Aún no había ningún carruaje.

Se volvió hacia Najor. Nervioso, el Mur Mevnorás recorría la estancia, sin atinar a hablar. Derab miraba a su padre con aire de reproche, como animándole a que tomara la palabra, pero Nezaj lo silenció. Deja que hable primero, le dijo con la mirada.

—Esto lo cambia todo... —Najor se detuvo; se apoyó en la mesa, frente a ellos—. Y no para bien, precisamente.

Con un apunte de sonrisa, Nezaj se encogió de hombros.

—Los planes de boda de Euristo se han ido al traste, eso seguro.

Najor cerró las manos en unos puños gruesos y sanguíneos.

—No, tío: los de Jezem, si acaso. Euristo terminará por casar a su hija Silvara. Con el mejor postor. Y no seremos nosotros. No con nuestra *dignitas* por los suelos.

Nezaj dejó suelta la sonrisa mordaz que había refrenado antes. *Dignitas*. Huesos de los yrdn, sobrino, qué sabrás tú lo que significa tener *dignitas*. Aquel concepto, heredado de la nobleza tamarquia, tenía ya poco sentido en sus años mozos; ahora era huero como un pozo seco.

—La gente dejará de hablar de ello, sobrino; solo es cuestión de tiempo.

—Además —terció Derab—, no hemos sido nosotros, primo.

—Hombre... ¡Faltaría más!

Najor agachó la cabeza y la meneó a un lado y a otro. Tomó asiento de una dichosa vez y puso las manos abiertas sobre la mesa.

—No se trata solo de dinero —prosiguió, caviloso—. Los Mur Beraj desean también un enlace matrimonial que mejore su ascendiente.

—Claro que sí —repuso Nezaj—. Como todos los advenedizos, Euristo quiere sangre vieja para ennoblecer la suya. —Nezaj mostró un visaje de desprecio—. Su padre era un plebeyo, un lanero venido a más; cuando el viejo Elai Mur Beraj, agobiado por las deudas, le vendió la mano de su hija,

la dote incluía el asiento en el Cónclave...

»Y, por cierto, ¿qué clase de nombre es Euristo, por los huesos de Quilnub?

—Es aranés, padre. Los antepasados de los Mur Beraj provenían de allí. Por lo visto es una tradición familiar.

Nezaj bufó.

—Peor me lo pones. Ah, deberíamos haber promulgado leyes para evitar casos así... —Dejó que se apagara la frase; no encontraba palabras para expresar su frustración. Derab lo observaba quedo, como esperando a que se calmaran sus ánimos. Aquella pasividad lo irritó todavía más.

—La *dignitas* —dijo Nezaj, a modo de conclusión—, no puede comprarse con plata.

Najor descruzó los brazos.

—De acuerdo, tío. Los Mur Beraj son unos advenedizos. Aun así, siguen teniendo dos votos. Y son imprescindibles para coronar al próximo jerarca. Aunque, a fuer de sinceros, tío, comienzo a preguntarme si la corona merece tantos esfuerzos.

—¿Tendré que repetirlo una vez más, Najor? No podemos permitir que los Mur Teryed sienten a otro jerarca en el trono. Nos jugamos mucho.

—Sé bien lo que está en juego, y por qué: nos hemos ahorcado con nuestra propia soga. Los préstamos al Imperio serán nuestra ruina.

—¡Oh, por favor! Otra vez con eso. Pareces olvidar que esa alianza nos ha dado decenios de prosperidad.

—Tal vez. Pero sabéis bien, tío, que, con el tiempo, acreedor y deudor terminan en la misma cama y con las mismas pulgas y fiebres...

Algo en el tono de Najor —el Mur Asyb no habría sabido decir exactamente qué— lo zahirió sobremanera. Nezaj se levantó de la silla y alzó, rígido, la barbilla; un ramalazo de cólera le batía el pecho. Lejos de arredrarse, su sobrino lo encaró con un sosiego rayano en la insolencia.

Derab, asustado como un niño que asiste a una riña entre adultos, reclamó entonces su atención.

—Calmaos... padre, primo, calmaos. Sentaos, os lo ruego.

Obedecieron. Tras serenar los ánimos, Najor habló de una vez, con pesadumbre en la voz.

—No lo conseguiremos. Incluso con ellos sería difícil. Necesitamos tres votos más.

—¿Tres votos? —repuso Nezaj—. ¿De qué hablas?

—Vamos, tío. Los Mur Quirab aún no se han decantado oficialmente, pero es un secreto a voces que los Mur Teryed los tienen en la faltriquera.

Nezaj resopló furioso.

—Habladurías. Los Mur Quirab no se atreverían a darnos la espalda; y mucho menos Selayas.

—Selayas, quizá no. Pero su hijo Araz no tendría demasiados reparos en hacerlo, y el viejo apenas si se atreve a mear sin su consentimiento.

»Además —Najor meneó la cabeza con desánimo—, se rumorea que Jezem le ha prometido a Araz un préstamo de cinco mil libras a cuatro puntos.

—¿Qué...? ¿Cuatro puntos...? ¿Está loco?

—Le ha ofrecido, además, una participación comanditaria en su sociedad.

Cabizbajo, Najor entrelazó los dedos, tomó aire y lo soltó luego en una exhalación honda.

—No podemos igualar su oferta, tío. Nos hundirán. Pueden hacerlo. Ya han hecho amagos; han bajado los precios del calhré, el carbón y el alumbre en los mercados de Sazerna, Dovara y Ziark, donde enviamos el grueso de nuestros fletes.

—Vamos, sobrino. No harán eso. Perderían demasiada plata.

—Sí. Pero nosotros más. Y ellos pueden permitírselo. Nosotros, no. En el último trimestre, nuestros activos igualaban los pasivos. Y según parece, nos no ha ido bien esta temporada. Piratería, tormentas... nada inusual, pero hemos perdido demasiados fletamentos, y las pólizas no cubrirán todas las pérdidas.

—Podríamos vender propiedades... —aventuró Derab, tímido—. E incluso algunas participaciones de nuestras sociedades.

—Sí, primo. Podemos. Pero si lo hacemos, se sabrá. Y si no parecemos solventes, no lo seremos

Nezaj se sacó el resuello que le ardía en el pecho con un reniego. Golpeó la mesa con las palmas abiertas; sus anillos tintinearón en la madera.

—¡Condenado Selayas...! Nunca debí casar a Sezá con uno de ellos...

En el espacio que siguió, la rabia que hervía en las entrañas de Nezaj fue apaciguándose. Terminó por alzar las manos, resignado.

—Está bien. ¿Qué podemos hacer?

Najor se rascó las mejillas, casi ocultas por la barba, negra y espesa.

—Hay otra opción. Teramal heredará pronto. Y sé que Silvara lo mira con agrado.

Derab terció, esta vez con más decisión, e incluso un punto de socarronería.

—Me consta. Dicen que trabaron palabras en la última fiesta de disfraces de los Mur Neifás.

—Os recuerdo —dijo Nezaj—, que Euristo desoyó nuestra propuesta de matrimonio. Como si fuéramos unos pordioseros.

—Sí, tío. Pero Silvara tiene a su padre bailándole el agua, todo el mundo sabe eso; Euristo no forzará a su hija a casarse con alguien que no sea de su agrado...

»Aunque tengo una mejor baza. He pensado en ofrecerle algo diferente a lo que le ofrecen los Mur Teryed. Algo mucho más tentador.

—¿Y bien? Dilo de una vez, hombre. En ocasiones te pareces a tu hermano.

Najor sonrió con frialdad.

—Antes dijisteis que es un advenedizo que quiere mejorar su ascendiente en el Cónclave. Los Mur Teryed le han ofrecido a los Mur Beraj ser otro linaje adicto a ellos, bajo su ala, pero Euristo es orgulloso. Prefiere ser cabeza de ratón antes que cola de león. Pensadlo, tío: si hubiera querido lo que Jezem le ofrece, ya lo habría aceptado.

»Presentémosle una asociación más ventajosa: ofrezcámosle el jerarcado. Que sean ellos quienes decidan quién se sentará en el trono. Les impondremos ciertas condiciones, por supuesto.

—No. Jamás.

—Por todo lo sagrado, tío, recapacita: ¿qué es mejor, que el próximo jerarca sea un Mur Beraj de nuestro lado o un Mur Teryed en nuestra contra?

Nezaj se pasó los dedos por la barba, los cerró después en un puño.

—No. Esos advenedizos pican demasiado alto...

—Padre, creo que Najor tiene mucha razón.

—Antes prefiero vernos quebrados que sufrir esa humillación.

—Pero...

—¡HE DICHO QUE NO, MALDITA SEA!

Su grito resonó en la estancia como un disparo de arcabuz. Derab se retorció las manos; su primo Najor envaró el cuerpo; cuando dejó la silla, en los ojos le chispeaba la rabia.

—Nos veremos en la audiencia, tío. Adiós, primo.

Se fue, sin molestarse en cerrar la puerta. Derab se apresuró a cerrarla; con la mano aún en el picaporte, carraspeó.

—Padre... Creo que...

—Ni una palabra más sobre esto.

Nezaj se levantó de la silla con una mueca; una fuerte punzada le traspasó la vejiga. Arrugando el gesto, se alisó la túnica e irguió la espalda, rígida y dolorida.

Miró una vez más por el ventanal, hacia la explanada. Habían llegado algunos carruajes, y junto a la fuente del Leviatán comenzaban a formarse los habituales corrillos de los egregios, rodeados de consortes, criados y nocherniegos, en los cuales se dirimían asuntos y se ultimaban acuerdos antes que en el mismo Cónclave. Nezaj se preguntó si los Mur Teryed estarían ya allí, recibiendo pésames y condolencias. Reunió ánimos. No sería una audiencia cómoda.

—Vamos, Derab. No quiero llegar tarde.

Cuando ocupó su asiento, la vieja madera del sitial protestó con un crujido. Entretanto los demás egregios hacían lo propio, Nezaj paseó la vista por la cámara.

La luz de la mañana entraba perezosa por los lucernarios emplomados de la cúpula; los criados habían prendido lámparas y braseros, y las volutas de humo se remansaban en la bóveda dibujando arabescos.

Cómo no, sus ojos tropezaron con los de Jezem Mur Teryed, cuyo sitial estaba al otro lado de la cámara, justo enfrente del suyo.

Según el ritual tácito que llevaban conduciendo desde hacía tantos años, el Mur Asyb y el Mur Teryed trabaron las miradas. Nezaj no pudo menos que admirarse de lo irónico que resultaba aquello: habrían cambiado las armas, pero seguían librando aquel duelo, sin visos de que este se resolviera algún día.

Buscó, como siempre, la cicatriz en la mejilla de su rival; era difícil dar con ella, medio oculta por la barba, cana y frondosa, a menos que uno supiera

dónde mirar...

... ah, allí estaba. Nezaj sintió un malsano regocijo y, satisfecho, se retrepó en el asiento. Treinta años duraba ya aquella rivalidad; treinta años en los que habían visto envejecer al otro, audiencia tras audiencia, entre dardos de odio de sitial a sitial.

Una sonrisa tenue se perfiló en su gesto. Por extraño que sonara, aquel odio suyo, intenso y feroz, había resultado más duradero que la más íntima de las amistades.

La voz grandilocuente del ujier sacó a Nezaj de su ensimismamiento.

—Su alteza Mezaras, jerarca del Cónclave.

Como los demás egregios, Nezaj se puso en pie para recibir al jerarca. Mezaras entró en la cámara, ayudado de un sirviente; tras subir con mucho trabajo las escaleras y acomodarse en el trono, despidió al muchacho y les hizo una señal cansada para que volvieran a sentarse.

Nezaj lo escrutó. El jerarca acusaba aquella mañana más que de costumbre los estragos de la edad: la túnica talar le colgaba con desmayo de los hombros huesudos; en el semblante, las manchas de la piel y las ojeras profundas acentuaban su aspecto enfermizo, frágil.

La sesión comenzó con las fórmulas de rigor, que el jerarca pronunció arrastrando las sílabas, como con indecible esfuerzo. Después, con una inusitada emoción en la voz, añadió:

—Hoy, vuecelencias, nos reunimos mortis causa; hacía años que nuestra sangre no se derramaba en las calles de Mur'ubi. No debemos escatimar esfuerzos hasta encontrar a los culpables...

Como si aquel arrebato de energía se hubiera cobrado su precio, una tos seca y dolorosa le forzó a detenerse y doblar el cuerpo. La cámara aguardó en vilo a que el jerarca se recuperara.

—Antes de comenzar —continuó, al fin—, quiero presentarle mis condolencias a Jezem Mur Teryed por la muerte de su hijo Urías.

Nadie se atrevió siquiera a pestañear tras las palabras del jerarca. Con una mueca de dolor, el anciano se ajustó la cinta de argento que ceñía las sienes, se aclaró la garganta y luego dijo:

—Llamad al senescal.

El ujier golpeó el suelo con el bastón dos veces.

—Zaiel Mevnorás, senescal de Mur'ubi.

El senescal traspuso las puertas y llegó hasta el estrado. Nezaj lo observó

con interés. Zaiel parecía tenso, nervioso, incluso, aunque no titubeó al ocupar su sitio ni le tembló el pulso al entregarle la capa púrpura a un fámulo. Saludó al jerarca como mandaba el protocolo, y luego fue mirando a los egregios, de izquierda a derecha.

—Vuecelencias, comparezco para responder a sus preguntas —comenzó—. Tengo aquí el informe del magistrado, el cual levantó el cadáver de Urías Mur Teryed ayer, a primera hora de la mañana.

Zaiel sacó varios pliegos de papel, los alisó sobre el estrado y se aclaró la voz antes de comenzar a leer. Nezaj dejó pronto de prestar atención. Las circunstancias del asesinato eran *vox populi*; no obstante, aquello no tuvo al senescal, que no les ahorró los detalles macabros:

—... Urías recibió al menos once cuchilladas en el cuerpo y numerosos golpes en la cabeza; le causó la muerte un tajo profundo en el cuello. El cadáver no presentaba signos de haber sido arrastrado o movido. Conservaba todas sus ropas y pertenencias.

»Después de interrogar a los dueños de las casas y locales, incluido el de la mancebía del Buen Solaz, no se encontraron testigos de los hechos.

Zaiel levantó la vista del pliego.

—He usado todos los medios a mi alcance para averiguar si este último punto es cierto; hasta ahora, nadie vio a los asesinos. No obstante, he...

—Con la venia del Cónclave, senescal, permitidme que os interrumpa. Creo que, en resumen, nos estáis diciendo que no tenéis ni la menor idea de quiénes asesinaron a Urías... ¿verdad?

Había hablado Ebel, de los Mur Neifás, con su habitual mueca de desdén, las cejas juntas en un ceño perpetuo. Nezaj contuvo un bufido; como de costumbre, Jezem prefería que ladrara su perro antes que hablar él.

El senescal aguantó el tipo con aplomo, aunque al responder bajó la mirada.

—Sí, así es. Nada, por ahora.

—Nada. Lástima. Bien, senescal, si no sabéis quién asesinó a Urías... ¿a qué habéis venido? ¿A leernos el informe del magistrado...?

—No sé quién asesinó a Urías y a sus nocherniegos, vuecelencia —repuso Zaiel—. Todavía no. Pero, como iba a decir antes de que me interrumpierais, estoy seguro de varias cosas sobre los asesinos. Fueron al menos cuatro hombres de armas, buenos con la espada. Asesinos de profesión, sin duda.

La cámara se llenó de murmullos; se palpaba un creciente enojo y frustración, sobre todo entre los linajes adictos a los Mur Teryed.

Mezaras alzó una mano. El ujier llamó al orden con tres bastonazos.

—¿Os hacéis una idea de lo que implican vuestras aseveraciones, senescal? —dijo Ebel.

—Sí, vuecelencia. Lo sé.

—Al igual que todos, imagino. Si alguien pagó para que un mur cayera bajo el cuchillo, lo más lógico es que fuera uno de los nuestros el que lo ordenó.

Los murmullos se reanudaron, crecieron en volumen. La mayoría de los egregios mostraba indignación, asombro o vergüenza; Nezaj, en cambio, se mantuvo quedo, manoseando sus anillos; de hito en hito, observaba a los demás. Jezem también callaba, rígido cual asta de lanza. Entre ambos iban y venían miradas de soslayo, elocuentes como la indiferencia que aparentaban.

—Decidme, vuecelencias —continuó Ebel—, ¿quién, salvo un mur, sería tan osado? ¿Quién, sino alguien influyente y rico, podría disponer de los recursos necesarios? Y, vuecelencias, quizá ese alguien esté ahora mismo en esta sala.

Voces airadas de protesta, ceños sombríos. Una voz que se impuso al revuelo:

—¡Por favor! ¡Calma! —Najor se puso en pie y extendió las manos con las palmas abiertas—. Ebel, esa acusación es muy grave. Mucho, como para arrojarla a la ligera.

—¡No pienso retractarme! —Ebel se puso también en pie, como midiéndose con Najor—. Decid, en ese caso, ¿quién iba a querer asesinar a mi sobrino? ¿Quién? *Cui prodest*, Najor. *Cui prodest*.

—No sabemos los motivos. Pudieron ser muchos... —terció Zaiel, sin demasiada convicción.

—¿Sí? ¿Cuáles, senescal?

—Deudas, por ejemplo. O un amante despechado, tal vez.

—¿Deudas? ¿Deudas decís, senescal? ¿Creéis que Urías tendría deudas cuya familia no pudiera saldar?

Ebel sonreía con desdén; acorralaba a Zaiel con cada pregunta, y disfrutaba con ello.

—No, claro, no he querido decir eso... no exactamente.

—¿No exactamente? ¿Qué queríais decir, pues? Explicaos, senescal; sed

claro.

—Quizá eran... deudas a título personal. Vuestra familia no tendría por qué estar al tanto.

—Eso es absurdo. Si vos fuerais el prestamista de Urías, ¿para qué ibais a matarlo, dando el dinero por perdido, si sabéis perfectamente que su linaje podría pagar las deudas?

El senescal bajó la mirada.

—Cierto, vuecelencia.

—No obstante —siguió Ebel—, me ha parecido muy acertada vuestra primera suposición: despecho.

Nezaj se inclinó en el asiento. Ay, ay. No vayas por ahí. No te atrevas...

—Todos sabemos bien el dizque que corrió por todos los mentideros de Mur'ubi unas semanas atrás...

—Contened a vuestro socio, Jezem. —Nezaj se levantó, lívido; el índice con el que señalaba a Ebel temblaba—. Contenedlo, no sea que diga algo de lo que se arrepienta.

Ebel hizo caso omiso de Nezaj; alzó la voz, hasta casi gritar.

—... todos sabemos que mi sobrino humilló en un duelo a Teramal Mur Asyb. Así que, de nuevo, os pregunto: *cui prodest*. ¿Quién tenía motivos para matar a Urías?

El patriarca de los Mur Teryed alzó una mano y Ebel volvió a sentarse. Jezem no se dignó a mirar a Nezaj, sino que se levantó del sitio y se dirigió al jerarca.

—Vuestra alteza, os solicito permiso para abandonar la cámara. He tenido más que suficiente por hoy.

Mezaras asintió con aire resignado. Su voz sonó lúgubre, derrotada.

—Está bien. Aplazo esta sesión *sine die*; trataremos este asunto más adelante. —El jerarca se dirigió a Zaiel—. Espero que para entonces tengáis alguna respuesta que ofrecernos, senescal. Bien. Vuecelencias, podéis retiraros.

El Mur Teryed y sus partidarios fueron los primeros en marcharse. Justo cuando abandonaban la cámara, los ojos de Nezaj y Jezem se encontraron de nuevo. Empequeñecieron las pupilas, dejando traslucir ahora sin ambages el odio, antiguo e irracional, que sentían el uno por el otro.

El Mur Teryed retiró la mirada primero. Tiempo al tiempo, sugería su expresión tranquila y desapasionada; tiempo al tiempo.

Derab, al que no había visto acercase al sitial, le rozó una manga.

—Vámonos, padre.

Nezaj siguió a su hijo afuera. Evitó los ojos de los demás; los sabía fijos en él.

9

Nunca había sido un hombre religioso; para Faruh, los dioses eran cosas ajenas a su entendimiento. Por supuesto, como todo marino que se preciara de serlo, había hecho ofrendas a Rasheb y a los Céfiros antes de cada embarque: alguna perdiz, algún conejo, algo de incienso, pero poco más; lo justo para apartar de sí la cólera del dios de las tormentas. Sin embargo, tenía que tirar de todos los cabos a su alcance. Lo tenía muy difícil para que esos dos hicieran ayunto...

La torcaz se agitaba en el bolsillo del ropón, nerviosa. Faruh la tomó con manos firmes; tenía el plumaje cálido, suave.

—Chis. Tranquila, bonita...

—¿'Ita? ¿'Ita?

Serab, a su lado, intentaba cogerla. Faruh le riñó en voz baja pero severa.

—Quieto, Serab. Vas a asustarla.

Acarició la cabeza del animal. Recibió algún picotazo nervioso, pero tras un rato la torcaz dejó de agitarse e incluso comenzó a zurear bajito.

—Diosa... —musitó Faruh.

Crac, hizo el cuello de la paloma al retorcerlo. El animal se agitó unos instantes con un postrer espasmo, y el olor acre de la palomina le punzó el olfato.

—Diosa, escucha mi plegaria...

Las palabras nacían en su garganta débiles, desmayadas. Faruh templó la voz, comenzó de nuevo:

—Diosa, escucha mi plegaria. Acepta esta vida como ofrenda...

La voz se le quebró a mitad de la oración y no pudo continuar. Permaneció hincado de rodillas, mientras el calor de la torcaz se apagaba entre sus dedos. Dejó el animal en el suelo de piedra y suspiró. Inútil. Aquello era inútil. Ni dioses ni yrdn habían escuchado nunca sus plegarias. ¿Por qué iba a hacerlo ahora una diosa, extranjera por añadidura?

Se estremeció. Por la nave del templo corría un molesto biruje que comenzaba a calarle hasta los huesos. Notaba la pierna izquierda rígida.

—Diosa —musitó—. Diosa, escúchame...

Viejo chocho, ¿por qué tendría una diosa que escuchar tus cuitas? ¿A quién le importan tus quebrantos, aun si vives o mueres? Ten por seguro que no a los dioses. Bien pocos sufrimientos te han ahorrado en la vida perra y desgraciada que te ha tocado en suerte vivir...

—Diosa, ¿qué va a ser de este pobre muchacho cuando yo no esté para cuidar de él? No tiene a nadie...

Nadie, repitió para sus adentros. Estaban solos. Y, cada vez con más certeza, Faruh intuía que Serab se quedaría sin él pronto. Los latigazos que le estremecían el pecho últimamente no eran un buen presagio. Un día, su corazón diría basta, hasta aquí llegaste, viejo, y reventaría.

—Diosa, escúchame —insistió—. No pido para mí. Yo no quiero nada. Nada, salvo descansar. Y no podré hacerlo hasta que el chico esté en buenas manos. Hice una promesa, diosa. Una promesa sagrada...

Faruh dejó la torcaz en el suelo y exhaló con desmayo. Sentía una astilla de hielo en el pecho. En la quietud del templo, oía el eco pedregoso de su propia respiración.

—¿'Ita, 'ita? —preguntó de nuevo Serab, tirándole de la bocamanga del ropón.

—Quía, muchacho, déjala. Está muerta.

—¿Está mue'ta?

—Sí, muchacho. Del todo.

Buscó la cabeza de su sobrino y le acarició el pelo, crespo de tan enredado. Dioses, ¿cómo iba a cumplir su promesa?

—*Cuida de él, hermano. No tiene a nadie más en el mundo.*

No puedo, Yaiza, lo siento. Estoy ciego, cansado, me fallan las fuerzas...

—*Cuida de él, hermano. Prométemelo. ¡Prométemelo!*

La desesperación le formó un nudo áspero en la garganta. No era justo, huesos de los yrdn. Era demasiado pedir. Hasta entonces había podido aviárselas para alimentar y cuidar a Serab, a costa de muchas penas, pero ¿cómo iba a procurarle además un porvenir? ¿Cómo, maldita sea?

—¿Fa'uh?

La mano del niño le acarició la mejilla. Faruh atrajo a Serab hacia sí y lo abrazó, estremecido por los sollozos.

Unos pasos menudos lo sobresaltaron. Ya era momento de ahuecar. Se limpió las lágrimas, cogió el cayado y trató de ponerse en pie, pero el dolor hincó sus zarpas en la rodilla. Tuvo que apoyarse en el hombro del niño.

—Ayúdame, Serab —jadeó. Escuchó cómo se acercaban los pasos, seguidos de un frufú de telas, y olió un perfume a sándalo e incienso.

—Tomad mi brazo, anciano.

La voz era joven, de mujer; las manos que lo ayudaron a ponerse en pie, delgadas pero firmes. Faruh musitó gracias y se sacudió las ropas, sin saber qué decir. Ella habló en su lugar.

—¿Qué os trae por aquí, anciano? —dijo; su curiosidad sonaba genuina.

—Hum. ¿Quién lo pregunta, si puede saberse?

Una risa de metal agudo y vibrante brotó frente a él.

—Calmaos, anciano; no soy nadie de quien debáis guardaros. Soy tan solo una hija del templo, una de las más humildes siervas de la diosa. Apenas si hará dos días de mi iniciación...

»Pero tened la bondad de contestarme: ¿qué habéis venido a pedirle a Mahyarat? He visto cómo le suplicabais entre lágrimas; pocas veces he visto rezar con tanto fervor.

Faruh se volvió hacia la moza, hosco, pero en realidad no había notado deje alguno de mofa en su voz.

—Poco importa cuál sea mi plegaria. Los dioses no las escuchan.

—Los dioses... ¿A cuántos dioses habéis rezado, anciano?

—Hum... A todos los dioses de la avenida de los Altares que merezcan mención, supongo. ¿Qué más da? Yo estaré ciego, pero los dioses deben de estar sordos.

La risa ligera y cantarina resonó de nuevo. Después, la moza preguntó:

—¿Y por qué les rezáis?

—Por el muchacho. Necesita su ayuda.

—Ah... Hola, chico. ¿Cómo te llamas?

Serab se aplastó contra él, temeroso. Faruh comenzaba a impacientarse; aquella pantomima se prolongaba demasiado.

—Es guapo, el crío —continuó ella—. Y bien espigado. ¿No habla?

—Sí que habla, pero es... hum, tímido.

—Ah...

Hastiado de aquello, ya con fuerzas para caminar, Faruh se disponía a marcharse cuando la moza lo detuvo, asiéndolo por el codo con gentileza.

—¿Puedo preguntaros algo?

En vez de responder, carraspeó e hizo un gesto de fastidio, pero ella lo tomó por un sí.

—¿Por qué habéis venido a este templo, habiendo tantos otros?

Buena pregunta; Faruh no estaba muy seguro de su respuesta. ¿Por qué aquel templo?

Una corazonada, una absurda esperanza, quizá. Había deambulado por la avenida de los Altares durante casi una hora, atufado por un baturrillo de olores: mirra, sándalo, esperma de velas, un sinnúmero de inciensos y óleos... De pequeño había barzoneado por aquella avenida junto a otros pilluelos, tirándoles zurullos de buey a sacerdotes y penitentes; recordaba bien las temibles siluetas de los templos dedicados a los Viejos Dioses: Saremis, la Dadora de Bienes; Zarom, el de los Muchos Ojos; Yilm, el Dios Serpiente; Horath, el Dios Mono de los myrmyros... Dioses terribles, de rostros esculpidos en la roca; dioses severos e implacables, con palacios de piedra, o diosecillos en mugrientas hornacinas. Muchos dioses...

Demasiados. Había tantos dioses a los que podría haber sacrificado la torcaz que no acertaba a saber por qué se había dejado guiar por la vieja del tenderete de incienso. Dudaba entre encomendarse a Qandarpa, el dios myrmyro del amor y la lujuria, o a Iarla, la de los Cuernos de Plata, cuando aquella tendera comenzó a lisonjear a Serab. No tardó en entablar conversación con ella, y hasta terminó por pedirle consejo. La vieja le sugirió de inmediato que visitara el templo de Mahyarat, una diosa con especial ascendiente en los afectos de las mujeres, según ella. Finalmente, aceptó la sugerencia de la vieja... y allí estaban.

—Necesito ablandar el corazón de una mujer —respondió.

De nuevo oyó la risa insolente de la hija del templo.

—Vaya... Creí entender que rezabais por el muchacho, anciano. No os imaginaba enamoradizo a vuestros años...

Un ramalazo de cólera hizo retemblar la voz de Faruh.

—No os burléis, niña. No es de mí de quien ha de enamorarse esa mujer; yo ya no estoy para esas bregas. Se trata de otro hombre; uno que puede hacerle mucho bien a este muchacho si está contento. Pero la mujer a la que quiero meter en razón es terca y orgullosa; ni querrá oír hablar del asunto.

Una pausa; un suspiro al final de esta.

—Ah. Comprendo...

Ella agitó algo frente a él, tal vez una mano, puesto que sintió un tenue soplo de aire en las barbas.

—Sois ciego... —musitó, como para sí.

Faruh apretó las mandíbulas y se dio la vuelta. Ya se había mofado de él bastante aquella putuela.

—Esperad, buen hombre...

Faruh se detuvo, no sin recelo.

—Escuchadme bien, anciano: hay un altar en este templo al que solo acceden los verdaderos creyentes. En vuestro caso, como sois ciego, podría hacer una salvedad, pero habréis de prometerme discreción.

—Hum. De acuerdo; tenéis mi promesa y mi agradecimiento. —Faruh hizo una reverencia, no sin cierto punto de sorna—. Mostrádmelo, pues.

—Creo que no comprendéis qué honor se os hace, anciano —repuso la muchacha, picada—. Muy pocos han accedido a ese santuario. Es solo para los verdaderos creyentes, y...

—Comprendo —atajó Faruh.

Rebuscó en sus faltriqueras con un refunfuño. Daba igual el dios, todos sus sirvientes entendían un único idioma, el tintineo de las monedas. Reacio, tomó dos adarnes de su magra bolsa —los guardaba para el barbero; tendría que soportar el dolor de la condenada muela algún tiempo más— y se los ofreció a la moza.

—Está bien —dijo ella—; será suficiente. Venid por aquí, buen hombre. Tomad mi mano.

Así lo hizo. Caminó guiado por ella, con Serab agarrado a la manga del ropón. Debieron de atravesar varios corredores estrechos de piedra, por el sonido de sus pasos, pero al cabo llegaron a un espacio amplio. Sintió la brisa de la mañana y se desasíó, alarmado.

—¿Dónde estamos? ¿Hemos salido del templo?

—No. No temáis. Estamos a cielo abierto, pero no hemos salido del templo. Este es el santuario sagrado de la diosa. El verdadero santuario...

»Vamos. Los demás están en el refectorio, aunque será mejor que nos demos prisa. Por aquí, eso es. Dadme la mano. Tocad aquí...

Faruh acercó los dedos, palpó unos contornos suaves y fríos, de roca pulida.

—¿Qué... qué es esto?

—La piedra de la diosa —replicó ella con orgullo—. Esta es la verdadera efigie de la diosa y no esa burda estatua de mármol ante la que habéis rezado. Es un símbolo de poder; uno de los huesos de la misma diosa, traído de lo más hondo del desierto rojo.

»En tiempos, Mahyarat era la diosa de un pueblo orgulloso y fiero. Aquella mujer os aconsejó bien, anciano; era la diosa de la pasión... pero también del fuego, de la muerte y la vida.

La sacerdotisa hablaba ahora con una ferocidad tal que asombró a Faruh; un fervor nada común, rayano en la locura, inflamaba sus palabras.

—Mahyarat alentaba el valor en los corazones de su pueblo, daba vigor a los falos de los hombres, hacía húmedas y fértiles las entrañas de las mujeres; era la diosa de la sangre, de la tierra... Antaño, sus seguidores extendían su nombre por la llama, el acero o la soga.

La voz de la sacerdotisa devino en apenas un murmullo. Faruh tuvo que esforzarse para entenderla, pero aun así le arrancó un escalofrío; sus palabras encendían en él extraños sentimientos, fuegos que creía apagados. Había poder en aquella pasión. Tragó saliva, volvió a pasar la mano por la piedra, esta vez con más detenimiento. Su tacto encrespaba el vello; olía a hierro, a sangre. Sí... aquella piedra era vieja, podía sentirlo; vieja y poderosa.

No podía verla, pero habría jurado que la mujer sonreía.

—Lo notáis, ¿verdad? Sí, ya lo creo. Esta piedra recibió el beso de la lengua de plata de Mahyarat; su aliento moldeó sus formas durante siglos. Generaciones de guerreros han derramado sangre sobre ella.

»Sangre... la sangre complace a la diosa, anciano. Pero no la de un pajarillo. No. Sellad un pacto con vuestra propia sangre y ella os oirá.

Faruh asintió, ensimismado. Sangre... Hum. Si era eso lo que quería, eso le daría. Sacó su vieja faca y apoyó la hoja en la muñeca izquierda. El beso del filo fue gélido, agudo. Sintió el calor en la piel y el resbalar de las

primeras gotas. No era suficiente; debía cortar más hondo. Apretó los dientes, hincó el acero en su carne. Serab se agitó a su lado, gimoteó asustado, pero no le prestó atención. Esperó a que la sangre se deslizase hasta la palma, donde se remansó, y extendió el brazo para estampar la mano contra la piedra.

Diosa, musitó; mi vida, la poca que quede en mi cuerpo marchito... tómala a cambio de rendir el corazón de la Comedianta. Haz que se avenga a razones. Tengo una promesa que cumplir...

Un acceso de debilidad lo acometió entonces, sin aviso ni razón. Se le doblaron las rodillas mientras un espasmo le recorría el brazo izquierdo hasta el pecho, donde estalló en una punzada de tal intensidad que quedó sin aliento. Recostó la frente contra la piedra, luchó por mantenerse en pie.

—¿Estáis bien, anciano? —dijo la mujer, preocupada.

Faruh masculló un sí, tragó saliva; sentía el sabor de la sangre en la boca.

—No... No es nada. A veces me dan estos arrechuchos. No os preocupéis; ya estoy mucho mejor.

Tomó un pañuelo y se lo ató a la muñeca para restañar la herida. Cuando se vio con aliento, buscó el hombro de Serab y se apoyó en él. Hecha estaba, la ofrenda; poco más podía hacer allí.

—Gracias —dijo. Se sentía exhausto y, de alguna forma, estúpido. Todo aquello no había sido más que una farsa cruel a su costa, para que aquella furcia se embolsara sus adarmes. Ah, maldita sea, ¿cómo podía ser tan imbécil?

—Os deseo suerte, anciano. Mahyarat oirá vuestras plegarias, estoy segura.

Faruh asintió con gesto huraño. Era inútil lamentarse o pensar más en el asunto. Aceptó el brazo de la mujer y renqueó hasta que volvieron a la nave del templo.

Tras despedirse de la sacerdotisa salieron a la calle. Cuando sintió el grato resol en la cara, buena parte de los resquemores que lo embargaban se disiparon. Incluso le había mejorado el humor.

—Vamos, Serab —dijo, alegre—. Tenemos que hacer una visita.

10

—... dos mil quinientas veintitrés brazadas de madera de cedro, dos mil doscientas siete de roble, tres mil cuatrocientas setenta y seis de pino marítimo. El maestro carpintero me hizo notar que varias de las últimas partidas de madera de roble presentan manchas de hongos y es preciso rechazarlas, por lo que tendríamos que hacer la oportuna desestima cuanto antes, señor.

Zaiel asintió con desgana. Se pellizcó el entrecejo. Huesos de los yrđn. Llevaban dos horas con aquel condenado inventario. No tenía tanta paciencia; nunca la había tenido en cuestiones de números.

—Señor... ¿os encontráis bien?

Hadi, su secretario, lo miraba entre receloso y preocupado.

—Estoy bien. Pero esto está llevando más de lo que esperaba. ¿Cuánto nos queda?

Su secretario se permitió una mueca, apenas un apunte de sonrisa con la comisura de un labio.

—Todavía bastante, señor. Lo lamento. Debéis autorizar las partidas de brea, nafta, estopa y lino para las reparaciones durante la invernada. Y quedarían pendientes los asuntos de la marinería: las promociones, dispensas y licencias para la próxima campaña.

La cara de Zaiel debió de hablar por sí misma. Su secretario se apresuró a contemporizar.

—También es cierto que tenemos tiempo. Todavía quedan varias semanas para la invernada.

—Dejémoslo por hoy, pues. Antes mencionaste el asunto de las licencias. ¿Hiciste las cuentas que te pedí sobre los estipendios?

—Sí, señor. Os las he resumido en este informe.

Hadi le entregó un pliego lacrado que Zaiel abrió y leyó cuidadosamente. Las cuentas coincidían con sus estimaciones. Dejó el pliego a un lado y se retrepó en el asiento. Otro dolor de cabeza más, aquel. Uno que venía de largo...

Entretanto Hadi guardaba toda aquella legión de papeles en su cartapacio, Zaiel se retiró del escritorio para estirar las piernas. Una punzada de dolor en la espalda baja le hizo rechinar los dientes. Tantas noches sin dormir se cobraban su precio.

—Si me permitís un comentario, señor...

—Adelante.

—Deberíais nombrar cuanto antes al nuevo capitán de maestranza. Todo este trabajo es responsabilidad suya.

Asintió Zaiel, hastiado.

—Lo sé, Hadi. No te falta razón. Lo estoy... considerando.

—Muy bien, señor. Si no requerís más mis servicios...

Zaiel lo dispensó con un gesto. Dirigió la mirada hacia el cuadrado de cielo y mar que enmarcaba el ventanal este. A rachas, una brisa fresca y húmeda entraba en la pieza. Al apoyarse en el alféizar, un pensamiento inquieto lo asaltó.

—Hadi...

—¿Señor? —El secretario se volvió cuando ya cruzaba el umbral, y en su prisa a un tris estuvo de soltar el preciado cartapacio.

—¿Cuántas naves quedan por regresar de esta campaña?

—Trece, señor. Casi todas ellas de las rutas hacia cabo Cephyr; sobre todo carracas, naos y alguna zabra.

—Ya deberían estar de vuelta... —musitó Zaiel.

—Bueno, señor; puede que las haya retrasado el mal tiempo. Creo que este otoño ha sido muy...

El estampido lejano pero claramente audible de una salva de cañonazos interrumpió al secretario. La respuesta desde Islavigía no se hizo esperar. Zaiel oteó la entrada de la bahía. Tres buques de guerra, seguidos de una decena de naves mercantes, franqueaban la bocana este. Al frente de la escuadra de escolta distinguió las formas poderosas de un buque de la

Armada que conocía bien. Muy bien.

—Quedan diez —le dijo a Hadi con una sonrisa.

Para cuando llegó al muelle, la *Haragana* había terminado las maniobras de ataque. Su dotación, eufórica por su regreso, se afanaba con los últimos preparativos para abandonar el barco. La alegría en sus voces era patente; incluso los contramaestres ladraban órdenes con un entusiasmo vibrante y contagioso.

Zaiel se paró junto a un bolardo, a la altura del coronamiento de babor, e hizo visera con las manos para protegerse del sol, cuyos rayos jugaban al escondite entre la arboladura de la nave. Una figura asomó por la borda del castillo de popa, rubicunda como la luz que la orillaba.

—Licencia para desembarcar, señor.

—Concedida, capitán.

El capitán de la *Haragana* bajó a la toldilla, cruzó la plancha hasta el muelle a los trancos, torpe en tierra firme tras tantos meses en alta mar, y se cuadró ante él. Zaiel correspondió al saludo y lo miró, serio, todo el tiempo que pudo contener una carcajada.

—Me alegro de verte, Dumaz.

—Y yo, hombre, y yo. Tanto que hasta te daría un abrazo, pero será mejor que lo dejemos para luego o te pegaré mis pulgas. Hemos sufrido una plaga de las peores que recuerdo. No te imagino rascándote ante sus vucelencias en el próximo cónclave.

Zaiel rio de buena gana por segunda vez. Observó a su amigo, al que notaba más envejecido de la cuenta. Un capote manchado de sal le cubría los hombros, aún anchos y fuertes; la barba, antes cobriza como un atardecer, aparecía entreverada de grises, ya casi blanca.

—Te veo bien. Bueno, cuéntame: ¿hubo baile?

—No esta vez. Por las costas de Ymalrn dos jabeques cimrrias intentaron algo, pero les aguamos los ánimos con un par de andanadas de trueno y huyeron espantados.

—Mejor así. Ah; veo que cuidas bien a la niña de mis ojos. —Zaiel

recorría la *Haragana* con una mirada cargada de añoranza: era la primera nave que había capitaneado, catorce años atrás (años que ahora semejaban siglos); con sus veintiuna brazas de eslora y siete de manga, sus altos costados y los setenta y ocho cañones que la artillaban, era un navío de guerra de temer—. Aunque ese velacho ha visto mejores tiempos...

—Ah, eso. Nos sorprendió un temporal hace menos de una semana. Por suerte anduvimos rápidos y pudimos dejarlo atrás.

—Ya veo. Bueno; supongo que querrás asearte y descansar; ya tendremos tiempo de ponernos al día. No dudes en pedirle a Hadi lo que necesites. Aprovecharé para hablar con los otros capitanes de tu escuadra. Puede que hasta consiga arrancarle a Yeliz dos o tres palabras seguidas.

Dumaz asentía, chupándose el bigote; Zaiel se detuvo al reconocer el gesto: vacilaba en decirle algo, así que decidió animarlo:

—A menos que tengas algo que contarme.

—Bueno... Sí que hay un asunto que deberíamos tratar lo antes posible... Ya sabes. Lo de los estipendios. —Tras una inspiración profunda, Dumaz se recompuso el bigote con el pulgar y añadió—: Si puedes, claro.

Zaiel cabeceó despacio. No le cogía por sorpresa la petición.

—Claro que puedo; faltaría más. Está bien. Además, tengo noticias al respecto. —Dumaz pareció relajarse al oír aquello—. Pero antes, al menos, cámbiate de ropa. Apestras.

La risa de Dumaz retumbó, ronca.

—Lo siento, vuecelencia. He estado nueve meses en alta mar. ¿Cuál es su excusa?

—Ah. Bueno; digamos que tengo que vadear las turbias aguas de la política con más frecuencia de la que quisiera.

—Uf. No te envidio.

—Ya lo creo que no. Vamos. Deja que tu alférez termine los preparativos y dispense a tus hombres. Nos vemos en la torre dentro de una hora.

—Ten piedad de mí, hombre. Ya estoy mayor para subir tantas escaleras.

—Lo que estás es gordo —dijo Zaiel con una mueca maliciosa—. Vamos; no te arrepentirás; guardo un buen vino para la ocasión.

Las reuniones que celebraban tras cada campaña acostumbraban a ser momentos gratos, pero a Dumaz, que se caldeaba las manos frente al brasero arrinconado en una esquina de la pieza, no le agradaba aquella, podría haberlo jurado. Era el dichoso asunto que tenían que tratar, molesto como una herida cerrada en falso.

Zaiel observó al capitán mientras este cargaba la gastada pipa de arcilla con movimientos lentos y concisos. Pensó en pedirle que no la encendiera, pues detestaba el olor de la hierba de montaña, pero no lo hizo. Fue en cambio a por la prometida botella de vino aranés, y de camino abrió un poco más las contraventanas.

Cuando se volvió, Dumaz parecía por fin dispuesto a hablar en serio, a tenor de cómo se peinaba los bigotes. Llevaban un rato de charla, trocando con cierta desgana intrigas políticas y chismes de palacio por nuevas del mundo, como acostumbraban a hacer cada invernada. Según parecía, Qyrt estaba dispuesta a disputarse con ellos, de nuevo, la isla de Ferris, donde Mur'ubi tenía fundagos; el Imperio taibnio amenazaba los principados zaruvios y varegios; Ghathar y su rey bisoño iban, si no a impedirselo, a hacérselo difícil, y recababan alianzas entre las naciones cruzadas de occidente; y en boca de todos, Áltera, tierra de maravillas colmada de riquezas, sin ser claro aún si era fabulada o real.

Todo aquello había sido cháchara. Interesante, pero de poco fuste. Después de una calada a la pipa, Dumaz atacó el asunto:

—Antes dijiste que tenías noticias sobre los estipendios.

Vaya. Directo al grano, por una vez. Dumaz solía ser decidido en cuanto a hechos se trataba; las palabras se le daban bastante peor.

—Sí, así es. Vamos, siéntate de una vez.

Dumaz le hizo caso y tomó asiento en uno de los sillones frente al escritorio, aunque parecía no hallar acomodo en ellos, poco hecho a tales lujos. Zaiel lo acompañó tras escanciar el vino. Aprovechó para tomar el informe de Hadi y tendérselo a su amigo.

—He hecho números. Esta es la mejor cifra que puedo conseguir.

Dumaz probó el vino sin mucho entusiasmo. Dejó la copa en la mesa, tomó el pliego y lo leyó, ceñudo, entre bisbiseos y vaharadas de humo. Tras un rato alzó la mirada y se retiró la pipa de la boca.

—Veinte libras de plata para cada capitán. Diez para los alféreces. Cinco para los tenientes y pilotos. Y tres para los contramaestres. He leído bien,

¿verdad?

—Sí.

—¿Y los sargentos? ¿Y la marinería?

Zaiel negó con la cabeza.

—Ya veo —dijo Dumaz con desmayo; la mano que sostenía el pliego cayó en su regazo.

—He hecho todo lo que he podido. Créeme.

—Te creo, hombre. Me cuesta, pero lo hago.

Zaiel no respondió. Tragó saliva, intentó evitar los ojos de Dumaz, sin conseguirlo: sus iris grises parecían mucho más oscuros ahora, lastrados por un doloroso recelo. Se miraron calladamente durante el tiempo que tardaron en darle un par de sorbos espaciados a sus copas; luego, al fin, reanudaron la conversación.

—Te diré lo que pienso. Esto —dijo Dumaz, sacudiendo el pliego— es un insulto. ¿Veinte libras para los capitanes? Leydn prometió cinco veces más a los que se licenciaron por veteranía.

Zaiel destrabó la mirada de la de su amigo por unos momentos, sopesando si debía decir o no aquello. Su voz sonó opaca.

—No. Un insulto es lo que ofreció el Cónclave tras todas mis peticiones. Para llegar a las dieciocho libras de plata de los capitanes he tenido que exprimir los fondos de reserva de las Atarazanas.

—Espera, espera... ¿Cómo que dieciocho, hombre? Aquí dice veinte.

—Cierto. Las dos libras de plata que faltan por cabeza las pondré de mi propia bolsa.

Dumaz asumió aquellas palabras con evidente embarazo. Meneó la cabeza, pesaroso, entretanto se atusaba las barbas.

—Es lo que hay, ¿verdad?

—Sí. Es lo que hay.

—Zaiel... No tienes por qué gastar tu patrimonio en esto.

—Cierto. Pero quiero y puedo permitírmelo, y aunque la promesa no fue mía, le debo mucho al hombre que la hizo como para no hacer todo lo posible por cumplirla, al menos en parte.

Carraspeó. Su voz había estado a un pelo de quebrarse al decir lo último. En su premura por levantarse del sillón, Dumaz había estado a un tris de derramar la copa de vino. Se acodó en el ventanal oeste y contempló la otra orilla de Mur'ubi.

Mientras el capitán ordenaba sus pensamientos, Zaiel se sirvió más vino. Cuando Dumaz regresó al sillón, tenía el rostro todavía más rubicundo por una ira que no podía disipar, nacida de la rabia y la impotencia.

—No es justo, maldita sea. Sabes muy bien a cuánto ascendió el botín.

—Tendría unos quince años por aquel tiempo, Dumaz.

—Pero no estabas ciego ni sordo. Vamos, hombre. Sabes a lo que me refiero. No al botín que se usó como monto para las participaciones... Tazouras, Bayat, Mekraij, Douam, Omara y, de postre, Ararta, la fortaleza del mismísimo Dragos. Todas esas guaridas cayeron en nuestras manos durante la campaña contra los Reyes Piratas.

—Estuve allí, Dumaz. Me acuerdo.

—Imagina lo que esos hijos de perra habían acumulado durante años y años de saqueo: oro, plata, jade, marfil, joyas, mercancías... sin olvidar los beneficios tras la venta de esclavos.

»Echa cuentas. ¿Por qué crees, si no, que Leydn hizo aquella promesa? Para acallar los rumores. Las participaciones del botín fueron muy jugosas, pero todos intuíamos que eran apenas migajas.

»¿Cuánto de aquel botín recibió el Cónclave? Estoy seguro de que una buena tajada. Muy seguro. No creo que el patriarca de los Mur Asyb le ofreciera la mano de una de sus hijas más cotizadas de forma desinteresada. Y el cargo de senescal no debe de ser barato... ¿Me equivoco?

Zaiel apretó la copa con fuerza. Inspiró despacio.

—Cuidado, Dumaz —dijo—. El vino te ha soltado mucho la lengua.

—Quizá porque la he tenido metida en el culo demasiado tiempo. Y estoy harto.

Zaiel dejó la copa y abandonó el sillón. Miró sin pestañear a su amigo. Quedaron así, con las miradas engarzadas y las manos bajas sobre los cintos, como si fueran a buscar las armas que no ceñían, hasta que Dumaz desvió la vista.

—Lo siento. He hablado de más. Tienes razón; ese vino tuyo debe de haberseme subido a la cabeza.

Asintió Zaiel, conciliador.

—No importa. Tienes motivos de sobra para estar cabreado... Lo comprendo.

—No quieren más que lo que les prometieron, Zaiel. Por la sangre que derramaron y por las cicatrices que cosen su piel se lo merecen. Eso, y más;

¿tanto les cuesta comprenderlo, a los de arriba?

—Claro que lo merecen. Qué digo: nos lo merecemos. Nosotros también estuvimos allí. No se trata de eso. No es solo por el dinero; lo que temen es sentar precedente.

Dumaz lo miró largo rato. Había retomado la pipa para darle una calada, pero se le había apagado.

—Claro, hombre. Era eso. Qué tonto soy. —Se dejó caer en el sillón, como desmadejado—. Huesos de los yrdn; siete años mareando la perdiz para nada... Ah. No debí ofrecerme como portavoz, maldita sea. No he conseguido más que dolores de cabeza. Y adivina a quién van a culpar...

—No. Me culparán a mí. Ya deben hacerlo.

—No, hombre; no te culpan. Saben que has hecho lo que has podido... Y, en fin, no fue tu promesa. No, me odian a mí. Creerán que me has comprado.

—No digas tonterías.

—No son tonterías. Saben que no necesito el estipendio, no tanto como ellos. Recuerdan bien a quién elegiste como segundo en la última campaña contra los qyrtios. Y saben que salí bien parado en el botín de Pazeish. Saben que tengo tierras en la campiña. Que puedo vivir de mis rentas...

—Lo de Pazeish no fue para tanto.

—No. Pero no ha habido más oportunidades así en los últimos tiempos. Y el que tiene la talega vacía acaba por llenar el magín de ideas poco oportunas. —Dumaz inspiró profundo—. No sé si lo aceptarán. Algunos, puede. Pero la mayoría... no, no lo creo.

—Más vale que sí. El Cónclave me ha dado de plazo hasta mediados de undembre. Si esperamos más, alguna otra partida de gastos más importante acabará por aparecer.

—Son tercios. Ya los conoces. Y están perdiendo la paciencia...

—¿Qué quiere decir eso? No puedes estar insinuando lo que creo, Dumaz.

Su amigo meneó la cabeza, violentado.

—En ese caso no lo estoy insinuando. Pero los he oído hablar entre ellos. No están contentos. Nada contentos.

Tras una pausa en la conversación, Zaiel decidió atacar por otro flanco:

—¿Quién es el capitán con mayor ascendiente entre ellos? Además de ti, quiero decir.

Dumaz meditó su respuesta, atusándose el bigote con los pulgares.

—Merrú... Ibazi, también. Yeliz, quizá. Y Enoc, por veteranía. Pero si tuviera que poner mi plata en alguno, sería en Merrú. —Dumaz se detuvo en mitad de la frase. Lo miró escamado—. Espera... ¿por qué me preguntas eso?

—Habla con ellos. Promételes diez libras de plata más a cada uno; y veinte a Merrú.

—¿Y a cambio...?

—A cambio, tendrán que convencer a sus hombres de que voten a favor de aceptar el estipendio en la próxima asamblea.

—No —dijo Dumaz, con la barbilla alta—. No cuentes conmigo para eso.

—Vamos, Dumaz. Sabes que es eso o nada. Un motín sería inútil; ensuciaría sus nombres y les quitaría el derecho a la licencia absoluta. Convéncelos...

—¿Convencerlos? Oh. Ya veo. ¿Cuál es mi precio, Zaiel? Dímelo.

La indignación volvió a oscurecerle los ojos. Zaiel no pudo mantenerle la mirada por mucho tiempo.

—El cargo de capitán de Maestranza es tuyo si lo quieres. Lleva vacante casi un año. Lo he estado reservando para ti. Es lo que puedo ofrecerte... — Zaiel bajó el tono de voz y contempló con gesto cansado a su amigo, que le rehuía la mirada—. Llevamos siete años con esto. Acabemos de una vez; no sé cuánto tiempo más seré senescal...

Mientras Dumaz meditaba su respuesta, Zaiel se levantó del sillón, abatido por un repentino cansancio. Necesitaba aire fresco, así que abrió de par en par los ventanales que daban a la bahía.

Detrás de él, al fin, oyó lo que esperaba.

—Está bien. Lo haré. —El tono de derrota era evidente. Quedaron sumidos en otro enojoso silencio. Dumaz había encendido de nuevo la pipa. Zaiel observó las amarillentas hilachas de humo, dominado por un genio sombrío.

—Antes dijiste que no sabes cuánto tiempo más serás senescal... ¿a qué vino eso?

—A nada. Olvídalo.

—Y un cuerno lo voy a olvidar.

Zaiel dejó escapar el aire con un bufido.

—El jerarca no durará mucho más, Dumaz. Cuando terminen de urdir sus tejemanejes y se pongan de acuerdo, convocarán elecciones. No creo que me

mantengan en el cargo.

—Vamos, hombre; ¿por qué dices eso? Has sido un senescal excelente.

—¿Lo he sido de veras? No hace falta que me endulces el trago.

—Lo digo en serio. Recuerda Pazeish. O Sipanrit; tan solo han pasado cuatro años.

—Sipanrit... Allí el baile estuvo muy apurado.

—Pero ganamos. Es lo que importa. Atalir y Sab'rad agacharon la cabeza gracias a nosotros.

Zaiel hizo el gesto desabrido de quien prueba algo amargo. Un impulso lo llevó hasta a la esquina del armero, donde espejeaba la armadura de Leydn, como recién bruñida. Rozó con los dedos el peto; era una pieza soberbia, forjada en acero blanco, con las launas nieladas de azogue.

—Es jodido vivir a su sombra, Dumaz. Los grandes hombres dejan huellas profundas en la historia. Yo... apenas he podido llenar su hueco.

Dumaz lo miró sin saber qué decir. Había apagado la pipa y la manoseaba, torpe, con las manos grandes y callosas, contento de tener algo en qué ocuparlas.

—Hay veces que ni yo mismo sé cómo he podido llegar hasta aquí. Todo me parece tan... irreal. —Zaiel se arrepintió enseguida de aquellas palabras; Dumaz tenía suficiente con su ración de problemas como para que él, encima, le confiase sus cuitas—. Ah, basta. No me lo tengas en cuenta.

Su amigo se agitó en el asiento. Carraspeó.

—Creo que va siendo hora de irme.

Zaiel asintió. En ese momento recordó algo y sonrió, animado.

—¿Sabes? Ayer me encontré con Tres Cuartos.

—Ah. Vaya, hombre...

Ah. Deben de haber pasado al menos quince años, y aún le guarda rencor... Dumaz tenía buena memoria para los agravios, como bien sabía.

—Me figuro que todavía lo tienes entre ceja y ceja...

—¿Yo? No, qué va, hombre. Pero sigo pensando que debí colgarlo cuando tuve la oportunidad.

—Vamos. Si no lo hiciste fue porque no las tenías todas contigo.

—No, claro que no; aunque con los años he cambiado de parecer. Poco faltó para que se armara un motín por su culpa.

Zaiel tenía una o dos cosas que decir al respecto, pero prefirió guardárselas.

—Por lo que me han dicho —dijo Dumaz—, anda metido en más de un asunto turbio. No me extraña. Las cofradías y juntas de los muelles son abrigo de rufianes...

Quizá Dumaz esperaba algún comentario de Zaiel. No hubo ninguno.

—Zaiel... Escúchame. Sé que fuisteis como uña y carne, pero ten cuidado con él. No es de fiar.

—Descuida. Me fío lo justo.

—Haces bien. Bueno, hombre. Hablaré con los muchachos antes de irme al pueblo; sabrás de mí dentro de tres semanas.

Estrecharon las manos con tibieza; la conversación había hecho mella en sus ánimos. Cuando Dumaz lo dejó a solas, se desplomó con un bufido en un sillón. Un resabio agridulce le pesaba en el fondo del estómago; pesar, añoranza y alivio, también, entremezclados.

Recordó, con una media sonrisa, un viejo proverbio que repetía su padre con frecuencia: «Las promesas atan más que las cadenas».

No podía estar más de acuerdo.

11

De entre las caras que asignaba en su magín a voces y nombres, a aquella mujer le había puesto una expresión hosca, fruto de demasiados días ingratos. Olía a vinagre y a jabón; era fácil barruntar su mal humor. Faruh compuso su mejor gesto antes de acercarse a saludar.

—Buenos días, seña Marsa.

El rascar del cepillo cesó; la mujeruca se tomó su tiempo para responder al saludo.

—Buenos días, maeso Faruh.

La voz venía de abajo. Casi podía verla, agachada en el suelo de madera, dale que te dale al cepillo. Le vino a las mientes la imagen de su pobre madre; la mujeruca tendría, como ella, las rodillas hinchadas y tumorosas, la espalda encorvada, manos gruesas y sanguíneas, llenas de sabañones...

Escuchó gruñidos de queja, varios ayes lastimeros.

—Ay, ay, mi pobre espalda; si es que yo no sé ni cómo puedo, a mis años. Es como si tuviera un perrito aquí, venga a morderme... Ay.

»Vaya; veo que traéis con vos al sobrinillo, ¿eh? Qué alto está, el zagal...

Otros dos rasc rasc de cepillo, un ay de resignación.

—Me recuerda a mis niños, cuando eran todavía chicos... Ay, ay, qué lástima. Cómo se echaron a perder *aluego*...

Faruh carraspeó. Si quería sonsacarle hablillas a la tal Marsa iba a necesitar una buena porción de paciencia, pero había aprendido a tenerla, en especial con las mujeres: uno podía ganarse su confianza si estaba dispuesto a escucharlas con puntos y comas. Además de la compañía de su sobrino, a

Faruh también le favorecía en sus tratos con las mujeres la traza anciana y desvalida que —eso suponía— mostraba. Ah, si lo hubieran conocido en sus años mozos, opinarían de forma bien distinta, vaya que sí.

—Ahora que paro mientes en ello —dijo la seña Marsa—, ¿cómo es que sabíais que era yo, maeso Faruh, si sois ciego?

Ah, pichona; ahí te quería yo. Faruh sonrió en tanto que abría los brazos y usaba su mejor tono enfático para responder:

—¿Y quién, si no, seña Marsa, iba a estar aquí, dale que te pego, limpiando la mugre? A saber cómo estaría esta casa de no ser por vos. No es que pueda verlo, claro, pero lo noto: aquí huele a limpio.

—¡Ay! Decid que sí, maeso, decid que sí... En esta casa es que no limpia nadie, nadie; mierda y más mierda es lo que hay, pero ganas de arremangarse para limpiarla, ¡ay!, ni tantito esto...

Casi podía sentir el alborozo de la mujeruca. Se regocijó: había picado el cebo; tan solo tenía que tirar del sedal despacito, despacito...

—... y *aluego* lo señoronas que entran algunas por esta misma puerta, maeso. A mis años, con lo que a mí me duelen los *güesos* y lo jóvenes que son ellas. ¡Vergoña debía de darles!

—Cuánta razón tenéis, seña Marsa, cuánta razón... Hum. Bueno, bueno. Ya que hablamos de señoronas, ¿qué tal anda nuestra viudita? Venía yo a hacerle una visita, por cierto.

Faruh escuchó algo a medias entre un gruñido y un refunfuño.

—Ay. A quién habéis ido a preguntar, maeso. Menuda está esa de altanera. Ni mira casi, y saluda de solaz a solaz. No hay quien le tosa, a la Comedianta...

Rasc, rasc, rasc; Marsa se detuvo, dio unas cuantas cepilladuras más y continuó con deje malicioso:

—Así que venís a visitarla, ¿eh, maeso? Ya me decía yo que no pasabais por aquí solo a saludarme. ¿Le estáis buscando marido?

Faruh se sonrió y meneó la cabeza, como titubeando.

—Hum, hum. Puede ser, puede ser...

—¿Y se puede preguntar quién es el mozo?

Otra sonrisa de gato al acecho, un titubeo más largo que el anterior. No quería soltar prenda tan pronto, aunque convenía dar algo de pábulo a la curiosidad de la mujeruca.

—Hum, no me tiréis de la lengua, seña Marsa... que después todo se

sabe. Digamos que es un buen hombre y que bebe los vientos por nuestra viudita.

—Ay, buena falta que le hace a esa un hombre. Todavía es joven, y una mujer sola no anda bien sin ayunto. Y decidme, ¿acaso lo conozco?

—No, me temo que no.

—¿Será de por el barrio?

—Hum, no.

—Espero que sea un buen hombre, maeso.

—Guardad cuidado. Es hombre cabal, respetable. Añadiré que no anda mal de plata. No es rico, pero se gana la vida con holgura. Es un gremial... Bueno; no me preguntéis más, seña Marsa, que acabaré por deciros lo que no debo.

—Vaya... Qué suerte tienen algunas. —Rasc, pausa, rasc—. No sé yo. No le arriendo la ganancia a vuestro galán; menuda es esa. Nunca fue muy querendona, pero desde que enviudó aún se volvió más *juraña*. Como si tuviéramos los demás la culpa de su mala suerte...

La mujeruca suspiró con mucha alharaca.

—Yo también me quedé viuda, y aquí estoy, sin poner caras avinagradas ni mirar mal a nadie.

Más ayes, algún sollozo. Faruh sintió a Serab tironeándole con disimulo del faldón de la camisa; el pobre muchacho se aburría. Dudaba que pudiera sacarle más jugo a la mujer, así que decidió abreviar el palique.

—Hum, bueno, seña Marsa, ¿para por casa la Comedianta, pues?

—Eso creo. No ha bajado en toda la mañana, me parece; se levantará a las tantonas, para variar. ¡Qué alegría, vivir así! Quién pudiera.

—Hum. Subiré a verla, pues.

Faruh tuvo aún que echar varios párrafos más antes de zafarse. Llegó al pie de la escalera y reprimió un reniego. La Comedianta vivía en la buhardilla; no tenía más remedio que coronar aquella maldita escalera: treinta y nueve escalones, a razón de trece por tramo, si no le fallaba la memoria. Hizo acopio de valor y comenzó a subirlas con calma. No había prisa.

Después de la segunda tanda tuvo que detenerse en el descansillo para recuperar fuerzas; tenía la pierna izquierda rígida y apenas atinaba a alzar el pie lo bastante como para no tropezarse con la contrahuella de los peldaños. Regueros de sudor le bajaban por la espalda. Un latigazo le recorrió el brazo izquierdo hasta el hombro: apenas un aviso del verdadero dolor, pero bastó

para cortarle el resuello.

—¿Fa'uh? —dijo Serab, asido a él.

—Tranquilo, muchacho. Ya se me pasa.

Tras un rato más breve de lo que había figurado, así fue; el dolor menguó y pudo recobrar fuerzas suficientes como para llegar al final de la escalera.

Llamó tres veces a la puerta y esperó. La Comedianta se tomó su tiempo antes de responder. Ya levantaba el puño para llamar de nuevo cuando sonaron pasos el interior, el descorrer de una mirilla; después escuchó la voz de Liara, desganada, gruesa, con aquel deje extranjero muy marcado ahora; era la voz propia de alguien arrancado del sueño.

—¿Quién va?

—Soy Faruh, Liara.

Silencio.

—Faruh, el cuñado de Rahé.

Más silencio. Faruh contuvo un reniego. ¿Tendría la desfachatez de hacerse la olvidadiza?

—¿Faruh, el decidor? —dijo Liara con algo de duda.

—Ese mismo. Vengo con mi sobrino. ¿Podemos pasar? Solo será un momento.

Otra pausa, esta vez más breve, y lo que le pareció a Faruh como un reniego en la lengua de Liara.

—Bueno. Espera.

Chasc, hizo la mirilla al cerrarse; un largo rato, más pasos de aquí para allá, y, al fin, los chasquidos del cerrojo.

—Entrad y sentaos. Ahora vuelvo; traeré algo de beber.

Faruh hizo una breve reverencia, sonriendo, y pasó al interior. La casa olía a jabón, albahaca y tomillo; no encontraba rastros de vino, cerveza o sudor, así que Faruh dedujo que no estaba, de momento, amancebada con ningún fulano. Mejor, mucho mejor, sin duda alguna.

Llegó sin tropiezos hasta la mesa del salón, valiéndose apenas de Serab. Todavía recordaba la casa, y eso que desde la muerte del marido de Liara no había vuelto a poner el pie allí. ¿Cuántos años habían pasado ya desde la muerte del Comediante? ¿Tres, cuatro años, quizá? Sí, al menos cuatro años. Cómo pasaba el tiempo...

Había trabado amistad con él gracias a las obritas de teatro que organizaba, de tanto en tanto, en la corrala de vecinos de su cuñado. Tras las

funciones hicieron costumbre de pegar la hebra y llevarse horas y horas intercambiando anécdotas e historias. Jamás se cansaba el Comediante de escucharlo, sobre todo si había un buen azumbre de tinto para regar tanto palique. En especial, a Bernaro le encantaban las historias sobre los puertos de mar que había conocido Faruh en sus viajes.

Pobre hombre. Cuando su hermana Yaiza murió, fue uno de los pocos que le tendieron la mano. Faruh nunca aceptó limosna alguna de Bernaro, aunque sí regalos para el niño: ropa, comida, e incluso algún juguete. A disgusto de Liara, Bernaro los invitaba a comer cada solaz, salvo cuando la Compañía estaba de ronda por los villorrios de la campiña.

Aun en los últimos años, cuando pasaba por serios ahogos, el Comediante siguió favoreciéndolos siempre que pudo. Lástima de hombre... En fin. Tras la muerte de su esposo, Liara no había querido saber nada de ellos. No le sorprendió. Siempre supo que no gozaba de sus simpatías. Y él no iba a casas donde no era bien recibido, salvo que no le quedara otro remedio. No, no señor. Aún tenía un rastro de orgullo, vaya que sí. Incluso un pobre vagabundo como él tenía derecho a algo de dignidad...

Tomó asiento, estiró la pierna izquierda, entumecida por el esfuerzo de subir las escaleras. Lo tenía difícil, bien que lo sabía, de modo que más le valdría tener tino y tiento. Liara tenía mal carácter, aunque tal vez los años que llevaba sola le habían suavizado el genio. Lo cierto es que no sabía cómo iba a reaccionar al oír su propuesta.

Al cabo, ¿qué sabía de ella? Muy poco. Según decían, había sido una actriz de renombre en su tierra, la lejana Arán. Las malas lenguas aseguraban que cayó en desgracia por algún asunto turbio: algo relacionado con un noble y una esposa influyente, incómoda al verse cornuda. Fueran esos dizques ciertos o no, en Mur'ubi la Comedianta no había pasado de interpretar papeluchos en obras de a adarme la función.

Serab se rebullía a su lado, nervioso, zarandeándole el brazo con insistencia. Faruh se inclinó hacia su sobrino; siempre lo intranquilizaban los lugares que no conocía bien, aunque esta vez parecía demasiado inquieto.

—¿Qué te ocurre, Serab? —le dijo en un susurro.

—Lia'a tiene pupa, Lia'a tiene pupa.

—¿Pupa? ¿Liara tiene pupa, Serab? ¿Dónde?

El niño le guio la mano hacia la cara y repitió «pupa» varias veces. En eso, volvió la Comedianta, acompañada del tintineo de la loza y el olor de la

infusión de hierbas a la que era tan aficionada.

Mientras la oía trajinar sirviendo el brebaje, Faruh decidió poner el dedo en la llaga:

—¿Qué os ha pasado en la cara, Liara?

Crac, resonó la loza con estrépito. Liara debía haber dejado caer algún cacharro; podía imaginársela, atónita, sin comprender, y tuvo que reprimir una sonrisa de satisfacción.

—¿Qué...? Pero... ¿cómo podéis saberlo?

Faruh pasó una mano por la cabeza de Serab y sonrió.

—Mi sobrino, Liara; él es mis ojos.

La oyó bufar, molesta, para, de inmediato, responder:

—No es nada. Me golpeé contra una puerta.

Había demasiado recelo en su tono. Como si lamentara ahora haberlo dejado entrar...

Faruh rio para sí al comprender el porqué. Vaya, vaya; por eso le había dejado pasar, pese a los titubeos. Claro. No pensabas que me daría cuenta de que te han zurrado, ¿eh, Comedianta? Cómo, si soy ciego, y Serab es un muchacho sin seso, casi mudo...

—Hum. Una puerta, claro —Faruh se rascó la barba antes de proseguir, caviloso—; ten cuidado con las puertas, Liara...

—Siempre lo tengo —repuso ella, áspera—. Fue un descuido.

Faruh aceptó la taza que Liara le puso en las manos. Mientras le servía la infusión, tuvo a la mujer cerca; al notar su olor contuvo una mueca de desagrado. No era que olera mal, no; para la mayoría, aquel olor pasaría desapercibido, pero él siempre había tenido un olfato excepcional, y la ceguera no había hecho sino aguzárselo todavía más. No, no era eso...

Olía a sexo; a cabalgada reciente, de la pasada noche, apostaría por ello. Para asegurarse, justo cuando terminaba de servirle la infusión, se inclinó con disimulo hacia ella.

Arrugó el gesto. Sí. Bajo el perfume de los afeites podía identificar, ahora sin dudas, el olor inconfundible a simiente fermentada en las entrañas de una hembra. Faruh meneó la cabeza, apesadumbrado. Algún gallo me cubre a esta gallina. Mal asunto.

Probó la infusión. Insípida, para su gusto; le habría venido bien un poco de miel o, mejor aún, un buen chorro de vino añejo. Pero era pedir demasiado. Decidió ir al grano; podía palpar los nervios de la Comedianta.

—He venido a tratar cierto asunto...

Un resoplido.

—Un asunto. Claro. Buen liante estás hecho, Faruh. A ver si lo adivino: me estás buscando marido, ¿no?

Vaya. No era tonta, la Comedianta, vaya que no, y no se andaba con rodeos. Faruh tomó otro sorbo del brebaje y nada dijo; esa mano era para ella.

—Ja, ya me lo suponía. Dime, ¿quién me viene detrás? ¿Lo conozco?

—Hum, sí. Aunque puede que no te acuerdes de él... Pero dime, ¿a qué viene tanto recelo? ¿Es que no quieres otro marido?

—No. Estoy bien sin hombre.

—Hum, hum; no es eso lo que la seña Marsa me cuenta.

Liara bufó entre improperios en su lengua.

—¿Esa vieja *zoccola*? Qué sabrá, esa, de mí.

—Sabe cosas, Liara. Que vives como los búhos, por ejemplo. Que estás sola, y que no tienes trabajo, aunque claro, a decir de muchos, no te hace falta trabajar para vivir.

Un bufido.

—Hum. Sí, tonterías. Me hago cargo. La gente habla muchas sandeces, hum; y a algunos les podría dar por pensar cosas peores...

—¿Sí? ¿Cómo qué? ¿Eh?

—Bueno... Estuve hablando con Querul, el sereno de tu barrio, poco antes de venir a visitarte. Me dijo que más de una vez te ha visto volver a casa casi de amanecida; a saber dónde habrías pasado la madrugada, se preguntaba. No es bueno que circulen hablillas de ese pelaje sobre una viuda, Liara. La gente es muy retorcida; enseguida comenzaría a hacerse preguntas...

La Comedianta callaba; Faruh se la imaginó tensa cual jarcia durante tempestad. Cuidado, viejo; no tenses demasiado el ronزال. Liara estaba a un pelo de echarlo a patadas de allí; oía su respiración lenta, contenida. Decidió aliviar el tono: puso su mejor gesto inocente y sonrió alzando las manos.

—Guarda cuidado, Liara. Ese tal Querul no es hombre al que nadie preste demasiado crédito. Siempre está con el trago en remojo, me dicen, sobre todo desde que desapareció su mujer. Además, no me ha costado mucho convencerlo de que lo más probable es que te haya confundido con otra. Liara es una mujer decente, le dije; no anda dando barzones por la noche, a riesgo de que la confundan con una cantonera.

»No tardé en hacerle ver cuán errado estaba, como te decía. Y bueno, si vuelvo a oírle hablar del asunto, sé algunas cosas... Con quién se fugó su esposa, por ejemplo. Así que lo dicho: guarda cuidado.

Liara rio; su risa sonó forzada, aguda, con mucha ironía y bastante veneno en el filo.

—Ya. Supongo que habré de darte las gracias, ¿no?

Faruh prefirió no responder.

—Bueno —dijo Liara, impaciente—. Acabemos con esto: dime de una vez quién me va a los alcances.

—Hum. De acuerdo... ¿Recuerdas a Ezdré? En tiempos, fue oficial en la herrería de mi cuñado Rahé.

—Ezdré... No caigo.

—¿No te acuerdas de él? Ahora es maeso del gremio y tiene su propia herrería.

—Ah... Espera; Ezdré... ¿Ese que iba a casa de tu cuñado a llenar el buche de gorrón, del que siempre se quejaba tanto tu hermana?

—Hum. Ese, sí.

—¿Ese es el que va detrás de mí? —La risa de Liara chirrió en los oídos de Faruh, zumbona y cruel—. Vaya, vaya; ahora lo entiendo...

—¿Entiendes el qué?

—Hará un mes nos encontramos en un puesto del mercado. Lo saludé por compromiso, y al verme se quedó mirándome como alelado y apenas acertó a hablar...

»Ah. Ahora me acuerdo bien de él, sí. Venía muy compuesto a nuestras funciones, junto a la *schifosa* de su mujer. Ja. ¿Qué fue de ella?

—Murió esta primavera, de unas fiebres.

—Ah. No lo sabía. Vaya. Tiene prisa, tu Ezdré. *Dolore di moglie morta, dura fino alla porta*, como dicen por mi tierra.

Faruh sonrió.

—Quizá, cuando te vio el otro día, se le avivó algún viejo rescoldo en el pecho. No te han faltado admiradores. He oído hablar mucho de tu hermosura, aunque, para mi desgracia, no puedo comprobarlo por mí mismo...

Liara bufó.

—Déjate de lisonjas, que nos conocemos.

—Está bien. —Faruh alzó las manos en un ademán conciliador y volvió a

sonreír—. ¿Qué me dices?

—Ja. Ni borracha. No. Además, ¿se puede saber qué ganas tú si me caso con ese? ¿Eh?

Faruh tomó aire, habló despacio, en tono paciente y conciliador.

—Liara... es cierto, gano algo en esto. No quiero mentirte. ¿Por qué iba a tomarme, si no, la molestia de venir? Pero tú también ganarás mucho si te casas con Ezdré. Piénsalo. Es buen hombre; algo simple, sí, pero buen hombre. Una mujer de tu temple podrá manejarlo con facilidad si refrenas esos humos y te muestras más solícita.

—Solícita. Ja. Estás loco, maeso Faruh. Sería el último hombre en el que pensara si quisiera casar de nuevo.

Faruh se atusó la barba, pensativo.

—Está bien, lo comprendo. Bueno...

Hizo amago de levantarse, pero luego se detuvo y volvió a tomar asiento. Sí. No le quedaba otra opción. Iba a jugar una carta que habría preferido dejar en la baraja, pero se había quedado sin ideas.

—Una última cosa, Liara; ¿te acuerdas de mi hermana? Yaiza, se llamaba.

—Sí, claro que me acuerdo. ¿Por qué?

—¿Sabes de qué murió?

Liara semejaba rebullirse en la silla, que crujió varias veces en el entretanto.

—No sé. No la vi mucho antes de que... bueno, de que muriera.

—Hum. Ya. Pero habrás oído cosas. Dizques. ¿No?

Silencio, de nuevo. Faruh supo que había hecho carne con la estocada y prosiguió, con voz lenta y dura:

—Sí, habrás oído dizques sobre mi hermana. Dizques feos.

»También quedó viuda, como tú, y sin familia que la amparase. Justo es decir, sin embargo, que ella tuvo más suerte que tú: aunque el gremio se quedó con el taller de Rahé, al menos le asignaron una pensión. Una miseria, porque no le había dado hijos, pero era mejor que nada.

»Un rufián, por mal apodo Visajes, la engatusó para que se amancebara con ella. Al principio las cosas fueron bien...

No me interrumpe. Aunque no podía verla, sabía que Liara contenía el aliento; intuía la tensión de su cuerpo. Cuidado ahora, viejo, cuidado...

—... pero se torcieron cuando se quedó embarazada. El gremio le quitó la

pensión; y poco después, ella también se daba de golpes contra las puertas, cada vez con más frecuencia, hasta que un día la encontraron moribunda en una calle cercana a los muelles. La habían molido a golpes, como a un perro...

Faruh no tuvo que fingir el temblor en la voz al continuar.

—¿Cuánto tiempo crees que podrás seguir así, Liara? ¿Lo sabes?

La Comedianta tardó en contestar; cuando lo hizo, sus palabras sonaron roncadas.

—No sé de qué me hablas, viejo. Se hace tarde; será mejor que marches.

—Vamos, Liara: soy ciego, no imbécil. Por mucho que la seña Marsa y otros sandios crean que guardas plata a espuestas bajo el colchón, yo sé que no es cierto. No has vuelto a actuar, no tienes oficio, salvo echar las cartas y remendar trapos... ¿de dónde vas a sacar dinero para poder vivir?

—Fuera, viejo. Vete.

La voz de Liara retemblaba. Faruh hizo un ademán conciliador.

—No me importa qué haces por las noches. Me da igual. Pero piénsalo: ¿con cuántas puertas podrás tropezarte antes de que comiencen a escucharse rumores o, peor aun, de que te ocurra alguna desgracia?

—Fuera, he dicho.

Sintió su mano apretándole el brazo con una fuerza nada desdeñable. Él la asió por la muñeca e imprimió mayor urgencia a sus palabras.

—¡Escúchame! Ezdré es un buen hombre. Algo corto de entendederas, además; no tendrás problemas en enseñorearte de su casa. Piénsalo, mujer, ¿qué otra cosa puedes hacer si no...?

—¡FUERA!

El grito lo dejó paralizado. Serab se encogió junto a él. Faruh se desasíó de Liara y se irguió despacio, con toda la serenidad que pudo reunir.

—Está bien. Nos vamos.

Anduvo a tientas hasta la puerta, con Serab a su diestra. Antes de irse, se volvió y dijo, con un último resto de esperanza:

—Quiero que sepas algo: no lo hago por dinero, sino por el chico...

No hubo respuesta. Faruh cabeceó, asumiendo la derrota; buscó el apoyo de su sobrino y cuando encontró su hombro le hizo una seña.

—Vámonos, muchacho.

Un portazo fue la única despedida de Liara. Faruh bajó las escaleras con aires de derrota. Ya en la calle, aspiró el vientecillo fresco que corría y exhaló

un reniego. Ánimo, viejo. Liara va a ser un hueso duro de roer, pero todavía no has dicho tu última palabra. Ah, no. Ni mucho menos. Todavía no lo conocía bien, la Comedianta.

12

Nezaj volvió la mirada atrás. Nadie. Las calles, dibujadas con pulso trémulo a la luz de la tea, aparecían desiertas a tales horas. Se arrebujo en el manto, aterido; una noche desapacible aquella, con el biruje que venía a rachas desde las montañas.

Tras él oía refunfuñar a Nefili, su factótum, en su tosca jerigonza. No por frío, que apenas si hacía mella en aquel grandullón —provenía de muy al norte—, sino porque iban a la cita solos. Nefili había insistido en que llevaran a una pareja de nocherniegos con ellos, en vano: así sería más fácil que pasaran desapercibidos.

Un ruido lo sobresaltó. Era otro de los estornudos del tederio, tan fuerte esta vez que casi había apagado la antorcha.

—¿Cuánto queda, zagal?

El muchacho, flaco y harapiento, sorbió los mocos mientras se restregaba la manga contra la nariz. Le castañeaban los dientes; tuvo que hacer esfuerzos por no tartamudear.

—No mucho, *señó*. Ya casi *estamo*.

De forma extraña, pese al frío y al cansancio que sentía en las piernas, aquel paseo lo había animado, retrotrayéndolo hasta tiempos mozos. Acarició el puño de la espada que llevaba al cinto. Era su favorita; de recazo amplio, recia y aguzada. Hacía años que no la ceñía y lustros desde la última vez que la desenvainó, aunque, si era menester, sabría usarla.

La avenida daba a su fin. Desde la dársena sur llegaba el olor del mar y el runrún de las olas; al fondo, perfilados con retazos de negrura, los aparejos de

las naves semejaban hileras de árboles quejosos.

—Aquí es, *señó*.

El tederio señaló un muelle solitario, iluminado por un farol que se mecía en la brisa.

—Muy bien. Toma.

Nezaj le tendió otro par de cuartos —una propina más alta y aquel chico los recordaría— y no le quitó ojo hasta que desapareció el resplandor de la tea.

Una sombra se destacó de las demás y vino a su encuentro. Uguz pestañeó al recibir el claror del farol en la cara. Después del habitual intercambio de miradas con Nefili, cargado de suspicacia, el cimrrio se inclinó ante Nezaj, solícito, y su olor —sudor, cuero y lana húmedos, aguardiente— llegó hasta él.

—Buenas noches, mur.

—¿Has podido averiguar algo?

Uguz negó con gesto abatido.

—Nada aún... Lo lamento, mur. He aumentado la recompensa a una libra de plata, pero incluso así nadie parece saber nada, lo cual es raro. Muy raro. A estas alturas alguien debería haber hablado.

Nezaj miró al muñidor con gesto torvo. Después alargó la vista hacia las aguas de la bahía. Una niebla baja apenas dejaba ver gran cosa, salvo el lejano resplandor de Islavigía.

—¿Y qué hay de nuestro amigo? Que se retrasa, por cierto.

—Por lo que he podido averiguar, todavía no se ha instalado en tierra firme, aunque llegaron a puerto hace dos días.

—No lo pierdas de vista.

El cimrrio se pasó la lengua entre los dientes y ladeó la cabeza en un ademán que Nezaj tenía bien calado.

—¿Qué ocurre?

—Bueno, mur, no será fácil ... Los taibnios son escurridizos. Y de este en particular se rumorean cosas...

—¿Qué cosas?

Uguz volvió el cuerpo a medias y escupió hacia las aguas por un colmillo. Tardó en responder, como si venciera un viejo recelo.

—Cosas, mur. Sobre sus métodos. Diz que ocupa un alto puesto en la jerarquía del Ghizem...

—Como casi todos los emisarios del emperador. No me descubres nada nuevo.

El cimrrio se encogió de hombros. Al torcer los labios, la cicatriz gruesa que los partía al sesgo pareció cobrar vida propia.

—Los taibnios son gente de mal agüero. Mi pueblo los conoce bien; llevamos muchos años bajo su yugo.

Nezaj acalló a Uguz con un gesto. Sabía los dizques que corrían sobre los taibnios, a cuál más increíble: sacrificios de niños durante oscuros ritos, barcos ungidos con la sangre de esclavos, hechicerías con las que domeñaban las tormentas o que les permitían hablar con los muertos. Consejas y hablillas para asustar a sus enemigos, sin duda.

—Basta. Supersticiones absurdas, en su mayoría.

El cimrrio eludió los ojos del Mur Asyb como si quemaran y soltó el aire con resignación.

—Haré todo lo que esté a mi alcance, mur.

—Por supuesto que lo harás. Y ahora, será mejor que te vayas.

Uguz se inclinó de nuevo ante él y se alejó por el muelle. Pronto solo fue una sombra más en la noche.

Nezaj regresó la vista a las aguas. El toque de tertia resonó entonces, amortiguado por la niebla.

—Es tarde, mur... —musitó Nefili.

—Vendrán.

Vinieron. Aún tuvieron que esperar un rato, pero vinieron, al fin. Una luz se columbró entre la bruma, y poco después se distinguió una pequeña nave de pesca. La niebla despegó con morosidad sus zarcillos del casco de la embarcación. El fanal sordo a proa los deslumbró al enfocarlos.

Un hombre atezado, con fuerte acento taibnio, los saludó mientras amarraba la barca a un bolardo.

—Por aquí, mur —dijo, alentándolos mediante señas a subir a bordo. Nefili fue el primero. La barca se escoró un tanto hasta acomodar el peso del norteño. Cuando dejó de balancearse fue el turno de Nezaj, que aceptó el ofrecimiento del factótum y se apoyó en sus hombros mientras colocaba los pies, primero en la borda, luego en el fondo de la embarcación.

—¿Listos? —preguntó el taibnio.

El Mur Asyb asintió. El hombre retiró la amarra, desplegó la vela y se puso a popa, donde el timón. La brisa los impulsó hacia la niebla, que no

tardó en engullirlos, y se encontraron navegando a ciegas y en una absoluta quietud, quebrada tan solo por el chapalear de las olas, pequeñas y mansas, contra el casco. Pese a ello, el taibnio dirigía la embarcación sin titubear.

Nezaj comenzaba a adormecerse cuando un graznido seco lo puso alerta. Tardó un tiempo en comprender que había sido un aviso del taibnio. Vislumbraron las luces de proa y popa de un barco, y una tercera, en una amura, que se meció una vez y desapareció luego.

El barco era un navío mercante, zaikamandés, si no estaba errado, por la forma del casco y las velas que aparejaba. Acertó a ver las siluetas de los de a bordo; uno de ellos les arrojó un cabo para amarrar la falúa, y cuando ambas embarcaciones estuvieron abarloadas, le siguió una escalerilla de cuerda.

—Tened la bondad de esperar, mur —dijo el hombre—. Armaremos una guindola.

—No es necesario. Subiré por la escalerilla.

El taibnio se rascó la barba, desconcertado, y encogió los hombros.

—Está bien, mur. Después de vos.

Nefili fue primero. A fuerza de brazos se aupó hasta la escalera y subió por ella con agilidad. Decidió tomárselo con calma; por suerte, el barco tenía apenas cinco varas de puntal, por lo que no era mucho el trecho que subir; y, modestia aparte, a sus setenta años aún se encontraba ágil de pies y manos. Como la espada podría engancharse en la escalerilla o incluso caer al agua, se compuso el tahalí de modo que colgara a la espalda. Asió el peldaño que tenía a la altura de la cara, asentó un pie, luego otro, y subió así, lentamente y con esfuerzo, hasta que sintió las fuertes manos de Nefili agarrándolo por los brazos. Cuando coronó la borda se recostó en el pasamano y quedó así hasta recuperar el resuello, que no fue pronto, en tanto que intensos alfilerazos de dolor se cebaban con su espalda. Aquello lo irritó en extremo. No era digno de su condición verse así, resollando como un pescado fuera del agua.

Su factótum se acercó, preocupado, pero Nezaj lo desanimó con un ademán nervioso. Trasegó aire. Se limpió el sudor de las sienes con la manga, carraspeó y miró en torno.

Seis hombres aguardaban en el puente. Vestían con ropas de estameña mal cosidas, a la manera de los pescadores de la bahía, aunque las barbas negras y los rasgos de halcón traicionaban su origen.

El taibnio que los había traído hasta allí —el capitán de aquel barco, según parecía—, comenzó a ladrar órdenes en su idioma y la tripulación

desapareció como por ensalmo; después habló de nuevo en saremio.

—Fenh Salafir os espera en su camarote, mur. Acompañadme, por favor.

El capitán los condujo al castillo de popa. Nezaj entregó al factótum el tahalí con la espada y el manto y le indicó que esperase fuera. Nefili obedeció a regañadientes.

Encontró a Salafir inclinado sobre el portillo del camarote, con la mirada perdida en la niebla. Al sentir su presencia se volvió y el gesto hosco, casi amenazador, mudó como por ensalmo en uno vivaz, alegre, tan desmesurado como las reverencias con las que lo saludó.

—Pasad, mur, por favor. Cuánto lamento recibiros así, en este camarote indecoroso —dijo tras finalizar sus alharacas. Sonaba de veras convincente, como si pensara lo que decía—. Por desgracia, aún no he tenido tiempo para establecer mis cuarteles en tierra firme, donde habría podido agasajaros como merecéis. Pero sentaos, por favor.

Nezaj disimuló una mueca de sorna: el camarote distaba mucho de ser indecoroso. No le pasó inadvertida la escribanía de cedro arrimada a un mamparo ni el catre vestido con sábanas de seda o la mesa baja de palosanto, taraceada con nácar, alrededor de la cual tomaron asiento en sillones de cuero qyrtio.

Observó con cuidado a Salafir mientras este se alisaba el jubón de raso, recamado con hilo de plata. No había cambiado nada desde el último encuentro, un año atrás: los rasgos fuertes y aquilinos, aquella sonrisa complaciente siempre en danza, el cabello abundante, azulado de tan negro.

Cayó en la cuenta de lo poco que había cambiado Salafir. ¿Cuántos años hacía que se conocían? ¿Nueve? ¿Diez? Ya debería conocer bien al emisario, pero Nezaj —que se consideraba con buen ojo para juzgar a los demás—, por más que lo intentaba, no conseguía que este se desprendiera de aquella elaborada máscara de cortesía y protocolo.

—Sabed que aprecio las molestias que habéis padecido al venir a verme. No tengo palabras para expresaros mi gratitud, mur.

El taibnio sonrió de nuevo —los dientes brillaron tal que un trazo de blancura en el moreno y barbado rostro—, aunque sus ojos verdemar, cuya mirada era muy incómoda de sostener, mostraban una frialdad desasosegante.

De súbito, se golpeó la frente con la palma de la mano —como siempre, sus ademanes rozaban lo excesivo, casi lo teatral— y se levantó de un salto.

—Oh, vaya. No tengo perdón, mur: todavía no os he ofrecido nada. ¿Os

apetece algún bocado? ¿Queso? ¿Alguna confitura? ¿No? ¿Seguro? ¿Vino, cerveza, aquavit, calhré tal vez?

—Vino.

—Bien. —Salafir fue hasta un armario y regresó con una bandeja con copas, una jarra de agua y un decantador con engastes de oro donde reposaba el vino—. Dejadme que os sirva, mur. Espero que os guste este tinto. Siento una especial debilidad por los vinos hirinios.

Nezaj probó el caldo, fuerte y aromático, quizá en exceso. Tomó la jarra y lo rebajó a la mitad, a despecho de la mirada horrorizada del taibnio. Bebió un sorbo del vino aguado, dejó después la copa en la mesa y decidió ir al grano:

—Me extrañaría mucho, Salafir, que no supierais ya el motivo de mi visita.

El emisario se retrepó. Mientras se pasaba los dedos por la barba aceitada, su sonrisa cambió de un ángulo a otro de la boca. A Nezaj se le figuró como la personificación de su raza: avieso, calculador y despiadado.

—Me imagino que el Tesoro se ha retrasado en los pagos —dijo Salafir, en cuya voz pesaba el hartazgo.

—Este año es la segunda vez. Parece que pagar sus deudas no es una de las prioridades del emperador.

—Oh, vamos, mur. El emperador, la Miríada lo guarde, no sabe nada de tales asuntos. Para eso están sus fieles muzavirer... —El emisario resopló con fastidio—. Ah. No sabéis cuánto lo lamento. De veras.

Por un momento, Nezaj casi creyó al taibnio, que se atusaba las barbas, la mirada en el fondo de la copa, las cejas arrimadas en un gesto fiero.

—Una facción de los yerizem —explicó Salafir— se ha alzado en rebeldía y ha apoyado la secesión en Sajel. Esa condenada provincia lleva dándonos quebraderos de cabeza desde hace decenios.

»Sin embargo, guardad cuidado. No es nada importante. Los perros de mi señor quieren sangre. Viven por y para la guerra, y la correa estaba tan tensa que ha acabado por romperse. Tan solo quieren el botín que les prometió el padre de mi señor. Ansían abalanzarse sobre Ancirna...

Nezaj bebió más vino. Los problemas internos del Imperio le traían al paio, aunque, por mucho que lo mortificase admitirlo, cuando al emperador le entraba tos, sus aliados cogían una pulmonía.

—Habrà guerra, pues.

—Habr  guerra. Y muy pronto. El rey Mathius II consiguió derrotarnos en los vados de Mereim, pero los yerizem son como sabuesos. Cuando prueban la sangre de una presa, ya no cejan hasta cerrar las mandíbulas sobre ella.

—Sea como fuere, eso no responde a mi pregunta, Salafir.  Cu ndo nos pagarán los empréstitos? No podremos aguantar mucho tiempo así.

—En cuanto se pacifique Sajel, lo cual será pronto, los impuestos atrasados harán que el flujo del Tesoro se reanude. Las arcas están casi vacías ahora.

—No. Ni hablar. No podemos esperar tanto, Salafir.  Cu nto tiempo podría transcurrir?  Tres meses?  Cuatro?  Medio año? Mis socios sabrán de la situación pronto. No podrá ocult rselo mucho más.

Salafir dejó la copa. Junt  las yemas de los dedos e inspiró hondo.

—Me hago cargo, mur. Aunque cuando las arcas del tesoro flaquean, decidir qué partidas pagar y cuáles no es... crucial.

Una pausa. Innecesaria, demasiado larga, durante la cual Nezaj esperó en vilo.

—Empero —prosiguió, al fin, el taibnio—, tengo cierta confianza con Sain, el vicetesorero de mi señor. Bien podría enviarle una misiva urgente. Quizá pudiera adelantar la partida de gasto de vuestros empréstitos...

»... quizá pudiera, pero, ay, la verdad sea dicha, sería muy arriesgado tanto para Sain como para mí. Si ndoos franco, el Imperio no tiene garantías de que los vientos sigan soplando en la dirección apropiada. No s  si me entend is.

—No, Salafir. No os entiendo en absoluto.

Demorando su respuesta, el emisario apuró la copa hasta las heces y se limpió la boca con el dorso de la mano. Un brillo peculiar le animaba las pupilas cuando al fin respondió:

—Mis sombras me tienen bien informado. Y según lo que me cuentan, los Mur Teryed y los Mur Beraj acabarán en la misma cama. La muerte de Urías, claro está, lo ha complicado todo, pero es solo cuestión de tiempo.

Nezaj torció el gesto, aunque prefirió no contestar con una destemplanza. Bebió más vino mientras aguardaba a que Salafir retomara la conversación.

—Por cierto, mur,  qu  tal la audiencia de esta mañana?

Sonrió Nezaj con malicia.

— No os lo han dicho ya vuestras sombras, Salafir?

El taibnio no respondió a la pulla. Aquel semblante de ave de presa no se alteraba fácilmente.

—En cualquier caso —continuó Nezaj—, os confirmaré lo que ya sabréis: el cachorro de los Mur Teryed ha osado insinuar en plena cámara lo que todo el mundo comienza a creer.

—¿Y eso es...?

—Que fuimos nosotros.

—¿Y lo fuisteis, mur?

Despacio, sin molestarse en tener en cuenta la humorada del taibnio, el Mur Asyb negó con un cabeceo y se inclinó hacia él al responder.

—No. Mas eso ya lo sabéis. ¿Verdad?

Cuando recibió la mirada de Nezaj, Salafir, que parecía capaz de sondarle los pensamientos, se echó a reír.

—Guardad cuidado. Os juro que nosotros no hemos tenido nada que ver.

—Bien. Conviene averiguar pronto quién lo hizo. Urías y sus nocherniegos no se acuchillaron ellos solos.

—No, lo más seguro es que no... —El emisario rio de nuevo para luego añadir, con aire suspicaz—: ¿Vuestros agentes no han descubierto nada? Tenéis a un muñidor bastante competente. Uguz, si mal no recuerdo su nombre; Uguz, eso es. Cimrrio, ¿no es así?

Hecho a los alardes de Salafir, Nezaj desoyó las alusiones a Uguz. En el fondo, era muy poca cosa estar al tanto de eso.

—Supongo que vuestras sombras no han descubierto nada tampoco.

—No. Aún no.

El emisario se sirvió más vino, lo paladeó sin prisas y dejó después a un lado la copa para observarse las uñas —largas y lacadas de negro, a la moda de la nobleza taibnia— con aire preocupado.

—Me temo que el asesinato de Urías ha sido tan solo un mero contratiempo. Es casi un hecho que la corona de argento ceñirá las sienes de un Mur Teryed... de nuevo.

»Y, esta vez, su facción, que nunca ha sido amiga del Imperio, se atreverá a no ratificar el tratado. Saben que vuestra facción sería la principal perjudicada.

—Oh, vamos, Salafir. El Tratado Rojo lleva siendo ratificado desde hace casi cien años, y ha favorecido a todos los linajes solariegos de Mur'ubi.

—Estaréis de acuerdo conmigo en que ha favorecido a algunos más que a

otros... —matizó Salafir con una sonrisa tenue, casi maliciosa—. Y, en cualquier caso, los vientos parecen mudarse. Los Mur Teryed y sus linajes aliados han ido desligando sus intereses de los nuestros. Si el Tratado Rojo no llegara a ratificarse sufrirían, sí, pero sobrevivirían. Vuestro linaje, no. Dicho de otra forma: con tal de dejaros ciegos, los Mur Teryed están dispuestos a quedarse tuertos.

Nezaj asaeteó al emisario taibnio con una mirada rebosante de cólera contenida. Los iris del otro refulgían, marinos, trasluciendo un humor entre torvo e irónico. Durante el alto en la conversación, Salafir medió la copa de varios tragos, lentos y comedidos; después, con una sonrisa de navaja, añadió:

—Y, claro está, si el tratado no se ratifica, no podría aseguraros que el Tesoro continúe pagando los empréstitos. Si no nos financiáis, acabaréis por financiar a nuestros enemigos... Es inevitable.

La saliva que bajó por la garganta de Nezaj fue amarga y espesa. Le tembló la barbilla, a su pesar, al decir:

—No os atreveríais. Sería nuestra bancarrota...

Salafir compuso una expresión apenada y separó las manos.

—Me hago cargo, mur. Y lo lamentaría sobremanera, creedme. Pero qué le vamos a hacer.

Hijo de la gran puta. En un rictus de cólera, Nezaj descubrió los dientes, tan apretados que los sintió crujir. Cuando se disponía a levantarse para abandonar el camarote, el taibnio habló de nuevo con un tono diferente, casi melodioso.

—Empero, creo que estamos dando el juego por perdido antes de tiempo. Si mis cálculos no andan errados, tenéis cuatro votos, suponiendo que aún contéis con el apoyo de los Mur Quirab... Dos más bastarían para una mayoría simple; justo los que tienen los Mur Beraj. Mis sombras me cuentan que Euristo, si bien presta oídos al Mur Teryed, todavía no se ha inclinado por nadie. Y no puedo evitar preguntarme por qué.

Con un visaje de desprecio, Nezaj ahogó un bufido. Ante la mirada inquisitiva del taibnio, decidió expresar lo que lo llevaba carcomiendo todo el día.

—Mi sobrino Najor tiene una idea al respecto.

—Magnífico. Bien, oigámosla.

—Cree que Euristo no desea ser un títere de ningún linaje solariego.

Quiere tener voz y voto en el Cónclave. Y me propuso que le ofreciéramos, a cambio de su apoyo, la decisión sobre quién sería el nuevo jerarca.

Por respuesta, Salafir alzó las cejas. Era difícil verlo sorprendido.

—Es curioso, no había pensado en esa jugada. Astuto, ese sobrino vuestro... Pero me preocupa algo. ¿Cómo sabremos que Euristo será favorable a nuestros intereses?

Nezaj rio sin alegría.

—¿Nuestros intereses? ¿O los de vuestro Imperio?

Con gesto cansado, el emisario semejó apartar un insecto y exhaló con fuerza.

—Oh, vamos, mur. Por ahora, no hay diferencia.

Nezaj fue diluyendo la sonrisa hasta que no fue. Había sido una necedad decir aquello, debía admitirlo, pero qué demonios: había merecido la pena tan solo por soliviantar al taibnio, siquiera una vez, y forzar los límites de su compostura.

—Euristo es de los guardan la ropa antes de meter un pie en el agua. No obstante, me parece improbable que estuviera en contra de ratificar el tratado. ¿Por qué habría de estarlo? Además, bastaría con imponerlo como condición.

—Ya veo. Bien, mur, creo que merece la pena intentarlo. Y una cosa es segura: vuestro nieto Teramal...

—¿Sí? ¿Qué pasa con él?

—Nada. Será un buen partido para Silvara. Dicen que es toda una belleza.

—Lo es.

—Vuestro nieto será un hombre muy rico cuando reciba la herencia de su padre. Que será pronto, con algo de suerte. A todo esto: ¿Sabéis que vuestro hijo Jebael ha contactado con los testaferros de Leydn en Ghathar?

Vaya. Otro alarde. Esta vez llegó a hacer mella, aunque evitó demostrarlo.

—Estoy al tanto.

Molesto, Nezaj decidió quitarse la espina con otra pulla:

—Ingenuo de mí, Salafir, pensaba que un espía vale más por lo que sabe y calla que por lo que cuenta...

El otro no acusó el dardo. Una sonrisa tenue le afloró en la boca, a medias en una mueca zumbona.

—Oh, sin duda, mur. No obstante, estamos en confianza. ¿No es así? Tan solo os ofrecía información que creía de vuestro interés.

Un silencio molesto, perturbado apenas por el crujido de la jarcia y el runrún de la pleamar contra el casco, sobrevino de pronto. Nezaj sintió un dolor sordo en la nuca. Quizá iba siendo hora de irse. Al alzar la vista y observar a Salafir descubrió algo extraño en su mirada. Como si tratara de aquilatarle el alma. El dolor en la nuca se acrecentó, molesto y enervante.

—¿Qué ocurre? —dijo.

Salafir apartó la vista. Se escanció más vino y bebió despacio, como demorando ex profeso la respuesta.

—Me ha venido a la memoria cuando nos conocimos, mur. Hace ya diez años. Os acordáis, imagino. Aquella fue mi primera encomienda en Mur'ubi...

Nezaj cabeceó lentamente. Los derroteros por los que se internaba la conversación no le gustaban lo más mínimo.

—¿A qué viene esto, Salafir?

—Tan solo me preguntaba si no os arrepentís de vuestra decisión.

—Basta —repuso Nezaj—. Nunca me habíais preguntado, ¿y lo hacéis ahora, diez años después? ¿Después de lo que pasó?

—Es cierto. Nunca lo había hecho.

—Bien. Nunca más volváis a hacerlo. ¿Está claro?

El taibnio le sostuvo la mirada más rato, quizá, de lo adecuado. Manso, se batió en retirada con una mueca indescifrable.

—Fue un accidente, mur. No fue vuestra culpa.

—Basta.

—Y debéis saber...

—¡BASTA, HE DICHO!

El grito no alteró en lo más mínimo la compostura de Salafir, lo que acrecentó la cólera del Mur Asyb.

Hijo de la grandísima puta. ¿Cómo demonios se atreve? Nezaj bajó los párpados y se oprimió los ojos con los dedos hasta que vio chiribitas de luz. Los recuerdos batallaban por acudir a él, junto al flagelo del remordimiento.

No. Es inútil. Ya me lo he reprochado bastante. No pude hacer nada...

Nezaj se sirvió más vino —sin aguarlo, esta vez— y bebió un largo trago.

—No quería ofenderos, mur. Os presento mis disculpas. No sé en qué demonios estaba pensando...

La voz de Salafir le pareció distinta. Melodiosa. Cálida. Profunda. Un molesto hormigueo recorrió la cerviz de Nezaj, que exhaló un suspiro como

arrancado de las entrañas.

—Está bien. Olvidadlo.

Salafir asintió. Después de un instante en el que pareció ordenar sus ideas, dijo:

—Bien, mur. Reuníos cuanto antes con Euristo Mur Beraj. Convencedlo para que os dé su apoyo. Hay mucho en juego.

El taibnio hablaba ahora sin atisbo de socarronería. La desazón que había invadido a Nezaj fue disolviéndose; el cansancio, no obstante, empeoró.

—Ya he dado las instrucciones oportunas a mi mayordomo... —Nezaj carraspeó. Sentía la lengua torpe, y dudaba que fuera por el vino. Ah. Tan solo quería irse a casa y dormir...

—Oh, magnífico. Veréis... Lo cierto es que he venido a Mur'ubi con especial premura en cuanto supe de ciertas noticias, algunas de ellas bastante preocupantes.

—¿A qué os referís? Hablad claro, demonios.

El taibnio alzó los hombros y le enseñó las palmas vacías de las manos.

—A nada concreto. Pero llevo muchos años en este negocio y me huelo algo. Algo que se está cociendo a fuego lento; e intuyo movimientos de potencias extranjeras en vuestra ciudad.

—Ya. Apostaría a que una de esas potencias es Ghathar. —Nezaj hizo una mueca de hastío. Si había que dar crédito a las sospechas de Salafir, en Mur'ubi había espías ghatháricos hasta debajo de las piedras.

—Sí. Y quizá también Dovara y Zaikaman. La muerte de Urías fue demasiado conveniente. El duelo entre vuestro nieto y el finado Urías, después su asesinato... mucha casualidad.

»No creo en las casualidades, mur. Llevo mucho tiempo en este negocio como para hacerlo. Veo causas, efectos. Jugadas. Cuando uno ha sido jugador tanto tiempo, el tablero le esconde pocos secretos.

Fue difícil, pero Nezaj se abstuvo de mofarse de Salafir. Ya había escuchado peroratas así antes.

—Algo se cuece. Mur'ubi es un enclave estratégico sin par, y las potencias occidentales de Septentrión llevan mucho tiempo intentando romper nuestros vínculos.

—Salafir, lleváis años repitiéndome la misma cantinela.

El emisario apretó los labios, como conteniéndose de replicar algo que no debía, y después recuperó su habitual gesto risueño.

—No seáis ingenuo, mur. El Imperio ha conocido pocos años de paz, pero para los de nuestro oficio no ha habido un solo día de calma. Desde hace siglos, el Ghizem sostiene una guerra callada y feroz con las potencias de Septentrión. Y tened por seguro que vamos a ganarla. Con o sin vuestra ayuda.

Demasiado cansado para replicar, Nezaj asintió con desgana.

—Bien, mur. Es tarde, e imagino que querréis descansar. Sabréis de mí pronto. Espero que en nuestro próximo encuentro tengamos mejores noticias que darnos.

Salafir se puso en pie y Nezaj hizo lo propio, aunque con mucho más esfuerzo, pues sentía los miembros acalambrados y las sienes doloridas.

—¡Ah! Casi lo olvido, mur. Antes de que os vayáis, me gustaría enseñaros algo...

Salafir fue hasta la escribanía y sacó de un cajón una talega de cuero abultada. Aún de espaldas, preguntó:

—¿Habéis escuchado los rumores sobre Áltera?

Nezaj parpadeó, confundido. ¿A qué venía esa pregunta?

—Claro. Cómo no. Habladurías, si queréis saber mi opinión.

—Quizá. Aunque son unas habladurías muy insistentes. En todos los puertos de aquí a cabo Cephyr se habla de tierras lejanas, muy al oeste, repletas de riquezas y maravillas. Erides el Viejo ya hizo referencia a ellas, cinco siglos atrás; *Alia terra*, las llamó en su *De situ orbis*. —El taibnio se detuvo mientras sopesaba la talega de cuero, forzando en el entretanto la paciencia de Nezaj—. Supongo que conocéis el *Libro de las hazañas*.

Aquello puso a prueba sus nervios. ¿A qué demonios venía esa pregunta?

—Cualquier saremio conoce ese libro.

—¿Recordáis aquel pasaje en el que Quilnub el Astuto viaja hasta el fin del mundo?

—Sí. Más o menos.

—En su viaje al este, Quilnub llegó a una tierra desconocida, en la que encontró dragones y extrañas ruinas y, lo más importante, especias, plata y oro a espuestas.

—¿Adónde queréis llegar, Salafir?

Salafir balanceó la talega y se la arrojó a Nezaj, que tuvo el tino de atraparla al vuelo. Pesaba.

—Nuestras expediciones no han encontrado dragones, pero sí han traído

esto de vuelta.

Nezaj desanudó el cordel que amarraba la boca de la talega y volcó el contenido sobre la palma de la mano. Al verlo contuvo una exclamación de asombro.

—Lo encontraron en el lecho de un río, no muy lejos de la costa —añadió Salafir, como si aquello explicara algo.

Nezaj observó los granos de oro, refulgentes a la luz de las bujías del camarote. Un temblor le estremeció el pulso.

—Sangre de los yrdn... ¿Es cierto? ¿Habéis encontrado tierras al este?

—Sí, mur. Mientras que zaikamandeses, hirinios, ghatháricos y noordlondeses buscaban su *Alia terra* hacia el oeste, nosotros enviamos expediciones en dirección contraria.

»El viaje es todavía arduo y peligroso, aunque nuestros cartógrafos elaboran cartas de marear cada vez más precisas. De cada cuatro naves que zarpan hacia aquellas tierras tan solo una regresa, pero lo hace cargada de riquezas.

Nezaj guardó el puñado de oro en la talega, todavía confuso. Salafir no quiso aceptarla.

—Quedáoslo como gesto de buena voluntad.

El taibnio sonreía, satisfecho. Después lo acompañó hasta la puerta del camarote.

—Nuestro Imperio tiene el mundo a su alcance. Y lo someteremos. A hierro y sangre, de ser preciso. Creo que estaréis de acuerdo en que a Mur'ubi le irá mejor como aliado nuestro que como enemigo...

»Hasta pronto, mur.

Nezaj asintió con torpeza y salió del camarote. Nefili lo aguardaba envuelto en el capote, con la espalda apoyada en el coronamiento de proa.

—Andando. Es tarde.

Algo en la expresión de Salafir había conseguido desazonarlo. No habría sabido decir por qué, pero una inoportuna pesadumbre lo acompañó en el camino de vuelta a su villa. Por fortuna, el sueño le arrebató pronto su recuerdo.

13

Chasc, hizo la hoja al golpear el poste, hinchado por las lluvias de los últimos días. Zaiel se detuvo para recuperar el resuello. Estás bajo de forma, muchacho, se reprochó con una mueca. Se acercó al pozo y se sentó en el brocal, con la espada sobre las rodillas. Se estaba bien allí, a la sombra de la enramada de los cedros, acariciado por la brisa; aquel era su rincón favorito del jardín.

Lamentablemente, no disponía de toda la mañana para él. Debía de tener una hora, como mucho, antes de que llegaran sus suegros. Aquellos almuerzos con los padres de Betzabé, cada día de solaz, eran una vieja costumbre, casi una tradición familiar. Para él no eran sino otro peaje más.

Ah. Basta de quejas, muchacho. Empuñó la espada, se acercó al poste y comenzó, de nuevo, la secuencia que tantas veces había practicado, mientras la letanía de nombres extraños, casi impronunciables, de la destreza dazy, acudía a su memoria.

Vom Tag, paso, *Oberhau* a la izquierda del poste. Medio paso a la derecha, *Zwerchhau*; medio paso a la izquierda, *Krumphau*; medio paso a la derecha, un recio *Mittelhau*...

Una astilla saltó del poste, pasándole muy cerca de un ojo. Aquello lo desconcentró; se detuvo, molesto, y exhaló un gruñido. El sudor le escocía en los ojos. Se sentía torpe como un principiante, desganado; la espada parecía extraña a sus manos. Ah, si el viejo senescal estuviera allí para verlo...

¡Dammet, Sayol! ¡Sube las manos y gira la hoja si quieres conservar esos dedos! Así. Eso es. Recuerda, cuando manejas una espada con las dos

manos, los arriaces son tu escudo. Ahora, comienza de nuevo.

Sonrió al evocar la voz de Leydn. *Sayol*. Nunca había podido pronunciar bien su nombre; demasiadas vocales juntas, quizá. Durante horas y horas, a lo largo de varios años, habían practicado la destreza dazyr que el padre de Leydn le enseñó de niño: desde las cuatro guardias principales —*Ochs, Pflug, Alber, Vom Tag*, recitó para sí— a los *Meisterhäue*, o golpes maestros —*Zornhau, Krumphau, Zwerchhau, Schielhau, Schieltehau*—, junto a las sutilezas del *Fühlen*, término que Leydn había traducido con bastante trabajo como «sentimiento del acero», o los traicioneros *Winden*, por citar algunas de las numerosas tretas que componían el Arte.

¿Por qué había decidido enseñarle la destreza dazyr? Su única condición había sido que, cuando tuviera hijos, les enseñara a su vez lo que había aprendido.

Mantuvo a raya, con dificultad, la legión de temores que le asaltaron el alma. Esta vez saldrá bien. Deja de preocuparte...

En un acto reflejo, asió con ambas manos la espada: había oído pasos en el sendero que rodeaba la casa. Maldijo en voz baja. Querrú tenía instrucciones claras de que no lo molestaran durante las mañanas de solaz sin una buena razón; aunque no debían de ser tan claras, pues las confundía con frecuencia.

Su sorpresa fue palpable cuando vio quién se acercaba por entre los setos de hibisco y membrillero.

—Buen solaz, querido yerno —dijo Izíah.

Zaiel respondió a su suegro con un saludo apresurado y procuró no aparentar contrariedad. ¿Qué demonios hacía allí, tan pronto? Parecía, además, mucho más risueño y animado que de costumbre, y llevaba ropas más propias de un jinete —calzas de gamuza y jubón acuchillado—, en fuerte contraste con su atuendo habitual, las vestiduras talaras de seda de los mur.

—Vuestro mayordomo me dijo que estabais aquí, ejercitándoos con la espada. Pero por favor, no os detengáis...

—En realidad, ya había terminado...

—Oh, lástima. Me habría gustado veros practicar. —Izíah extendió una mano hacia la espada, curioso como un niño—. ¿Os importa?

Le importaba, de hecho, pero cómo iba a negarse. Izíah tomó la espada con delicadeza y la examinó, intrigado, tal que si fuera un manuscrito en un

idioma ilegible para él. Era en verdad extraño verle con un arma en aquellas manos tersas, de dedos delgados, siempre manchados de tinta como los de un escribano.

—Pensé que sería más pesada...

—Tres libras de acero. Las negras, para la práctica, pesan más.

—¿Está afilada?

—No. Pero tened cuidado con la punta. Es muy aguda.

Iziah repasó el último tercio con el pulgar, admirado.

—No es un arma frecuente por aquí. ¿De dónde es?

—Es una *langschwert* dazyr. Muy común entre sus afamados mercenarios.

Iziah le devolvió la espada. Transcurrió un momento embarazoso, en el que Zaiel no supo muy bien qué decir o hacer. ¿A qué venía aquel repentino interés por las espadas...? A saber. Al cabo, apenas conocía al padre de Betzabé. Durante los nueve años que llevaba casado con su hija, habían hablado muy poco, y siempre sobre asuntos triviales, de compromiso.

—¿Tenéis sed? —dijo Zaiel—. El agua del pozo es muy fresca.

—Os lo agradezco.

Zaiel le tendió el cazo y lo observó beber con una disimulada sonrisa. Como suponía, acabó por derramarse casi toda el agua por la barba; un mur rara vez bebía en algo que no fuera una copa. Él tomó un buen trago del cubo y se echó el resto por encima. El agua estaba fría y tenía cierto regusto a raíces que él, al menos, encontraba delicioso.

—Hay algo que me gustaría enseñaros, después del almuerzo —dijo Iziah, tras devolverle el cazo—. Necesito vuestra opinión de experto sobre una materia.

—Ah. Bien. Contad con ella, por supuesto.

—Eso sí, os adelanto que tendremos que ir a las Atarazanas. Lo que quiero enseñaros está allí.

Zaiel se enjugó el agua de la cara. A pesar de que sentía curiosidad, no le daría el gusto de preguntar más. A Iziah le encantaba hacerse de rogar; unido a su afición por las preguntas retóricas y las demostraciones de sabiduría, hablar con él se le hacía a veces muy cuesta arriba.

Tomó la vaina junto al brocal del pozo y enfundó la espada.

—Será mejor que me asee. No sería muy apropiado que me presentase en la mesa apestando a sudor.

—Hablaemos después del almuerzo. Y no les digáis nada a las mujeres. Es un secreto. —Sonrió con aires de misterio y regresó por donde había venido. Zaiel quedó algo perplejo. Aquel hombre no dejaba de desconcertarlo. Por lo menos, ya tenía una buena excusa para saltarse el parloteo de las mujeres durante la sobremesa.

Betzabé propuso que almorzaran en el cenador del jardín y todos estuvieron de acuerdo. Para cuando llegaron los criados ya habían dispuesto la mesa con silenciosa eficacia. Con resignación, Zaiel se sentó frente a su suegra y, sin quererlo, la mirada se le demoró un instante de más en el nacimiento de sus pechos, pesados y redondos. Cuando la levantó, vio a Rasha inclinar la cabeza y sonreír apenas, con el gesto travieso de quien conoce un secreto. Zaiel se mordió el interior de los carrillos, mortificado. En su descargo tenía que admitir que su suegra era una mujer aún muy atractiva, y aquellas carnes opulentas inspiraban lujuria.

Los criados sirvieron vino ligero blanco, pastelillos de atún y huevas de esturión traídas de Ymarln como aperitivo. Zaiel probó el vino en tanto semejaba atender a la conversación entre Betzabé y sus padres; su pensamiento voló lejos de allí. Hacía un día espléndido, en verdad, para almorzar en el jardín, con el rumor de la fuente como arrullo y el olor de los parterres en flor y la tierra húmeda todavía en el aire.

Aquello no bastó, sin embargo, para alejar sus preocupaciones. El peso que le estragaba el estómago no se iba; y venía acompañado del viejo presentimiento de ser dominado por los acontecimientos, tal que un títere.

Quizá tan solo se trataba del resabio de la audiencia del día anterior. Aún resollaba por las heridas, en especial por las últimas palabras del jerarca: «Espero que para entonces tengáis alguna respuesta que ofrecernos».

Qué fácil era decirlo. Habían pasado ya dos días tras el asesinato del Mur Teryed, los gusanos se lo comieran, y aún tenía menos claro el asunto, salvo un detalle: cada vez olía peor.

Olía a mierda, de hecho. Ninguno de los alcahuetes que se pateaban los Albañales y el barrio de los Candiles sabía nada. Les había proporcionado

fondos de su propia faltriquera para que untaran a los celosos y padres de las mancebías, e incluso había ofrecido una libra de plata de recompensa a cualquiera que supiera algún quién y dónde.

Por semejante cifra, la mitad de los rufianes que taconeaban por los Albañales venderían a sus madres y hermanas; la otra mitad estaría dispuesta a comérselas crudas por los pies.

Todo para nada: muchos dizques, infundios, cuchicheos y una buena porción de absurdos y dislates; ruido, pocas nueces. La certeza de que todo aquello era un negocio oscuro, un tejemaneje de los de arriba, cobraba consistencia; lo sentía tal que un hueco en el estómago, una inquietud que le cosquilleaba en las tripas...

... justo como aquel día, veinte años atrás, cuando el viento los empujó hacia el estrecho. Había tenido esa maldita sensación atascada en las tripas toda la mañana. Poco antes del ataque era como si le estuvieran perforando el bandullo. Sí; era la misma sensación, aquel sabor a cenizas y a hiel en el paladar, aquel frío en la nuca...

—Señor, ¿os apetece más vino?

Zaiel parpadeó, confundido, y después asintió. Los criados traían ya los entrantes del almuerzo. Tras la sopa fría de puerros y el marisco vino la carne. Probó la vianda con desgana; no tenía mucho apetito. Se percató de que miraba ensimismado los cubiertos. Al menos ya había aprendido a usarlos. Bastantes alfilerazos a costa de ello había tenido que sufrir los primeros años, cuando confundía una y otra vez con qué tenedor y cuchillo tenía que atacar cada plato.

—¿Cómo está mi primo Teramal, padre? —preguntó Betzabé.

—Mucho mejor. La herida cierra bien, es un muchacho fuerte. Pronto nos acordaremos del asunto con una sonrisa.

Rasha rio entre dientes al oír aquello.

—Creo que a tu primo no le vendría mal practicar con la espada. Tal vez tu esposo pudiera ayudarlo en eso...

Zaiel no supo qué responder. Betzabé —no le había hecho nada de gracia, el comentario, era obvio— intervino por él.

—No bromees, madre. Un duelo es algo peligroso.

—En eso estoy de acuerdo, Betzabé. Peligroso y estúpido. Y más aún por un motivo tan absurdo: una vulgar ramera.

Zaiel estuvo a un tris de dar un respingo. Intentó, algo a destiempo,

disimular su interés y reprimir la sonrisa, nada sana, que le pujaba contra los labios. Tuvo muchas ganas de terciar, pero se contuvo al darse cuenta de la expresión escandalizada de su esposa.

—No puedo creer que eso sea cierto, madre. Es un dizque del vulgo. Uno muy feo.

Betzabé tenía las manos sobre el regazo, acariciándose el vientre como para calmar al niño. Rasha fue a replicar, pero Izíah carraspeó oportunamente y desvió hacia él la atención de su mujer. Una mirada, agrisada y fría, sirvió para silenciarla.

—¿Sabes, Betzabé? —dijo Izíah, tras una pausa embarazosa—. Tu tío abuelo Nezaj propondrá a Teramal como interventor del Tesoro.

La conversación siguió un nuevo derrotero a partir de ahí, para alivio de Zaiel, y mencionaron a una buena porción de parientes cuyos nombres apenas si le sonaban. Betzabé tenía una muchedumbre de primos, sobrinos y tíos en diversos grados, y eso que el linaje de los Mur Mevnorás no era de los más numerosos. Al menos su suegra se abstuvo de hacer más comentarios.

El vino ya le pesaba en el estómago, así que rechazó al criado que se apresuraba a llenarle la copa. Aquellas alusiones al primo de Betzabé lo irritaban. A veces incluso llegaba a sospechar que había habido algo más que afecto entre ellos dos. Algo que, en realidad, era moneda frecuente en los linajes de sangre. Una punzada de celos le hizo torcer el gesto.

Llegó el turno de los postres. Como de costumbre, una vez sirvieron el vino dulce que los acompañaba dispensaron a los criados. Su suegro aprovechó para entregarle un regalo: otro libro, comprobó tras desenvolverlo. Procuró mostrarse sorprendido.

—*Sátiras*, de Persius de Etria...

—No creo que lo hayáis leído.

Zaiel miró a Izíah de soslayo. ¿Le estaría tomando el pelo?

—Es una edición en tamarquio y saremio. Os recomiendo su lectura. Las enseñanzas de Persius tienen más de mil años de antigüedad, pero no han perdido ni un ápice de interés...

—Sobre todo si la traducción es obra de mi esposo —apuntó Rasha, maliciosa, mientras le tendía una bandeja—. Si vas a leer a Persius, necesitarás fuerzas, yerno. Coge uno de estos pastelillos. Llevan canela y miel.

Zaiel cogió uno de los dichosos pastelillos, más por compromiso que por

gusto, y lo mordisqueó sin mucho entusiasmo.

—¿Y bien? ¿Te gustan?

—Muy buenos... Aunque lamento decirlos que no soy muy aficionado al dulce, mi señora.

Sentía cómo los ojos de Rasha no cejaban en perseguirlo. Parecía divertirse algo que solo ella supiera.

—¿Qué te hace tanta gracia, querida? —preguntó Izíah.

—Nuestro yerno. Me doy por vencida con él. Nueve años y aún no se atreve a tutearnos, pese a mi insistencia en ello.

Zaiel estuvo a un tris de atragantarse con el condenado pastelillo. Bebió un poco de vino para pasarlo.

—Es... lo correcto, señora. —Su protesta se le antojó débil y ridícula.

—Oh, vamos, Zaiel. Estamos solos. Ni siquiera hay servidumbre. No tienes por qué ser tan formal.

—Estoy seguro de que lo hace en señal de respeto, querida —terció Izíah, acudiendo al rescate—. Los militares son muy puntillosos con los tratamientos. ¿Me equivoco, yerno?

Zaiel cabeceó en respuesta. Esperaba que un oportuno silencio zanjara el asunto, pero Rasha no parecía estar dispuesta a ello.

—Narza Mur Quirab, según me han contado, se tutea con las sirvientas. ¿Qué me decís de eso?

—Menudo ejemplo, madre. Dicen que Narza tiene más amantes que caballos su marido.

—Vaya. Creía que no te gustaban los dizques, hija.

Mientras Betzabé y su madre intercambiaban alfilerazos, la atención se alejó de él y pudo respirar de alivio. Encontró la mirada de su suegro; parecía impaciente.

—Creo, yerno, que deberíamos marcharnos ya, antes de que caiga la tarde.

—¿Marcharos? ¿Adónde, padre?

—Déjalos —zanjó Rasha—. Los hombres necesitan sus secretos, hija. Además, tenemos que hablar de muchas cosas. Como del aya para el niño.

Zaiel se enjuagó las manos con zumo de limón y se retiró de la mesa, algo pesado tras el almuerzo. No debería haber comido tanto.

—Señoras...

Besó la mano de su suegra y después a Betzabé. Cuando se volvió hacia

Izíah, un entusiasmo inusual animaba al Mur Teryed.

—Vamos, yerno. Os prometo que no os arrepentiréis.

—¿Qué os parece?

Zaiel miró en derredor, conteniendo la tos con la mano. En los haces de luz cobriza que entraban por los altos y sucios ventanos del almacén danzaban remolinos de polvo. Las paredes aparecían tiznadas, e incluso en el tejado, varios de los tirantes mostraban marcas de haber acusado un incendio. El suelo estaba abarrotado de cajas y más cajas cubiertas con lienzos de arpillera.

—Lamento la suciedad y el desorden, yerno; una buena batida de limpieza y un par de manos de pintura bastarán para enmendarlo, supongo.

—Ah... ¿Habéis comprado este almacén?

—No. Lo he alquilado. A buen precio, todo hay que decirlo. El incendio redujo bastante la renta.

Izíah dio un paseo por la espaciosa nave, descubriendo cajas aquí y allá. Su criado personal, que había venido con ellos, se quedó esperándolo, tieso como si le hubieran metido una lanza por el culo. Zaiel hizo una mueca. No le gustaba en absoluto aquel muchacho. No sabía muy bien por qué, pero le daba mala espina. Tan flaco, con ese mirar afiebrado, como de lechuza.

A su regreso, Izíah sonreía ufano. No había soltado prenda en todo el camino en carruaje hasta los muelles de la orilla norte. Tal y como le había dicho, el almacén estaba muy cerca de las Atarazanas.

—Os preguntaréis por qué hemos venido aquí, claro.

Zaiel decidió no entrar en aquel juego de preguntas y se armó de paciencia.

—Guardad cuidado; no os haré esperar más.

Izíah le hizo una seña al criado. El mozo descubrió una de las cajas, de varios pasos de largo, sacó de algún sitio una barra de hierro y la abrió con bastante soltura.

Zaiel se acercó para ver lo que contenía. Al retirar las briznas de paja alzó las cejas, sorprendido. De las conjeturas que se había hecho respecto a lo que

había dentro, aquella resultaba la más insólita.

—Un cañón... De treinta libras, me parece.

—Treinta libras, eso es; tenéis buen ojo. Pero olvidáis un detalle esencial: este cañón está forjado en una sola pieza de bronce. Eso lo hace mucho más fiable que uno de hierro colado, al ser más resistente y carecer de juntas por las que puedan producirse escapes... y sus devastadoras consecuencias.

»Hablo de oídas, por supuesto. Me imagino que tal punto podréis confirmarlo vos mismo de primera mano.

—Es cierto —concedió Zaiel, suspicaz.

Siempre había sentido desconfianza de aquellos que «hablaban de oídas» con tanta certeza. Se pasó la mano por la barbilla, pensativo. Él sí que había visto reventar uno de esos cañones; la primera vez, tan de cerca que tenía en la cara quemaduras y restos de pólvora incrustados para dar fe de ello. Aquel día salvó la vida por apenas un pelo.

Examinó con más detalle el ingenio. Tenía que admitir que era una buena pieza. Recorrió con un dedo el ánima de la boca, extraordinariamente pulida y regular, mientras Izíah no perdía detalle de sus movimientos.

—¿De dónde lo habéis sacado?

—Lo he hecho traer de Arán.

—¿Para qué?

Izíah sonrió apenas. Desoyó la pregunta como si fuera la inconveniencia de un niño.

—Decidme, si los cañones de hierro son tan poco fiables, ¿por qué han sido tan frecuentes en las Armadas de muchas naciones, como la de Mur'ubi?

—Porque hay un buen motivo para no artillar un buque con piezas de bronce: son muy caras. Diez veces más que las de hierro colado.

Izíah sonreía con franqueza ahora. Como imaginaba, ya conocía aquel dato.

—Claro. Supongo que las partidas destinadas a la dotación de artillería no dan para tanto. Mis primos del Cónclave no son muy dados a abrir la bolsa cuando no lo creen necesario... Claro está, a ellos no les explotan los cañones en plena cara. ¿No es cierto?

»En fin. Mi intención es forjar cañones de bronce. Creo que es posible reducir mucho los costes de fabricación. Presumo que la demanda será enorme.

—¿Forjar cañones...? ¿Queréis convertir este almacén en una fábrica de

artillería?

—Exacto.

—Pero... necesitaréis hornos. Oficiales y maesos como mano de obra. Y por supuesto, un buen suministro de materias primas. Mur'ubi no dispone de yacimientos propios. Ymalrn, Noordlond y Ghathar se reparten las rutas del cobre.

—Necesitaremos cobre, en efecto. Y estaño: ocho libras por cada cien de cobre. Dispondré de ellos en buena cantidad, llegado el momento. Por ahora me cuidaré de deciros más hasta que no os haya expuesto mi proposición. Espero que lo comprendáis...

Zaiel recostó el cuerpo en una de las cajas mientras se pasaba los dedos por la barba. Así que su suegro tenía algo que proponerle; ya se figuraba que querría algo más que su opinión. Entretanto, Izíah seguía derrochando entusiasmo, con la habitual retahíla de preguntas que él mismo se respondía.

—... creedme, las armas de trueno dominarán las guerras del próximo siglo. Y el bronce es el material idóneo para su fabricación: no hace falta ser un visionario para darse cuenta de ello.

—Estáis muy bien informado de este asunto...

Izíah se detuvo frente al cañón. Como para ocupar las manos, tomó una brizna de paja y la deshizo.

—Sí... podría decirse que sí. He contado con la ayuda de uno de mis conocidos, un auténtico experto en la materia.

Zaiel aprovechó un paréntesis en la conversación para intervenir.

—La verdad sea dicha, me ha sorprendido esta afición vuestra por la artillería.

Izíah se encogió hombros, esbozó una sonrisa tenue.

—Puedo entenderlo. Supongo que no casa con la imagen que tenéis de mí, todo el día entre libros, con la cabeza en las nubes...

Fue a protestar, pero Izíah atajó su respuesta:

—No me siento ofendido. Para mi linaje he sido una decepción y he acabado por acostumbrarme. Y tampoco es un concepto tan alejado de la realidad... aunque guardo una o dos sorpresas.

Izíah le guiñó un ojo con aire cómico, lo cual desconcertó sobremanera a Zaiel. Decidió animarlo para que fuera al grano de una maldita vez.

—Habéis dicho antes que tenéis una proposición que hacerme. Bien, ¿cuál es?

—Directo al tema, ya veo. —Iziah carraspeó—. Bien... mi propuesta es que seamos socios en esta empresa. Necesitaremos, a ojo, una inversión de al menos seiscientas libras de plata para arrancar. Calculo que podríamos recuperarla en apenas un año.

—Seiscientas libras de plata...

—A repartir entre los socios.

—Entiendo. ¿Cuántos más, aparte de nosotros dos?

—Uno más, tan solo. Prefiero no deciros todavía quién es. Pero es de confianza... A escote, la inversión es de doscientas libras de plata.

Zaiel contuvo un resoplido nada elegante.

—Vaya. Doscientas libras es... mucho dinero.

Iziah apuntó otra de sus sonrisas vacías. En las mandíbulas se le destacaron los músculos.

—Sí, soy consciente de ello.

... pero sé que dispones de él, y de aún más, querido yerno, continuó Zaiel para su colete. Vaya. Así que era eso lo que quería Iziah. Su dinero. Se pasó la lengua por los labios reseco en tanto que hurtaba la vista de la de Iziah. Doscientas libras era una suma elevada, sí, pero podía permitírsela. Y, además, el dinero nunca había significado mucho para él, quizá porque había llegado tarde. Las penurias que había pasado en los primeros años de su vida y sus años en la Armada lo habían hecho frugal en cuanto a gustos.

Pero ¡qué cojones! Era su dinero, y había tenido que ganárselo, vela a vela, libra a libra, en un oficio jodido. ¿Podía decir lo mismo Iziah? Lo dudaba mucho.

—Tendría que pensarlo...

—Oh; por supuesto, cómo no. Pensadlo bien. Y no os sintáis presionado porque seamos familia... Una vez formada la sociedad, no habría distinguos entre nosotros.

Por algún sinuoso motivo, Zaiel se sintió violento, incluso culpable. A la postre, tenía delante al padre de su mujer. Un mur de sangre vieja. Podía imaginar el menoscabo en su orgullo que suponía para Iziah el tener que pedirle dinero a él, el esposo plebeyo de su adorada hija.

—Bien pensado —dijo Zaiel—, una fábrica de artillería es un buen negocio. Habéis elegido bien el sitio, además. Cerca de las Atarazanas.

Iziah asintió, halagado.

—Me alegra oíros decir eso. Y solo sería el comienzo. Una fábrica de

municiones de guerra sería otra buena inversión. La isla de los Tejeros, por ejemplo, podría ser un punto idóneo donde manufacturar pólvora. Está lo suficientemente alejada de la ciudad, dispone de rutas fluviales por las que traer carbón, madera, azufre y salitre... E incluso ya cuenta con hornos.

Zaiel se rascó la barbilla. No salía de su asombro; su suegro parecía estar de veras interesado en aquel asunto. ¿Cuánto tiempo llevaría planeándolo? Algo le chocaba, empero.

—Hay un aspecto que no habéis considerado, suegro. El Imperio taibnio. Estamos ligados a ellos por el Tratado Rojo.

Izíah sonrió con franqueza esta vez, animado.

—Muy cierto. A todo esto, ¿cuánto falta para que expire?

—Un año, me parece. Pero lo decís como si no fuéramos a seguir siendo aliados de los taibnios.

—¿Aliados? Decid más bien súbditos. ¿Es que estamos atados a ellos con cadenas?

—No. Peor todavía. Estamos atados por sus deudas y la protección que brindan a nuestras rutas comerciales.

Izíah descubrió los dientes en una mueca de desdén.

—Oh, claro. Muy efectiva, tal protección. Vos mismo podréis jurarlo... ¿Qué hicieron cuando Atalir y Sab'rad atacaron Quart y amenazaron nuestros fundagos?

—Nada. Lo consideraron una disputa entre ciudades saretrias.

—Claro. Cómo no. Les convenía la ruptura de la Liga. ¿Y cuándo los qyrtios atacaron nuestras rutas de especias hacia Myrmyrá? ¿Hicieron algo?

Zaiel encogió los hombros.

—Nada. Eran aliados por aquel tiempo. —Levantó las manos, conciliador; lo último que quería era soportar otra de las peroratas de Izíah—. No discutiremos por esto, en realidad. El Tratado Rojo nunca ha sido plato de mi gusto, pero los lazos que nos unen al imperio son viejos. Los taibnios no dejarán que vendamos cañones a las potencias enemigas, que vienen a ser la mayor parte de las naciones de Septentrión. Y ellos mismos no son muy aficionados a artillar sus barcos. Prefieren las galeras y galeazas, donde agolpan a sus guerreros esclavos.

—Bueno. No adelantemos acontecimientos. Aún queda un año, como vos mismo dijisteis... —Izíah semejó recordar algo en ese momento—. ¿Sabéis que, yerno? En tiempos, tuve una conversación muy parecida con Leydn.

Estoy seguro de que le habría entusiasmado participar en esta empresa.

La mención de su mentor puso en guardia a Zaiel al principio, pero después calmó sus recelos. Sabía que su suegro y Leydn habían tenido cierta intimidación.

—Yo también lo creo —dijo al fin—. Comenzó en la Royal Shipfyrd de Ghathar como artillero; su padre fue carpintero de ribera. Más de una vez le oí hablar de cómo Mur'ubi podría convertir sus Atarazanas en uno de los mayores centros de producción naval de Septentrión.

Iziah se quedó mirándolo con gesto extraño.

—Sin duda, era un gran hombre —dijo, ensombrecido por la tristeza—. Me recordáis mucho a él, yerno.

Aquello tomó por sorpresa a Zaiel. No supo qué responder.

—En fin —continuó su suegro—. Tengo una cosa más que enseñaros. Uza, haz los honores, muchacho.

El mozo salió del almacén y regresó al poco con una caja pequeña, que le tendió sin decir palabra, con un ademán rígido. Zaiel le clavó una mirada cargada de antipatía al criado y aceptó la caja. En el interior forrado de terciopelo rojo había un curioso artefacto: semejava un arcabuz, pero de apenas un codo de largo.

—Los araneses llaman a este ingenio «pistola» —explicó Iziah, alegre—, en honor de Enrio de Pistola, un famoso armero de Arán que se arroga su invención. En el oeste de Septentrión comienza a ser muy popular, sobre todo entre nobles y caballeros, que la llevan encima para defenderse.

»Por otro lado, esta es bastante especial. Como podéis ver, cuenta con dos cañones. Puede hacer dos disparos sin necesidad de recargar...

Zaiel apartó la caja y empuñó la tal llamada «pistola» con cierta extrañeza. Los dos cañones superpuestos eran cortos, con un ánima en la que apenas cabía un dedo. Para su reducido tamaño pesaba lo suyo, sus buenas cinco libras.

Reparó en los mecanismos gemelos a un lado de la caja y parpadeó, confundido. ¿Dónde demonios estaba el serpentín? Cuando alzó la vista vio que su suegro tenía aquella expresión de suficiencia que tanto detestaba.

—¿Buscáis la llave de mecha? Ahorraos el esfuerzo: ¿veis esos botones metálicos que están en su lugar? Es muy ingenioso. La llave de disparo de esta arma es capaz de disparar sin necesidad de mecha. El armero dazyr que la fabricó se inspiró en el resorte de un reloj mecánico. Si me permitís, os

explicaré cómo funciona.

Zaiel le entregó la pistola a Izíah, que comenzó a señalar las partes del mecanismo, con un entusiasmo casi infantil.

—Esa pieza con forma de martillo se llama pie de gato y su función es sostener un trozo de pirita de hierro. Para disparar tan solo hay que abatirlo contra la tapa de la cazoleta, así; ahora, si oprimimos el disparador, la rueda girará merced a un resorte interno, golpeará la pirita y las chispas resultantes prenderán la pólvora de la cazoleta.

La cara que había puesto Zaiel debía de ser digna de verse, a tenor del regocijo que mostraba su suegro. No había entendido nada, pero que lo aspasen si quería que lo repitiera.

—Suená más complejo de lo que es en realidad. Hagamos una prueba, si os parece. Ya está cargada y cebada. Este gancho de aquí, junto al disparador, actúa como fiador, para evitar un disparo accidental.

Su suegro le devolvió el arma y deambuló por el almacén.

—¿Qué podríamos usar como blanco...? Uza, ayúdame, vamos.

Los observó mientras hurgaban por entre cajas y rincones, con tanto afán que parecían buscar un tesoro escondido. A una mala, podría dispararle al criado, si hacía el favor de estarse quieto. Zaiel disimuló una sonrisa. Solo por ver la cara de su suegro merecería la pena.

—¡Ah! Esto servirá.

Izíah acarreaba una vasija de barro vidriado, con el cuello roto y manchada de hollín, que colocó sobre una caja, a unos diez pasos.

—Adelante, yerno —le invitó risueño, tras alejarse a una distancia prudente.

Allá vamos. Levantó el arma, desenganchó el fiador y puso el dedo sobre uno de los disparadores. Apuntó con cuidado, tomándose su tiempo.

El tiro zurrió, brusco, y la reverberación en el interior del almacén le dejó con un zumbido sordo en los oídos. Bajó el arma y manoteó para apartar la humareda entre toses. Escupió, asqueado; había olvidado cuánto odiaba la sensación de tener aquel humo acre y grasiento atravesado en la garganta.

—Tenéis buena puntería...

La vasija había quedado hecha añicos. Subió los pies de gato de la pistola y se la entregó al criado de Izíah, que la volvió a guardar en la caja con mucho celo.

Su suegro ya estaba junto a él.

—Bien. ¿Qué os parece?

—Ruidosa pero efectiva. Aunque disparar con el pulso tranquilo a algo que está quieto no es lo mismo que hacerlo en mitad de un combate. He de seros franco: nunca me han gustado las armas de trueno.

Iziah no ocultó la decepción al oírle. Asintió despacio, pasándose los dedos por la barba rala.

—Vaya. Me figuraba lo contrario. ¿Qué reparos tenéis en contra de estas armas, yerno?

Zaiel reflexionó con calma antes de responder.

—Siempre he pensado que son imprecisas, lentas de cargar y, además, puedo dar fe, la pólvora es tan peligrosa para el que dispara como lo es para el blanco.

Le vino a las mientes el hirinio aquel al que le estalló en plena cara un viejo trueno de mano; el infeliz perdió un brazo y media cara. No fue algo bonito de ver, precisamente, aunque la tropa estuvo riéndose a cuenta de la anécdota todo un mes.

—En la Armada empleamos trozos de abordaje dotados con arcabuces. Los llamamos cagatruenos. La verdad es que nunca me parecieron efectivos... Las mechas se apagan con facilidad, a poco que llueva o que una ola rompa contra el casco. Y si ya es difícil apuntar con tino en mitad de una refriega, imaginad, además, lo difícil que resulta hacerlo en la cubierta de un barco que no para de cabecear. He visto fallar a menos de diez pasos. Una ballesta, en manos diestras, es mucho más eficaz.

—Comprendo vuestros reparos, pero las cosas cambian, yerno. El rey Mathius II de Zaruvia frenó el avance de los taibnios hace cinco años gracias, en buena parte, a sus cuadros de arcabuceros.

»Es cierto, todo hay que decirlo, que son imprecisas y lentas de cargar. Por ahora... Sé de varios armeros que trabajan en prototipos de armas capaces de hacer hasta cuatro disparos consecutivos, mediante cargas superpuestas y afustes giratorios.

»Y es tan solo el comienzo. ¿Os imagináis lo que supondría dotar a un ejército con armas de trueno con una cadencia de tiro igual o superior a la de un arquero entrenado? Las guerras tal y cómo las conocemos cambiarían por completo.

Zaiel reprimió una carcajada al oír aquello. ¿Tal y cómo las conocemos? Qué sabría él lo que era una guerra...

—En las guerras venideras —continuaba Izíah— se matará así, con el simple gesto de un dedo.

El peso de aquellas palabras y el tono de suficiencia con el que las había pronunciado Izíah terminaron por sacar a Zaiel de sus casillas. En su voz fue palpable el resentimiento al responder:

—Cuando llegue ese día, la poca honra a la que puedan aspirar los hombres de armas se extinguirá.

Izíah se rascó el caballete de la nariz con el índice. Ya no sonreía.

—Vaya. Tenía una imagen algo errónea de vos. No imaginaba que tuvierais dotes de filósofo...

Las pupilas de Zaiel empequeñecieron. ¿Acaso se burlaba de él?

—Pero por favor, explicaos. Me complacería mucho oír vuestra opinión.

Zaiel resopló, hastiado. Dudó antes de responder. Cuando lo hizo, su propia voz se le antojó opaca, teñida de desesperación.

—Matar así, tan fácilmente, lo hace... obsceno. Matar de lejos, sin arriesgar el pellejo, no es hacer la guerra. Es... como un deporte, una vulgar cacería. Al otro se le niega cualquier asomo de dignidad.

Izíah asimiló la respuesta despacio. Tenía un brillo extraño en la mirada, penetrante y gris. Acabó por asentir y encogerse de hombros.

—Supongo que tenéis razón. Pero admitiréis que el asunto es negocio hecho. El avance de los tiempos es imparable. Mal que nos pese, estas armas son el futuro...

Lo último que necesita el mundo, pensó Zaiel, era que matar fuera más fácil aún. Ya había bastantes imbéciles decididos a matarse tal que bestias como para facilitarles encima el trámite; o peor aún, muchos hijos de puta tirando de los hilos para que otros asesinaran por ellos...

... pero, Neymed lo ahogara, Izíah estaba en lo cierto. El futuro... Así que ese sería el futuro, la mierda de futuro que los aguardaba. Bien, prefería no estar cuando llegase. Pensó en su hijo por nacer. Él sí estaría. ¿Para qué iba a enseñarle a manejar una espada? Él había tardado años en adquirir cierta destreza con el *langschwert*.

Una pistola no requería adiestramiento ni destreza; de estar cargada, hasta un niño podría matar con solo mover un dedo. De pronto se sintió muy, muy cansado, y un nudo le atenazó la garganta.

—Creo que deberíamos regresar —dijo Izíah—. Nos estarán esperando. —Le hizo un gesto al criado, que le volvió a tender la caja con la pistola—.

Quedáosla. Consideradlo un presente.

Zaiel la tomó con cierto reparo. Aún estuvo rumiando todo aquello en el viaje de vuelta a casa. Tuvo tiempo para ello, puesto que Izíah y él apenas si cruzaron palabra. A través de la ventanilla del carruaje observó con aire desabrido las calles solitarias, mientras manoseaba, mortificado, la caja que sostenía en el regazo. Aunque sonara ridículo sospechaba que, al haberla aceptado como regalo, había permitido que Izíah se saliera con la suya.

14

—¿Adónde coño creéis que vais, eh? Aquí entra gente de calidad, no desharrapados como vosotros.

Ezab sonrió al guardapostigo, nada dijo; tan solo dejó caer sobre el mostrador una talega con los cordones desanudados. La plata repiqueteó contra la madera, reflejó la luz de las bujías. El fulano, corpulento, asaz feo, cogió con mano ávida las monedas, las fue contando una a una entre bisbiseos. Al terminar sacó una llave pequeña de un llavero y se la tendió.

—Arriba —dijo, con voz de cordero ahora—; penúltima puerta, a la derecha.

Ezab aceptó la llave, le dedicó una última mirada de sorna al guardapostigo y se volvió hacia Naúd, que aguardaba en el umbral de la mancebía. *Vamos*, le indicó con la cabeza. Subieron la escalera, estrecha, lóbrega, hasta un pasillo no mucho más amplio e iluminado: olor a incienso, una espesa alfombra roja engullendo sus pisadas, puertas a izquierda y a derecha; tras ellas, murmullos y jadeos.

Tercera, cuarta, quinta... penúltima: aquella. Ezab metió con cuidado la llave en la cerradura. Naúd se apostó a su diestra, tanteó por instinto la empuñadura de la daga. Despacio, muy despacio, su compañero giró la llave y accionó el picaporte; la puerta se abrió sin ruido.

Lo primero que vieron fue una cama y, agitándose encima de ella, un culo, pequeño, prieto, redondo. Su dueña, desnuda, atendía con la boca la verga del hombre —también desnudo— sobre el que estaba a gatas.

Naúd quedó paralizado por un instante, a excepción de la sangre que le

acudió, rauda, a la entrepierna. Ezab lo empujó al interior, cerró la puerta de un portazo.

El hombre abrió los ojos, dio un respingo, se quitó de encima a la puta con torpeza, intentó gritar. No pudo: un golpe de Ezab, bajo el esternón, lo tumbó en la cama. Naúd sacó presto una soga y maniató con ella al hombre. Las lágrimas le bajaban por las mejillas; parecía a punto de asfixiarse. Cuando sintió el olor agrió el gesto; el muy cabrón se había meado encima. Tiró de él para incorporarlo y le llenó la boca con un puñado de sábanas empapadas de orina.

Mientras, la putuela había saltado de la cama para acurrucarse en un rincón de la pieza, desde donde les dirigía miradas de espanto. No había gritado, ni parecía que fuera a hacerlo. Ezab se acercó, la tranquilizó, consiguió ponerla en pie. La examinó con aire crítico, paseando una mano juguetona por su cuerpo: le pellizó los pezones rosados e indefensos, tanteó su entrepierna húmeda y lampiña, introdujo un dedo entre los labios rojos como una herida del sexo. La mujer se agitó nerviosa. Ezab chistó bajito, y tras sacar el dedo —húmedo de jugos— lo olió con expresión de éxtasis y se mordió los carrillos. Después señaló la puerta y le guiñó un ojo.

—Zape, zape, gatita... —dijo a la muchacha, que se apresuró a recoger unas pocas prendas desperdigadas por el cuarto y se marchó con pasos de ratón.

Naúd cerró la puerta. En la claridad escasa de una lamparilla, la habitación no ofrecía mucho a la vista aparte de la cama: un sillón agrietado, una cómoda y sobre ella un espejo de bronce, el cual arrojaba reflejos cansados e imprecisos. Se miró en él. No le gustó lo que vio: ojeras, tez cerúlea, semblante afiebrado. Había dormido mal las últimas dos noches. Las cicatrices de los glifos apenas ya si le escocían; habían pasado de un tono cárdeno a un azul desvaído.

Ezab había acercado la silla a la cama para sentarse a horcajadas en ella, frente al fulano. El pobre desgraciado masticaba las sábanas, ya no trataba de forcejear siquiera; tenía lo suyo con meter aire en los pulmones. Naúd lo puso derecho, sin disimular una mueca de asco.

Con mucha parsimonia, Ezab sacó la faca, cuya hoja atrajo de inmediato el interés del otro. Ezab se inclinó hacia él, paseó la hoja por el pecho velludo, el vientre abultado, hasta llegar al miembro, apenas un pingajo ahora.

—Bueno —comenzó; su voz sonó ronca—. Veamos. Mi amigo y yo queríamos hablar contigo, Merá. Te llamas Merá, ¿verdad?

El hombre trató de hablar, masculló algo ininteligible.

—Chitón. Parpadea una vez para decir sí. Mi amigo te va a desatar; te vestirás y nos iremos de aquí, sin más barullo. ¿De acuerdo?

Un parpadeo. Naúd desató al fulano y le tiró las ropas de buen paño que había desperdigadas sobre la cómoda. El hombre escupió el gurrño de sábanas, contuvo las arcadas, y tras levantarse con dificultad se vistió. Al terminar había recuperado algo de color y entereza.

—¿Nos vamos? —preguntó Ezab.

Merá se alisó las ropas y el cabello, miró a Ezab —rabia mal disimulada, miedo—, asintió.

Salieron del cuarto, Ezab delante, Naúd detrás, el gremial entre ambos, y abandonaron el edificio sin mayor contratiempo. Ya afuera —medianoche, relente—, una vez dejaron atrás el callejón de la mancebía, Ezab se dirigió a Merá:

—Ahora nos llevarás hasta tu cerrajería. Y por si se te ocurre la tontería de echar a correr, aquí mi amigo es rápido y tiene la zancada larga; así que tú mismo.

El cerrajero miró a Naúd, tragó saliva y cabeceó. Al cabo de media hora, tras internarse en el barrio de los gremios, llegaron a la calle en cuestión. Un farol daba quejidos de bronce, esparciendo sombras; sobre la puerta, la insignia del gremio —dos llaves de hierro cruzadas— identificaba la cerrajería.

Ezab detuvo a Naúd levantando un puño, se adelantó para inspeccionar los alrededores. No había nadie, y ni rastro del sereno; unas pocas velas habían asegurado que esa noche permaneciera en su garita, ciego y sordo, lo que quedaba de ronda. Tras un rato, Ezab salió por la calleja detrás de la cerrajería y les indicó que se acercaran.

La entrada posterior del local tenía un zaguán estrecho y oscuro. Ezab golpeó la puerta con los nudillos: toc–toc, toc, toc–toc.

Raser apareció tras la puerta. Alzó la barbilla en un saludo desganado y se retiró para que entraran. El pasillo estaba oscuro; había luz, a la derecha, proveniente del despacho.

Arvad, retrepado en una silla, sonrió al verlos entrar, con la pipa de arcilla colgada de una comisura de la boca. El candil sobre la pequeña mesa —

cartas, una botella de vino vacía casi, algunas monedas— le arrojaba sombras sobre la mitad de la cara, fea y desabrida. Naúd arrugó el ceño; olía a la dichosa hierba de montaña que fumaba Arvad, a vino y a sudor. Ezab, más afable, devolvió la sonrisa a su compañero.

—¿Qué tal el niño?

Arvad recogió las cartas de la mesa, respondió con tono aburrido:

—Lloró un poco al principio, pero ha estado dormido desde que os fuisteis.

Señaló un rincón en sombras del despacho, donde yacía un bulto con forma humana.

Ezab lo despertó a patadas. Después de hacerle una seña a Naúd, entre ambos lo acomodaron en la silla. El fulano miraba, ya despierto y muy asustado. Tenía las facciones tumefactas y amoratadas, la camisa sucia de sangre; una mordaza le cubría la boca.

—Ah. Mira, parece que espabila —dijo Ezab, volviéndose hacia Merá con una sonrisa—; ¿qué, reconoces a tu invitado?

Merá no respondió.

—Aquí tu cuñado se mostró algo reacio a cooperar; un poco, no mucho. Hemos tenido que zurrarle un buen rato; había fumado tanto nafar cuando lo pillamos que ni sentía los golpes.

El cerrajero bajó la mirada. Habló con apenas un hilo de voz:

—Está bien. Llevaos lo que queráis.

Ezab inclinó la silla a un lado y el cuñado de Merá cayó cuan largo era, sin proferir un quejido: plaf, hizo contra la tablazón del suelo.

—El turno de vucencia. Tomad asiento.

Naúd ató al gremial con las manos a la espalda y lo sentó a empellones; después arrastró al cuñado hasta un rincón. Ezab se acuclilló frente a la silla, juntó las yemas de los dedos, lo miró sin pestañear. Ya no sonreía.

—Bien, Merá. Te vamos a explicar por qué estamos aquí.

»Tu mujer, Elysa, quiere mucho a ese inútil ahí tirado, ¿a que sí?

Merá tragó saliva y dejó escapar el aire con un gruñido. No hubo respuesta.

Crac, restalló la bofetada que Ezab le asestó con el dorso de la mano. El golpe cogió de improviso al hombre, llegó incluso a mover la silla.

—No me mires así. La próxima vez que pregunte, responde alto y claro —susurró Ezab, con el gesto contraído, a menos de un palmo del otro.

Merá —un hilo de sangre le resbalaba de la nariz, una lágrima le bajaba por la mejilla— cabeceó despacio; el odio había dejado paso, de nuevo, al miedo. Al ver esto, Ezab suavizó su expresión.

—Quieres a tu mujer, por lo que veo. Comprendo que tengas que cargar con el imbécil de su hermano.

»¿Sabes cuánta plata tiene fiada tu cuñado por los garitos y mancebías de los Albañales? Unas cuatro libras. Quizá más. Y créeme, la gente a la que pidió fiada tanta plata no son pacientes con los morosos. Con tal de salvar el pellejo, estoy seguro de que te habrá sableado todo lo que habrá podido y más.

»Dime, Merá, ¿cuánto tiempo llevas como tesorero de la cofradía del Hierro?

El gremial parpadeó despacio, se estremeció: había cogido, al fin, el hilo del asunto.

—Ca... casi un año.

—Eres un miembro respetado del gremio. Un reputado maeso. Aquí — Ezab señaló a Naúd— el compañero se las vio y se las deseó para abrir la cerradura de la puerta trasera. Y a fe mía que es bueno con la espadilla.

Naúd asintió, ausente. La cerradura era buena, todo había que decirlo. El ojo ciego que tenía le había costado lo suyo.

Ezab dio un corto paseo por la estancia, sirvió las heces del vino en un vaso y se las bebió de un trago.

—¿Quién te convenció, Merá? ¿Elysa, tu mujer? ¿O fue la mujerzuela de tu cuñado, esa pelirroja tan vivaracha? Tsq, tsq...

Ezab dejó de dar barzones por la estancia, se sentó frente al cerrajero.

Naúd se armó de paciencia. Otra vez el numerito de la silla; comenzaba a estar harto. Con el cuñado había sido el turno de Raser y Arvad, así que ahora le tocaba a Ezab. Observó al cerrajero. No parecía que fuera a dar mucha guerra, aunque las apariencias engañaban en ocasiones.

—Sisarle al gremio... —dijo Ezab—; mal, muy mal.

Las pupilas de Merá brillaron, diminutas. Muy a su pesar, tragó saliva.

—No sé de qué me hablas.

—Sí que lo sabes. Tienes un negocio entre manos, peligroso, aunque con sustancia. Yo apenas si lo entiendo, el tejemaneje. Soy algo zote con los números. Pero sé que, siendo tesorero y mañoso con los números, puedes hacer partidas extra del fondo de la cofradía. Amañar las cuentas. Tomas un

poco, lo disimulas, lo dejas en buenas manos; después recuperas ese poco, tapas el agujero y el otro poco más os lo repartís entre tú y tus compinches. No se hace daño a nadie, ¿verdad?

Merá respiraba profundamente, con la mirada fija en las tablas del suelo.

—¿Cómo... cómo sabéis todo eso?

—Ah, ah. Eso —Ezab le guiñó un ojo— es un secreto. Digamos que tenemos oídos en muchos sitios. Nos faltaban algunas piezas para completar el rompecabezas, pero aquí tu cuñado nos ayudó a encajar las últimas.

El otro alzó la mirada.

—¿Qué queréis?

Arvad, al fondo, soltó una carcajada nada amable.

—¿Qué vamos a querer? Un trozo del pastel. Uno bien grande.

Merá asintió con resignación.

—Está bien... ¿Cuánto?

—Veamos... ¿Qué tal cinco libras de plata al mes, Largo? ¿Eh?

Naúd negó con un ademán cansado. ¿Por qué era Ezab tan teatrero? Como si no supiera cuánto dinero debían pedir.

—No es suficiente. Diez.

—Bien... ya lo has oído. Diez.

Merá, que desorbitaba los ojos como si le hubieran apuñalado las tripas, restalló al responder:

—... ¿Qué? ¿Cómo creéis que voy a justificar ese adeudo todos los meses ante el prioste? Se darían cuenta. Perderé mi negocio, me partirán los brazos y las piernas...

Sonrió Ezab, llevándose el índice a la boca. Arvad le había alcanzado un zurrón de cuero, sucio y gastado; dentro, el contenido tintinaba. Ezab lo dejó en el suelo, a un palmo del gremial, y comenzó a desabrochar la correa con mucha parsimonia. Merá lo observaba hacer sin decir palabra.

Ezab fue sacando el arsenal: martillo de cabeza redonda, tenazas, sierra, cadenas, flagelos, varios tipos de cuchillos —todos afilados y relucientes— y, por último, su herramienta favorita, un par de manoplas de cuero, pesadas y con refuerzos de bronce en los nudillos. Naúd hizo una mueca. No hacía falta tanto despliegue, ya que como mucho usaban una o dos herramientas, pero verlas todas, así, en crudo, acojonaba, y Ezab lo sabía bien.

—Bien, Merá —dijo Ezab mientras se colocaba las manoplas—, tú decides. Diez libras. La primera víspera de cada mes.

El otro negó, aterrado; gruesas gotas de sudor le bajaban por las sienes.

—No lo entendéis... Diez libras es demasiado, yo... no puedo, es imposible...

Ezab agarró al gremial por las solapas de la camisa y se la arrancó a los tirones. Merá comenzó a temblar.

—Un momento, espera, ¡espera! Quizá... tal vez pudiera conseguir la mitad, sí, eso, cinco libras...

Crac. El golpe, un puñetazo al pómulo, dejó al otro paralizado. Volvió la cara; una línea de sangre le surcaba la mejilla. Crac, restalló el segundo golpe, un gancho con la zurda. Un tercero y un cuarto vinieron a continuación, dirigidos a los costados y el vientre; el hombre se inclinó de un lado a otro, escupió sangre.

Naúd, que se había retirado al fondo de la pieza para dejar espacio a su compañero, buscó donde sentarse; aún se sentía débil tras la ceremonia. Se arrimó a la escribanía junto a la pared —desorden de resmas, plumas manchadas de tinta y arena derramada de una salvadera—, y se recostó en ella. Su codo topó con algo y lo tiró de la mesa. Naúd se agachó para comprobar qué era.

Un libro, con encuadernación de cuero rojo, suave de tan gastado por el uso. Una emoción extrañamente familiar lo asaltó al cogerlo. Abrió el volumen, hojeó las páginas amarillentas. Un grabado reclamó su atención: una torre, alta, esbelta, cuyo pináculo, herido por un rayo, caía derribado entre una lluvia de cascotes y chispas.

Apoyó el libro sobre la escribanía y contempló la imagen a la luz de un candil. Recorrió con los dedos las líneas del grabado; algo dormido se agitaba en sus adentros. No era la primera vez que veía aquel dibujo.

Pasó a la página contraria, cubierta de letras. Entornó los párpados, deslizó la vista por las líneas.

*Enso, lasubessetaron, y la luna, llenay esplendorosa, iluminóla Torrecon su luzde plata.
Impulsadopor una voz interior, apretósu arco decaza, quetan solo podía amar, apuntóhacia los cielos y
disparóuna flechade huesocontodasfuerzas.*

Naúd parpadeó, confundido. Subió la mecha del candil, se inclinó sobre la página, volvió a empezar, más despacio ahora:

En eso, las nubes se retiraron, y la luna, llena y esplendorosa, iluminó la torre con su luz de plata. Impulsado por una voz interior, aprestó su arco de caza, que tan solo él podía armar, apuntó hacia los cielos y disparó una flecha de hueso con todas sus fuerzas.

Un aullido, inarticulado, casi animal, lo sobresaltó. Crac. Crac. Chasc. Ezab se empleaba a fondo ahora. Naúd tragó saliva, se inclinó de nuevo sobre el texto.

La flecha del hijo de Jafet ascendió rauda hasta perderse en la negrura de la noche. Un relámpago rasgó la oscuridad; acompañada de la voz del trueno, la flecha cayó del cielo y atravesó el pecho de Namru, el cual murió de inmediato.

Cuando se extendió la noticia de su muerte, el pánico cundió entre los lugartenientes de su ejército; una conmoción sacudió los cimientos de Eteraq, y la ciudad comenzó a derrumbarse. Lluvia, granizo, rayos y vendavales asolaron Eteraq hasta que no quedó piedra sobre piedra y las aguas cubrieron las ruinas.

La página acababa ahí. Miró por última vez el grabado, cerró el libro; una gota de sudor le bajó por el cuello. Había sentido un repeluzno indescriptible al oír en su mente el resonar de aquellas palabras sin voz; los ecos de aquella historia resonaban en su memoria lejanos, como surgidos de un pozo.

Deslizó el libro en su escarcela y se retiró de la escribanía. Ezab sacudió las manoplas; dos trazos rojos pintaron el suelo.

La ceja derecha del hombre se había desgarrado y el hueso, blancuzco, asomaba a la herida. La sangre le empapaba el rostro, cada vez más hinchado, bajaba en lágrimas perezosas por el pecho, se demoraba en la curva del vientre grueso y velludo. Entre zollipos, un lamento ronco y seco le salía del pecho.

—Bas... basta. Basta. Basta —balbuceó.

—Diez libras de plata. Cada mes.

—Sí. Sí. Diez. Todos los meses. Sí, sí. Sí.

Ezab miró al cerrajero muy de cerca.

—Escucha bien. Le contarás a la gente que os han robado unos ladrones, a ti y a tu cuñado, y que os zurraron para saber dónde guardabais la plata. La cofradía os socorrerá, supongo; pero no sabréis dar señas de quiénes fueron.

»Dentro de un tiempo, no mucho, alguien vendrá a verte a la tienda. Un encargo especial, querrá proponerte. Él será el que te dé los detalles de cómo se harán las entregas.

»No nos volverás a ver si cumples lo acordado. Porque, si nos volvemos a ver —Ezab desenvainó la daga y le enseñó a Merá el palmo y medio de hoja, afilada y reluciente—, no será para hablar. ¿Entendido?

—Sí. Sí, sí —respondió el cerrajero.

—Vámonos —dijo Ezab a sus compañeros.

Naúd los siguió afuera. La noche había refrescado. Agradeció la caricia del relente; se sentía desazonado y temía que los demás se percataran de ello. Bajó la mano hasta la escarcela y buscó las formas angulosas del libro. Allí seguía; retiró los dedos, tal que si quemara, y taloneó para dar alcance a Ezab.

15

Abrió los ojos.

Oscuridad.

Algo pesado le hundía las costillas en el pecho. Entre jadeos, el aire le entraba en los pulmones viciado, denso; apestaba a sangre, pólvora y vientres sueltos.

El lado izquierdo de su cuerpo, de pies a cabeza, ardía con vivísimas punzadas de dolor. Intentó librarse del peso que lo oprimía, en vano; no tenía fuerzas. Alcanzó, sin embargo, a mover una mano: palpó ropa húmeda, carne viscosa y helada, carne...

... muerta.

Cadáveres.

Aquellos hijos de puta lo habían dado por muerto, comprendió, mientras el pánico le desbocaba el corazón.

No estoy muerto, cabrones, intentó gritar. ¡Estoy aquí, hijos de la grandísima puta! ¡Sacadme!

La voz se le quebraba. Forcejeó con la mano libre; tanteó cabelleras y barbas, hundió los dedos en ojos muertos, desgarró jirones de piel con las uñas. No tenía voz, se quedaba sin resuello.

Cabrones, ¡sacadme de aquí! ¡No estoy muerto!

Se debatió con sus últimas fuerzas. Estiró el cuello; algo frío y viscoso resbaló hasta su boca, se introdujo en ella y amenazó con asfixiarlo. Mordió con furia, masticó carne, cuero, astillas; un diente quebró al dar en algo duro y casi desfalleció del daño.

Sintió trajín de pasos, oyó voces, gritos, maldiciones.

Con un postrer esfuerzo, liberó un brazo y empujó hacia arriba. Hizo acopio del escaso aliento que le restaba y gritó; gritó, y esta vez el grito no murió en su garganta, sino que surgió bronco, inarticulado, tan fuerte que lo asustó incluso a él.

—¡Aquí! ¡Hay uno vivo!

El peso que lo oprimía menguó hasta desaparecer. El aire le llenó los pulmones; mientras tosía entre espasmos, alguien le pasó un brazo por encima de los hombros y lo sostuvo; sus piernas no podían.

Una voz, lejana:

—¿Faruh? ¡Faruh! Sangre de Quilnub, te dimos por muerto... ¡Llamad al quirurgo, rápido! ¡Quieto! No te toques la cara, joder...

Sintió cómo lo ayudaban a tumbarse sobre algo duro. A su alrededor, voces llenas de desasosiego lo llamaban a la calma, aunque él se encontraba tranquilo. Alzó la cabeza mientras recuperaba el resuello; algo estaba mal. La calidez que recibía en el rostro no podía ser sino la del sol; entonces... ¿por qué estaba todo tan oscuro?

Cerró los ojos, los abrió de nuevo, parpadeó.

Oscuridad.

Cuando despertó, empapado en sudor frío, la oscuridad lo aguardaba. Se abrazó el cuerpo para atajar los temblores, tosió violentamente; el dolor le recorrió el pecho, lo dejó sin respiración. Acezó entretanto se incorporaba en el asiento y tanteaba a su alrededor. Durante unos instantes sintió pánico, una absoluta y terrible indefensión; pero después oyó los suaves ronquidos de Serab, a su lado, y se calmó.

Veinticuatro años habían pasado, y el recuerdo de ese día aún atormentaba muchas de sus noches. Veinticuatro años... ¡quién lo diría! Se le hacían muchos más, desde luego. Estaba cansado, tan cansado...

De haberla diñado en aquella batalla, sus compañeros se habrían emborrachado en su nombre tras echarlo por la borda. Lo recordarían con afecto en viejas anécdotas, contadas en alguna jarana de vino y putas, y allí se habría acabado su historia. Era mucho mejor final para su vida que acabar como un maldito tullido que dependía de la compasión de los demás para sobrevivir, un pobre desgraciado sin dignidad.

Ten paciencia; ánimo, viejo, la fortuna acabará por sonreírte, se decía

para animarse. Pero la paciencia se agotaba. Los ánimos acababan por flaquear, las esperanzas morían. Cada amanecer traía una porción de quebrantos y penurias, y así un día, y otro, y otro, y otro...

Malditos fueran los huesos de los yrdn, no era justo.

Debiste morir aquel día. ¿Por qué sobreviviste? Cuando te sacaron de aquella pila de muertos, nadie daba crédito. Tras la batalla, tenías el lado izquierdo de la cara destrozado y un trozo de hierro en el cráneo. Nadie se molestó en comprobar si aún te quedaba algún hálito de vida. ¿Para qué? Estabas muerto, punto.

Fuiste tú, viejo. Sí. Tú fuiste el que luchó para salir de aquella pila de carne muerta. Bien pudiste rendirte y morir allí; pero no. No lo hiciste.

Fuiste tú, maldito viejo. Querías vivir. Porque, aun hoy, en la más negra de las penurias, no quieres morir. Al menos no hasta quedar tranquilo. Aquel día deseabas regresar a casa vivo; hoy quisieras morir en paz. Sin remordimientos de conciencia, de esos que lastran el alma y te roen por dentro...

Serab se agitó en sueños, murmuró incoherencias. Faruh le pasó una mano por los cabellos apelmazados. Ya tocaba baño para el chico.

—Duerme, Serab, duerme...

—Cuida de él, hermano. No tiene a nadie más en el mundo.

Diez años, sangre de Quilnub; diez largos años cuidando de aquel niño. ¿Cuánto tiempo más podría aguantar así? El muchacho necesitaba asegurarse un futuro. No podría sobrevivir en el mundo sin un valedor. Las calles de Mur'ubi eran inhóspitas para cualquiera, pero para aquel muchacho serían mil veces peor.

—Cuida de él, hermano. Prométemelo... ¡Prométemelo!

Eres un viejo chocho, se recriminó Faruh. Un viejo ciego y chocho; ¿a qué viene recordar ahora tales pesadumbres...?

A nada. Ya tenía bastantes penas con las que bregar como para seguir rumiando las del pasado. Buscó el jarrillo. Estaba casi vacío; las heces del vino le hicieron torcer el gesto. ¿Cuánto habría dormido? Tanto daba, aunque debía de ser tarde. Lisaj habría apagado ya la chimenea; hacía frío.

Se retrepó en la silla y estiró las piernas. Se le habían quedado dormidas y tuvo que frotárselas con vigor hasta que volvió a sentirlas de nuevo. Los calambres le torturaron largo rato; los peores venían de la pierna tullida.

Alargaba Faruh la mano hacia su sobrino para despertarlo cuando unos pasos hicieron crujir la tablazón del suelo. Aquel olor a limaduras de hierro y vinazo...

—Buenas noches, maeso.

... Ezdré. Maldita sea. Qué impaciente era, huesos de los yrdn...

Faruh carraspeó.

—Hum. Buenas noches, Ezdré. Siéntate, hombre. Bueno; dime, ¿qué te cuentas? ¿Cómo tú por aquí? ¿Quieres que mande a Serab a por un trago?

—No, no. Tengo prisa. He de cerrar la herrería.

—Ah. Hum. Bueno, pues tú dirás.

Ezdré tomó aire. Tras un buen rato habló al fin, con tono receloso.

—Verá, maeso... Es pronto, lo sé, y me pedisteis paciencia, pero me dijeron que ya habéis hablado con la comedianta.

Ay, malo, malo. Faruh asintió con una sonrisa; bajo la mesa apretó los puños.

—Vaya. Hum. ¿Y quién te dijo eso, eh?

—Pues fue... ay, ¿cómo se llama? Tú debes de conocerla; es comadre de Naya, la hija del panadero de la calle de la Alheña.

Vieja de los cojones... No pudo cerrar la poza, no. Ay.

—¡Marsa! Marsa, eso es.

—Bueno. Pues sí, mira, Marsa te dijo la verdad. Hablé con Liara, antier. Como te prometí.

—Bueno. ¿Y qué vos ha dicho?

—Hum... hum. Ay, Ezdré, qué impaciente eres.

Sintió cómo el herrero comenzaba una protesta, y la atajó con la mano.

—Hablé con ella, sí. Y te recuerda muy bien, por cierto, y con agrado, de cuando ibas a verla a las funciones; no sabía lo de tu pobre Maisa, por cierto, y me hizo muchas preguntas cuando se lo dije. Ya sabes cómo son las mujeres de curiosas...

»No obstante, aún no le he planteado lo del casorio, hombre. Así, tan en crudo... mal, mal camino ese para tratar con mujeres. Créeme, que lo sé yo muy bien. Poco a poco va la burra al trigo; poco a poco. Guarda cuidado.

Ezdré calló. Largo rato.

—No sé, maeso. Venía yo dándole vueltas a eso, precisamente; dicen que la seña Marsa conoce muy bien a Liara...

Ay, ay. Puta vieja. Moght royerá su carne. Entrometida...

—... y me dijo que no está por casarse, ni mucho menos.

... hija de la gran puta, protestó Faruh para sus adentros. Alzó una mano, despacio, y habló con una sonrisa despreocupada, de suficiencia; falsa, a su pesar.

—Ezdré, ¿a quién vas a creer? ¿A mí, que me conoces desde hace casi veinte años, o a una zurrapa vieja como esa mujeruca? Sé bien la inquina que le tiene Marsa a la Comedianta; ya desde antes de enviudar.

»Sandeces. Dislates. Consejas de viejas. Hazme caso a mí; Liara acabará cayendo rendida ante ti... a su debido momento. Pero para eso necesito tiempo.

El herrero tabaleó en la mesa con los dedos y farfulló para sí.

—Bueno. Está bien, tendré paciencia; que conste que lo hago también pensando en el chiquillo. Es un favor muy grande el que vos hago, maeso, muy grande, creedme. La herrería va de mal en peor. Los oficiales no hacen sino quejarse del salario cuando están delante de mí y holgazanear cuando no estoy; ya hasta los más mozos se me suben a las barbas. Ayer mismo uno me habló mal y tuve que cruzarle la cara.

Faruh asintió, con gesto contrito, en tanto Ezdré soltaba su montón habitual de lamentaciones. Bien sabía él que buena parte de esas quejas eran muy exageradas o incluso mentiras, pero tocaba aguantar aquella retahíla.

—Maeso, ¿estáis seguro de que Serab...? Quiero decir, ¿estáis seguro de que servirá? No vos ofendáis, pero no le veo que tenga uñas para herrero. Es un chico...

—¿Qué, Ezdré? ¿Cómo es?

La silla del gremial crujió varias veces.

—Bueno, maeso... Es algo débil de seso, con todos los respetos hacia vos.

Faruh endureció el gesto. Adelantó el cuerpo hacia Ezdré. En su voz se intuía la cólera.

—Guarda cuidado, Ezdré. Serab es poco hablador, y sí, algo simple, pero aprenderá bien el oficio.

Silencio. Faruh se retrepó en la silla, permaneció quieto, callado. Ezdré soltó el aire. Cedía.

—... bueno, bueno. Está bien. El muchacho entrará de aprendizaje, y pasará a mi cargo, como acordamos.

—Cuando te busque ayunto con la Comedianta, sí. Descuida, hombre.

—Bien, bien. Me voy, maeso, me voy; buenas noches. Ah. Lisaj anda enfurruñado. Será mejor que vos vayáis a casa también.

A casa, decía, el hijo de puta. A casa... ¿qué casa, Ezdré? Faruh tuvo que recurrir a todo su empeño para contener una réplica nada amable. Bajó la cabeza y asintió despacio. Era mejor que Ezdré no viera su gesto.

—Sí... Ya va siendo hora de ir a casa. Buenas noches, Ezdré.

Cuando Ezdré marchó, Faruh despertó al niño, tomó manto y cayado y renqueó hasta el mostrador. Aun tras los gruesos muros de la cocina se oían los gritos de la mujeruca de Lisaj, ininteligibles de tan chillona y estridente como era su voz; Faruh alcanzó a entender, no obstante, frases sueltas.

... harta de ese viejo... ¡harta!

... inútil. No los quiero...

... más por aquí.

Si vuelven... ¡me van a oír!

Después se oyó un portazo, pasos que se acercaban. Faruh carraspeó, fingió no haber oído nada.

—Es muy tarde, Faruh. —Lisaj sonaba malhumorado, seco—. Hace casi una hora que debería haber echado el cerrojo.

Faruh aventuró una sonrisa.

—Vaya, lo siento, Lisaj... Ya nos íbamos. No volverá a ocurrir, te lo prometo. Hale; hasta mañana.

Ya marchaba cuando oyó de nuevo a Lisaj.

—Faruh... —dijo antes de hacer una pausa incómoda, como si reuniera valor para hablar—. Creo que será mejor que vayáis pagando lo que os hemos fiado.

Faruh sintió la vergüenza como algo frío anudándole las entrañas. Tragó saliva, asintió despacio y preguntó con voz ronca:

—¿Cuánto es, Lisaj?

Tardó el otro en responder, seguramente arrepentido de haber sacado el asunto, pero a la postre lo hizo:

—Siete adarmes y tres cuartos, con lo de esta noche.

¡Siete adarmes! ¡Siete cochinos adarmes y tres miserables cuartos!

Faruh compuso una mueca de desdén y comenzó a cazar monedas en sus faltriqueras. Lisaj se apresuró a tranquilizarlo.

—No hace falta que sea ahora, Faruh... Veréis, este mes ha venido algo flojo, y...

—Siete adarmes y tres cuartos... ¿no? Hum. Aquí los tienes.

Faruh dejó sobre el mostrador el dinero con un sonoro palmetazo; era todo lo que llevaba encima. Aquello pudo quedar ahí, pero cuando se disponía, por fin, a irse, algo le hizo volverse. Un resto de los redaños que tuvo antaño, quizá.

—Ah, Lisaj, una cosa más...

—¿Sí?

—Dime, desde que vengo aquí, cuándo te he dejado de pagar una deuda. Lisaj titubeó al contestar, azorado.

—No es eso, Faruh, es que...

—¡Dímelo, maldita sea! ¿Cuánto te he dejado de pagar una deuda?

La derrota era patente en la voz de Lisaj. Ahora era su turno de pasar vergüenza.

—Nunca. Nunca, ¿de acuerdo?

—Está bien. Buenas noches.

Se oyeron pasos apresurados, y una voz, aguda y estridente, dijo a voz en cuello:

—¿Es que te vas a dejar acobardar por ese viejo? ¿Eh? ¡Y tú! ¡Ya oíste a mi marido! A partir de ahora, o pagas a tocateja, o no bebes ni comes aquí. ¿Está claro?

—Como el agua, Vira. Pero descuida, no pienso volver por aquí. Prefiero gastarme mis cuartos en cualquier otro lugar.

—Pues no vuelvas. ¡Mejor! ¡No necesitamos tu dinero, Renco!

Faruh cerró la diestra sobre el puño del cayado y respiró hondo. Se obligó a sonreír.

—Renco... sí, es cierto. Ese es mi mote. Pero conozco uno mejor. ¿Sabes cómo te llamaban en tu barrio, Vira? ¿No? Yo te lo diré: la Escobona, te decían, porque tus novios se quitaban contigo el polvo y las telarañas y luego te dejaban tirada en un rincón. Tu esposo, aquí presente, se casó contigo por la taberna. ¿Qué, es mentira acaso, Lisaj? ¿No dices nada?

Vira estalló en una sarta de improperios. Tras una buena porción de gritos, la voz de Lisaj se impuso a la de su mujer, a fuerza de pulmones.

—Ya basta, Faruh. Vete. ¡Fuera de aquí! Fuera, o llamo al sereno.

Una mano le asió la manga. Faruh sacudió el brazo con furia.

—Suéltame, Lisaj. Tengamos la fiesta en paz. Suéltame... ¡SUÉLTAME!

Lo que ocurrió a continuación fue tan confuso que Faruh apenas si acertó a comprenderlo. Lisaj lo empujó hacia la puerta, él intentó zafarse, Vira comenzó a gritar entretanto como si la estuvieran degollando; asustado por los gritos, Serab lo hizo caer y, mientras hacía esfuerzos por levantarse, Lisaj y Vira los echaron de la taberna a empujones, pellizcos y alguna que otra patada. Hubo un portazo, un correr de cerrojos, y se vieron con sus huesos en el barro.

Faruh escupió tierra y guijarros. Encontró el cayado a tientas, se levantó, tembloroso. El corazón le resonaba con angustia; los tientos de uno de aquellos ataques le hicieron unas desagradables cosquillas a lo largo del brazo izquierdo. Pero eso era lo de menos. Lo peor era lo que bullía en lo más hondo del pecho: asco, rabia, y esa amarga, amarga sensación de impotencia.

—¿Fa'uh?

Serab lo ayudó a levantarse; se le notaba asustado. Faruh lo rechazó con un resoplido. Caminó entre jadeos hasta el poyo de una plazuela que sabía cercana. Se sentó, trémulo, y comenzó a sacudirse el barro de las ropas.

—¿Fa'uh?

El niño le tironeaba de la manga.

—¿Fa'uh? ¿Fa'uh?

Faruh se tapó la cara con las manos, intentó desoírlo.

—¿Fa'uh? ¿Fa'uh? ¿Fa'uh?

Faruh se abalanzó hacia la voz del niño, lo asió por los hombros, con tal ímpetu que el niño dejó escapar un chillido.

—¡QUÉ! Dime, ¿qué quieres, eh? ¡Qué!

—¿Fa'uh? —repitió, ahora con miedo.

—¡Cállate! ¡Cállate, te digo! Maldita sea... ¿Es que no te enteras de nada, muchacho? ¿Eh? Dime algo. ¡Habla! ¿No? ¿Se te comió la lengua el gato?

El niño gemía, trataba de escabullirse, en vano.

—¿Por ti he estado penando todos estos años? ¿Eh? ¿Por un tullido? Fue culpa tuya... ¿Me entiendes? ¿No? ¡Ella murió por tu culpa! Nunca debiste nacer, ¡nunca!

Faruh dejó ir al niño. Apretó los puños, se mordió la lengua; la rabia remitía y dejaba paso a algo peor que la humillación: vergüenza, culpa,

angustia, todo a un tiempo.

Sangre de los yrdn, no puedo más; estoy cansado de luchar. ¿Cuánto más tendría que vivir así?

—*Cuida de él, hermano. Prométemelo. ¡Prométemelo!*

—Lo siento, muchacho... Lo siento —dijo con voz rota; después sintió las punzadas del pánico.

¿Y el niño? ¿Dónde...?

—Serab, muchacho, ¿dónde estás?

¿Y si se ha escapado? No. No, por todos los dioses; no quiero ni pensarlo.

—¿Serab? Serab, muchacho... ¿dónde estás?

—*Cuida de él, hermano. Prométemelo. ¡Prométemelo!*

—¿Serab! ¿Serab! Perdóname. Yo... no quería hacerte daño. Ven aquí, muchacho, por favor...

—*Cuida de él, hermano. Prométemelo. ¡Prométemelo!*

La voz se le rompía. Un helor en las entrañas lo paralizaba.

—Serab... ¿Dónde estás, muchacho? ¿Dónde...?

Una mano le tocó la mejilla.

—¿Fa'uh?

Faruh abrazó al crío con alborozo, musitando una plegaria a los yrdn.

—Lo siento, muchacho. Perdóname. No te preocupes. Todo irá bien... Saldremos adelante.

Estaban ciegos, pero los ojos de Faruh aún podían llorar. Abrazó con ahínco a Serab. Sentimientos de alivio y amargura se entremezclaban. Dioses, sagrados yrdn, dadme fuerzas. He de cumplir una promesa...

Cogió al niño como si fuera a desbaratarse y lo acomodó en el regazo; dormía ahora, exhausto tras los quebrantos del parto. Pesaba tan poco... Acercó la cara hacia donde sentía la respiración, inquieta, trabajosa; olía a sangre y a dolor.

Meció al niño con los ojos cerrados para contener las lágrimas. La mano de ella le rozó el brazo.

—No llores, hermano. Lo siento, lo siento mucho. He sido una mala mujer. Te he avergonzado...

—Calla. No digas eso.

—Ya... ya poco importa. Se me va la vida, lo sé. Me merezco este castigo, pero el niño no tiene la culpa.

»Cuida de él, hermano. No tiene a nadie más en el mundo.

Ello lo aferró con una fuerza insospechada, nacida de la desesperación.

—Hermana, yo...

—Cuida de él, hermano. Prométemelo. ¡Prométemelo!

—Te lo prometo. Cuidaré de él.

Permanecieron mejilla contra mejilla hasta que el peso en sus adentros se desvaneció. Faruh se secó las lágrimas y las de Serab con su pañuelo, alcanzó el cayado y se puso en pie.

—Vamos, muchacho; a casa. Es tarde.

16

Impaciente, Zaiel se agitaba en el asiento del carruaje. Qué lento era aquel maldito cacharro. En su yegua alazana, al trote, habría llegado ya. Sin embargo, de tal suerte el viaje era mucho más discreto, y eso le convenía.

Abrió la ventanilla, se asomó al exterior y aspiró una bocanada de aire frío que lo ayudó a despejarse. Cruzaban el puente Viejo; no quedaba mucho trecho. A lo lejos, invitadoras, las luces rojas parpadeaban en la oscuridad silenciosa y azulada; sus reflejos carmesíes herían la piel de tinta del río.

La Vieja Puta dormía, pero el barrio de los Candiles no conocía el descanso. Era la primera vez que lo pisaba; en sus años de soltería se había conformado con las mancebías de los muelles. Aunque aquel barrio era coto de los mur, allí solo importaba lo llena que estuviera la bolsa; las monedas no tenían linaje.

Con un gesto nervioso, buscó la pistola en el asiento; el tacto del arma calmó en parte su inquietud. Pese a sus escrúpulos, se había decidido a llevarla consigo, aunque todavía le escamaba aquel regalo de su suegro, sobre todo porque este no había mostrado antes interés alguno por las artes militares. Ah. Quién sabe, igual podría necesitar la dichosa pistola; no estaba de más poder recurrir a expedientes así para salir de algún aprieto...

... como quizá en el que se estaba metiendo ahora mismo. Aquello era un tiro a ciegas. Pero su instinto le decía que algo no encajaba en la historia que le había contado Nahib aquella misma mañana, la cual confirmaba los rumores más procaces sobre los motivos del condenado duelo entre Urías y Teramal.

Aún estaba a tiempo de olvidarse de aquel asunto: una palabra y el cochero daría la vuelta. Volvería a su lecho, suave y caliente, con Betzabé, la abrazaría y...

No. Tenía que llegar al fondo de aquello.

El carruaje dio un trompicon y se bamboleó entre el quejido de las ballestas. Al poco escuchó el so del cochero, pasos y tres golpes en la portezuela.

—Ya estamos, señó.

Cogió la pistola y se la guardó al cinto, a la espalda, antes de bajar. Se arrebujo en el manto, cuidándose mucho de embozarse bien. Indeciso, aún con un pie en el estribo del carruaje, dirigió miradas rápidas al sitio: una calle estrecha y ciega que daba a un patio trasero enlodado. En él, una lámpara de aceite arrojaba algo de claridad mortecina al umbral de una puerta pequeña, al final de cuatro escalones.

Vigiló las salidas y memorizó el lugar, hasta el último de sus rincones, en tanto que toqueteaba el puño de la daga. Instintos de soldado viejo; no los había perdido aún, y esperaba no perderlos jamás. Lo habían mantenido vivo.

El cochero había terminado de colocar las calzaderas al carruaje y comenzaba mirarlo de reajo. Zaiel le lanzó un puñado de adarnes, que el hombre atrapó al vuelo.

—Aguárdame aquí y te daré una blanca cuando vuelva. No he de tardar mucho.

El hombre asintió con un cabeceo ávido y subió al pescante.

—Sí, señó. Aquí estaré, lo juro.

Zaiel caminó hacia el patio con pasos largos, sin perder de vista el otro extremo de la calle. Un rumor sordo se traslucía a través de las contraventanas.

Subió los cuatro peldaños de la escalera de dos zancadas y llamó a la puerta con tres golpes secos. Respiró hondo, maldijo su nerviosismo. Miró atrás por última vez. El carruaje seguía allí. Más le valía al cochero, porque si no...

La puerta crujió al entreabrirse; una voz de mujer, desde el interior en penumbra, dijo con reserva:

—¿Sí?

—Tengo una cita con Neera.

—Ah. Llegáis pronto, señor. Pasad.

La mujer abrió lo justo para que Zaiel pudiera entrar encogiendo el cuerpo. El zaguán era pequeño; había una puerta estrecha al fondo y una escalera a la izquierda. La burdelera —apenas una niña, rubia y de carne sonrojada— cerró la puerta y se inclinó ante él, solícita. Tras ella, en un rincón en sombras, adivinó al celoso de guardia, atento a todos sus movimientos.

—Si tenéis la bondad de seguirme —dijo la burdelera—, os llevaré hasta los aposentos de Neera.

Zaiel asintió, embarazado por el tono zumbón de la moza, que se dirigió a la escalera y subió sin esperarle. Fue tras ella.

Llegaron a un corredor apenas iluminado, con las paredes tapizadas de terciopelo rojo y puertas a cada lado. Contaba el séptimo par cuando la burdelera se detuvo ante la de la izquierda, llamó con suavidad y lo invitó a entrar con una sonrisa.

—Os está esperando, mi señor.

Dicho esto, se alejó con pasos mullidos, de vuelta a la escalera. Zaiel vaciló por última vez ante la puerta. Arreglar aquella cita con tanta premura le había costado una libra de plata; suficiente dinero para alimentar a una familia durante el invierno. Maldijo de nuevo su estupidez, entró de una dichosa vez en la pieza.

—Adelante...

La voz era exótica, de timbre sonoro y delicado. Zaiel pisó una alfombra, cerró la puerta y corrió los cerrojos. La pieza no era muy grande: cortinajes de seda, un espejo azogado en una pared, un brasero junto a un aparador en la otra, y una cama, por supuesto, vestida con ropas de raso rojas.

La mujer yacía de costado en ella con aire indolente. No había mucha luz, pero pudo distinguir el brillo del oro y unas formas turgentes envueltas en gasa.

Zaiel se desembarazó de la capa y los guantes, los dejó sobre el aparador y fue hasta la cama, donde la mujer se incorporaba con apatía. Sus facciones eran extrañas, hermosamente extrañas: rasgos afilados, pómulos altos, ojos rasgados de color jade; tenía los cabellos negrísimos, brillos de cobre en la piel ambarina. Permaneció sentada en el lecho mientras hacía repiquetear sus uñas lacadas y lo observaba con maliciosa altivez. Se alisó una arruga en el corpiño de seda y lo invitó a acercase; los brazaletes de electro de su muñeca tintinearón.

Zaiel miró con fijeza a la mujer.

—Eres Neera, la famosa bailarina y cortesana de Myrmyrá.

—Sí, mi señor. ¿Neera os complace? Neera cree que sí. —La mujer rio; la risa era vibrante, y su timbre se parecía al entrechocar de las monedas—. Mejor si quitáis ropa, ¿no?

La oriental avanzó hacia él a gatas. Tenía un trasero magnífico; el faldellín de seda que le ceñía las caderas dejaba poco al albur de la imaginación. Sus pechos, pequeños pero turgentes, rozaban las sábanas. En su magín la imagino desnuda, ofreciéndole las posaderas, su sexo abriéndose como una fruta en sazón, caliente y mojada...

Un espasmo casi doloroso, de tan intenso, le sacudió el miembro. Maldijo para sí.

—No he venido a folgar, mujer. —Le habría molestado reconocerlo, pero su voz no sonó todo lo firme que debía.

—¿No? —Parecía desilusionada—. Oh. ¿Seguro?

Se sentó al borde del lecho. Un pie desnudo y pequeño le rozó el muslo con un tintineo de ajorcas; luego subió describiendo giros cortos, hacia su entrepierna. Zaiel apartó el pie de Neera de un manotazo antes de que sus caricias tuvieran más consecuencias. Aquello no desanimó a la oriental.

—Neera cree señor sí quiere folgar. Aunque quizá mi señor prefiere jugar. ¿Fue malo, mi señor? Neera maneja látigo muy bien.

—¿Sabes quién soy?

—Neera sabe, senescal.

—Nurab te lo dijo, imagino.

—Nurab dijo. Aunque no hizo falta. Neera conoce senescal. Sabe cosas. Muchas cosas... Aunque Neera no sabía que senescal es tan guapo.

La oriental sonrió: un destello malicioso le refulgía en los ojos de tigresa. Zaiel desoyó la lisonja.

—Bien. Sabrás a qué he venido, pues.

—A folgar no, dice senescal. Senescal tiene bonita esposa mur, ¿verdad? ¿Esposa más bonita que Neera, senescal? Neera no cree. Neera sabe mucho arte amor, más que esposas mur, frías entre sábanas. Neera complace muchos esposos mur.

»Neera es sierva de Qandarpa, señor del amor y la lujuria. Neera sabe. Hará gozar a senescal como nunca.

La mujer se acercó a él, sinuosa. Acarició la pierna de Zaiel, de camino a

la bragueta, e intentó zambullirle los dedos bajo el calzón. Zaiel se zafó de la oriental y la derribó sobre la cama.

—Basta. Quédate quietecita, mejor.

La oriental no se tomó a bien su rechazo. Se incorporó, con la barbilla alzada en un gesto de desafío.

—Ningún hombre rechaza Neera. En Myrmyrá, mujeres como Neera se llaman raqhailas. Raqhailas son adoradas como diosas. Hombres de la corte pelean por sus favores.

—En Mur'ubi, las mujeres como tú se llaman putas. Y las que son tan insolentes suelen acabar mal.

Se inclinó hacia ella, con una advertencia clara en la mirada. La de Myrmyrá jugueteó con sus brazaletes, sin prestarle atención.

—No he venido a folgar, pero sí a hacerte algunas preguntas. Dime, ¿de qué conocías a Urías Mur Teryed?

—Urías sí venía a folgar. Aprovechaba mejor el tiempo, senescal; no tanta palabrería. Ser más hombre que tú; no simple lacayo mur.

Zaiel tomó aire. El aroma a incienso que flotaba en la pieza lo agobiaba.

—Déjate de impertinencias, Neera. Urías ha muerto degollado a las puertas de la mancebía del Buen Solaz.

—Neera sabe.

—Sí, Neera sabe, seguro que sí. Neera sabe también de un curioso dizque que circula por los mentideros de los Candiles. Urías Mur Teryed y Teramal Mur Asyb acabaron a cuchilladas al disputarse los favores de una mujer, y el de los Mur Asyb acabó con una mojada en el brazo. Sí; no digas nada. Neera sabe. Es curioso, y oportuno; ni una semana después de esa pendencia, a Urías lo escabechan en un callejón junto a sus cuatro nocherniegos.

Neera se encogió de hombros.

—¿Y? Neera no sabe qué quiere senescal.

—Respuestas, Neera. Senescal quiere respuestas. Esto me huele mal; mucho. A mierda. —Se inclinó hacia la oriental, endureció el tono—. ¿Por qué pelearon Urías y Teramal? Circulan toda clase de murmuraciones, dislates en su mayoría, pero yo quiero la verdad. Y Neera sabe, me lo figuro.

La mujer parpadeó, como soñolienta; en un gesto infantil, comenzó a pellizcar un frunce de las sábanas.

—Neera no sabe... —Al ver su gesto de cólera, sonrió, artera—. Neera recuerda algo que dijo Urías... Que esposa mur de senescal plebeyo no puede

tener hijos...

Un ramalazo rojo sacudió las entrañas de Zaiel, pero consiguió contenerse. Se olía que la myrmyra debía de tener algún motivo para querer cabrearlo. No obstante, sabía muy bien lo que tocaba, aunque no fuera de su gusto.

La bofetada fue seca, quizá más fuerte de lo debido. Neera volvió el rostro, ahogó un quejido. Al tornarlo de nuevo hacia él, lo apuñaló con los ojos. Lentamente, la rabia fue apagándose en ellos; después, una sonrisa de pura malicia se dibujó en su expresión.

Zaiel retrocedió, azarado, cuando la mujer comenzó a gritar. Neera se retorció en la cama, como poseída por un demonio de su tierra.

No mucho después, unos golpes sacudieron la puerta de la pieza.

—¿Qué ocurre ahí? ¡Abrid! ¡Abrid o tiro la puerta abajo!

Una embestida hizo retemblar la puerta. Zaiel se llevó la mano al cinto y sacó la pistola. De dos zancadas se colocó de espaldas junto a la entrada, alargó la mano izquierda hacia el cerrojo. Un empuellón, otro...

Descorrió el cerrojo. Un hombre irrumpió en la estancia, tropezó con su zancadilla y cayó de manos. Zaiel cerró de un portazo y se abalanzó sobre el celoso de la mancebía, que intentaba levantarse entre maldiciones. Le dio un fuerte golpe en el brazo con la cox de la pistola. Un grito de dolor; la porra de madera con tachas de bronce que empuñaba rodó por la alfombra.

Zaiel lo agarró por el cuello, le aplastó el corpachón contra la pared. Abatió uno de los pies de gato de la pistola y encañonó al tipo entre las cejas; su cara, grasienta y llena de cacarañas, palidecía de miedo.

—Pestañea y esparzo tus sesos de puerco por toda la habitación. ¿Entendido?

El cabeceo espasmódico agitó la cara picosa del rufián, que miraba espantado los cañones de la pistola. Al menos conservaba suficiente tino como para oler la pólvora y el hierro e intuir de lo que era capaz un arma así.

—Escúchame, Viruelas —Zaiel señaló a Neera, que había dejado ya de retorcerse—; si vuelves a molestarme vas a estar cagando dientes una semana. ¿Queda claro?

Dio un paso atrás, la pistola todavía encañonada hacia Viruelas.

—Largo. Toma esto, por las molestias y por tu discreción.

Rebuscó en la faltriquera y arrojó una vela al suelo. Viruelas se frotó el cuello, alzó las cejas al ver la moneda frente a él. Se abalanzó hacia la plata,

asintió y salió a toda prisa de la habitación.

Zaiel aseguró el disparador de la pistola antes de guardarla. Luego acerrojó la puerta, cogió un escabel y se sentó frente a Neera. Estaba recostada en el lecho, muy quieta, observándolo como una bestia al acecho. No le pareció tan hermosa ahora.

—Neera sabe. —Zaiel extrajo su vieja faca de la caña de la bota y probó el filo en la yema de un dedo; la sangre brotó con rapidez—. Neera cuenta, o el senescal le hará una cara nueva. ¿Neera entiende?

—Neera entiende —asintió; no parecía demasiado intimidada por el acero—. Pero Neera no sabe...

—Ah, joder. Maldita sea. No quería llegar a esto...

Saltó del escabel, agarró a la oriental por los cabellos y la arrastró fuera de la cama. Atajó sus gritos con una mano; con la otra le acercó la hoja de la faca a la mejilla.

—Bien. Habla.

—Matarán Neera...

—¿Quiénes?

—Ellos.

Paciencia, muchacho. Ten paciencia...

—Ellos. ¿Y quiénes son ellos?

—Ne... Neera no sabe. Neera miedo.

—Neera, si hablas puede que te maten. Puede que no. Pero si no hablas —bajó la voz, la endureció— lo vas a lamentar. Y será ahora. Habla de una maldita vez. ¡Vamos!

Ella asintió despacio, tragó saliva con dificultad.

—Hombre visitó Neera. Hombre dijo trabajar para gente poderosa. Ellos, dijo.

—¿Qué aspecto tenía, ese hombre?

—Neera no sabe. Hombre llevaba máscara.

—¿Una máscara...? —Zaiel torció el gesto—. ¿Como la que llevan algunos durante las Hiemales?

—Sí. Neera no vio cara hombre; pero Neera sabe que hombre era mur. Hablaba bien.

—¿Qué quería, ese hombre?

—Neera no recuerda...

Zaiel pinchó con la faca el gaznate de la oriental, que dejó escapar un

grito corto y levantó la barbilla. Una gota de sangre se deslizó por su piel, púrpura sobre oro.

—Me cansan tus memeces, puta. Habla.

—Neera habla. Neera recuerda. Hombre dijo que Neera engatusara Mur Asyb de cabellos oro y Mur Teryed altanero. Neera hizo eso.

—¿No te dijo nada más?

—Sí; que pelearan por Neera. Neera hizo. Es buena...

Zaiel retiró la faca y la guardó en la bota. La mujer lloraba detrás de las manos, sin apenas ruido. Estuvo tentado, casi, de sentir pena por ella, pero el resabio de la ira se lo impidió.

—Ese hombre, el fulano de la máscara, ¿para quién trabajaba? Y «ellos» no me sirve como respuesta.

La myrmyra se retiró las manos del rostro, todavía dando hipidos quedos. En su mirada rota asomaba ahora el miedo, una honda desesperación.

—Neera... Neera no sabe.

Resopló, hastiado. Era inútil. No le diría nada de provecho...

—Hombre llevaba anillo —dijo de repente Neera—. Un anillo de oro, Neera recuerda.

—Un anillo de oro. No es mucho. ¿Llevaba grabado algún blasón o emblema?

Ella negó despacio.

—No. Un símbolo... Neera recuerda bien.

—¿Cómo era el símbolo?

Neera fue hasta el aparador y regresó con un pañuelo, donde trazó el signo con un dedo untado en pasta de quermes. Zaiel lo contempló extrañado; no había visto nunca nada similar. Era sencillo: una I en horizontal, encerrada en un óvalo. Solo eso.

—Buena chica...

Un cansancio repentino lo abrumó. Tomó del aparador el manto y los guantes, se los calzó con rapidez, demorándose en el umbral de la pieza mientras contemplaba a la mujer, que le devolvió una mirada llena de terror.

—Hombre dijo ellos matarán Neera si Neera hablaba —dijo entre lágrimas—. Neera sabe, oye cosas, rumores. Ellos son poderosos; hombre con máscara sabía secretos Neera... cosas del pasado. Matarán Neera, senescal...

Zaiel sacó un puñado de velas de la faltriquera.

—Adiós, Neera. Por las molestias. —Dejó caer las monedas, salió de la pieza, cruzó el pasillo al trote, con la diestra sobre la pistola, y bajó las escaleras. La burdelera de pelo rubio lo esperaba en el zaguán con su capa; de Viruelas, ni rastro. Tomó la capa de manos de la moza, se envolvió en ella rehuyéndole la mirada y salió.

Respiró con alivio el aire frío y caminó hacia el carruaje, mirando a un lado y a otro de la calle. El cochero esperaba en el pescante, adormilado. Lo despabiló con una palmada recia en la caja y después subió. El coche no tardó en moverse entre los arres y los chasquidos del látigo. Zaiel se enjugó el sudor y asomó la cabeza por la ventanilla.

Era peor de lo que había esperado. Mucho peor.

Quilnub entró en la profunda cueva, ajado y polvoriento por el largo viaje. Una barba cana le rozaba la cintura; las ropas le bailaban sobre el cuerpo enjuto. Nezrú le recibió, ya todo un hombre, fuerte y vivaz. Abrazáronse padre e hijo, embargados por el júbilo.

—Padre —dijo Nezrú—, te creí muerto.

—No, hijo —respondió Quilnub, emocionado—, aunque a veces temí por mi vida. ¿Y Ereqar? ¿Dónde está?

—Murió hace un año, padre, de pena y rabia.

Quilnub llevose las manos a las sienes, azorado por la congoja.

—Hijo, ¿qué será de nosotros? Triste sino el mío. Largos años ha durado mi búsqueda; mis errabundos pasos me llevaron desde las profundas selvas del este a las altas montañas del norte, aun hasta las hondas entrañas de la tierra; al fin, heme aquí, triunfante, pero en vano. ¿Quién forjará ahora la cadena?

—Yo la forjaré, padre —dijo Nezrú, y como Quilnub mostrara incredulidad, añadió con orgullo—: El fiero ogro me enseñó todos sus secretos; soy un maestro de la forja.

—¿Es así?

—Sí, padre. Pero habrás de ayudarme a forjar la cadena.

Y en diciendo esto, Quilnub y su hijo comenzaron a

trabajar en la forja del ogro; nueve días con sus nueve noches habló el martillo, humearon las brasas, llameó el metal y resolló el fuelle. Del saco, Quilnub fue extrayendo los cuatro ingredientes que el ogro pidiera, uno por cada elemento: la sangre de una piedra; el hálito de un pez; una brizna de nube; el ruido de un relámpago al que no siguiera el trueno. Los amalgamó con una fina aleación de argento, sangre de sus mismas venas y sal del profundo océano. Hecha la cadena, pronunciados los sortilegios sobre ella, Nezrú y su padre cayeron desfallecidos por el cansancio; nueve días y nueve noches transcurrieron antes de que pudieran moverse; al décimo día admiraron su trabajo.

—¡Es soberbia! —dijo Nezrú, extasiado.

—¡Cabrones! ¡Me cago en la puta que os trajo berreando al mundo!

Naúd levantó la vista del libro, sobresaltado por el grito, y miró hacia donde jugaban Ezab, Urá y Arvad a aquel estúpido juego de cartas.

—¡Ja! Toma. La baraja entera para ti.

—¿Coleccionas naipes, eh, Arvad?

—Ya me las pagaréis, hijos de puta, ya...

—Sigo. Dos cálices.

—Quía, uno más...

—Ea, tres más, y zafo. A joderse, compadres.

Con un suspiro de resignación, Naúd se acomodó para recibir mejor la luz de la vela en el libro y pasó la página. Era inútil pedirles que no hablaran a gritos, de modo que intentó desoír el bullicio y retomó la lectura. Las palabras le resultaban a la vez familiares y lejanas. Cautivado por la historia, el tumulto de sus voces acabó por desvanecerse.

... Quilnub asintió; su hijo decía verdad: era una cadena magnífica.

—La llamaré Nudosa; sí, es un nombre sencillo, pero es un buen nombre —exclamó Nezrú, sopesando los fulgentes eslabones de Nudosa—. Pero ¿cómo ataremos al Señor de las

Profundidades con ella?

Quilnub meditó en silencio.

—Sí, es un problema; hemos de pensar algo.

Debatíó Quilnub largamente sobre ello. Al amanecer del segundo día prorrumpió en gritos.

—¡Hijo! Sé cómo atrapar a la Sierpe. Ve al yunque: has de forjar otra cadena más; pon todo tu empeño, todo tu arte, en ella; ha de ser fuerte y gruesa.

—No entiendo, padre —repuso Nezrú, desconcertado—; Nudosa es mi mejor cadena. Nunca podré superarla: cualquier otra será frágil como el yeso en comparación.

—¡Obedece, vamos! Ya lo entenderás.

Nezrú acató la orden y forjó una cadena más; tuvo que fundir buena parte de sus herramientas y hasta el último clavo y fleje de los enseres a fin de reunir suficiente hierro para ella. Hecho esto, Nezrú guardó las dos cadenas en el saco de su padre y le ayudó a echar la vieja balandra a las aguas del océano

El viento preñó las velas con su hálito, impulsó hacia la inmensidad del mar la pequeña embarcación. Las manos de Quilnub timoneaban firmes; la aguda vista de Nezrú oteaba en lontananza. Soles y lunas rodaron por el firmamento; al séptimo día, una calma absoluta reinó en el piélago. Sin arredrarse, padre e hijo bogaron sin descanso. Cielo y horizonte acabaron por confundirse, tornándose oscuros como la pez; los espíritus del viento murmura...

Alguien le chasqueó los dedos junto a la oreja.

—¡Eh! Hemos terminado la ronda —dijo Ezab—. ¿Juegas? ¿No? Mira que eres sieso, Largo; luego te llaman derramasolaces y te quejas.

—No me quejo. Me la trae al paio —respondió Naúd, ceñudo, cerrando el libro.

—¿Qué tienes ahí? ¿Un libro?

—Sí...

—¿De dónde lo has sacado?

—De la cerrajería.

—Ah. ¿Y para qué lo quieres? Ja. ¿Sabes leer, Largo?

Naúd titubeó, azorado.

—No. Me llamaron la atención los grabados.

—Déjame verlos.

Ezab tomó el libro y se acucilló a su lado para hojearlo. Se detuvo en una página.

—¿Y esto? Me suena...

Naúd contempló un vistoso grabado; una bestia serpentina, negra y terrible, se erguía en el mar ante dos figuras diminutas, inclinadas precariamente sobre una balandra zarandeada por las olas.

—Ese es Quilnub y su hijo Nezrú; el grabado ilustra la leyenda de la cadena Nudosa y el Leviatán.

—¡Ah! Creo que se la escuché a un decidor una vez. Sí, sí, ya me acuerdo.

—Según la leyenda, Nezrú erigió la primera piedra de Mur'ubi hace casi tres mil años... —comenzó a decir, pensativo, pero se detuvo al reparar en la mirada de extrañeza de Ezab.

—Ah... ¿Y este otro? Vaya, vaya... Eh, ¡mirad! —Ezab fue hasta donde seguían jugando los otros y les mostró un grabado procaz: una mujer, encadenada a una piedra, recibía las acometidas de un ser, mitad hombre, mitad cabra.

Los demás admiraron el grabado entre exclamaciones soeces. Naúd resopló, fastidiado, y les arrebató el libro.

—Ya basta.

Arvad, que afilaba la daga, le enseñó los dientes manchados al reír.

—Ya eres mayorcito para menearte la sardina, hombre —dijo—. ¿Es que no tuviste suficiente la otra noche con Nazaya?

—Cuéntanos —intervino Urá—. ¿Fue cariñosa contigo? ¿Eh?

—Idos al cuerno —respondió Naúd—. La próxima luna, si ella quiere, lo comprobáis por vosotros mismos.

—Descuida, eso haremos —dijo Urá; los demás celebraron su respuesta riendo a carcajadas.

—Creo que no tendremos que esperar... —dijo Arvad, señalando hacia la hoguera de las hijas. Una de ellas se había puesto en pie y los observaba, como decidiéndose; las demás la animaban entre risas y cuchicheos, y tras un

rato se les acercó.

Naúd reconoció a Nazaya, molesto por la intromisión. Pero no era a él a quien había venido a buscar; desde la penumbra, la muchacha le hizo una seña silenciosa a Urá, que el yadiq captó enseguida. Tornó hacia ellos, a medio formar la sonrisa en el rostro lleno de cicatrices, le dedicó un guiño a Naúd y fue tras ella.

Arvad comenzó a reírse por lo bajo.

—No te preocupes —dijo Ezab—. Otro día te elegiré a ti; y si no es ella, será otra.

Naúd resopló, no dijo nada.

—Bueno —terció Arvad—. ¿Echamos otra ronda? ¿Qué dices, Ezab?

—Nah. Déjalo. Otra noche.

—Hale, me largo a la piltra. —Hizo un gesto con la barbilla en dirección a Naúd, con aquella odiosa sonrisa torcida—. Buenas noches, tú.

Arvad soltó un regüeldo, recogió la capa y abandonó el patio con su andar desmañado. Ezab invitó a Naúd a que lo acompañara; este apagó la vela, puso a buen recaudo el libro y se sentó con las piernas cruzadas junto a los rescoldos de la hoguera.

—Venga, vamos a matar esta jarra, aprovechando que se han ido. ¿Dónde está tu vaso? Bueno, es igual, coge este.

Bebieron en silencio. Naúd observaba a su compañero de reojo. Escrutó sus rasgos toscos, azulados por la barba incipiente, dudando; para bien o para mal, era lo más parecido a un amigo que tenía. Paladeó el trago de vino y se decidió a hablar.

—Ezab.

—¿Hum? Dime.

—Es una tontería...

—Suéltalo. Pero ea, bebe. Eso es.

—¿Qué recuerdas de cuando eras pequeño?

Ezab lo miró perplejo.

—¿Qué?

—Olvídalo.

—No, no, espera... —Ezab se rascó el mentón, dubitativo—. Bueno, recuerdo... yo qué sé, muchas cosas. ¿A qué viene eso ahora, Largo?

—Déjalo. No es nada.

—Ea, dímelo.

Naúd bajó la vista, trazó espirales en el suelo de tierra.

—Yo no recuerdo nada, apenas nada; me acuerdo de mis tíos, de la alquería del arrabal donde vivían...

—Bah. Tampoco es tan raro. No te creas que yo recuerdo muchas cosas. Y no hay muchas que merezca la pena recordar.

—¿Has visto la cicatriz que tengo en la espalda?

—¿Cuál, esa larga, la que parece una quemadura?

—Esa.

—Sí, hombre, claro que la he visto... qué remedio.

—No recuerdo cómo ni cuándo me la hice.

Ezab resopló; la conversación ya le cansaba.

—Te la harías de chico y no lo recuerdas ya, vaya cosa. Ea, hombre, vamos a tomar el último trago. Es una pena dejar esto en la jarra.

Con un cabeceo distraído, Naúd tendió el vaso hacia Ezab para que le escanciara más vino. Bebió sin ganas. No podía quitarse aquello de la cabeza.

—¿Recuerdas a tus padres, Ezab?

Su compañero dejó de beber, miró a Naúd, confuso. Luego soltó una carcajada.

—Recuerdo a mi madre, pero ni siquiera ella se acordará del fulano que la preñó.

Ezab se levantó, estirando los brazos, y le palmeó la espalda.

—Qué raro eres, Largo, qué raro eres... En fin, me voy a desollar la zorra; estoy hecho migas. Hasta mañana.

Cuando Ezab lo dejó solo, tomó de nuevo el libro. Pasó un dedo por las desgastadas letras de la portada, caviloso, se acercó al fuego para leer una vez más el título:

El libro de las hazañas, rezaba, en letra grande y capitular; debajo, con caracteres más pequeños, seguía así: *De las muchas y gloriosas gestas de los yrdn*.

El título despertaba ecos en su memoria, remembranzas inconexas, como bultos en la oscuridad con los que tropezara por casualidad. Calor, bienestar; un rostro que no podía recordar, una voz melosa de mujer otorgando sosiego...

Parpadeó, molesto. Dejó el libro en el regazo, tabaleó con los dedos sobre la cubierta de piel; el asunto era raro, mucho; aunque tenía que existir alguna explicación razonable.

Sabía leer. Al principio tuvo dudas: las líneas le bailaban ante los ojos, las letras se agolpaban azarosas y tenía que silabear una y otra vez las palabras hasta comprenderlas; luego, poco a poco, la lectura fue más y más fluida, tanto que quedó sorprendido.

Sabía leer.

¿Cómo? En la qabila solo le habían enseñado a reconocer los principales glifos de la diosa; solo las hijas aprendían las letras.

¿Cuándo había aprendido?

¿Antes? ¿En la alquería de sus tíos? No. Esos a los que había llamado tíos eran labriegos de la más baja condición. No, imposible.

Tal vez había aprendido a leer antes. Quizá, sí. Pero... ¿cuándo? ¿Dónde? Gruñó, exasperado. Inútil. No recordaba nada concreto. Solo sombras, reminiscencias vagas y escurridizas, y la angustiosa impresión de vacío, de pérdida...

Quizá Ezab tenía razón; sencillamente no lograba acordarse. Las cosas se olvidaban con el tiempo...

Sintió vértigo, una profunda desazón. Se frotó las sienes con la punta de los dedos. Ah. Ya pensaré en ello mañana. Estiró el cuello hasta que lo sintió chasquear. Arriba, las estrellas parpadeaban en la negrura infinita de la noche, ajenas a todo. Soplaban un biruje que helaba incluso al lado de las brasas, pero siempre le había gustado el frío.

—Cachorro...

Se sobresaltó al oír la voz. No había oído llegar a Yezrah, el cual se caldeaba las manos en la hoguera. Naúd se puso en pie en señal de respeto, pero el ma'bni le indicó que volviera a sentarse con un ademán.

—Quería hablar contigo —dijo al fin; tras desceñirse la sashda, se sentó junto a él—. Sabrás por qué, imagino.

—Sí, ma'bni.

Al contraluz, la cara de Yezrah parecía aún más afilada y cavernosa; en la lumbre clara y fría de sus ojos asomaba un peculiar brillo.

—Le pregunté a Ezab qué ocurrió la otra tarde, antes de tu investidura. No me dijo nada que tuviera sentido, y decidí no preguntar más. Comprendo que me mintiera. Ha sido tu iab desde hace ocho años. Y es tu par; es un vínculo que debe honrarse. Además, no necesito saberlo. Me basta con tu promesa de que no se repetirá. Jamás.

Naúd asintió, con la vista en las brasas.

—Quiero oírtelo decir. Y mírame a los ojos cuando me hables, cachorro. Obedeció, desazonado.

—No se repetirá, ma'bni. Jamás.

—Bien. No era de eso de lo que quería hablarte. Supongo que habrás notado mis ausencias. Me defraudaría si no fuera así.

La pregunta cogió a Naúd desprevenido; un repeluzno le envaró la espalda. ¿Acaso sabía de aquella vez que lo había seguido...?

Lo cierto era que aquellas misteriosas salidas de Yezrah, siempre a la caída de la tarde, eran la comidilla de los demás yadiqd. Arvad aventuraba, malicioso, que el mab'ni salía para meterla en blando, tal vez en alguna mancebía del barrio de los Candiles. Aunque eso no tenía sentido: el barrio de los candiles estaba al norte; y la vez que lo siguió vio cómo se dirigía al sur, por el paseo de las Piedras.

—Supongo que tu silencio es un sí. Escucha atentamente, cachorro. Nuestros valedores nos han requerido para otra encomienda de sangre. La más importante que nuestra qabila ha acometido.

Naúd prestó oídos, confuso por el derrotero que seguía la conversación. Las últimas encomiendas de la qabila habían tenido motivaciones muy distintas a las habituales, y habían apuntado alto. Muy alto. Quiénes eran esos misteriosos valedores a los que, muy de tanto en tanto, se refería el ma'bni, Naúd prefería no saberlo.

—A veces pienso, cachorro, que todo el camino que ha recorrido nuestra qabila los últimos veinte años ha sido para llegar a este momento. Juguemos un papel crucial en la lucha contra nuestros enemigos... ¿Entiendes a qué me refiero, Naúd?

—Sí. Nuestros enemigos. Los taibnios.

Yezrah sonrió.

—No. ¿Sabes quiénes son nuestros enemigos? Todos, cachorro. Nuestros valedores nos usan como una herramienta para conseguir sus fines; pero mañana, quizá, sean nuestros enemigos; es cuestión de dónde y cuándo.

»Poco importa. Sus fines nos convienen. El enemigo de tu enemigo es tu amigo, reza el proverbio; al menos por un tiempo. Lo que importa es esta qabila. Apenas si ha comenzado a echar raíces; necesitamos crecer. Hacernos fuertes.

Yezrah calló entonces. Acariciaba la vaina de la sashda, abismado en sus pensamientos. Sus ojos color ceniza reflejaban las brasas, lagos de sombra

bajo un cielo estrellado.

—Han solicitado a mis mejores yadiqd. De entre todos ellos, os he elegido a Ezab y a ti.

Naúd parpadeó, asombrado. Sintió que se le encogía el estómago.

—Será dentro de dos noches. Sé que no me defraudaréis. Sobre todo tú, cachorro. Eres el mejor ferai que he adiestrado nunca.

Naúd sintió la sangre agolpándosele en las mejillas.

—Ma'bni, yo... no sé qué decir.

—No digas nada. Cuando llegué a esta ciudad, el Consejo de las Trece me asignó una misión: fundar una qabila desde la nada.

»He entrenado a tres camadas de feraid desde entonces. Así que digo lo que digo a sabiendas. He visto algo en ti que solo está en los guerreros veteranos. Algo innato. Nuestros antepasados llamaban el don de la diosa al talento para matar. Y créeme: en cuanto a matar, sé muy bien de lo que hablo.

»Matar no es fácil. No al principio. Muchas cosas pasan por las mientes de un hombre cuando se dispone a acuchillar a otro a sangre fría; algo muy distinto de hacerlo en el calor del combate, o transportado por la cólera.

»Tú no vacilaste. No estuve allí, pero lo sé. Llegarás a ser un guerrero magnífico, digno de los viejos tiempos. Comprendo que aún tengas dudas; guarda cuidado: desaparecerán. Acepta la fe. Disipa tus temores.

»Que no se te suban a la cabeza mis palabras, sin embargo. No volveré a repetirte esto jamás; y espero que actúes como si no te lo hubiera dicho nunca.

Naúd asintió con evidente embarazo. El mab'ni sonrió, pero aquella sonrisa desapareció tan rápido que pudo haberla figurado.

—Sea. Dentro de dos noches, cachorro. Descansa.

Yezrah dio la conversación por concluida y lo dejó a solas. Naúd estuvo rumiando sus pensamientos hasta que las brasas estuvieron exhaustas. Rendido por el cansancio, bajó a su celda. Cayó en el catre a plomo; por una vez, sus sueños no le causaron inquietud.

Descabalgó. Un mozo de cuabras se hizo cargo de su yegua. Mientras caminaba por el patio para desentumecer las piernas, el mayordomo de la villa lo recibió con una reverencia.

—Bienvenido, señor. La señora está en la glorieta del jardín.

Zaiel le entregó la capa y los guantes. Asintió.

—Gracias. Conozco el camino.

El mayordomo hizo otra reverencia y se alejó hacia la entrada principal. Zaiel siguió el sendero de granito que conducía al jardín. Contempló la mansión, asaltado por una inusitada nostalgia; ignoraba el porqué, pero siempre le había parecido muy acogedora. Era pequeña y modesta en comparación con las suntuosas casas solariegas de los linajes, y exhalaba un aire calmo, casi soñoliento, fragante a mejorana y arrayán. La hiedra cubría las paredes hasta los arquivados; los tonos ocre y bermejos acentuaban la traza otoñal de la casa, en especial bajo las últimas luces de la tarde.

El sendero circundaba el ala oeste de la mansión para adentrarse en el jardín. Cuando llegó a la glorieta rodeada de enrejados el recuerdo acudió a él, vívido: allí había conocido a Betzabé. Un aya estuvo con ellos durante el tradicional cortejo de una luna; no pasaron de intercambiar unas pocas palabras corteses —él apenas hablaba; por aquel tiempo todavía pugnaba por pulir su dicción y erradicar al soldado y al campesino de su lengua—, pero en sus miradas había todo un despliegue de anhelos y promesas.

Cruzó el arco de piedra y se adentró en la glorieta. La encontró en un banco de mimbre, junto a la fuente con peces dorados y nenúfares, absorta en

la pieza de vihuela que interpretaba un músico recostado con languidez en una columna. Rasha lo despidió al reparar en Zaiel.

—Oh... Qué sorpresa, yerno. Desde luego no esperaba volver a verte hasta el mes que viene. Me alegra que hayas venido.

Con un apunte de sonrisa, Rasha le ofreció la mano. Él se la besó, incómodo; antes de que pudiera decir nada, su suegra lo invitó a acomodarse junto a ella en el banco.

—Estás algo pálido, yerno. ¿Te encuentras bien?

—Eh... Sí. He dormido mal, solo es eso.

¿Mal? Apenas había podido pegar ojo en toda la maldita noche; tenía demasiados demonios rondándole las mientes.

—Espero que todo vaya bien —dijo Rasha—. ¿Cómo está mi hija?

—Bien, guardad cuidado. El médico la visitó esta misma mañana. Todo está correcto.

—Me alegra oírlo. Ya va quedando menos...

—Sí. A finales de undembre saldrá de cuentas.

—¿Tan pronto? Vaya. Estarás ansioso, me imagino.

Zaiel asintió, seco. No le agradaba tocar aquel asunto. Quizá debería haber dejado la visita para otra ocasión, una en la que no estuviera su suegra, pero era tarde para eso.

—¿Te apetece algo? ¿Algún refrigerio? Creo que aún nos quedan huevos de codorniz fritos con miel. ¿No? ¿Qué me dices de una taza de calhré? O mejor, un poco de vino. Iba a tomarme una copita de clarete. ¿Me acompañas?

—Eh... Sí, me vendrá bien.

Rasha hizo resonar una campanilla y un criado acudió como por ensalmo para escanciar el vino. Zaiel probó el caldo. Joven, ligero, aromático... Bajaba solo. Cuando el fámulo los dejó a solas, su suegra hizo tintín en su copa con los dedos, finos y de uñas largas y rojas. Sonreía.

—Bien, bien. ¿Qué te trae por aquí, yerno? Algo me dice que esta no es una visita de cortesía, precisamente; sería la primera vez. Ni tampoco has venido a verme a mí, me temo... ¿me equivoco?

La mano grácil de Rasha le palmeó el brazo como en un gesto de admonición; semejaba disfrutar viéndole azorado y nervioso.

—No —admitió, con su mejor sonrisa forzada—. Vengo a ver a vuestro marido. He de consultarle respecto a... cierto asunto.

—Oh. Comprendo. Me imagino que ese asunto deberá de ser interesante.

Sus ojos brillaron, pícaros; Zaiel no acertó a responder. Sostuvo la mirada de Rasha durante dos o tres latidos, pero terminó por ceder; resultaba pueril. Bebió más vino, sonrió con poca convicción.

—Oh. Lástima; lo que me temía. Vosotros, los hombres, y vuestros asuntos, siempre tan importantes y secretos.

De nuevo no supo qué decir. Apuró la copa, se aclaró la voz. Aún transcurrió un espacio, eterno de tan embarazoso, hasta que Rasha accedió a concluir aquella pantomima: le dirigió una última ojeada llena de mal disimulado regocijo —se lo estaba pasado en grande y ni siquiera trataba de ocultarlo— y exhaló un suspiro.

—Oh. Eres un hombre ocupado y con responsabilidades, y te estoy entreteniendo. Mi esposo está arriba, en su sancta sanctorum, para variar... Se pasa todo el día allí, entre libros y cachivaches, salvo cuando acude a sus misteriosas reuniones de académicos o hace las visitas de rigor a sus imprentas.

»He de confesarlo, muchas veces siento genuina envidia de mi querida hija. Tiene un marido que la idolatra, un hombre con los pies en la tierra... Pero no temas, yerno. No te importunaré más por hoy. Dale recuerdos a Betzabé.

Rasha llamó con la campanilla, dos toques largos esta vez. Al punto acudió un criado; Zaiel no pudo reprimir una mueca al descubrir quién era.

—Uza, acompáñalo arriba. Quiere ver a tu amo.

El criado cabeceó, tieso como un palo. Zaiel no esperó a que le hiciera alguna de sus señas. Besó la mano de Rasha como despedida y siguió al muchacho fuera del jardín, hasta las escaleras de la mansión; después de cruzar un pasillo el mozo se detuvo ante una puerta y llamó con los nudillos. Al oír el «adelante» abrió a medias, señaló adentro y se alejó de inmediato sin ni siquiera mirarlo. Zaiel lo observó alejarse, apretados los puños; para un mur, aquello habría sido una afrenta y aquel muchacho se habría llevado unos cuantos cintarazos. Un plebeyo, sin embargo, no podía permitirse tener un orgullo tan delicado.

Empujó la hoja de la puerta. El atardecer irrumpía en el estudio a través de los altos ventanales sin cortinas. Al fondo, tras una mesa abarrotada de libros, legajos, chismes, libros y aún más libros, su suegro se inclinaba sobre una amplia escribanía, absorto. Estaba de espaldas y no había reparado en él.

Zaiel carraspeó; aquel sitio le imponía respeto. En nueve años no recordaba haber estado allí más que en tres o cuatro ocasiones, como mucho.

Tuvo que toser un par de veces más. Izíah se volvió despacio, con una página impresa en la mano. Cuando se percató de quién venía de visita su gesto tornó de la irritación a la sorpresa.

—¡Ah! Ignoraba que fuerais vos, yerno —dijo, sonriendo afable, tras quitarse los lentes que llevaba calados en la nariz aguileña—. Pasad, pasad...

Zaiel cerró la puerta y caminó por una alfombra espesa y suave de tonos verdes y dorados hasta el centro de la pieza, presidida por una larga mesa atiborrada de libros y cachivaches: relojes de arena, estatuillas, mapas y portulanos, instrumentos náuticos, tableros de ajedrez con partidas en curso.

—Perdonad el desorden —dijo Izíah, señalando en derredor—; soy un desastre. Pero sentaos, poneos cómodo. Estaré con vos ahora mismo. Odio dejar algo a medias, y estas galeradas no se van a corregir solas; llevo ya varias semanas de retraso. ¿Queréis algo?

Después de que Zaiel declinara el ofrecimiento, Izíah regresó a la escribanía. Entretanto, Zaiel paseó por el estudio. Siempre le asombraba la biblioteca de su suegro. Del friso al cielorraso, las estanterías se combaban por el peso de los libros; había libros incluso en el suelo, dispersos aquí y allá en montones de varios codos de alto. ¿Cuántos habría en total? ¿Tres mil? ¿Cuatro mil? ¿Era posible que un hombre hubiera leído una cifra de libros semejante sin perder el seso o quedarse ciego en el ínterin?

Aunque, si lo que había oído de él era cierto, no sonaba tan disparatado: Izíah no había tenido oficio alguno, ni siquiera había correspondido a la llamada de la sal, como hacían con frecuencia los jóvenes varones mur al capitanear los barcos mercantes o instalarse como factores en tierras lejanas. Siempre se había dedicado a «sus tonterías», como decía su hermano Najor.

En un rincón vio un artefacto en una peana que despertó su interés. Refulgía; de alguna forma le recordaba una armilla, como la que había visto usar a algunos pilotos de la Armada, pero mucho más compleja. Lo examinó de cerca: había esferas dispuestas en aros de metal de diámetro cada vez menor. Acercó un dedo con cautela; los anillos de la esfera se desplazaron con suavidad.

—Traduce, traiciona, avisaba siempre Ansemio a sus discípulos —oyó decir a Izíah, justo detrás de él—. Es la segunda galerada que repaso de esta traducción y todavía siguen apareciendo erratas como grillos en un jardín...

»En fin. Esto —y «esto» era el puñado de páginas llenas de tachaduras que agitaba en la mano— cambiará el mundo, querido yerno. Lo he recibido hace apenas un mes: nada menos que *De la Pirotechnia*, la obra maestra del metalúrgico aranés Vanoquio de Senia. Espero que mi traducción al saremio le haga justicia.

Zaiel observó a Izíah con cierto recelo; siempre se sentía desconcertado cuando presenciaba sus escasos arrebatos de entusiasmo; contradecían aquella apariencia suya, tan sobria y comedida; querido, estimado yerno, etcétera.

—Bueno —prosiguió—; no pasará nada porque deje la corrección para más tarde. Ah... Veo que os ha gustado mi *planetarium*. Tenéis buen ojo.

—Creí que era una esfera armilar.

—Hay cierta relación, pero este artefacto, más que un instrumento, es un modelo; un modelo del Universo. Observad: aquí están los planetas conocidos en círculos concéntricos —Izíah fue moviendo los anillos mientras enumeraba los astros, del exterior al interior—: Ravus, Tútor, Rúber; Últer, nuestro mundo, junto a la Luna, seguidos de Maia y Vélox; y, en el centro —sonrió, como si fuera a decir algo grandioso— el Sol.

»Está diseñado a partir de una interesante teoría de un viejo amigo mío, profesor de Astronomía en la Universidad de Sazerna. Según dicha teoría, la tierra es esférica y viaja por los cielos, junto a los demás astros, en órbitas concéntricas alrededor del Sol.

»Una teoría fascinante, desde luego, aunque no es nueva; Arístide llegó a esbozarla hace casi dos mil años. Por desgracia no recibió más que críticas y burlas de sus contemporáneos.

»Os estoy aburriendo. Lo lamento; divagar es un feo vicio en el que no dejo de incurrir. Sentémonos.

Izíah lo tomó del brazo y le condujo hasta la chimenea, donde se acomodaron en sendos sillones de cuero. Tras interesarse por la salud de Betzabé y hacerle algunas preguntas de compromiso más, fue derecho al grano:

—Bien. No quiero ser descortés, yerno, pero siendo franco, no os esperaba. ¿A qué debo vuestra visita?

—Respecto a la propuesta que me hicisteis el pasado solaz, contad con mi participación.

Las finas cejas de Izíah se enarcaron para luego relajarse; en el semblante

se le dibujó una sonrisa, franca y cálida, poco usual en él; una sonrisa muy cara, por cierto: valía doscientas libras de plata.

—¡Espléndido! Os prometo que no os arrepentiréis. Ah, esto merece un brindis...

Iziah fue hasta un armario y regresó, casi dando brincos, con una botella de vino y dos copas. Después del obligado brindis y de probar el vino, Zaiel decidió atacar el asunto que realmente le había traído allí.

—Hay algo que querría tratar con vos; no tiene nada que ver con el taller de artillería. Es... un asunto algo delicado. Me gustaría oír vuestro consejo. Os tengo por un hombre discreto y de buen juicio.

Iziah lo miró aún risueño, intrigado sin duda.

—¿Delicado? Vaya. Por lo que sé, los asuntos «delicados» entran casi siempre en una de estas tres categorías: dinero, política o mujeres; a veces, en varias a la vez. ¿Voy muy desencaminado?

—No. Política... aunque también mujeres.

—Vaya... Bien. Os escucho.

Zaiel extrajo el pliego y se lo tendió al viejo, que lo aceptó extrañado.

—En ese pliego de papel he dibujado un símbolo. Espero que podáis decirme lo que sepáis de él.

Iziah se caló los lentes y examinó atentamente el pliego. A Zaiel le asaltaron dudas sobre su pericia al copiar lo que había dibujado Neera, pero el símbolo era demasiado sencillo como para errar mucho.

Su suegro lo observó caviloso.

—Esto, yerno, no es en puridad un símbolo, sino una letra. Theta, la octava del alfabeto elídeo, para más señas. ¿Sabéis quiénes eran los elídeos?

Negó con la cabeza. Paciencia, Zaiel; ten paciencia. Vas a necesitar mucha.

—No se sabe mucho de ellos, en realidad, pese a que el Imperio tamarquio se alzó sobre los hombros de sus sabios, maestros de las Siete Artes; su Retórica, Geometría y Dialéctica aún no ha sido superadas.

»Los elídeos eran un pueblo sin patria, que decían ser descendientes de los hierofantes que gobernaban Khem, los cuales descendían a su vez del mismo Namru, el Cazador, fundador de Eteraq, la primera ciudad, hace miles de años...

»... por lo que os haréis cargo de lo poco fiable que es dicha afirmación. Antes de la fundación de Tamarquia, historia y mitología se confunden a

medida que nos remontamos atrás en el tiempo.

Izíah hizo un paréntesis en su parlamento para beber de su copa. Paladeó el vino, ensimismado, alzó luego la comisura de un labio.

—Pero he de ser justo. Es una letra, pero también es un símbolo. Theta simbolizaba a Tánatos, el dios primordial de la muerte de los élídeos, y según el filósofo Paránides, uno de los arquetipos creados por el Logos, la razón humana.

Zaiel encapotó el ceño. ¿Quién emplearía un símbolo tan funesto?

—Los heresiarcas —continuó Izíah, como si le hubiera leído el pensamiento— lo adoptaron como divisa durante la primera de las muchas guerras de la Cruz que fracturaron el Imperio tamarquio.

—Una divisa un tanto macabra, a mi parecer —repuso Zaiel.

—No necesariamente. Pensad que, para los élídeos, Tánatos no era como nuestra Magra; tenía diversos aspectos. Y uno de ellos era el de liberador. Su misión era fundamental para asegurar la renovación del Cosmos, destruyendo lo viejo para que pudiera nacer lo nuevo...

Un ataque de tos interrumpió a Izíah, que tomó un buen trago de vino para aclararse la garganta antes de seguir.

—Ah, disculpadme. Podría seguir hablando de este asunto durante horas, pero no pretendo abusar tanto de vuestra paciencia. Ahora bien, ¿puedo preguntaros el motivo de vuestro interés en este signo?

Zaiel vaciló, pero solo un instante. Había venido a eso, así que era mejor acabar cuanto antes.

—Ahora es cuando el asunto se vuelve delicado, suegro. Espero discreción por vuestra parte.

Al escuchar aquello, Izíah, que se secaba la boca con un pañuelo, lo miró con suspicacia.

—Podéis contar con ella, yerno. Cómo no.

—Bien. Ese símbolo es la única pista que tengo sobre quién estuvo detrás del asesinato de Urías Mur Teryed.

—Ah. Vaya. Confieso que no esperaba esa respuesta. Proseguid.

—¿Sabéis cuál fue el motivo por el cual el primo de Betzabé y Urías Mur Teryed sostuvieron aquel duelo, hace apenas dos semanas?

La pregunta cogió a su suegro desprevenido: alzó lentamente la barbilla, lo aquilató con una mirada sombría en la que el recelo campaba sin rebozo alguno. No habría más «queridos yernos» por ahora. Mejor así; que supiera

que el asunto iba en serio.

—He oído algunos... rumores —aventuró Izíah—. Dizques. Acerca de dinero, una partida de cartas, cierto cruce de insultos y bravuconadas; y también uno sobre una discusión por una mujer, el que más crédito ha cobrado, cómo no... Aunque imagino que vos sabréis el motivo real.

—Los rumores que habéis oído no andan muy lejos de la verdad. Teramal y Urías pelearon por el favor de Neera, una cortesana de Myrmyrá.

—Oh. Ahora comprendo por qué mi tío Nezaj estaba tan molesto...

Zaiel se permitió una breve y mordaz sonrisa. Aquello era un escándalo, cómo no. No era del gusto mur que se aireara algo así: dos buenos mozos, gallardos y de inmejorable prosapia, tirando de filosa por una vil ramera tal que bravoneles de taberna. Inconcebible.

—¿Estáis seguro, yerno?

—He hablado en persona con la cortesana. Ella me lo confirmó de viva voz. Me ha llevado un tiempo reconstruir la historia, pero tengo buenas fuentes.

Nahib era, desde luego, una muy fiable. Tres Cuartos había sido nocherniego de los de arriba y pocos rumores se le escapaban.

—Según parece —continuó—, Urías llevaba al menos un mes cortejando a la prostituta myrmyra. Había dilapidado una pequeña fortuna en agasajos; perfumes, afeites, vestidos, cosas así. En cuanto a Teramal...

Izíah alzó una mano.

—Suficiente. No es necesario que entréis en tantos detalles. Seguid.

Su voz sonaba molesta. Zaiel, picado, torció el gesto. Los detalles, maldita sea, sí que eran importantes. Un «detalle» le había costado la vida al de los Mur Teryed.

—Conseguí sonsacarle a la ramera lo que sabía. Fue... inquietante. Asegura que un hombre, que dijo trabajar para gente poderosa, la coaccionó para que sembrara cizaña entre Teramal y Urías. Lo cual, evidentemente, consiguió.

»No sé muchos detalles a ese respecto. Lo que sigue, conociendo la afición a los duelos de Urías y la sangre caliente de vuestro sobrino, se deduce solo. En cuanto al signo, el hombre al que se refirió la ramera lo llevaba grabado en un anillo.

Izíah denegó con un ademán.

—Un duelo provocado... Zaiel, ¿hasta qué punto pensáis que lo que os

contó esa prostituta es digno de crédito?

—No puedo estar seguro. ¿Cómo podría? Pero sí. Creo que dice la verdad.

Iziah había tomado de nuevo el pliego. Estuvo manoseándolo durante un buen rato antes de proseguir.

—El asunto es muy serio, sin duda... —concluyó—. Decidme, ¿por qué venís a contarme todo esto? En poco podré serviros. Estoy alejado de la política; en la sociedad mur soy... una anomalía. —Iziah insinuó una sonrisa desabrida—. Una oveja negra, valga la expresión. Mi padre lo dejó bien claro; los asuntos mundanos, para los que es necesario tener los pies sobre la tierra, los confió a mi hermano Najor. Quizá deberíais haber acudido a él.

Zaiel se removió, inquieto. Siempre que salía a colación su hermano Najor, Iziah respiraba por heridas viejas. Cualquier menguado sabría qué carta tocaba echar ahora.

—Haceos cargo, señor —dijo—. ¿En quién puedo confiar, si no? ¿De verdad creéis que es una buena idea que hubiera acudido a Najor? ¿Os fiaríais vos en alguien metido en política?

Iziah, que se atusaba la barba, asintió tras un momento. Su risa resonó sonora, afilada, ¿sincera? Eso parecía; había dado en el blanco.

—Muy cierto —dijo—. Bien. Recapitulemos: ¿qué espera conseguir el que ha urdido esta trama? ¿Enfrentar a los Mur Asyb y a los Mur Teryed? No era preciso llegar a esos extremos, me parece; llevan enfrentados desde hace varias generaciones. Y es vox pópuli que mi tío Nezaj y Jezem se odian a muerte.

Zaiel meditó su respuesta. Había reflexionado largo rato sobre aquel embrollo y creía conocer un motivo.

—Urías iba a casarse con la hija de Euristo Mur Beraj —dijo—. Con el apoyo de los Mur Beraj, los Mur Teryed conseguirían suficientes votos para que, de nuevo, uno de los suyos ciñera la corona de argento...

—Muy bien, yerno. Ahora hay que responder a una pregunta: *Cui prodest*: quién se beneficia.

—No sé quién; pero está claro a quién perjudica: los Mur Teryed han visto frustrados sus planes...

»Sin embargo, los Mur Asyb también salen perjudicados, por otro lado. Si al final se descubre que estuvieron detrás del asesinato, las consecuencias serían muy graves.

—Sí. Gravísimas... si se pudiera probar —dijo su suegro; después se levantó del sillón y removió las brasas de la chimenea con el atizador.

Zaiel apuró mientras la copa, torció el gesto al sentir el regusto metálico de las heces del vino. Una idea le acudió entonces a las mientes.

—Hay otra posibilidad. ¿Y si el propósito fuera favorecer a un tercer candidato al trono? Se da por sentado que el nuevo jerarca será adicto a los Mur Asyb o a los Mur Teryed. Si esos linajes se enzarzan en una guerra abierta, los demás podrían retirarles sus apoyos en favor de un tercer candidato.

—Sí, podría ser... ¿Qué linaje creéis que podría estar interesado?

Zaiel se aclaró la voz antes de responder.

—Los Mur Beraj. Pero Euristo siempre me pareció un hombre práctico, poco dado a confabulaciones; y necesitarían recabar muchos votos. Aunque, si no han sido ellos, ¿quién? ¿Otro linaje? ¿Una facción del Cónclave?

Izíah, que lo había escuchado con creciente interés, lo observó meditabundo, con un brillo extraño y gris en los ojos.

—Decidme una cosa, Zaiel; ¿con quién más habéis hablado de esto?

—Con nadie más.

—Bien. Os recomiendo discreción, cuando menos. Al cabo, ¿qué podéis probar, aun si fuera cierto?

Nada, reflexionó Zaiel con amargura. Eso era muy cierto. ¿Dizques? ¿El testimonio de una puta? Absurdo. Nadie se tragaría algo así. Asintió, cabizbajo.

—Andaos con mucho tiento, yerno. Estos juegos de sombras myrmyras son peligrosos... especialmente si está implicado algún egregio. Los egregios no permitirán que os inmiscuyáis en sus asuntos. Y creedme: el Cónclave no espera que encontréis a los asesinos de Urías. Sus muñidores ya se ocuparán de eso. Quizá están tan molestos porque aún no han conseguido averiguar nada.

Izíah se acercó a él y le puso una mano en el hombro. Sus pupilas lo taladraron.

—Tened cuidado; os lo digo en serio. Nunca os lo he dicho antes, pero...

—Su suegro retiró la mano, dudó hasta que hizo acopio del suficiente valor —. Se acercan tiempos turbulentos, hijo. Me tranquiliza saber que Betzabé está en buenas manos. Es lo que más quiero en esta vida. Creedlo o no, pero me alegré mucho el día en que os entregué su mano.

Zaiel boqueó, casi, al oír aquello. No había esperado esa salida.

—Me alegra oírlo... señor —respondió, azarado.

No encontró una mejor respuesta, así que decidió que ya era hora de marcharse.

—Se me hace tarde —dijo para concluir, mientras se levantaba del sillón —; Betzabé me estará esperando para cenar. Os agradezco vuestro consejo.

—No hay de qué. Me alegra que os haya sido de utilidad.

Salieron del estudio. Izíah lo acompañó hasta la planta baja; un criado aguardaba en el zaguán, con la capa y los guantes.

—Dadle recuerdos a mi hija.

—Así lo haré.

Montó en la yegua. El mozo de cuabras la había cepillado y estaba fresca, así que dejó el patio a un galope ligero, como si huyera así de sus problemas. Echó una última mirada a la casa, sin embargo. Bajo el crepúsculo, la mansión ya no parecía tan acogedora; había sombras en los aleros que le suscitaron una extraña sensación de abatimiento en el ánimo. Espoleó a su montura y no volvió a mirar atrás.

19

«¡Asesinos!».

—Hijos de la grandísima puta... —susurró Nezaj, en tanto que hacía trizas el pliego de papel y lo arrojaba a las oscuras aguas de la bahía. Derab, a su lado en la última bancada de la falúa, lo miró con extrañeza; no estaba acostumbrado a que su padre emplease un lenguaje tan soez.

—Eso es lo que son, no hay duda —siguió—. Unos malnacidos. Cómo... ¡cómo se atreven!

Derab tenía otra copia del libelo entre los dedos. La observaba a la luz del farol, sin romper a hablar.

Cientos de aquellos pliegos corrían por las calles. Y luego estaban las pintadas. Se habían atrevido, incluso, a pintarrapear algunos de sus locales y almacenes.

Siempre ponían lo mismo. Una única palabra, bajo el nombre de los Mur Asyb:

«¡Asesinos!».

—Están pidiendo una lid de sangre. Oh, sí. La están pidiendo a gritos. Volveremos a los tiempos de los viejos reyes, cuando los linajes mantenían a mercenarios en nómina y la sangre corría a ríos por las calles.

—Padre... calmaos, por favor.

Entre reniegos, Nezaj dejó el asiento para acodarse en la borda, donde aspiró ávido el aire fresco. Desde las montañas llegaba un viento largo, frío y afilado como un cuchillo, que sacudía las sedas del baldaquín y agitaba las aguas; sombras pálidas en la oscuridad, las cabrillas rompían contra el casco

con un rumor manso, soñoliento.

Nezaj se inclinó sobre la borda para rozar la espuma con los dedos. El agua estaba helada. Se mojó la frente y las sienes, paladeó la sal mientras procuraba tranquilizarse.

No lo habría admitido jamás en voz alta, pero, aunque molestos y una afrenta para su *dignitas* —si es que en aquellos tiempos esa palabra aún significaba algo—, los libelos y las pintadas eran un mal menor.

Lo que sí resultaba preocupante eran las noticias que le llegaban de sus factores en los puertos del oeste: la competencia con los Mur Teryed era feroz, y los precios habían bajado más allá de lo razonable. En el caso del alumbre zaruvio, una de las mercaderías más importantes de su flota, habían bajado tanto que el margen en algunos fletes había resultado negativo.

Esa misma mañana había tenido que reunirse con los armadores de su clientela para calmarles los ánimos y prometerles que él mismo asumiría, de ser preciso, las pérdidas. Era eso o cancelar sus cartas de fletamento.

Maldita fuera su sangre, pero Salafir tenía razón. Los Mur Teryed parecían empeñados en arruinarlos a cualquier coste...

Oyó risas a proa. Earad, Jezá y Teramal reían de buen grado en la amura de estribor, coreados por los pequeños Irlaz y Marah. Nezaj observó a sus nietos, ajenos a cualquier preocupación, y los envidió con todo su ser. Inevitablemente, centró su interés en Teramal; aquel cabello rubio y la palidez de sus facciones eran un reclamo para la pupila. Ya no llevaba el brazo en cabestrillo: la herida había sanado sin problemas.

Un acceso de enojo le ensombreció el gesto. Aunque sentía predilección por aquel muchacho, verlo así, tan alegre y despreocupado, lo irritaba.

La falúa cabeceó al tomar una ola grande. Su bisnieta Yamila, que había estado alborotando por la cubierta, entre las piernas de sus primos, trastabilló y se echó a llorar del susto, y el aya tuvo que cogerla en brazos para que se calmara.

—Dile al capitán que eche el áncora —dijo Nezaj al factótum—. Veremos los fuegos desde aquí; las aguas están algo revueltas.

Nefili asintió y comunicó la orden al punto. La nave se detuvo poco después y la falúa de los Mur Mevnorás les dio alcance. Los capitanes abarloaron los barcos y ordenaron tender la plancha; los Mur Mevnorás y los Mur Asyb se prodigaron besos y abrazos entre tanto que los hijos de Derab y Najor daban gritos y reían alborozados.

Después de los saludos —Najor estaba especialmente animado aquella noche e incluso lo abrazó—, Nezaj regresó a la bancada de popa; prefería quedarse al margen, pues no se sentía de humor para celebrar nada. Alguien le rozó el brazo: Falá le ofrecía una bandeja con copas de vino dulce y pastelillos de carne. Nezaj tomó una copa y probó la comida. Los pastelillos aún estaban calientes y sabían bien, a romero y orégano.

Rasha se acercó a felicitarle las Hiemales. Después de besarlo, en la cara de su hija se pintó la preocupación.

—Hay mucho relente esta noche, padre. ¿Queréis mi abrigo?

—No.

—¿Os encontráis bien?

—Sí.

Rasha le acercó una mano para palparle la frente, pero Nezaj consiguió rechazarla.

—He dicho que me encuentro bien.

—Falá me ha dicho que andabais acatarrado.

Nezaj torció el gesto. Hablaría con su mayordomo en cuanto regresaran. Con detenimiento.

—¿Habéis vuelto a tener ataques de estranguria?

—No. Por enésima vez, estoy bien. No voy a morirme todavía, niña.

Como esperaba, su hija no quedó convencida, pero al menos cesó en su asalto. Al poco, como si lo hubieran acordado, vinieron a saludarlo sus nueras y nietas, y tras una ronda de besos y abrazos el corro de mujeres comenzó a hablar de una porción de asuntos: el embarazo de Betzabé —el médico le había recomendado que se quedara en casa, y de todas maneras se consideraba de mal agüero que una mujer encinta celebrase las Hiemales—, la servidumbre, los niños, hablillas varias, e incluso de recetas de cocina.

Aquel parloteo puso a prueba los nervios de Nezaj —siempre le causaba asombro la facilidad de las mujeres para hablar largo y tendido, sin soluciones de continuidad entre tema y tema—, pero por fortuna el comienzo de los fuegos acalló su inacabable cháchara.

El tañido de las campanas de Islavigía arrancó vítores, risas y exclamaciones a los pasajeros de las falúas. Al término del último redoble comenzaron los fuegos: el primer cohete subió hasta el cielo entre una lluvia de chispas y estalló en una flor deslumbrante.

Los niños gritaban de gozo contemplando los fuegos, salvo la pequeña

Yaila, que había roto a llorar de nuevo. Nezaj se frotó los ojos; las luces brillantes le daban dolores de cabeza, así que distrajo la vista mirando a su alrededor.

Iziah, a solas en la proa de la falúa, llamó su atención. A Nezaj le resultaba extraño que no se hubiera acercado a saludarlo, siquiera por cortesía. A la luz de los faroles se lo veía trasojado, pálido, y muy inquieto. Sabía bien que aquellas reuniones familiares no eran del gusto de su sobrino —en el fondo, no podía culparlo—, aunque esta vez parecía más incómodo que de costumbre.

Nezaj siguió su mirada y descubrió que observaba a Teramal con fijeza. Su nieto sostenía a Yaila en brazos y le señalaba los fuegos, susurrándole al oído para tranquilizarla.

No pudo menos que parar mientes en la actitud de Iziah durante las últimas semanas. Había venido a visitarlo con frecuencia, y sospechaba que tan solo era una excusa para acercarse a Teramal.

¿Qué demonios se traía entre manos...?

Ah. Ah. Cómo no. Plata. Teramal era de natural desprendido —aquello tendría que cambiar— y pronto sería rico: y bien sabía que su sobrino andaba siempre con la bolsa seca, debido a sus caprichos y a sus absurdos proyectos.

Imprentas, obras de teatro, mecenazgos a artistas, libros y más libros. La única inversión que había hecho su sobrino, según le había contado Uguz, eran unos cuantos terrenos en la sierra, baldíos, los cuales incluían los títulos de explotación de varias minas abandonadas. Absurdo. Aunque viniendo de Iziah, no cabía sorprenderse.

Su sobrino reparó en su escrutinio y se comportó como alguien pillado por sorpresa. Incluyó la cabeza hacia él, a modo de escueto saludo, y luego le hurtó los ojos.

Al término de los fuegos —hubo oes de decepción entre los niños—, los adultos celebraron el comienzo de las fiestas hiemales con brindis y abrazos. Después de despedirse de los Mur Mevnorás, las falúas levaron anclas; al poco de virar por avante, la línea oscura de los muelles se perfiló a unos cientos de brazas. El capitán ordenó tomar rizos.

Derab regresó a su asiento.

—Me vuelvo a casa —le dijo Nezaj—. No tengo ánimo para fiestas.

—Vamos, padre. Venid con nosotros. A los niños les gustará que los acompañe su abuelo durante la función.

Nezaj observó el cielo, que amenazaba lluvia, y luego a su hijo; estaba cansado, le dolía la cabeza y la espalda baja, pero, finalmente, accedió.

—Ah, demonios. Está bien.

En los muelles los recibieron los criados con hachas prendidas. Los carruajes esperaban, listos para llevarlos a la plaza Mayor. Después que atracara la falúa, Nezaj se acercó a Teramal y lo asió por el codo.

—Niño, tú vienes conmigo.

Su nieto fue a protestar, pero frenó a tiempo la lengua y asintió, cabizbajo, como si hubiera adivinado el chaparrón que lo esperaba. Nefili les abrió la portezuela y subió al pescante. Nezaj empujó a su nieto al interior del carruaje; después dio la orden de salir.

Teramal semejaba nervioso. Miraba hacia la calle, donde ya alborotaban corrillos de gente enmascarada, con faroles en una mano y pellejos de vino en la otra. Los serenos se apresuraban a encender velas, hachas y lámparas, y por todos los rincones resonaban risas y gritos.

—¿No te ha sorprendido que hayas venido hoy con nosotros?

A su nieto le cogió de improviso la pregunta.

—Pues... sí, abuelo, supongo que sí.

—Llevabas bastantes días sin salir. Espero que te haya venido bien orearte.

Teramal sonrió con prudencia.

—Gracias, abuelo, lo cierto es que...

—No has venido por eso —lo cortó Nezaj—. En verdad, creo que estarías mejor en tu cuarto. Pero recluirte en una fecha tan señalada les mandaría un mensaje inequívoco a nuestros enemigos: que tenemos motivos para tener miedo. Y no es así.

—Sí... sí, abuelo.

—Espero que seas consciente del embrollo en el que nos has metido a todos por tu estupidez.

Teramal contrajo el rostro, tal y como si lo hubiera abofeteado. Bajó la mirada al suelo del coche, asintió despacio.

—Te aguardan grandes cosas —prosiguió Nezaj—. Tienes una herencia digna de un príncipe, eres apuesto, inteligente, con un talento innegable para los números... Tan solo necesitas asentar la cabeza y madurar.

Teramal seguía dándole síes. Veremos si asiente ahora...

—... por eso he decidido comprometerte. Vas a casarte.

—¿Qué? ¿Casarme? ¿Yo?

—A finales de la primavera, cuando los augurios sean propicios. ¿Qué tienes que decir?

—Yo... Es tan repentino... No sé sí... Un momento; ¿quién será mi esposa?

—La conoces, niño. Silvara, de los Mur Beraj.

Un destello en la mirada de Teramal delató sus pensamientos. Semejó calmarse. Se había acomodado en el asiento. Al menos, de entrada, no parecía reacio a la idea, y desde luego eso facilitaría las cosas. Silvara debía de ser una muchacha muy guapa.

—No hace falta que respondas. Bien, bien; dalo por hecho.

Nunca le había gustado vender la piel antes de cazar el lobo —Euristo aún no le había dado el sí definitivo—, pero era mejor preparar al muchacho. El Mur Beraj había agrandado las pupilas al oír la propuesta, tres días atrás. Probablemente, ni siquiera él había pensado en pedir algo así. Designar él mismo al próximo jerarca... era muy tentador, en especial para unos advenedizos como los Mur Beraj.

Si todo marchaba como debía, aquel enlace sería el principio de una próspera relación. Había muchos negocios que hacer con los Mur Beraj, cuyas mercaderías eran muy atractivas, en especial el cuero qyrtio y la seda myrmyra.

A su debido momento, cómo no, sería preciso reforzar los lazos con ellos. Su nieta Marah, por ejemplo; a sus doce primaveras ya había florecido y pronto estaría en sazón para casarse con el pretendiente adecuado. Un nieto de Euristo, sin ir más lejos...

—Sin embargo —continuó Nezaj—, por ahora no anunciaremos el compromiso. Las aguas del Abderas bajan revueltas. Y por eso mismo debes cuidarte mucho de contárselo a nadie. ¿Está claro?

—Sí, abuelo. Muy claro.

Teramal quedó pensativo. Nezaj dejó que su nieto ordenara sus pensamientos. Buen muchacho. Lo ha encajado sin rechistar.

—¿Qué creéis que pueden hacer los Mur Teryed? —preguntó Teramal, con gesto sombrío.

—Oh, nada serio. Seguirán protestando, eso seguro; pero sus difamaciones no tienen demasiada importancia. Encontrarán al asesino de Urías y se echará tierra al asunto. Para la primavera será agua bajo puente.

Un estruendo sobresaltó a Nezaj e hizo piafar a los caballos. Una ristra de petardos había estallado cerca de allí; siluetas de niños huían a toda prisa, calle arriba. Nezaj se sonrió. Ya no quedaba mucho. Habían pasado el cruce con la vía Regia. Los fresnos y sauces que flanqueaban a trechos la avenida de los Tarajes resplandecían engalanados con guirnaldas y farolillos de papel. Había luces por todas partes: en los alféizares y aleros, en los nichos a los yrdn de las encrucijadas, hasta en los guardacantones.

Nezaj volvió la mirada al interior del carruaje. Una sombra de tristeza había nublado el gesto de su nieto. El muchacho —ahora parecía casi un niño, aunque ya tenía veintitrés años— tamborileaba con los dedos en la ventanilla, donde resonaban ya las primeras rachas de lluvia.

—¿Qué te ha entrado de repente, niño?

Teramal volvió al ahora.

—Siempre me acuerdo de ellos por estas fechas, abuelo —dijo, sin poder sostenerle la mirada.

Nezaj exhaló con disgusto. Malditas Hiemales; malditos recuerdos.

—Yo también, niño. Yo también...

—¿Por qué tuvo que ocurrir algo así? No es justo. Daramad tenía solo ocho años. Me acuerdo de que tenía que estar pendiente de él siempre.

—Ah. Tu hermano era un trasto. —Una sonrisa inusual animó a Nezaj, casi sin advertirlo—. Me viene a la memoria aquel día que lo encontramos escondido en una caja de la bodega, o cuando se perdió en el campo y fuiste tú el que lo encontró.

La anécdota pareció animar al muchacho.

—Ah, sí. El muy tonto se había caído en una conejera abandonada y no supo salir... —Teramal se tomó tiempo antes de proseguir; la sonrisa se esfumó de su expresión como si la hubiera figurado—. Es extraño, abuelo, pero de alguna forma sabía dónde tenía que buscarlo. Salí de la villa y eché a caminar hacia el monte, guiado por un presentimiento. Y allí estaba...

La voz de Teramal sonaba opaca, como si las palabras le dejaran un regusto acíbar al pronunciarlas; perdía una mirada turbia y húmeda en el exterior. El paso del carruaje le rayaba las facciones con una sucesión de luces y sombras. Nezaj observó a su nieto. La semblanza con su madre fue entonces tan pasmosa que le cortó el resuello.

—A veces, abuelo, siento como si no hubieran muerto. Me levanto creyendo que todo ha sido un mal sueño y espero verlos junto a mí...

Teramal volvió la cara hacia la calle para que no lo viera llorar. Nezaj se agitó incómodo, manoseando los anillos, ocupado en reprimir pensamientos nada halagüenos.

El carruaje aminoraba la marcha. La avenida se ensanchaba al aproximarse a la plaza Mayor, desde la cual llegaba el bullicio de la muchedumbre. Debían continuar a pie, así que golpeó el techo para indicarle al cochero que se detuviera.

Nefili abrió la portezuela y lo ayudó a bajar. Teramal se enjugó las lágrimas y quedó un momento con un pie en el estribo; olía, como absorto, el tufo a pólvora en el aire. En el entretanto, Derab, Mirai y sus hijos se unieron a ellos. A los pequeños se los veía radiantes, felices en su inocencia.

Cabe el pasaje oeste, Nezaj vio a Uguz, acompañado de dos nocherniegos de confianza. El cimrrio lo saludó con una inclinación.

Entraron en la plaza Mayor. Había hogueras prendidas en las esquinas; la gente se arremolinaba alrededor de ellas, entre cánticos y risas. En el centro se alzaba el escenario, donde la función comenzaría pronto: los actores ya saludaban desde el entablado, vestidos con alegres trajes y medias máscaras grotescas. La compañía era dovaresa, e iban a representar una comedia, de esas que últimamente estaban tan en boga. Creía recordar que Izíah le había comentado que no tenían guion previo, sino que los actores improvisaban los diálogos según los personajes que interpretaban. No eran muy de su gusto aquellas comedias procaces y ramplonas, las predilectas del vulgo. A los niños les complacían las bufonadas de los actores, en especial las del Loco, con sus continuas alharacas y cabriolas por el escenario.

Ayudados por los criados y los nocherniegos de Uguz, se abrieron paso a través de la multitud hasta el palco que habían reservado al sur de la plaza. Junto a Derab y Mirai, Nezaj se acomodó en su sitio. Los niños alborotaban, impacientes, en el otro extremo del palco.

—Hazme el favor de darme un codazo de tanto en tanto —le dijo a su hijo—. No estaría bien visto que roncara durante la función; la gente diría que el patriarca de los Mur Asyb chochea.

Derab se sonrió.

—Ánimo, padre. Sé que os aburren las comedias, pero no creo que esta dure demasiado. Además, dudo que nadie se fijara si os echáis una cabezada. La mayoría de la gente estará borracha a mitad de la obra, si no lo está ya.

Suspiró Nezaj. Se tiró de las perneras del calzón bajo la túnica, y trató de

encontrar una postura lo más cómoda posible. Alguien le rozó el codo. Era Falá, que se inclinaba sobre él para susurrarle al oído.

—¿Puedo traeros algo, mur? ¿Vino? ¿Aloja, quizá? ¿Algo para comer?

—Veneno, Falá. Uno rápido. Aunque el vino es buena idea. Envía a Nefili a por una botella; nos tomaremos una copa. Que no escatime; añejo y tinto, como ha de ser el vino.

—Sí, mur. Enseguida.

La función comenzaba. Había tenido la esperanza de que arreciara la lluvia y tuvieran que suspenderla, aunque para su disgusto el cielo había clareado. La luna asomaba entre los retazos de negrura de las nubes; recrudecía el frío, pero los braseros bajo los asientos lo contrarrestaban.

Desde el palco, la multitud que atestaba la plaza Mayor se veía como un abigarrado enjambre. El Soldado abrió la función, declamando en voz alta mientras se atusaba las barbas y agitaba una espada envainada. Algo decía sobre un bellaco que había insultado a su dama, pero Nezaj apenas si le oía.

Falá le volvía a rozar el brazo.

—Mur...

No resultó ser Falá, sino Nefili; Nezaj le indicó por señas que le hablara al oído.

—Mur, cuando me dirigía a los tenderetes de vino un mozo se acercó y me dio esto. Creo que es importante...

El factótum le entregó un billete lacrado, sin sello.

—Espérame fuera —indicó al criado; después se inclinó hacia Derab—. Ahora vuelvo. Me apetece estirar las piernas.

En las escaleras del palco, rompió el lacre con las uñas y leyó el billete a la luz de un hacha.

Mur, hacedme la merced de reuniros conmigo bajo los
soportales de la esquina de los Triunfos. Os espero.

S.

Nezaj prendió el billete y observó absorto las llamas. ¿Qué querría ahora Salafir? Por un momento, sopesó la conveniencia de acudir a la cita, e incluso lo asaltó la idea de que podía tratarse de una trampa.

Oyó un carraspeo. Falá se había acercado; tenía su capa en las manos y dudaba en entregársela.

—¿Ocurre algo, mur?

—Ah... demonios. Trae acá. —Nezaj se puso la capa sobre los hombros, cuidándose de rebozarse con ella el rostro—. Si preguntan por mí, diles que he vuelto enseguida. Nefili, tú vienes conmigo.

Había poca distancia entre el palco y los soportales al sur de la plaza, pero les costó atravesar la multitud, incluso contando con Nefili para abrirse paso.

Se apostaron en un rincón en sombras, en el lugar indicado. Nefili echó de un empujón a un fulano que besuqueaba a una mujerzuela. El tipejo fue a protestar, envalentonado por la compañía, pero el gigantón se abrió el abrigo y le enseñó el garrote mientras abría y cerraba las manazas, y la valentía del hombre se esfumó como por arte de magia.

Nezaj se recostó contra una columna. Arrugó la nariz. Olía a meados y vino peleón. Más valía que Salafir se diera prisa; no iba a quedarse esperándolo...

—Saludos, mur.

Sobresaltado, Nezaj se volvió hacia la voz. Salafir, como surgido de las sombras, se había acercado por detrás de los soportales sin que lo advirtieran. Nefili reaccionó por puro instinto y se colocó entre ambos, presto el garrote.

El emisario hizo una sucinta reverencia. Venía solo; había trocado las ropas de raso por estameña y se guarecía del frío con un capote de lana grasienta.

—Está bien, Nefili. Déjanos solos.

Su factótum obedeció a regañadientes y se quedó atrás. Antes de comenzar, el taibnio pareció tomarse un momento para aclararse las ideas. En su ánimo no se traslucía aquel acostumbrado humor, entre mordaz y lisonjero, sino una extraña turbación.

—Gracias por venir, mur —dijo, risueño, mas fue un gesto vacío—. Lamento la urgencia, pero la situación lo requería.

—Vayamos al grano, Salafir, si no os importa. Debería estar con mi familia ahora mismo.

—Bien. Seré breve.

El taibnio se sacó algo arrugado del jubón y se lo tendió. Nezaj lo aceptó con recelo. Era un sobre sellado con lacre; debían de haberlo mojado, pues la tinta del interior se traslucía, emborronada e ilegible.

—¿Qué es esto? Espero que no me hayáis hecho venir a la carrera para enseñarme este gurrño de papel.

—Tened a bien examinar el sello con detenimiento.



Nezaj miró torcido al taibnio, pero acabó haciendo lo que le pedía. El sello era sencillo: un óvalo con una *l* puesta de lado en su interior. Alrededor había letras, un lema, tal vez, aunque renunció a intentar descifrarlo en la penumbra.

—¿Y bien? ¿Qué es esto? Salafir, nunca he tenido paciencia para los acertijos.

—Tenedla hoy conmigo, mur. El símbolo del sello es en realidad Theta, la octava letra del alfabeto elídeo. Y el lema es una frase en tamarquio: *Post tenebras lux*. Después de la oscuridad, la luz. ¿Tenéis idea de qué o a quién representa este sello?

Nezaj hizo por reunir la paciencia que le pedía Salafir. Negó lenta pero enérgicamente con la cabeza.

—No. Aunque supongo que me lo diréis, tarde o temprano.

Alzó el otro la comisura de un labio en una mueca desabrida.

—Ojalá pudiera, pero lo ignoro. El sobre que tenéis en las manos estaba entre las pertenencias de una de mis sombras. Encontramos su cuerpo esta misma mañana en la bahía; por suerte, se había quedado atrapado en las redes de un pescador, o quién sabe adónde podría haberlo llevado la marea.

»Era uno de mis mejores hombres. Y eso, mur, es mucho decir, creedme...

Sin saber qué responder, Nezaj cambió el peso de un pie a otro, inquieto. No acertaba a comprender las implicaciones de aquello ni disponía de las

energías precisas para intentarlo. Se limitó a devolverle el sobre al taibnio.

—Decidme, ¿ha averiguado algo vuestro fiel Uguz sobre los asesinos de Urías?

—Nada digno de mención. ¿Y vos?

—Nada en absoluto. Lo cual es, cuando menos, peculiar. A estas alturas, debería saberse algo...

Después de una pausa engorrosa, el taibnio se vació el pecho con una exhalación y endureció el gesto. En la penumbra, sus ojos semejaron pozos de brea.

—En todo caso, no os he hecho venir con tanta premura por este asunto, sino para daros un consejo.

Nezaj miró con renovado interés a Salafir. Por una vez, el taibnio no se hizo de rogar.

—Guardad bien a vuestro nieto, mur.

—¿Mi nieto...? ¿Teramal? ¿Por qué decís...?

Salafir lo acalló con un ademán, en el que se adivinaba una insospechada autoridad.

—Aún no sé lo que no sé; dadme tiempo. Como os dije en nuestra anterior reunión, soy un perro viejo y mi instinto me dice que algo se cuece. Hay un jugador nuevo en el tablero.

»Sospecho que el asesinato del Mur Teryed y el de mi agente han sido instigados por la misma mano. Hacedme caso y vigilad de cerca a vuestro nieto. Temo que alguien quiera perjudicarlo.

Tal vez fuera por el cansancio o el frío, pero se daba por vencido: no podía seguir el hilo de los razonamientos del taibnio. Y el consejo de Salafir había calado hondo en su ánimo.

—¿Perjudicar a Teramal? —Sin advertirlo, Nezaj había endurecido el tono al hablar. Las aletas de la nariz le temblaron con mal disimulada rabia —. No creo que los Mur Teryed sean tan osados.

El taibnio sacudió la cabeza con impaciencia.

—¿Quién ha dicho algo de los Mur Teryed? No dejéis que os ciegue el odio viejo que sentís hacia ellos. Tan solo os pido que recapacitéis. Ahora mismo, el futuro de vuestro linaje depende de ese muchacho. Si algo le pasara, la Miríada no lo permita, vuestro acuerdo en ciernes con los Mur Beraj se iría al traste.

Nezaj tragó saliva.

—Lo tendré en cuenta.

—Excelente, mur. No tomaré más de vuestropreciado tiempo; disfrutad de las Hiemales. —Salafir se despidió con una reverencia; pronto se perdía entre la multitud.

Nezaj se alejó del soportal con pasos largos y enérgicos, producto del enojo. La conversación le había enturbiado los pensamientos. Un desasosiego tan molesto como vago le perforó las entrañas en el camino de regreso al palco.

Entre vítores, el público aplaudía el fin de la escena. Nezaj llegó a su asiento, se inclinó hacia Derab y le susurró al oído:

—He de irme. Despídeme de los demás. Diles que estaba indispuerto, o algo así.

—¿Indispuerto? ¿Os encontráis bien, padre?

Nezaj le indicó a su hijo que bajara la voz mientras lo alanceaba con los ojos. Lo último que necesitaba era preocupar a su nuera.

—Estoy bien. Dile a Teramal que se viene conmigo.

Derab tuvo el tino de obedecer. Cuando su nieto salió del palco, Nezaj lo agarró por el codo. Al verle el gesto, el muchacho se guardó sus preguntas y lo acompañó sin rechistar.

—Nefili, nos vamos. Dile al mozo que se adelante y vaya avisando al cochero. Como esté bebiendo lamentará haber nacido.

Bajaron del palco y enfilaron hacia el norte. La gente alborotaba ahora con especial ahínco; la obra estaría en el entreacto. Mejor así; pasarían desapercibidos entre el tumulto.

El coche los aguardaba en la esquina. Nezaj se acomodó en el asiento con gusto. Qué ganas tenía de volver a casa...

Cuando giraban hacia la avenida de la Vieja Sangre, el carruaje dio un barquinazo a la derecha y paró en seco con un desagradable crujido. Nezaj ahogó un reniego. Se había mordido la lengua y golpeado el hombro contra la portezuela en el tumbo. El sabor de la sangre le impregnó el paladar. Teramal lo ayudó a enderezarse.

—¿Estáis bien, abuelo?

—Sí... no es nada. ¿Qué demonios ha sido eso?

—Un bache, me parece. Iré a ver.

Nezaj iba a retener a Teramal, pero actuó tarde. Con una maldición, salió trabajosamente del coche por el mismo lado que su nieto.

Nefili y el cochero estaban agachados junto a la rueda delantera derecha. Se había hundido hasta el eje en un socavón del empedrado, oculto por el barro de las recientes lluvias. Una pina de la parte superior de la rueda y el rayo que encajaba en ella se habían astillado, si bien no parecía un daño irreparable.

—Hemos clavado una rueda —dijo Teramal, señalando lo evidente.

—Ya lo veo, muchacho... Ah, maldición.

Nezaj miró calle abajo, contrariado. Otro carruaje venía en su dirección por la avenida. No podría continuar, porque se habían parado en mitad del giro y el carruaje bloqueaba la calle casi por completo. El cochero del otro carruaje, un tipo rechoncho y malcarado, dijo un so a los caballos que sonó a improperio y tiró de las riendas hasta detener el vehículo a unos veinte pasos. En el pescante, al lado del cochero, un viejo con aspecto de fámulo los observaba intranquilo. A Nezaj le sonaba su cara, aunque ahora no caía de qué.

Reparó en que Teramal se había acucillado junto a la rueda. Para su asombro, el muchacho se remangó el brazo derecho y lo metió hasta el codo en el barro.

—Pero ¿qué haces, niño? ¿Has perdido el seso? ¡Levántate!

—Un momento... Es una piedra... Está atorada entre los rayos —dijo Teramal, entre gruñidos de esfuerzo—. A menos que giremos la rueda a la misma vez que tiran los caballos, no habrá forma.

—Mur... dejadnos a nosotros —dijo Nefili con evidente incomodidad, desconcertado por la actitud de Teramal. Este se incorporó con una sonrisa propia de un niño mientras se limpiaba el barro de las calzas.

Nezaj se acercó al cochero. El hombre examinaba con preocupación la rueda; se manoseaba la barba, nervioso, y casi dio un respingo cuando se fijó en él.

—¿Podrás sacarlo?

—No lo sé, mur... Lo intentaré.

Nezaj le hizo una señal a Nefili.

—Ayúdalos. Quizá podáis sacarlo entre los dos.

Nefili asintió, distraído; el gigantón no perdía de vista a los del otro carruaje. Habían reanudado la marcha, despacio, cocheando para arrimarse a la fachada contraria, como si fueran a intentar colarse por el hueco de la calle.

—¿Qué demonios hacen? —dijo Teramal—. Es demasiado estrecho.

Decía verdad su nieto; apenas si habría tres palmos de margen en la anchura que necesitaba el coche para pasar y se arriesgaban a romper una rueda contra un guardacantón o a que el tiro se desbocara. El cochero no parecía darse cuenta. O era imbécil.

Tanto apuró la distancia que se oyó cómo los cubos de las ruedas arañaban los salientes de la fachada. Cuando los caballos se acercaron a los de su carruaje, uno se puso nervioso, se alzó de manos y alteró a los demás, que se encabritaron. Los cocheros tuvieron que sujetarlos; el otro tuvo que bajar del pescante y obligarlos a retranquear mediante golpes de fusta y tirones de las colleras.

Nefili avanzó hacia él. Cerraba y abría las manos lentamente.

—¡Maldita sea! ¡Daos prisa! —dijo el cochero, malencarado.

—Tendréis que dar la vuelta —respondió Nefili, sin atisbo de emoción, aunque Nezaj lo conocía bien. El pellejo de aquel fulano peligraba.

—¿Dar la vuelta? ¡Tú estás loco!

Teramal se abalanzó hacia el cochero. La cólera lo hacía temblar. Nezaj sujetó a su nieto, pero este no pareció darse cuenta.

—¡Tened vuestra lengua! ¿Sabéis con quién estáis tratando?

Quizá el tipo no se percató, por el rebozo de las capas, de que trataban con gente de sangre. Quizá no le importase. Rojo de furia, replicó con tono acerbo:

—¿Y tú, mozo, lo sabes?

Teramal empalideció ante la ofensa.

—¿Mozo...?

Su nieto se abalanzó hacia él sin que Nezaj pudiera retenerlo. El cochero reculó, hizo el ademán de levantar la fusta para golpear.

Fue eso, un ademán. Nefili se interpuso entre ellos. Como del aire, en un solo y fluido movimiento, el norteno sacó el garrote y golpeó recio al cochero, que soltó la fusta y se llevó las manos a la frente. La sangre se le escurrió entre los dedos; comenzó a dar alaridos, voz en cuello.

Nezaj tiró de Teramal tan fuerte que la tela de su camisa chasqueó, mientras le hacía una seña a Nefili que el grandullón entendió a la primera. Tocaba marcharse, cuanto antes mejor; no querían escándalos.

Entre la confusión, Nezaj intuyó movimiento en la caja del carruaje. Un hombre y una mujer se habían apeado. Había algo familiar en el hombre, pero no sabía qué. Estaban embozados, como era propio de la ocasión, en capas

oscuras.

Nezaj ahogó una blasfemia cuando reconoció, al fin, a Jezem Mur Teryed. Ambos se miraron, atónitos, como petrificados, la compostura de Jezem rota al fin por una mueca de estupor. Y junto a Jezem, cómo no...

... Linai.

Su corazón erró un latido al contemplarla. Los años se habían cobrado su precio, pero, aun a pesar del tiempo y sus daños, Nezaj reconoció en aquel rostro la vieja punzada del primer amor. Después, sus miradas tropezaron y, al reconocerlo, en los ojos de pedernal de ella asomó un rencor profundo, venenoso.

—¡Tú...! ¡Cómo te atreves! ¡Asesino! ¡Eres un asesino! ¡Mataste a mi Urías!

Linai los señaló con un dedo, temblando de rabia.

—¡Asesinos! ¡Os maldigo, Mur Asyb, os maldigo ante los dioses y los yrdn!

Jezem tiró de su mujer, trató de que regresara al carruaje, en vano. La mujer se revolvía como una furia de las tragedias clásicas.

—¡He de veros muertos! ¡Me habéis quitado a mi hijo! ¡Los yrdn os maldigan, Motgh roya vuestra carne! ¡Asesinos!

Nezaj tiró del brazo de Teramal, que había quedado paralizado, e hizo una señal a Nefili. El norteño se retiró sin dar la espalda a los Mur Teryed.

Ya se habían congregado los primeros curiosos. Nezaj maldijo y apretó el paso. Aun por encima del rumor del gentío y la jarana, la voz de Linai —odio acerado y estremecedor— los persiguió incesante, repitiendo, una y otra vez, la misma palabra:

«¡Asesinos!».

20

Naúd se arrebujo en la capa mientras echaba una ojeada desde el cantón. La calle dormía a la luz incierta del farol; postigos cerrados, quietud, sombras. Miró a izquierda y a derecha una vez más y caminó hasta la segunda casa. Junto al umbral, dibujado en la obra de ladrillo, se distinguía un tenue trazo de tiza.

Examinó el glifo, ausente, antes de emborronarlo con los dedos. Se adentró en el zaguán oscuro, llamó con los nudillos a la primera puerta a la derecha: dos golpes, pausa, otro, pausa, tres más.

Pronto se escuchó el chirriar de los cerrojos. Un hombre barbado y de mirada huidiza asomó por la puerta y cabeceó por todo saludo antes de desaparecer. Naúd entró sin decir palabra. El fulano le señaló la escalera al fondo del pasillo.

Naúd subió a la primera planta, donde un ribete de claridad escapaba por las rendijas de una puerta. Entró en el cuarto; a la luz de una palmatoria, un espejo de bronce rutilaba en una pared; bajo él, el único mobiliario de la pieza: una mesa con un cofre encima.

Abrió los cierres y examinó el contenido. Del fondo del cofre tomó una máscara de seda brocada y un saco pequeño y los sopesó, pensativo. En el saco había algo duro y alargado; una llave, como se aseguró de comprobar, anodina en apariencia, pero que debía valer más plata de la que había visto nunca en toda su vida.

Puso la llave a buen recaudo entre sus ropas y cerró el cofre. Cuando alzó la vista, el reflejo en la lámina de bronce batido le mostró un extraño de piel

dorada y pálida, con la cara lampiña, los ojos fieros y castaños bajo un ceño torvo. Tras colocarse la máscara le dedicó una mueca al fulano del espejo y apagó la luz de las velas de un soplado.

En la calle, el aire se remansaba limpio, frío; no corría ni un soplo de brisa, y en el cielo sin nubes brillaban las estrellas como rescoldos. Inspiró profundamente y echó a andar hacia el norte, a un paso medurado pero vigoroso, por los barrios gremiales cercanos a la avenida de la Plata. Al llegar a la plaza Mayor se escurrió entre los soportales de piedra, rayados de sombras, hasta una columna solitaria donde se dispuso a esperar a su compañero.

La plaza Mayor parecía, al fin, desierta, tras la vorágine de las fiestas Hiemales, que ya boqueaban. El hedor a vómitos, orines y pólvora quemada le aguijoneó el olfato. Aún relucían, mortecinas, las brasas de las hogueras prendidas por toda la plaza, pero se habían desvanecido la alegría y el bullicio, salvo por las risas desafinadas de los últimos juerguistas —en retirada—, que morían con ecos difusos no muy lejos de allí, o los gemidos de gozo de los amantes, que folgaban en zaguanes o tras ventanas abiertas, sin importarles que pudieran oírlos.

El bordoneo de las lanzas sobre la piedra lo alertó de la llegada de una ronda de cuatro gallos. Naúd se aplastó contra la columna. Pese a que atravesaban la plaza con pasos torpes, entre chanzas y carcajadas, solo recuperó la calma al verlos desaparecer hacia el oeste, por la vía Regia.

No tenían mucho tiempo, calculó, inquieto. Tres horas, como máximo, antes del alba. Ya empezaba a inquietarse cuando escuchó un ruido amortiguado de pasos.

Naúd se llevó la diestra a la daga, atisbó en la negrura del pórtico. Una figura vestida de oscuro, cuyos andares patizambos conocía muy bien, vino hacia él y lo saludó con una sonrisa torcida, a medias oculta por su alegre máscara, que imitaba una bestia.

Respondió al saludo de Ezab con un cabeceo y señaló en dirección norte. Separados por unos diez pasos, cual heraldos lúgubres, caminaron por amplias alamedas flanqueadas de sauces alicaídos, limoneros en flor, viejas estatuas de bronce y altas tapias tapizadas de hiedra y milamores. Después de un breve titubeo cruzaron una plaza soñolienta con graderías de piedra, bajaron por unas escalinatas y se detuvieron al cabo de una avenida.

Habían llegado. Cedros y pinos añosos descollaban sobre los lienzos

pintados de almagre de la casa solariega, tras los que podía intuirse la fragancia del alhelí y las damas de noche.

Repentinamente turbado, Naúd buscó la mirada de Ezab, sin éxito. Yezrah ponía mucho peso sobre sus hombros. Aquella encomienda era el acto más audaz al que se habían atrevido; audaz, incluso descabellado, quizá...

Ezab lo apremió con un codazo. Naúd se despojó de máscara y capa, y tras una última mirada en señal de asentimiento, pegó la espalda contra el muro y entrelazó las manos. Ezab tomó impulso, se apoyó en el estribo y de un salto alcanzó el remate del muro; Naúd se afirmó en los resquicios de la mampostería, agarró la mano extendida de Ezab.

Un lecho de agujas y tierra blanda ahogó el ruido de la caída. Permanecieron allí, atentos a cualquier señal de peligro; no había nada que temer, por ahora. Se adentraron en el jardín, con la hojarasca crujiendo suave bajo sus pasos, y anduvieron a lo largo de la fachada oeste, donde hallaron la entrada de servicio, una pequeña puerta en el sótano.

Naúd sacó la llave. La cerradura se abrió con un chasquido apagado.

Elige: tú o yo, decían los ojos de Ezab. Naúd meneó la cabeza, terminó por golpearse el pecho con dos dedos. *Vigila*, le indicó a Ezab, que asintió tras un instante de duda y se alejó hacia las sombras.

Naúd se guardó la llave en la faltriquera, dejó entornada la puerta, caminó a tientas por un pasillo a oscuras, que le llevó a un patio interior, umbroso y callado. Rodeó el brocal de un pozo a paso ligero pero cauto mientras componía, en su recuerdo, el plano de la casa que había memorizado.

Tras orientarse enfiló hacia una escalera de madera al sur y subió por ella; los escalones daban leves quejidos que le semejaron truenos. Encontró un pasillo largo y embaldosado, con una hilera de puertas: contó cinco, y se dirigió a la última.

Abrió despacio la puerta. Escudriñó la pieza: la luz casi exhausta de un candil pintaba con trazos sombríos unos pocos muebles y, al fondo, una cama con dosel.

Aprestó la daga y entró en la estancia. Cuando su vista se adaptó a la penumbra cerró tras de sí la puerta y avanzó, quedo, hacia la cama; intuía un resollar tranquilo, un leve rastro de perfume...

Ahora podía distinguir, claramente, dos respiraciones, una más lenta y ronca, otra más rápida y tenue. Ahogó una maldición; aquello era otro

imprevisto; se suponía que el paciente estaría a solas en el cuarto.

Con cuidado, descorrió las cortinas del dosel. Hombre y mujer dormían muy juntos, piel morena contra clara; los cabellos de ella se esparcían en desorden por la almohada, negrísimos en contraste con los del hombre, plateados en la escasa luz del cuarto.

La mirada de Naúd recorrió la curva del hombro de la mujer, se demoró en uno de sus pechos, que asomaba desnudo fuera de la sábana. Asió la daga arma con la punta hacia abajo, presta para apuñalar.

Una gota de sudor helado le bajó por el cuello. Titubeó. Apretó el puño del arma, reprimió un jadeo; ¿quién iría primero, ella o él? Tenía que decidirse, y rápido. Si alguno conseguía alertar a los de la casa las cosas se pondrían...

Ella abrió los párpados, lo miró aturdida: sorpresa, miedo. Naúd atajó el grito de un manotazo con la zurda y la apuñaló en el pecho; el esternón crujió ante el acero, la agonía centelleó en los ojos de la mujer.

El hombre se incorporaba, ya despierto, cuando Naúd le tiró un tajo apresurado hacia el cuello, apenas un vislumbre de blancura. Sintió cómo la cuchillada hacía carne, oyó quebrarse el grito de auxilio en áspero gorgoteo.

El hombre se enredó en las sábanas, cayó al otro lado de la cama con estrépito, intentó ponerse en pie y resbaló en la sangre que le surgía, cual chorros de tinta, de la herida.

Naúd fue a por él mientras se debatía en el suelo, las manos anudadas en torno a la garganta, por la que se le escabullían espantosos gargarismos; lo asió por los cabellos y le apuñaló tres veces el vientre; hubo un violento espasmo, y luego el hombre se desplomó sobre un costado, quieto al fin.

Volteó el cuerpo. Aún vivía, el infeliz, aunque no por mucho tiempo. Naúd vio la cara del hombre, bañada ahora en el claror pálido del candil. Se detuvo, extrañado. Una súbita inquietud lo asaltó.

Con gestos mecánicos, sacudió el arma y la enfundó, la mirada fija en los rasgos del moribundo. Algo no iba bien. Nada bien. Aquella cara le era familiar. Pero eso era imposible; jamás antes había visto al paciente...

Invadido por la desazón, subió la mecha del candil y se agachó frente al hombre. Como un mal presagio, un escalofrío le recorrió la cerviz al adentrarse en los recovecos de aquella mirada por la que galopaba la muerte.

Estaba oscuro. Tenía miedo, frío.

Un rostro familiar se perfiló en la entrada del agujero, lo miró con gesto preocupado.

La lengua del hombre llameaba en la boca entreabierta, como buscando los dientes de la mandíbula superior. Lo hacía en balde, pues el aire se escapaba con un ruido frustrado, líquido, horripilante.

Era obvio que intentaba decir algo; y en sus ojos azules, llenos del horror del que se sabe agonizante, Naúd vio que daba inequívocos signos de reconocerlo.

—¡D d! ¿Qué haces ahí? Dame la mano, te sacaré. Agárrate fuerte. ¡Vamos! ¡Agárrate, maldita sea!

Extendió los brazos, intentó agarrarse con desespero. Rozó la mano...

El hombre —ahora vio cuán joven era— se retiró los dedos de la garganta desgarrada —de la herida, profunda y negra, fluía una hebra de sangre cada vez más tenue— y alzó una mano hacia él, en un vano gesto de desesperación. Naúd atrasó la cabeza, confundido, acercó su mano a la del otro, la rozó apenas...

Había ido a cazar conejos. Su padre le había contado que lo mejor era encender una hoguera de ramas verdes a la entrada de la madriguera; los conejos salían asustados, cegados por el humo, y uno solo tenía que asestarles un golpe en la nuca y caían entre temblores. Pero antes había que dejarles tan solo una salida. Él tenía un palo grueso y el yesquero que le había regalado su padre; sabía prender fuego con hierba seca si disponía de tiempo. Solo necesitaba encontrar una madriguera; y creía saber dónde podía haber una.

Estaba oscuro. Tenía miedo, frío. El agujero se había abierto como una boca para engullirle el pie; una boca blanda, profunda, que le besaba la carne con una caricia de tierra fría y húmeda. Al principio no tuvo miedo y trató de salir apoyándose en el palo, pero este tan solo se hundía, inútil, en la tierra. El agujero comenzó a agrandarse; tuvo miedo, se agitó, frenético, entre gritos, mientras sentía cómo se deslizaba al interior.

Escupió tierra, parpadeó con los ojos llorosos. Fue entonces cuando vio al conejo. Estaba frente a él, quieto, las cuencas vacías, la piel tensa y gris

sobre el cráneo; unas raíces negras sostenían su cuerpo enteco.

Luego supo que estaba muerto. Desecado. Allí hacía mucho tiempo que no había conejos. Era solo una madriguera olvidada. Una tumba...

Tras el último estertor, llegó la muerte. Sobrecogido, Naúd acarició el semblante del cadáver; cada ángulo, cada línea de aquellos rasgos le quemaba las yemas de los dedos. Escuchaba el trueno frenético de su corazón en los oídos; lo que le rodeaba se deshacía en jirones de niebla. Un frío terrible lo dejó sin resuello.

No. No podía ser.

Algo resonó en su interior; algo que se rompía, se astillaba con un fragor de piedra al desmoronarse. El recuerdo le fulguró en las mientes, antes y ahora confundidos en un tumulto abrumador.

No. No. Imposible.

Se mordió un nudillo. Un grito se atascó pecho adentro. El sabor a sangre lo estremeció.

No, por lo más sagrado. No. ¡No!

Rumor de pasos, acercándose. Naúd miró en derredor, confuso. A empellones bloqueó la puerta con la cómoda.

En dos zancadas alcanzó la ventana, quebró la celosía de un puntapié y saltó al vacío entre una lluvia de astillas. Encogió el cuerpo, cayó sobre las punteras de las botas, rodó para absorber el impacto. Se levantó, vacilante, echó a correr.

Ezab surgió de alguna parte, se unió a él en la carrera. Treparon el muro y huyeron de vuelta a la orilla sur por una vertiginosa sucesión de avenidas, calles y barrios, hasta que todo ennegreció y fue nada.

21

Sooo; despacio, pequeña, despacio, susurró Zaiel mientras refrenaba el paso. El suelo se desprendía en terrones húmedos bajo los cascos de la yegua: un traspié y se precipitarían pendiente abajo. Sería ridículo acabar sus días así, con el cuello roto en una zanja de aquel condenado bosque.

La trocha serpenteaba ahora entre tejos vetustos, de gruesos troncos plateados; las últimas luces del día atravesaban apenas las copas oscuras, los arrendajos protestaban desde las ramas con gritos roncós y furiosos. Apartó de un manotazo las hojas que se le habían prendido al manto, soltó un reniego: aquel rodeo resultaba absurdo, pero le ahorraba encuentros molestos.

Los tejos ralearon, el bosque acabó por desaparecer; la trocha terminó en una vaguada angosta por la que discurría un riacho flanqueado de mimbreras y algunos fresnos desnudos. Siguió corriente arriba. En las montañas, aún lejos, se barruntaba el redoble de la tormenta. Espoleó a la yegua; no debía de quedar mucho trecho, pero llegaba tarde.

Tras el último recodo del riacho vio el puente. El viento sopló entonces, crudo; presagiaba el helor de la roca y el hueso. Descabalgó, ató las riendas de la yegua a la rama baja de un tocón y le acarició el lomo para calmarla. La pobre bestia relinchaba, nerviosa; no le gustaba aquel paraje. No podía culparla.

—Tranquila, pequeña. Volveré pronto.

Llegó al pie de las escaleras tras cruzar el puente; cien escalones después alcanzaba la terraza. Titubeó. Los dolientes y sus criados se congregaban alrededor del templete de pórfido: ropas grises, caras apagadas, olor a cenizas

en el aire.

Buscaba rostros conocidos cuando se percató de que había alguien recostado contra el antepecho de la terraza, observándolo. No tardó en reconocerlo.

—Llegáis tarde.

Najor, el tío de Betzabé —y su tío político, se recordó—, le hizo una seña para que se reuniera con él. Se atusaba la barba espesa y negra, salpicada de canas; en aquellos gestos impacientes se intuía el torbellino de actividad nerviosa que bullía en su interior.

—Vuecelencia... —saludó Zaiel, inclinando la cabeza.

—Apeadme el tratamiento: no estamos en el Cónclave. Contadme lo que hayáis averiguado. Quién, cómo, por qué.

Zaiel carraspeó, incómodo; Najor apenas había disimulado el tono enérgico y autoritario de la pregunta: casi parecía una orden. Aunque ¿a quién pretendía engañar? Era una orden, por supuesto.

Quién, cómo, por qué...

—Eran profesionales —comenzó tras ordenar sus pensamientos—. Asesinos bien entrenados, valientes...

Y locos. Locos de atar. Aunque no pudo menos que admirar los cojones que le habían echado al negocio: un asesinato durante las sagradas Hiemales, en plena ciudad alta, donde nadie se atrevía ni a posar la vista: las villas de los ricos mur. Hizo una mueca al comprender el porqué de la rabia y la impaciencia del muy egregio Najor. Alguien había llevado la muerte en el filo de un cuchillo a ellos, los mur, que se creían invulnerables e inasequibles.

—Conocían bien el oficio, desde luego —concluyó.

Najor asintió con brusquedad, le apremió a continuar con gestos impacientes.

—No sabemos cuántos entraron. Pero yo diría que fueron dos, como mucho; para estas cosas, tres son multitud. Además, el mayordomo dijo haber visto a dos figuras huyendo por el jardín.

»Todo indica que saltaron el muro y accedieron al interior de la casa por una puerta de servicio; no hay indicios de que hayan forzado la cerradura.

—¿Cómo es eso? ¿Tenían acaso llave?

—Eso parece. Ni cerradura ni puerta tenían signos de violencia.

—Bien. Seguid.

—Os ahorraré los detalles sobre el asesinato. No son agradables.

Se ahorraría, también, comentarle lo de la criada. Seguramente su vucelencia estaría al tanto; aunque los Mur Asyb querían mantenerlo en secreto a toda costa, pronto sería la comidilla de los mentideros de Mur'ubi. Además, ¿a quién le importaba una criada muerta? Pobre desgraciada. Mal lecho había elegido para calentar. Aún recordaba la mirada de horror que tenía petrificada en el rostro.

Najor, que se estrujaba sin cesar la barba, hizo un ademán desdenoso y lo animó a continuar.

—Está bien. Vayamos al grano.

Zaiel desoyó la impaciencia de los ojos castaños que lo traspasaban y meditó con calma la respuesta: dueño de mis silencios, esclavo de mis palabras, como le había oído decir a su suegro alguna vez.

—Alguien pagó una buena suma para que asesinaran a vuestro sobrino. Solo cabe pensar quién querría ver a Teramal muerto. Haced vos mismo, señor, las suposiciones. Disculpadme si no me arriesgo a aventurar nada aún.

¿Qué podía decir? Nada que pudiera demostrar. Antes de aquello había tenido dudas de que el asunto fuera una trapaza para enconar la enemistad de los Mur Asyb y los Mur Teryed; ya no le cabían más. Sin embargo, si lo que había oído de aquel rifirrafe entre los patriarcas de ambos linajes era cierto, tal vez la plata de los Mur Teryed había tenido algo que ver en el asunto. Tal vez. A estas alturas del cuento, no importaba mucho. Izíah le había dicho anteayer que toda aquella maquinación era demasiado burda. Puede. ¿Qué más daba? Había funcionado.

Najor lo miraba fijo, los párpados bajos, los ojos cargados de resquemor.

—Os adelantaré la pregunta que os harán mañana mis pares en el Cónclave: ¿cómo pudo ocurrir algo así?

Zaiel esperaba aquella pregunta. No lo dejaba en buen lugar. Especialmente porque no tenía una respuesta sólida que ofrecer.

—Eligieron un buen momento... —comenzó a decir, ceñudo, sabedor de lo mal que sonaba aquello—. Durante las Hiemales, dos encapuchados de regreso a la ciudad alta no despertarían sospechas entre las patrullas. —Por no mencionar que aquella noche los guardias andarían tan borrachos que no distinguirían a su propia madre de una mula, claro; pero eso era mejor que se lo guardara para su colete.

El bufido de Najor, entre irónico y asombrado, lo cogió por sorpresa.

—¿Ya está? ¿Esa es vuestra explicación?

Apretó los dientes; las palabras habían restallado tal que bofetadas. Un golpe de sangre le caldeó las mejillas. Tomó una buena bocanada de aire y la soltó por la nariz. Tranquilo, muchacho. No pierdas los estribos por tan poca cosa.

—Por ahora, sí. Vuecelencia.

—Por vuestro bien, espero que tengáis una mejor mañana. ¿Habéis interrogado al menos a la servidumbre?

—Sí. No sabían nada. La mayoría estuvieron fuera, disfrutando de su noche de asueto.

Najor bufó de nuevo, con muchos aspavientos esta vez.

—Maldita costumbre... Deberíamos abolirla.

La costumbre se remontaba al Imperio tamarquo —eso creía, al menos— y eliminarla suscitaría, probablemente, una revuelta, pero Zaiel prefirió no comentar nada al respecto.

—Uno de ellos no ha regresado aún —añadió—. Enei, el cocinero.

—¿Cómo? ¿Y dónde está?

—No lo sabemos. Pero la Guardia dará con él más pronto que tarde. No pudo salir de Mur'ubi, no tan rápido; la voz de alarma se dio antes del amanecer.

—Fue él, entonces.

—Sí, eso creo. Él debió de drogar a los perros y facilitarles la llave de la puerta de servicio a los asesinos.

—Encontradlo, senescal. Y pronto.

—Así se hará, vuecelencia. Guardad cuidado. Encontraré a los asesinos.

Najor asintió por última vez de forma brusca y musitó algo como despedida. Con el resabio de la conversación todavía en el trago, Zaiel lo observó regresar con los demás dolientes, cuyo número seguía creciendo.

Sangre de Quilnub, ¿cuántos parientes tenía Teramal? Allí habría no menos de doscientos mur, casi todos del linaje Mur Mevnorás y Mur Desderas: toda una maraña de primos, sobrinos y tíos en diversos grados de parentesco, sin olvidar los yernos, nueras, suegros y consuegros; y todavía faltaba el linaje del difunto...

No podía quedarse allí parado toda la tarde, así que se acercó al templete a regañadientes. Se mantuvo al margen, sin saber muy bien qué hacer. Echó la mirada colina arriba. La sombra del Osario se intuía en la distancia; un leve fulgor azulado comenzaba a traslucirse contra el cielo gris...

Sintió un roce en el brazo. Contuvo un sobresalto y se volvió para ver a Rasha junto a él. En aquella ocasión, la madre de su esposa había trocado la sorna habitual por un profundo abatimiento.

—Por fin te encuentro, yerno. Llevo buscándote un buen rato. —Lo cogió del brazo y apoyó en él parte de su peso. Aquel gesto lo desconcertó; Rasha parecía frágil, como desamparada.

—¿Cómo está mi hija?

—Mejor, mucho mejor. Solo fue un susto...

Un susto, sí, pero uno muy jodido. La noticia del asesinato de su primo descompuso tanto los nervios de Betzabé que se desmayó en sus brazos, como muerta. Por suerte, no fue nada, y el niño no corría peligro.

—Aun así, estaba empeñada en acudir; ya sabéis lo testaruda que es.

—Le viene de su padre, la testarudez. Me alegra que la hayáis convencido para que se quede en casa.

No había tenido que insistir mucho, por suerte. El médico fue tajante: reposo y tranquilidad absolutos durante una semana. Además, la tradición consideraba de mal agüero que las mujeres embarazadas acudieran a un duelo; y, al menos en esa ocasión, la costumbre era sensata: el Sendero Triste había que recorrerlo a pie, un recorrido arduo incluso para un hombre.

—¿Y vuestro esposo, mi señora?

—¿Mi esposo? —Rasha hizo un mohín amargo—. Si me preguntara otro, diría que está indispuesto. Pero a ti te diré la verdad, yerno: no ha venido porque teme a los fantasmas del Osario. A uno en especial...

»Supongo que no esperabais algo así de él. Mi esposo, siempre tan razonable y cabal...

Zaiel contempló la sonrisa afilada de Rasha, turbado por el rencor, hondo, palpable, en sus palabras.

—¿Habéis venido sola?

—No os preocupéis. Me han acompañado dos criados. Y no estaré sola en el camino a la cima; iré con los míos... Allí vienen, me parece.

Su suegra no se equivocaba. El destellar de la primera antorcha, allá en el camino, señaló la llegada de los Mur Asyb. La comitiva bajó la pendiente hacia la vaguada en una larga hilera de a dos, todos encapuchados, grises, tras ellos un rastro de cenizas, ayes y lamentos.

Ya subían la escalera; a la cabeza de la comitiva, cuatro parientes llevaban al finado en unas andas de madera, cubierto con un lienzo; bajo la

tela se intuían formas extrañas a la luz irreal del atardecer. La comitiva del duelo llegó hasta el templete y dejó el cadáver en el banco de mármol que lo presidía.

Rasha se desasíó de su brazo para ir al encuentro de su padre. Nezaj abrazó a su hija entre sollozos; a Zaiel le fue difícil reconocer al petulante egregio del Cónclave en aquel anciano obeso y de aspecto frágil, que hasta parecía requerir ayuda para caminar. La muerte de Teramal había desolado a los Mur Asyb; Zaiel tuvo un repentino acceso de compasión, pero no duró mucho.

Tras los sollozos, ayes y alharacas de pena que siguieron al encuentro de los linajes, los deudos de Teramal fueron acercándose para darle el último adiós; le cubrían las mejillas de besos, caricias y lágrimas, pasaban los dedos por sus rizos rubios, y arrojaban finalmente la ofrenda de sal a las llamas del pebetero encendido a los pies del difunto.

Zaiel esperó hasta que consideró apropiado acercarse para presentar sus respetos a Teramal; habían levantado el lienzo lo justo para que pudiera verse el rostro, pero sin mostrar la herida del cuello. Al contemplar la cara del muchacho tuvo que reprimir una mueca de aprensión; habían aderezado el cadáver de forma admirable, semejaba casi estar dormido, pero aún le danzaba en el recuerdo la imagen del charco de sangre, la garganta abierta, el pánico y el horror que había visto pintados en aquel semblante.

Respiró hondo. El parecido había sido siempre notable, pero ahora era aterrador. Pese a su traza lozana y bisoña —apenas si tenía barba—, los rasgos de Teramal eran la viva imagen de Leydn: ojos azules, mentón cuadrado, nariz robusta, pómulos altos y orgullosos...

Tomó un puñado de sal y la arrojó al pebetero. Las llamas chisporrotearon entre chasquidos. Se retiró del templete; un sentimiento de desasosiego le abatía el ánimo. Tendría que haberlo evitado. Se lo debía a su padre, maldita sea; era el último de sus hijos, la única huella de su paso por el mundo. Muerto Teramal, era como si Leydn no hubiera existido jamás.

Mientras aguardaba a que finalizaran las exequias, observó a los mur congregados. Un arrebató malsano de regocijo lo invadió al ver su consternación, aquellos rostros altivos arrasados por las lágrimas, casi indignados por el pesar, como si ellos no debieran sufrir penalidades y quebrantos y estos fueran el único patrimonio de la plebe indigna y miserable. No parecían tan altivos ahora, cuando les rozaba el aliento de la

Magra...

Entonces los vio. Etéreos, casi sombras contra la luz del crepúsculo.

Habían llegado.

Velados. Huesudos, tapados, negros, como los tildaba el vulgo; Zaiel no los había visto antes, pero ¿quién no había oído hablar de ellos? Las consejas para asustar a los niños se quedaban cortas.

Se detuvieron al pie del sendero que ascendía hasta Colinalta y aguardaron, impasibles, sin proferir palabra. Eran tres. Vestían largos ropones negros sobre los cuerpos entecos. El resplandor de los candiles que portaban arrojaba profundidades de caverna a sus semblantes. Tras el rebozo de los mantos se vislumbraba el brillo febril de sus ojos; la palidez de los rasgos sugería una tez que había conocido demasiadas noches sin luna. Uno de ellos tenía vendas amarillentas alrededor de las mejillas; debajo aparecían resquicios de piel negra y ulcerada. El más menudo, el que sostenía el incensario...

Sangre de Quilnub, masculló Zaiel. Era un niño; debía de tener... ¿diez años, once? Quizá menos. Zaiel contuvo un jadeo, desvió con asco la mirada.

Así que era cierto lo que se decía: los velados tomaban a sus novicios muy jóvenes. Se rumoreaba que los raptaban durante incursiones nocturnas a la ciudad baja. Pocos sobrevivían a la dura vida del templo del dios gusano, al pie de Colinalta; los que lo hacían terminaban así, mirando con aquellos ojos inmutables, ojos que se habían adentrado en los misterios de la muerte...

Llevado por la brisa, el olor de los velados reptó hasta el templete; aun el denso aroma del incienso no podía disimular el hedor rancio que emanaba de sus cuerpos. Al percatarse de su llegada, todos se volvieron hacia los velados; se apagaron conversaciones, lamentos y sollozos, hasta los niños dejaron de lloriquear y quejarse.

El ritual comenzó: los criados repartieron haces de ramas de tejo y les prendieron fuego; la madera chisporroteó, pronto la resina perfumó el aire. Cubrieron el cadáver, los portadores retomaron las andas y la procesión enfiló sendero arriba, con los velados en cabeza; todo mantos grises, silencio, chasquear de teas y bordonear de pies en la roca.

Una llovizna tenue comenzó a caer del cielo, ya oscuro. Zaiel se cubrió la cabeza con la capucha del manto y aguardó a que la procesión se alejase sendero arriba; aquel dolor en cada mirada, aquella rabia en cada línea de sus rasgos lo estremecieron. La solemnidad del rito lo amedrentó; el peso de la

costumbre y la tradición cayó sobre él, subrayó su condición de intruso en algo íntimo, antiguo, secreto. Así se enterraba a los viejos reyes de Mur'ubi, el mismo Quilnub y su hijo Nezrú, el Forjador de la Cadena, y sus hijos, y los hijos de sus hijos...

La procesión se desdibujó en la distancia, finalmente. Los criados y ayas habían quedado detrás. Por una vez, había un privilegio que nunca envidiarían. Como él, ni mucho menos; la idea de subir hasta aquella gusanera de huesos podridos lo estremecía.

Había cumplido con su deber, así que se marchó de allí a las zancadas. Su yegua lo recibió con un relincho de alegría: la pobre bestia estaba nerviosa y empapada. Desató las riendas, subió a su montura y enfiló hacia casa. Cuando coronaba la loma, echó por última vez la vista atrás: la hilera de antorchas iba desvaneciéndose en la lejanía, un trazo de luz titilante en la oscuridad...

*Abajo, sí, muy abajo, en lo más profundo,
Duermen los Viejos Reyes,
Duermen el dulce sueño de los huesos.*

El fragmento de aquella vieja tonada interrumpió su cavilar. Las ayas de los mur solían canturreársela a los niños en las noches de invierno. Aguijó a la yegua: el frío y la humedad —era eso, no otra cosa— le arrancaron un escalofrío.

22

Asintió Qanah, tomando la roca, pesada y negra, y tras retirarse a una gruta, forjó durante la oscuridad de la noche, sobre un pozo de fuego, una lanza a la que llamó Temor, y que blandió con orgullo.

—Ahora seré temido, y dirán de mí que forjé mi propia lanza.

Zilah sonrió, complacida.

—Te diré qué haremos. El día está pronto a despuntar; te esconderás en el bosque, yo correré a despertar a Sameh y le contaré que te me apareciste en sueños, acuciado por un terrible peligro, y que lo llamabas con grandes voces. Él te buscará, y cuando esté cerca de ti, le darás muerte.

Y así hicieron. El día mediaba cuando Qanah sintió los pasos de Sameh y oyó su voz, llamándolo. Deslizose detrás de él y, de una fiera lanzada, le traspasó el corazón a su hermano. La sangre de Sameh cayó, roja, sobre la tierra virgen de Ebnoh.

Qanah se miró las manos bañadas en la sangre de Sameh y se dejó caer de hinojos.

—¿Qué he hecho? —dijo, horrorizado.

En eso surgió Zilah de la sombra y abrazó a su hermano, y lo besó alborozada, calmando su angustia. Pero Asima, que había seguido a Sameh, gritó de horror al ver a su gemelo

caído a tierra, muerto a mano airada, y lo sostuvo entre sus brazos y profirió gritos terribles de pena. Zilah la miró con desprecio.

—¡Mátala, Qanah! —dijo a su gemelo.

Pero la mano de Qanah dudaba ante Asima, y Zilah, asiendo el extremo de Temor, dirigió la lanza hacia el pecho de su hermana. La punta atravesó el corazón de Asima, que murió sin un lamento.

Consumado el crimen, Qanah tomó a Zilah y la besó, bañado en sangre; el deseo trasportó sus corazones y yacieron sobre la tierra roja y lodosa. Entró Qanah en Zilah con el ansia y el ímpetu de una bestia en celo; pronto sembró con su simiente las entrañas de su hermana. Así sellaron su alianza.

Cayó entonces del cielo una gran tiniebla sobre Ebnoh, un trueno terrible sin relámpago conmocionó la tierra, y un dolor punzante les traspasó los vientres y les hizo retorcerse de angustia en el suelo.

Cuando Qanah y Zilah pudieron levantarse, vieron un páramo sombrío por el que se internaba un sendero flanqueado por altos y desnudos árboles. Sus vientres mostraban una cicatriz: supieron que aquel era el estigma de su crimen, y que su descendencia nacería entre dolor y sangre, y que aquel estigma jamás desaparecería.

Qanah tomó a Zilah de una mano y sostuvo fuertemente a Temor en la otra; echaron a andar por el sendero mientras oían los rugidos de las fieras hambrientas en la espesura y el suelo yerto y pedregoso les hería los pies; cuando volvieron la vista por última vez hacia los cadáveres de sus hermanos, vieron cómo una sombra surgía del suelo y alzabase, negra y contrahecha, para lamer la sangre.

El miedo les encogió los corazones. Pese a ello, Qanah alzó la barbilla con orgullo, y dijo con voz rota:

—Sea. Hemos traído el Dolor y la Muerte al mundo. Nuestro será el camino de la sangre y la discordia, pero llegará el día que aun los dioses se arrodillarán ante nosotros...

Naúd observó el grabado: Qanah, lanza en mano, se abalanzaba sobre Sameh, cuyos cabellos blanqueaban la página en tanto que los de su hermano la manchaban. Había en la expresión de Qanah tal furor, tanta locura, que inquietaba contemplar el dibujo. Se fijó en la mano de Sameh, alzada en vano gesto de súplica...

—¡D d! ¿Qué haces ahí? Dame la mano, te sacaré. Agárrate fuerte. ¡Vamos! ¡Agárrate, maldita sea!

Extendió los brazos, intentó agarrarse con desespero. Rozó la mano...

Las llamas crepitaron de azulado gozo al recibir el libro. Naúd se abismó en la hoguera; lúgubres pensamientos a medio formar le ensombrecían el espíritu. Ensimismado, no sintió llegar a Nazaya y se sobresaltó al reparar en ella; intuyó una sonrisa en su semblante al contraluz mientras se acucillaba frente a él y lo tocaba. Su tacto frío lo estremeció.

—Estoy bien... —dijo a Nazaya, que venía a revisar sus heridas.

—Podrían infestarse... —Ella desoyó sus protestas, mojó un lienzo en el cuenco que había traído y comenzó a limpiarle las heridas; apenas si eran rasguños, infligidos durante su precipitada huida la pasada noche. Naúd arrugó el ceño al sentir el olor a lejía, se rebulló molesto ante las atenciones de Nazaya. Al poco se hartó de ellas y las rechazó.

No podía ver su mirada, pero la sabía cargada de reproche. Nazaya recogió el recado de curar, resuelta a irse, mas luego cambió de idea y se sentó a su lado, sobre los talones.

—Hoy escuché hablar al ma'bni de ti y de Ezab, sobre el éxito de vuestra encomienda. Lo hizo con orgullo...

Naúd resopló por respuesta, sin mirarla ni seguir su conversación, con la esperanza de que se marchase.

—Quería hablar contigo, Naúd.

Él la miró por fin, huraño, pero aquello no la desanimó.

—¿De qué?

—Estoy embarazada.

Nazaya le rozó la mano derecha con suavidad. Él desoyó el gesto.

—No me ha venido la sangre esta luna. Las otras hijas me lo han

confirmado. Los augurios son buenos. Espero un hijo varón. Y tú eres el padre.

—¿Yo? —Naúd asimiló, al fin, las palabras de la mujer—. ¿Cómo sabes que soy yo el padre, y no Urá?

—Lo sé —dijo ella, enigmática, como si aquello concluyera el asunto.

Naúd bufó, hastiado. Necesitaba pensar, aclarar sus ideas; aquello no ayudaba. Se libró de la mano de Nazaya y se puso en pie, entumecido por el frío. La noche había cerrado ya, y el patio del templo estaba vacío, a excepción de unas pocas hijas, que atendían la hoguera junto a la Quradj.

Una punzada de resquemor lo atenazó al caer en la cuenta de lo tarde que era. Se orientó, buscando el norte, pero si quería ver la comitiva debía otear desde un sitio alto.

Decidido, tomó la capa del suelo y se la enrolló en el brazo; Nazaya — seguía allí, devorándolo con sus oscuros ojos— quiso seguirlo, pero él fue mucho más rápido. La oyó llamarlo cuando comenzó a trepar por la fachada del patio. No echó la mirada atrás. Conocía bien aquellos muros; le fue fácil alcanzar el alero y encaramarse al tejado del templo.

En lo alto corría un biruje que bajaba desde el interior hacia la bahía. Unas pocas nubes navegaban sin rumbo por encima de la ciudad, callada ahora. Su vista voló a lo lejos, más allá del río Abderas, de las villas y palacios de la ciudad alta, se detuvo al fin en las luces que punteaban, tal que un reguero de ascuas, la negrura. Las vio trepar, despacio, sendero arriba, hacia la cima de Colinalta, noche sobre noche.

*Arriba, sí, muy arriba,
aciago sube el Sendero,
que llega, sí, hasta el Osario.*

Se estremeció. Aquella tonada acudía, de nuevo, a su recuerdo, ahora mucho más clara. Se echó la capa sobre los hombros. Permaneció allí una hora, dos, quién sabe cuánto tiempo. Las luces alcanzaron la cima, bajaron de nuevo por el sendero y luego, una a una, fueron muriendo hasta desaparecer. Naúd sintió el alma en vilo por una gran angustia. El miedo y la zozobra lo paralizaban: intuía la encrucijada, el paso adelante que podría cambiarle la vida, el destino, para siempre.

Al fin, el torbellino de pensamientos que le bullía en las mientes cristalizó

en una determinación inexorable.

Debía saber.

Pasada la medianoche vio ante sí el Sendero Triste. Había salido de la ciudad por un portillo de la muralla norte, conocido por el vulgo como de la Magra, y que por algún motivo supersticioso siempre se mantenía abierto.

Echó a andar a paso vivo por el sendero. Después de un cuarto de legua, este discurría por la ladera de Colinalta, y el terreno comenzó a escarparse. Una luna corcovada enflaquecía por el este; su luz amarillenta arrojaba algo de claridad, la justa para que no tropezar de camino a la cima. Había pensado en prender un haz de ramas, a modo de tea, pero temía revelar su presencia. No era bienvenido: lo proclamaba a gritos el ulular de la lechuza, aun el mismo viento que sacudía las ramas de tejos y cipreses, cuyas sombras torvas se entrelazaban sobre las losas del sendero.

Tras otro cuarto de legua se detuvo para recuperar el resuello. Cuando alzó la vista columbró, como farallones surgiendo de un mar de negrura, las siluetas macizas de las Piedras Vigiles, envueltas en halos de espectral luz azul. Una magia inmemorial impregnaba aquellas rocas; según rezaba la tradición, atroces maldiciones caerían sobre aquel que osara profanar los secretos del Osario.

Cada vez más arriscado, el sendero serpenteaba entre peñas como cortadas a cuchillo; desapareció el bosque y afloró la osamenta del monte, negra y quebrada.

El sendero terminó abruptamente. Naúd se detuvo, sin aliento. Enderezó el cuerpo y miró a su alrededor.

Había llegado. En la soledad de la cumbre de Colinalta se remansaban las brumas; la opresiva quietud, en la que casi podía oírse la voz del tiempo, auguraba lo terrible. Las Piedras Vigiles, imponentes moles de negrura, surgían de la niebla; en su piel resplandecían las vetas de cristalmas, que conjuraban extraños e intrincados signos. Siete de ellas inclinaban las rotas testuces hacia una construcción de piedra, pequeña y blanca, guardada por puertas de bronce.

Caminó hasta la entrada al Osario y empujó las puertas, las cuales se abrieron sin ruido ni óbice. No tenían trabas ni cerrojos. Los muertos, su ciudad de polvo y silencio, no los necesitaban.

Bajó a oscuras un tramo de toscos escalones de pizarra y entró en una cámara grande, de techo bajo, iluminada con lámparas de aceite. El hedor de la carne corrompida flotaba en el aire inmóvil pese al aliento dulzón de los pebeteros de arcilla. Veinte bloques de granito se disponían alrededor del centro; formas amortajadas con lienzo yacían sobre la piedra desnuda. Allí reposaban los cuerpos antes de que los llevaran a lo hondo; allí la muerte roía la carne, se desprendía la piel, se desligaban tendón, ligamento y músculo, y asomaba la verdadera cara del hombre, fría y amarillenta.

Naúd anduvo entre los cuerpos amortajados, retiró los sudarios: culebrear de gusanos blancos y gruesos como dedos, piel lívida, ojos sin luz, carne macilenta. Descubrió un semblante extraño, otro, otro...

Allí. Sereno en la muerte, velados los párpados, el oro de los cabellos flameando contra la blancura de la roca, el cuello cosido con bramante, los bordes desgarrados de la herida cárdenos y amarillentos...

Le acarició la cara —la piel fría, muy fría—; cada contorno, cada línea de aquellos rasgos se le clavaba en los dedos.

No lo había soñado. No estaba loco.

—Hermano... —musitó—, ¿y padre? ¿Y madre? ¿Dónde están...?

*Abajo, sí, en lo profundo;
postrer morada, hogar frío,
huesos, sí, en lo más profundo.*

Naúd cubrió las mejillas frías de Teramal con besos y lágrimas, sollozó ronco.

—Descansa, hermano. Iré a ver a padre y madre.

Amortajó el cuerpo y tomó una antorcha de los tederos en la pared. Al fondo de la cámara comenzaba la escalera...

*Larga, larga la escalera,
muchos sus viejos peldaños,
silencio, entrañas de piedra.*

... una espiral de vértigo que se abría como una herida hacia las entrañas del Osario. Puso un pie en el primer peldaño. El miedo caló hasta el último recodo del ser. Vaciló.

Hizo acopio de valor y descendió el primer escalón, el segundo, el tercero. La oscuridad lo rodeó; el aire se le atoraba en la garganta, espeso, soñoliento, lleno del polvo de siglos...

¿Cuán hondo bajaba aquella escalera? Allá, en lo profundo, los yrdn, los primeros padres, reposaban el sueño milenario del tiempo; el mismo Quilnub, su hijo Nezrú, Forjador de la Cadena, sus cien hijos, y después de ellos, todas las generaciones de mur desde la fundación de Mur'ubi.

Había perdido la cuenta de los escalones cuando la luz de la tea se extendió por un techo abovedado, leproso de humedad y salitre. Tenues corrientes de aire hicieron chisporrotear la antorcha. La escalera descendía ahora sin apoyos, semejaba emerger de la oscuridad tal que una torre de piedra blanca.

Poco después se halló en una sala amplia y circular. Ocho corredores se abrían en la roca. Naúd dudó; la escalera seguía, incansable, hacia las profundidades.

Arrojó luz mientras caminaba en derredor; sus pasos arrancaban ecos a la piedra, diluidos en la inamovible quietud de la cripta. Algo espejeó al resplandor de la antorcha. Naúd se agachó; en el suelo, bajo el polvo, se intuían caracteres labrados en una placa de bronce manchada de cardenillo. Acercó la antorcha e intentó leer lo que estaba escrito:

TABULATUM XII

OBITUS CODEX: 2704 AB URBE CONDITA

Arrugó el gesto. Desconocía aquellas palabras de la vieja lengua del Imperio tamarquio, aunque las tres últimas le resultaban vagamente familiares. *Ab urbe condita*...

... después de la fundación de la ciudad. Quedó confuso; el significado de aquellas palabras le había acudido a las mientes como en un susurro.

2704 ab urbe condita. 2704 años... Según las leyendas, Nezrú, el Forjador de la Cadena, había fundado Mur'ubi tres mil años atrás; aquel nivel del Osario debía de tener al menos trescientos años. No necesitaba bajar más.

Tras incorporarse y caminar indeciso ante los corredores, Naúd descubrió sendas placas de bronce sobre cada una de aquellas galerías, grabadas con una extraña secuencia en numeración tamarquia:

I—I, I—II, I—III, I—IV, I—V, I—VI, I—VII, I—VIII

Decidió explorar las galerías. Eligió una al azar y se adentró en ella tras marcarla con yesca. El techo era bajo; podía tocar el artesanado del corredor si extendía el brazo; varios fragmentos de obra, podridos por la humedad, cayeron al suelo con un repicar sordo. Apartó telarañas mientras recorría con la mirada las largas hileras de nichos excavados en la pared, del suelo al techo, bocas de sombra en las que se intuían atisbos de blancura: cráneos, fémures, tibias, escápulas...

Reprimió un escalofrío mientras examinaba las placas. Las fechas de los óbitos databan entre doscientos cincuenta y doscientos años atrás. Él buscaba una fecha mucho más reciente: diez años, quince a lo sumo.

Después de veinte pasos la galería terminó en una avenida transversal que discurría en círculo y daba acceso a un segundo anillo de corredores. Naúd recorrió la avenida; había más inscripciones de bronce sobre cada entrada.

II—I, II—II, II—III...

Una vaharada espesa y dulzona le alcanzó en plena cara entre la cuarta y quinta galería; de un pebetero en la pared surgía un perfume a óleo e incienso. Naúd contuvo la respiración; aquel maldito olor le producía náuseas y comenzaba a marearlo. Cuando pasaba junto a la sexta entrada le asaltó el miedo y titubeó. ¿Cuánto tiempo iba a necesitar? La antorcha alumbraría durante una hora, dos como mucho; la perspectiva de quedarse sin luz le daba escalofríos. Templó los nervios. Decidió entrar en la séptima galería. Las fechas de los óbitos eran más recientes: ciento cincuenta, cien años atrás. Marcó también la entrada con yesca como precaución, aunque, de alguna forma, tuvo el presentimiento —o la esperanza— de que estaba cerca.

Treinta pasos después, la galería terminaba en otra avenida circular y daba comienzo un tercer anillo; más galerías, más placas. Los números se desdibujaban, ilegibles. Parpadeó. Un alfilerazo de dolor en el entrecejo le hizo tambalearse. Se apoyó en una pared y tragó saliva con dificultad. Sentía

la boca como llena de tierra. El sudor le empapaba la espalda. Calma; debía de estar cerca, aunque ¿por qué corredor iba a seguir?

Caviló mientras recuperaba el aliento entre jadeos. Había observado que las galerías albergaban huesos de un único linaje, así que resolvió examinar las inscripciones en los primeros nichos de cada una.

MUR TERYED, MUR DESDERAS, MUR BERAJ, MUR QUILIJ, MUR
MEVNORÁS, MUR ASYB...

Allí. Entró en el decimoséptimo corredor, atento a las fechas;

2921, 2934, 2963, 2972...

Ochenta, setenta, cuarenta, treinta años atrás. Cerca, muy cerca...

2978, 2982, 2987...

Algo relució débilmente en el siguiente nicho. Intrigado, arrojó luz a la oscuridad. Huesos tiznados de hollín; algo metálico brillaba tenue entre la jaula rota de las costillas. Tomó el objeto y lo limpió con cuidado. Era una joya, un colgante en forma de flor, labrado en una plata de excepcional brillo. Ceñudo, la acercó a la luz para examinarla; en uno de los pétalos tenía grabada una inscripción en bastardilla, que leyó forzando la vista:

Para Najla,
deleite de mis días,
desvelo de mis noches.
I.

Najla... Ecos lejanos en la grisura del recuerdo; tactos fríos en su espinazo. Naúd guardó el colgante, titubeó. Arrebatado por un presentimiento, alargó una mano hacia la inscripción del nicho y limpió con dedos temblorosos el polvo.

NAJLA MUR ASYB

(2959-2992 U. C.)

Naúd buscó apoyo en la pared. Un hilo de voz desgarrado se arrastró de su garganta.

—Aquí estás, madre. Todo este largo tiempo has estado aquí, esperándome... ¿Y padre? ¿Dónde está?

El cráneo ennegrecido siguió mudo. Naúd se perdió en la mirada que le dirigía desde la hondura de sus cuencas. La vista se le empañó. Acarició los huesos fríos y renegridos, retiró la mano, estremecido. Una sospecha le acuchilló el estómago.

Había un nicho más. Echó luz al interior: nada; tan solo sombras y ceniza.

D R D M R A S B

(2 84- 992 U. C.)

Limpió la inscripción, letra a letra, con un gemido pujando contra los dientes.

DARAMAD MUR ASYB

(2984-2992 U. C.)

Retrocedió. Sus pensamientos se confundían en una vorágine incontenible. La comprensión abría puertas, derribaba muros; la verdad asomaba entre los despojos, cruel y roja.

2984-2992

Los óbitos coincidían. Ocho años; la tumba de un niño. Ocho años...

Palideció. Un grito bronco se abrió paso desde su pecho, surgió inarticulado, laceró la quietud del sepulcro. Retrocedió, sin resuello; un helor le abrasaba las entrañas. Aire. Necesitaba aire fresco. Tenía que salir de allí, huir. Tropiezos, tumbos. Galerías retorciéndose. Sonrisas de hueso. Ecos de pasos en la piedra, castañetear de quijadas, roces de seda. Algo cedió bajo su pie. Cayó durante una eternidad; un fuerte golpe, dolor...

... oscuridad.

Naúd volvió en sí. La más absoluta oscuridad le golpeaba los ojos. Yacía sobre un suelo de piedra que no podía ver, cuya frialdad había calado en él hasta los tuétanos. ¿Cuánto tiempo había permanecido inconsciente? ¿Una hora, un día, una semana? Tanto daba; allí, el tiempo detenía su curso.

Trató de levantarse y el dolor restalló en sus sienes. Se palpó la cabeza; no tenía herida, pero sí un bulto en la parte posterior. Consiguió ponerse en pie. El corazón le resonaba en el pecho. Tenía los miembros rígidos, las piernas le palpitaban dolorosamente. Dio un paso, braceó en la nada. Un espasmo le paralizó una rodilla y cayó de bruces con un gemido; no pudo más que arrastrarse de manos. Tras un rato de angustia topó con algo sólido, una pared, y se aferró a ella como un náufrago entretanto recuperaba el aliento.

Perdido. Estaba perdido en la ciudad de los muertos. Sin luz podría deambular por aquel sinfín de corredores durante días, semanas incluso, antes de encontrar la escalera... Respiró hondo. Los calambres habían remitido; consiguió levantarse y caminar tanteando la pared. Cuarenta pasos de ciego después, la pared terminaba. Un olor a aceite e incienso llegó hasta él. Manoteó en la negrura, rozó algo metálico que comenzó a oscilar: un pebetero colgado de una cadena. El descubrimiento lo llenó de júbilo; tan solo necesitaba prender el aceite con el eslabón y el pedernal que llevaba en la...

Dejó escapar un gemido, atravesado por punzadas de angustia: las pretinas de la escarcela estaban rotas. Debía de haberla perdido en su alocada carrera por los corredores. Comprobó el resto de sus pertenencias; aún tenía la daga al cinto, la faca oculta en la bocamanga izquierda del jubón...

¡El colgante! Se palmeó las ropas y resopló, aliviado: no lo había perdido. Lo sacó de la faltriquera y se lo puso alrededor del cuello. Intentó serenarse. Piensa, piensa. Debe haber alguna forma de hacer chispa. Tal vez valiéndose de la daga como chisquero y con algún trozo de roca podría...

Tap.

Envaró el cuerpo, se llevó la diestra a la daga. Creía haber oído algo...

Tap. Tap, tap.

El ruido, un golpear blando y cadencioso, sonaba cada vez más próximo;

provenía de algún lugar, delante; era como el sonido de...

Tap, tap.

... pasos. Lentos, cautos, de cazador al acecho. Desenvainó la daga, la aferró en el puño. Una cosa era cierta: no eran los pasos de un hombre. Se agazapó, la daga por delante, cortó la oscuridad en frenéticos zigzags. Tropezó con un cascote suelto, hizo ruido.

Tap, tap. Tap. Tap.

Cerca, muy cerca... Retrocedió, aterrado, trastabilló...

Tap-tap-tap-tap.

Cerca... Un hedor acre, una respiración ronca. Se llevó por instinto la zurda al cuello, apuñaló con un grito la nada. La daga hizo carne; Naúd recibió un empujón en el pecho, cayó bajo un cuerpo tibio; una dentellada chasqueó en vacío junto a su mejilla. Enterró aún más la daga, tajó de través. Un chorro cálido y pegajoso le salpicó la cara. La carne que había apuñalado se revolvió, hubo un estertor ronco, un último espasmo de agonía, y luego la muerte.

Tras quitarse de encima el cuerpo se puso en pie de un salto. El olor de la sangre, junto a una peste dulzona y animal, le impregnó el olfato. ¿Qué demonios era aquella cosa? Lanzó una patada; con la puntera de la bota tocó unas formas angulosas y magras. Se alejó del cadáver mientras se limpiaba la sangre, asqueado. Buscó en la oscuridad el pebetero. Debía darse prisa. Quizá había más de aquellas criaturas cer...

Tap.

Maldijo. Se puso de espaldas a la pared, aguzó el oído, intentó sosegar la respiración.

Tap. Tap, tap.

Un silbido le hirió los oídos con una nota casi inaudible, de tan aguda; luego, unos pasos lentos reverberaron en la piedra. Naúd quedó quieto. Era un hombre; no le cabía duda.

Distante, un resplandor ultrajó las tinieblas, lo deslumbró como si hubiera mirado al cielo en un día de verano. Parpadeó; los contornos del corredor se dibujaron lentamente en un doloroso claroscuro. La claridad aumentó; el hombre doblaba ahora el recodo de la avenida.

Una voz extraña resonó frente a él.

—¿Quién va?

Naúd se apretó contra la pared, confuso. Una sombra monstruosa cobró

vida en el suelo, alargó brazos negros hacia él. Retrocedió un paso, aterrado; la voz rugió de nuevo:

—¿QUIÉN ESTÁ AHÍ? ¡SAL DE TU ESCONDRIJO Y DA LA CARA!

Un velado... Naúd se paralizó: el miedo se le bebió el aliento, hizo gelatina sus piernas. Corrían dizques terribles sobre los velados y sus brujerías. Vivían durante cientos de años, gracias a la carne y la sangre de los niños a los que devoraban.

Su brazo golpeó algo con un tintineo. Halló a tientas el pebetero y lo descolgó del soporte. Balanceó la cadena; el resplandor crecía, los pasos se acercaban. Tuvo un atisbo de una figura envuelta en ropajes negros, con una antorcha en alto, antes de arrojar el pebetero hacia el velado. Hubo un quebrar seco de loza, una maldición ahogada y el siseo del fuego al cobrar vida.

Entre aullidos de agonía, el velado se debatió en llamas, corrió dando tumbos contra las paredes. Naúd tuvo que arrojar al suelo para evitar su ciega embestida; contempló, fascinado, cómo el resplandor del fuego y el retumbar de los gritos se apagaban en la tenebrosidad de los corredores; luego se levantó, asqueado por el hedor a carne quemada.

El aceite del pebetero ardía en un pequeño charco. A dos varas humeaba la antorcha del velado. Se abalanzó sobre ella, avivó la lumbre y ahuyentó el abrazo de la oscuridad con un rugido de triunfo. En el límite del resplandor se intuían ojos fríos y crueles, bisbiseos de rabia contenida, chasquear de mandíbulas, formas casi traslúcidas de tan pálidas. Mantuvo la calma mientras retrocedía despacio hacia la entrada de la galería más próxima; después huyó raudo, atravesó el anillo de corredores hasta la cámara central, subió los peldaños de la escalera de dos en dos y dejó atrás el polvo y el silencio de la ciudad de los muertos.

Negro, descarnado, el cielo bebía el humo, el fulgor de las llamas, sus miedos y anhelos. Se reía de él, de su pequeñez, de sus miserias.

Contempló largo rato el fuego hasta que comenzaron a llorarle los ojos.

—*¿Ha terminado?*

Naúd se volvió hacia la aparición.

—No, hermano. Solo acaba de empezar. Ahora lo sé: en tanto viva, la muerte me seguirá como una sombra. Está en mi sangre.

Un pesar inacabable y azul relucía en los ojos de Teramal.

—*Es una locura, hermano...* —La voz pálida se deshizo cuando se retiró la mano de la garganta cortada. El ánima se cubrió el rostro; quiso llorar, pero no podía.

Naúd no respondió. El tejado de la villa se desplomó al fin con un fuerte crujido. Algo tibio se posó en su mejilla; el viento arremolinaba las pavesas, las arrastraba lejos hasta que se convertían en ceniza, en nada.

Le dio la espalda al fuego y echó a andar. Alguien lo llamó por su nombre. No se volvió.

Las sombras se espesaron. El camino era largo y lóbrego, pero esta vez no tenía miedo.

CONTINÚA LEYENDO...

Si te ha gustado el adelanto de esta novela, [¡compra el libro completo!](#)

NOTAS SOBRE EL TRASFONDO DE *SOMBRAS Y CENIZA*

Sombras y ceniza tiene lugar en el mundo de Últer, al sur del continente de Septentrión, en la región conocida como Saremia y en la ciudad-estado de Mur'ubi.

Los hechos transcurren en el año 194 d. A.¹

Sobre Últer

En Últer (del latín *ulter*, ‘más allá’), el mundo conocido comprende tres continentes: Septentrión, al norte; Meridión, al sur; y Varmud, al sureste. A finales del siglo III d. A. se descubrirá un nuevo continente, Áltera (deformación de *Alia terra*, ‘otra tierra’, en latín).

Sobre Saremia

Saremia es una región al sur del continente de Septentrión, formada por un conjunto de ciudades-estado unidas por una cultura común. Antaño, las ciudades-estado saremiás formaban una liga que ejerció como talasocracia en

el mar de Sentern, antes del dominio marítimo del Imperio tamarquío.

Destacan las ciudades-estado de Mur'ubi, Ebnis, Atalir, Terá, Qart, Sab'rad y Tinris.

Sobre Mur'ubi

Descripción

Mur'ubi es una de las ciudades-estado de Saremia más importantes e influyentes. Está situada en la costa saremia, en la desembocadura del río Abderas, el cual divide la urbe en dos orillas, norte y sur; estas orillas están conectadas por tres puentes (de este a oeste, el puente Nuevo, el puente Viejo y el puente de los Susurros). El Abderas es navegable en las dos terceras partes de su recorrido, por lo que resulta una inmejorable vía de comunicación con las tierras del interior.

Cerca de la ciudad hay un delta conocido como la isla de los Tejeros, donde se asientan pescadores de río, curtidurías, fábricas —de vidrio, ladrillos y tejas—, carboneras y varios muelles fluviales.

La ciudad está rodeada por murallas por su lado interior, de 10 metros de alto y 3 de anchura. Seis puertas franquean el paso por esta muralla: tres en la orilla sur (de este a oeste, puerta de la Espiga, puerta del Alarde y puerta del Arrayán) y tres en la norte (de este a oeste, puerta de los Álamos, puerta del Bronce y puerta del Múrice).

Fuera de sus muros, a una legua de distancia hacia el norte, en un promontorio llamado Colinalta, se erige la necrópolis del Osario, exclusiva de la gente de sangre, los mur. Al Osario se accede por una senda tortuosa, el llamado Sendero Triste.

La bahía de Mur'ubi, guardada por altos acantilados, está bien protegida de forma natural. La bahía tiene dos bocanas, fácilmente defendibles; entre ambas se encuentra la isla de Altalaya, donde se alza una torre de vigilancia del mismo nombre, de piedra blanca, 40 metros de alto y planta octogonal. En el último nivel hay un campanario y, en el pináculo, una almenara que

solo se enciende en situaciones excepcionales.

Durante el periodo de invernada, el puerto de Mur'ubi se cierra al tráfico marítimo.

A finales del siglo II d. A., la población de Mur'ubi supera los 130 000 habitantes.

Economía

La economía de Mur'ubi se basa, principalmente, en el comercio. Mur'ubi es un puerto comercial donde recalán mercancías de buena parte del mundo conocido: especias y seda de Myrmyrá, alumbre de Zaruvia, lana y ámbar gris de Noorlond, maderas, carbón y jade del continente de Meridión, entre otras muchas mercaderías.

Asimismo, las casas de comercio juegan un papel crucial en estas rutas comerciales. Actúan como bancos, corredurías y notarías para las numerosas transacciones comerciales que tienen lugar en la ciudad.

En cuanto a sus manufacturas, destacan los paños, el vidrio y los tintes. En tiempos, las Atarazanas de Mur'ubi fueron celebres por su capacidad de producción² y calidad, gracias a la explotación de los bosques de cedro y roble del interior.

Recursos

Mur'ubi cuenta con recursos naturales destacables:
Al norte, en la sierra de Umurq, hay minas de plata, azogue y estaño.
La campiña interior es fértil. Se cultivan cosechas de trigo, cebada y centeno.
Pesca, tanto de río como de mar.
Bosques de pinos, cedros y robles, que se explotan para conseguir madera, caza y resina.

Sistema monetario

El sistema monetario de Mur'ubi tiene como patrón la plata.³ Su moneda principal, la vela, se acuña en una plata de once dineros;⁴ tiene un peso de

12,5 g, un diámetro aproximado de 28 mm y un espesor de 2 mm.

Como monedas fraccionarias y fiduciarias (sin valor real) de la vela están el adarme (un octavo de vela) y el cuarto (un treintaidosavo de vela). La primera está acuñada en cospel de vellón (liga de plata de baja ley y cobre) y la segunda, en cospel de cobre. Ninguna de las dos puede redimirse directamente por velas de plata en las casas de cambio.

Poder político

El sistema político de Mur'ubi es una oligarquía. Diez familias (linajes solariegos), pertenecientes a una clase social excluyente, los mur, controlan el gobierno de Mur'ubi a través del órgano político del Cónclave. Este Cónclave está integrado por los diez patriarcas de los linajes solariegos, llamados *egregios*.

El Cónclave de Mur'ubi tiene asumidos los poderes legislativo, judicial y ejecutivo. A la cabeza del Cónclave está el jerarca, un cargo vitalicio designado entre las familias solariegas mediante una votación que requiere una mayoría simple. El jerarca del Cónclave, *sensu stricto*, no gobierna, pero tiene capacidad de vetar las decisiones del Cónclave y actúa como moderador. El jerarca reside en el palacio Lapislázuli.

Sociedad

La sociedad de Mur'ubi está organizada en clases sociales, excluyentes entre sí.

Los mur

La clase social más alta son los llamados *mur* o *gente de sangre*, cuyos linajes son anteriores a la fundación de la ciudad.

Orígenes

El término *mur* se remonta a la ocupación tamarquia. Los antiguos pobladores de Mur'ubi eran famosos por la púrpura que obtenían del múrce,

el cual teñía los mantos de los reyes y emperadores tamarquios. Los cronistas tamarquios llamaban a los oriundos de Mur'ubi «la gente del múnice» (*muricis populus*); con el tiempo, este gentilicio se acortó hasta el actual *mur*.

La ley de la sangre

La única forma de ser mur es nacer de una madre mur. Esta es la llamada *ley de la sangre*. De facto, esto conlleva que entre los mur no existen bastardos, pues la condición de mur se hereda de la madre, sin que importe la cuna del padre.

Los apellidos de los miembros de esta clase social vienen precedidos por el adjetivo mur. Es posible (incluso frecuente) que un plebeyo tome el apellido del linaje mur con el que se emparenta (normalmente, por matrimonio); pero, en ningún caso, puede anteponer *mur* al apellido.

Nótese que, si bien los matrimonios de hombres mur con mujeres de condición plebeya son una rareza (y un escándalo), el viceversa es moneda corriente. Esto es lógico: en virtud de la ley de la sangre, los hijos de una mur mantienen su estatus social sea cual sea el padre; pero, en cambio, los hijos de un mur y una plebeya son plebeyos y quedarían excluidos de esta clase social.

Privilegios

Los mur tienen asociados una serie de privilegios: están exentos de tributos, gabelas y portazgos; deben ser juzgados por sus pares, en un tribunal aparte; no pueden sufrir tortura; si son condenados a muerte, solo pueden ser ejecutados mediante la espada o el veneno; no pueden ser juzgados por delitos de sangre contra plebeyos, siempre que actúen en defensa propia; por último, tienen reservados los altos cargos del gobierno y sus instituciones (el Tesoro, el Cónclave, el Tribunal Mayor, etc.).

La nobleza terrateniente

La nobleza terrateniente, si bien comparte orígenes con los mur, es a efectos prácticos una clase social aparte. La nobleza terrateniente ocupa la campiña y vive de explotar sus terrenos: caza, cultivos de trigo y cebada, madera y resina. Naturalmente, ambas clases se consideran superiores, y sus relaciones son tirantes, cuando menos.

Plebeyos

Todo aquel que no nazca mur es considerado plebeyo, por lo que es la clase social más amplia. Dentro de los plebeyos hay varios grupos. Los principales son:

Gremiales de las Artes Mayores

Las llamadas Artes Mayores agrupan los gremios de mayor importancia y poder económico. En Mur'ubi son siete: laneros, sederos, orfebres, cambistas, escribanos, médicos y peleteros.

Estos cinco gremios tienen como representante al Consejo, el cual negocia con el Cónclave sus ordenanzas, fueros y privilegios.

La relación entre los gremiales de las Artes Mayores y los mur es más estrecha de lo que cabría pensarse en un principio. En los últimos tiempos, los linajes que han visto reducido su poder y prosperidad han acabado emparentándose con las familias más destacadas de las Artes Mayores.

Gremiales de las Artes Menores

Las Artes Menores comprenden el resto de los gremios. Entre los más importantes están los herreros, cuchilleros, molineros, tintoreros, plateros, cerrajeros, curtidores, canteros, carpinteros, hosteros y alarifes.

Jornaleros

Los jornaleros agrupan el resto de los oficios no reconocidos, caracterizados por no tener, en sí, una manufactura. Por ejemplo, estibadores, pescadores, labriegos, cocheros, boteros, tederos, calafateadores y mensajeros. Algunos grupos de jornaleros se asocian en las llamadas *juntas*, como la junta de estibadores (una de las mejor organizadas, casi a punto de establecerse como gremio) y de calafateadores.

La principal diferencia entre jornaleros y gremiales es que los primeros no tienen cofradías ni ordenanzas oficiales.

Los cofrades

La mayoría de los gremios tienen asociaciones llamadas *cofradías*. Estas cofradías asocian a dos o más oficios similares (por ejemplo, la cofradía del Hierro agrupa a herreros, cuchilleros, armeros y cerrajeros).

Una cofradía (por lo general, bajo la advocación de un yrd nominal) tiene como funciones principales la defensa de sus asociados, el socorro de ancianos, viudas, huérfanos y enfermos, y el culto a su patrón, el cual incluye el mantenimiento de hornacinas y altares y la celebración de fiestas en su honor.

Con tal de sufragar estas funciones, las cofradías administran un fondo, el cual se constituye con las participaciones obligatorias de sus asociados y con las cuotas (voluntarias, en teoría) de aquellos que establezcan negocios en los barrios bajo su protección (lo cual, en la práctica, es una forma poco disimulada de extorsión).

Los miembros de una cofradía se llaman *cofrades* y se encargan de administrar el fondo, recaudar las participaciones y de proporcionar músculo para los servicios de protección: vigilancia nocturna (a través de los serenos) y una milicia permanente compuesta por *broqueleros*, llamados así por su costumbre de llevar broquel al cinto.

Los velados

Los velados son una clase social aparte de todas, una casta sacerdotal considerada como intocable. Se ocupan del culto a Motgh, el dios gusano, y de mantener el Osario, la necrópolis de Mur'ubi. Los velados juran votos de castidad, obediencia y pobreza, y residen en el mismo Osario.

Fuerzas del orden

Si bien Mur'ubi no mantiene un ejército permanente como tal, dispone de cuatro clases de fuerzas del orden: la Guardia, la Armada, la Aduana y las milicias. Las tres primeras están bajo la autoridad del senescal de la ciudad. Solo la Armada es una fuerza militar *per se*.

La Guardia

Comandada por el preboste, la Guardia mantiene el orden y hace cumplir la ley dentro de los límites de la urbe.

La Guardia tiene dos cuarteles, uno por cada orilla de la ciudad. En total,

dispone de unos seiscientos hombres.

La Armada

La Armada de Mur'ubi se ocupa de defender la ciudad y de proteger las rutas marítimas.

Los efectivos de la Armada se distribuyen en dotaciones, al mando de capitanes de mar y guerra, la máxima autoridad en un buque de guerra, tan solo supeditada a la del senescal (o, en campañas de guerra, a un almirante). Las dotaciones se componen de entre doscientos y doscientos cincuenta hombres, entre *gente de mar* (marineros y pilotos) y *gente de pelea* (soldados y artilleros).

En los tiempos de la talasocracia, antes de ser sometidos por los tamarquios, la flota militar de Mur'ubi no era inferior a los 200 buques de guerra, que protegían una flota comercial de unas 2500 naves. A finales del s. II d. A., la flota militar de Mur'ubi (en situación normal) ronda los 30-40 buques de guerra.

Durante la invernada, las tripulaciones reciben una licencia hasta el inicio de la próxima campaña (por lo general, en primavera).

La Armada tiene sus cuarteles en las Atarazanas, donde cuenta con una guarnición permanente para su defensa. Tanto esta guarnición como las Atarazanas están a cargo del *capitán de maestranza*.

La Aduana

El cuerpo de la Aduana se ocupa del control del tráfico marítimo de la bahía de Mur'ubi, lo cual incluye el cobro de los aranceles correspondientes y de velar por la seguridad de los muelles.⁵

Las milicias

En el interior, la nobleza terrateniente dispone de milicias permanentes para la defensa de sus tierras y garantizar la seguridad de los caminos.

Religión

En términos generales, los saremios tienen una religiosidad poco marcada si los comparamos con otras culturas de Últer. Por ejemplo, si bien tienen un panteón propio de dioses, estos rara vez reciben adoración directa.

El culto a los yrdn

El culto a los yrdn es el más importante de la cultura saremia. Los yrdn (singular, yrd) son un conjunto no siempre claro de entidades espirituales. Hay dos clases de yrdn: los *nominales* y los *comunes*.

Los yrdn nominales son parecidos, en cierta forma, a los santos de la religión cristiana; surgen del recuerdo de los reyes y héroes de la cultura saremia. Algunas ciudades-estado y ciertas familias nobles pueden tener, además, sus propios yrdn nominales.

La siguiente tabla relaciona algunos yrdn nominales, muy comunes en Mur'ubi, junto a la advocación (patronazgo) que les corresponde:

| Nombre | Sobrenombres | Advocación |
|---------|----------------------------------|---|
| Quilnub | El Astuto, el Pescador | Ladrones, marineros y pescadores |
| Nezrú | El Forjador, el Fundador | Herreros y trabajadores del hierro en general; canteros y trabajadores de la construcción |
| Qanah | Forjador de la Lanza, el Asesino | Asesinos y criminales |
| Zilah | La Consorte, la Vieja Puta | Prostitutas |
| Namru | El Cazador | Cazadores, peleteros |
| Haiq | El Arquero | Soldados, flecheros, espaderos y armeros |
| Ilnú | Madre de todos | Mujeres, madres, hilanderos y trabajadores textiles |
| Adait | Primer Nacido | Notarios, próceres |

Los yrdn comunes son equiparables a los manes romanos y corresponden

a los espíritus de los antepasados, fundidos en un acervo común. En principio, las almas de los mur, una vez pasados siete años ligados a sus restos mortales, engrosan los yrdn comunes. Asimismo, un yrd nominal que caiga en el olvido acabará por unirse a ellos.

Los dioses primordiales

Los dioses primordiales protagonizan las leyendas y cuentos de la mitología saremia. Normalmente, no reciben adoración directa, salvo algunas excepciones. (La ciudad-estado de Tinrit, sin ir más lejos, tiene altares a Sammash y Yarish).

Los dioses primordiales saremios son:

SAMMASH

Sammash, el Sol, representa la luz del sol y la masculinidad. Sus símbolos son la corona radiante y el cetro. Es esposo de Yarish y padre de Rasheb y Saremis.

YARISH

Yarish, la Luna, representa la noche y la feminidad. Su símbolo es la corona bicéfala. Esposa de Sammash, es la madre de Saremis y Rasheb.

SAREMIS

Saremis, la Tierra, hija de Sammash y Yarish, es la diosa tierra, señora de la vida y de la naturaleza. Su símbolo es una rama florida. Según cuentan las leyendas saremias, fue asesinada por Motgh, el dios gusano; sin embargo, gracias a los relámpagos de su hermano Rasheb y la luz de su padre Sammash, renace cada primavera.

RASHEB

Rasheb, el Relámpago, es un dios impetuoso y colérico, hijo de Sammash y Yarish y hermano de Saremis. Su símbolo es el rayo. Es enemigo de Motgh, el dios gusano. Representa las fuerzas desbocadas de la naturaleza.

MOTGH

Motgh, el dios gusano, es un dios destructor, aborrecible, que vive bajo

tierra y odia a los moradores de la superficie. Su símbolo es una raíz negra. Los orígenes de este dios no son claros; algunas leyendas afirman que proviene de los espacios oscuros y vacíos entre las estrellas, pero otras dicen que Qanah, al asesinar a su hermano, propició que Motgh entrara en el mundo.

NEYMED

Neymed, la Sierpe, no recibe adoración de los saremios (sin embargo, los taibnios lo tienen en lo más alto de su enorme panteón, la Miríada). Neymed es el dios de las profundidades abisales. Su símbolo es el mar. Según las leyendas, permanece atado por la cadena Nudosa; cuando logre desatarse, su cólera arrasará el mundo.

Los dioses extranjeros

Los saremios son muy tolerantes con las religiones extranjeras, si bien pocas de ellas han conseguido permear su cultura. En Mur'ubi, en la avenida de los Altares, muchos dioses extranjeros tienen templos a los que acuden feligreses de paso por la ciudad, desde todos los rincones del mundo conocido.

Sin embargo, en los dos últimos siglos, estos cultos han decaído notablemente. Durante los terribles años del Azote, los llamados profetas de la Magra preconizaron la muerte de los Viejos Dioses. En el occidente de Septentrión, esto supuso censurar o prohibir su culto, sustituido por el Dios Eterno, conocido también como el Dios Cruzado por la cruz que portan sus seguidores.

Ritos funerarios

Los ritos funerarios en Mur'ubi (y de la cultura saremia, en general) son muy distintos según la clase social del difunto.

Los mur tienen un rito propio y exclusivo. El acceso al Osario, la necrópolis a las afueras de la ciudad, solo está permitido a la gente de sangre y a los velados. Incumplir esta prohibición se considera un sacrilegio, castigado con la pena de muerte.

Las exequias de un mur se celebran, habitualmente, un día después del fallecimiento, siempre al atardecer. Los dolientes van a pie, con ropajes grises, manchados de ceniza, hasta el comienzo del Sendero Triste, al pie de Colinalta. Allí presentan sus respetos al difunto y esperan la llegada de los velados; estos recogerán el cadáver y lo llevarán a una cámara mortuoria, la antesala del Osario, donde reposará en un banco de piedra un día y una noche; durante estos, los familiares pueden aún visitar al difunto.

Después de ese tiempo, los velados toman el cadáver y lo queman en una pira de ramas de enebro y tejo. A continuación, recogen los huesos, los limpian y untan con resinas y lacas para preservarlos, y los llevan al nicho que le corresponde al finado (según su linaje) y anotan su entrada en el *Obitus Codex*, un libro donde se registran los muertos cuyos restos reposan en el Osario.

Los plebeyos, por el contrario, al no poder acceder al Osario, optan por o bien quemar a sus muertos y dispersar sus cenizas, o enterrarlos en un cementerio a las afueras de la ciudad. Sus ritos son más sencillos, si bien los gremiales prósperos tratan de imitar los duelos de los mur y con frecuencia tienen sepulcros y panteones privados.

Para los cadáveres sin identificar, Mur'ubi cuenta con un servicio público de recogida, el llamado *carro de la magra*. Este recoge los cadáveres encontrados en las calles y, durante un tiempo máximo de tres días, el conductor del carro (en la jerga común, el *alivioso*) recorre las calles de la ciudad, a fin de que los familiares y amigos de personas desaparecidas puedan buscarlas entre los muertos y reclamen su cuerpo a cambio de una tarifa.

Si no son reclamados tras esos tres días, el alivioso llevará los cadáveres al cementerio, donde los arrojará a una fosa común o, según el caso, los quemará en una pira.

Sobre el imperio Taibnio

Cruelles, extraños y supersticiosos: estos muy bien podrían ser los

adjetivos con los que un habitante de Septentrión describiría a los taibnios, sin miedo a equivocarse demasiado.

El Imperio taibnio surgió en el siglo II a. A. Los taibn, un pueblo nómada de expertos jinetes, provenía de las estepas noroccidentales de Varmud. El hambre y unos inviernos especialmente crudos los empujaron al norte en varias corrientes migratorias. Tras luchar con los pueblos del desierto, acabaron por asentarse al noreste, en la península de Tyrias.

Allí, tras dominar al resto de los pueblos, comenzaron la forja de primero un reino y luego un imperio, que a lo largo de cuatro siglos ha consolidado su dominio del este de Meridión, tanto por mar como por tierra.

No fue fácil. El Imperio taibnio, turbulento e inestable en sus comienzos, estuvo a punto de disolverse en numerosas ocasiones; una de las más críticas acaeció durante los años del Azote, conocidos por sus historiadores como el Interregno.

A finales del siglo II d. A., los dominios del Imperio se extienden, en Meridión, por las provincias de Hamaiq, Nabath y Khemn; mantiene bajo su férula, además, a los reinos de Cimrria, Qyrt y Nuam. Tras la conquista de la ciudad de Viridium, han establecido una cabeza de puente en la península de Ancirna, desde la que amenazan con extenderse por Septentrión.

Sobre la qabila de Mur'ubi

En el templo de Mahyarat de Mur'ubi se esconde una qabila de los llamados *shalaj* (los Sin Tierra), herederos de una cultura sin par en Meridión: los *qabiln* o aulladores.

De todos los pueblos del desierto de Urnd'akni (la Roja Desesperación) con los que guerreó el Imperio taibnio, los *qabilnd* fueron, sin duda alguna, los más belicosos, audaces y tercios.

Eran un pueblo nómada de ascendencia matrilineal, compuesto por trece tribus o *qabilas*. Cada qabila estaba dirigida por una madre, sacerdotisa de la diosa Mahyarat; a diferencia de otros pueblos del desierto, los *qabilnd* eran monoteístas.

Antes de las guerras con el Imperio, los qabilnd dominaban a los demás pueblos del desierto, a los que exigían tributo. Controlaban con mano de hierro las rutas comerciales, los oasis y las minas de sal.

Aunque ferocísimos en la guerra, los qabiln perdieron muchas batallas ante el Imperio debido a su desunión. No fue hasta la llegada de Abrás el Fiero, un líder que unió a todas las tribus frente a los taibnios, que los vientos de la guerra los favorecieron. Sin embargo, cuando la guerra casi estaba ganada, uno de los más fieles seguidores de Abrás lo traicionó y precipitó así la derrota de los qabiln, cuyas tribus fueron diezmadas.

Tras su derrota, los qabilnd se dispersaron y medraron como un conjunto de qabilas dispersas por Meridión. A esas tribus sobrevivientes se las conoce como los *shalaj* (los sin tierra). Perseguidos, los shalaj han sobrevivido gracias al secreto; paradójicamente, durante decenios han ejercido como asesinos a sueldo en las intrigas del Imperio.

Las qabilas repartidas por las provincias del Imperio taibnio no disponían de organización hasta que, en el s. I d. A., se constituyó el Ish'abn, el Consejo de las Trece, formado por las trece madres de las qabilas más antiguas.

A partir del s. II d. A., el Consejo de las Trece ha fundado varias qabilas en el extranjero, amparadas en el seno de los templos a Mahyarat.

Sobre los idiomas

Al lector es muy probable que le choque el uso —en absoluto disimulado— de idiomas de nuestro mundo en la novela, entre ellos el latín, el turco, el italiano y el inglés.⁶ Naturalmente, se trata de algo intencionado.

Dicho esto, supongo que toca explicar mis motivos, aunque nadie me haya pedido una justificación (por ahora).⁷

Bien. Realmente, la explicación es muy sencilla: no soy un experto en lenguas, precisamente. Salvo que asumiera que hay una lengua común mayoritaria (algo bastante chapucero, en mi opinión) y pasara de puntillas en este aspecto, tenía que tomar una decisión.

Una opción era inventar las palabras justas, según necesidad, de cada

lengua, opción que descarté de entrada. Siempre me ha resultado un poco ridículo cuando un autor de fantasía comienza a inventarse palabros en idiomas desconocidos, tirando de oído, y sin unos mínimos conocimientos de lingüística.⁸

Repito: no soy experto en lenguas, y no tenía la paciencia ni la disposición para aprender los rudimentos necesarios de lingüística como para no hacer el ridículo. Y como, al cabo, los idiomas artificiales se basan en los existentes, la idea se planteó sola: ¿y si usaba los idiomas de nuestro mundo, con total desfachatez?

Dicho y hecho. Así, el tamarquio, taibnio, aranés y ghathárico son trasuntos (con algunas licencias y seguramente muchos más errores) del latín, turco, italiano e inglés. En algunos casos he optado por versiones arcaicas de ciertos vocablos, y he transliterado otros. Sea como fuere, le corresponde al lector juzgar el resultado.

Sobre el combate y las armas

En la novela se presentan tres formas o contextos de lucha: el de Zaiel Mevnorás, el de Naúd y los yadiqd de la qabila y el de la Armada (soldados y exsoldados). Estos tienen su inspiración en diferentes escuelas y estilos de lucha con y sin armas de nuestro mundo y en mi limitada —pero muy enriquecedora— experiencia como esgrimista histórico, gracias a la AEEA (Asociación Española de Esgrima Antigua).

Primer contexto: Zaiel Mevnorás

El primer contexto o forma de combate con armas es la destreza dazyr, empleada por uno de los protagonistas, Zaiel Mevnorás. Este lo aprendió de Leydn Crenath, el antiguo senescal de Mur'ubi.

La destreza dazyr intenta ser un reflejo fiel (con licencias, por supuesto) de la tradición alemana de esgrima iniciada por el maestro alemán del siglo

xiv Johannes Liechtenauer. Así, se utilizan términos directamente en alemán (ver apartado anterior, por cierto), tales como guardias, cuchilladas y golpes maestros.

Armas ofensivas

langschwert. La esgrima alemana de la tradición Liechtenauer es especialmente conocida por la *langschwert* o espada larga.⁹ La espada larga es un tipo de espada europea con las siguientes características: hoja recta y de doble filo de unos 90 cm, peso entre 1 y 1,5 kg, arriaces más o menos rectos, en forma de cruz, y una empuñadura lo suficientemente larga para acomodar ambas manos (entre 20 y 30 cm). En concreto, la espada que emplea Zaiel correspondería, dentro de la tipología de Ewart Oakeshott, al tipo xvIA.

pistola. La pistola que usa Zaiel en varias ocasiones a lo largo de la novela se inspira directamente en las primeras pistolas con llave de rueda de principios del s. xv. Dispone de dos cañones superpuestos de unos 15 mm de calibre. Un ejemplo podría ser la pistola de dos cañones de Carlos V (Real Armería [inv. K53], Madrid), de 1540.

Armas defensivas

arnés blanco. La armadura con la que Zaiel se arma en uno de los últimos capítulos es el característico *arnés blanco*¹⁰ del s. xv. En la imaginería popular, estas armaduras se asocian indefectiblemente a la Edad Media, pero en realidad son tardías y más propias del final de este periodo o de la Edad Moderna. En particular, la armadura de Zaiel bien podría ser similar a las armaduras italianas «a la tudesca» de principios del s. xv. La mención de la «prueba con ballesta de torno» era una comprobación de calidad que hacían los armeros a sus armaduras: disparaban sobre ella, desde una distancia fijada, bien con una ballesta de torno (a toda prueba) o un arco o ballesta de gancho (media prueba). Si el proyectil no atravesaba la armadura, esta había pasado la prueba.

Segundo contexto: Naúd y los yadiqd de la qabila

Naúd y los yadiqd de la qabila están adiestrados en la destreza qabiln, que emplea varios arjaid (v. glosario) específicos para el combate con y sin armas.

El arjai Yamruq se ocupa de las formas de combate sin armas. Sin entrar mucho en detalles, sería una suerte de mezcla entre Panantukan (boxeo filipino), Muay Thai (boxeo tailandés) y Ringen (lucha sin armas de la tradición medieval alemana).

Por otro lado, Silajq, el arjai del combate armado, tiene tres armas principales: la lanza, la espada (a una y dos manos, acompañada la primera de broquel o escudo) y la daga.

De estas tres armas, he puesto especial énfasis en la espada (en compañía del broquel), la daga y la sashda. Para la esgrima con espada y broquel me he basado en las interpretaciones modernas del tratado I.33; para la daga, técnicas filipinas (Eskrima) y militares de lucha con cuchillo; y para la *sashda*, la tradición italiana de espada larga del s. XIV, cuyo autor más señero fue Fiore dei Liberi.

Armas ofensivas

broquel. El broquel es un escudo pequeño, de metal o madera reforzada, de unos 35-45 cm de diámetro, que se empuñaba en vez de embrazarse y que podía llevarse con facilidad (frente al engorro de otros escudos de mayor tamaño). El manejo es ágil y rápido tanto en la defensa como en la ofensa. Su uso fue muy extendido, en especial en entornos urbanos, y, con el tiempo, se le asociaron connotaciones negativas.¹¹ Cabe mencionar que aparece citado en la narración *Rinconete y cortadillo*, de Cervantes, como parte del arsenal del hampa de la Sevilla del s. XVII.

daga. La daga en este contexto es bastante uniforme y corresponde a un arma corta de dos filos convergentes y una hoja de entre 25 y 30 cm, temible en las distancias cortas.

espada. Las espadas que usan los yadiqd en combinación con broqueles corresponderían a espadas de hoja recta de doble filo y arriaces en cruz, pensadas para blandirse con una mano.

Para estas espadas me he basé, en principio, en la típica espada de armar del caballero medieval, si bien luego me decanté por una tipología más tardía, propia del s. XIV, como es la XVIII de Oakeshott, cuya diferencia más notable es que los filos no son paralelos y la punta, aguzada y recia, es idónea para asestar estocadas, sin que la capacidad de corte de las cuchilladas se vea comprometida.

lanza. Las lanzas que usan los yadiqd son cortas, de unos 150-180 cm, con moharra (punta) lanceolada, pensadas para manejarse con ambas manos.

sashda. V. glosario. La sashda es una espada pensada para esgrimirse a una o dos manos, con una hoja entre los 70 y 100 cm de largo. Para su morfología me basé en las kaskaras sudanesas.

Armas defensivas

jubete de armas. Los yadiqd no emplean armas defensivas pesadas. El jubete de armas que llevan durante sus encomiendas de sangre es un jubón (una prenda ajustada, que cubría desde los hombros a la cintura) reforzado con una malla ligera de acero o, en el peor de los casos, relleno de estopa.

Tercer contexto: la Armada (soldados y exsoldados)

La Armada de Mur'ubi es un cuerpo de carácter militar. Uno de los aspectos clave para que cualquier fuerza militar funcione es la disciplina. Más que la capacidad individual de cada soldado, lo que marca la diferencia es la capacidad conjunta de actuar organizadamente bajo condiciones extremas.

Un combate naval, es, además, mucho más encarnizado y exigente que cualquiera terrestre, pues una vez a bordo de un buque de guerra ya no hay la posibilidad de huir (más aun teniendo en cuenta que pocos hombres de la dotación de un barco sabían nadar).

Para la Armada de Mur'ubi me he basado en la organización naval de las Reales Armadas españolas de finales del s. XV.

Aunque no formen parte de la Armada, este contexto se aplica a la mayoría de las cofradías de Mur'ubi; dado que los priostes se nutren de

exsoldados de esta fuerza, estos aplican a su cofradía tanto la organización como las tácticas aprendidas.

Armas ofensivas

arcabuz. El arcabuz del periodo, precursor del más avanzado mosquete, es un arma de fuego pesada, lenta y aparatosa. El alcance efectivo era de unos 50 m, pero su efecto era letal, además de producir un gran impacto psicológico cuando se disparaba en formación. Otro factor crucial en su popularización fue la facilidad de su uso frente al arco y la ballesta. Los arcabuces de la época se disparaban mediante llaves de mecha, que eran, en esencia, un mecanismo de palanca que acercaba la mecha encendida (o *mosca*¹²) a la cazoleta, donde prendía a través del oído del cañón la carga de pólvora negra que propulsaba la bala (o pelota). Esta era esférica, de plomo, y su peso oscilaba, según el calibre del arma, entre los 20 y 30 g, aproximadamente.

ballesta. Las ballestas del periodo suelen armarse con cranequín o gafa; en el primer caso, se trataba de un ingenio mecánico, dotado de una manivela, que desmultiplicaba el esfuerzo necesario; en el segundo, la gafa era una suerte de palanca con la que tensar a mano la cuerda. La ballesta era un arma de carga lenta pero potentísima, capaz de arrojar proyectiles (virote) con una capacidad de penetración tremenda.

chuzo. El chuzo es un arma de asta sencilla pero eficaz: un palo grueso dotado de un hierro de punta recia triangular o cuadrangular. El asta medía entre 90 y 150 cm y tenía unos 5 cm de diámetro. Podía usarse como arma arrojadiza o cuerpo a cuerpo, tanto para golpear, a modo de garrote, como para ofender con la punta.

facas. Las facas son cuchillos corvos, usados tanto como herramientas como para la defensa en entornos civiles.

media espada/bracamarte/terciado. Estos tres términos se refieren a un arma similar: una espada corta, de unos 60 cm de largo, un solo filo, algo corvo, muy orientado a las cuchilladas dada su excelente capacidad de corte.

El término *media espada y terciado* hacen referencia a su menor longitud (a la hoja le falta uno de los tres tercios de una espada normal).

media pica. La pica es un arma de asta larga compuesta de asta de unos 3 m de largo y una moharra pequeña y aguda; la media pica, como puede inferirse, era un arma similar, con el asta de unos 1,5 m, más adecuada para los combates navales.

pote caliente. El término ‘pote caliente’ es inventado. Correspondería a una granada de pólvora negra y brea en un recipiente de arcilla grueso, con o sin mecha.

Armas defensivas

media armadura. La media armadura empleada por la gente de pelea de la Armada era una armadura similar al arnés blanco en el mejor de los casos, pero solo cubría los hombros y el torso; en el peor de los casos, era de cuero hervido.

pancera. La pancera era la pieza de la media armadura que cubría el vientre. Con frecuencia, los soldados la usaban como pieza defensiva cuando estaban fuera de servicio, dada su relativa ligereza frente a la media armadura.

yelmo. El yelmo defendía la cabeza; solía ser de hierro y cuero. El yelmo de la Armada de Mur’ubi en este periodo es similar al capacete.

Dramatis personae

Personajes principales

ZAIEL MEVNORÁS

Senescal de Mur'ubi. Antiguo soldado de la Armada. Treinta y tres años; estatura media, ojos y pelo castaños. De origen campesino, abandonó su pueblo para probar fortuna en la ciudad con tan solo doce años. Está casado con Betzabé Mur Mevnorás.

NAÚD

Yadiq, asesino entrenado de la qabila del templo a Mahyarat en Mur'ubi. Naúd es alto, delgado, de ojos grises y pelo negro. Tiene diecisiete años.

NEZAJ MUR ASYB

Patriarca del linaje de los Mur Asyb y egregio del Cónclave. Setenta años. De estatura media, de constitución gruesa, pelo y barba canos, Nezaj es viudo y tiene cuatro hijos y numerosos nietos.

FARUH

Antiguo soldado tullido de una pierna y ciego tras la batalla de Verdesaguas. Malvive como decidor, correveidile y alcahuete. Tiene cincuenta años, si bien aparenta muchos más. Su única familia es su sobrino Serab, de diez años, hijo de su hermana Yaiza, ya fallecida.

Personajes secundarios

Linajes de sangre

La facción de los Mur Teryed

ARAZ MUR QUIRAB

Primogénito de Selayas Mur Quirab.

DEZEC MUR LADARAS

Patriarca de los Mur Ladaras y egregio del Cónclave.

EBEL MUR NEIFÁS

Patriarca de los Mur Neifás y egregio del Cónclave. Principal aliado de Jezem Mur Teryed.

ELARAH MUR TERYED

Primogénito de Jezem Mur Asyb.

JEZEM MUR TERYED

Patriarca de los Mur Teryed y egregio del Cónclave. En su juventud mantuvo una pendencia con Nezaj Mur Asyb.

LINAI MUR NEIFÁS

Esposa de Jezem, a la que ha dado dos hijos, Elarah y Urías. Por sus favores riñeron Jezem Mur Teryed y Nezaj Mur Asyb.

MEZARAS MUR TERYED

Hermano de Jezem Mur Teryed. Jerarca del Cónclave de Mur'ubi.

SELAYAS MUR QUIRAB

Patriarca de los Mur Quirab y egregio del Cónclave.

URÍAS MUR TERYED

Segundogénito de Jezem Mur Asyb. Altivo, pendenciero y dado a francachelas.

La facción de los Mur Asyb

BETZABÉ MUR MEVNORÁS

Hija de Izíah Mur Mevnorás y Rasha Mur Asyb. Esposa del senescal, Zaiel Mevnorás.

DARAMAD MUR ASYB

Hijo de Leydn Crenath y Najla Mur Asyb, hermano de Teramal.
Fallecido.

DERAB MUR ASYB

Primogénito de Nezaj Mur Asyb.

DEZAI MUR MEVNORÁS

Esposa de Nezaj Mur Asyb. Fallecida.

FALÁ

Mayordomo de la villa de los Mur Asyb.

IRAB MUR DESDERAS

Patriarca de los Mur Desderas y egregio del Cónclave.

IZÍAH MUR MEVNORÁS

Suegro de Zaiel. Excéntrico, aficionado a las artes y las letras.

JEBAEL MUR ASYB

Hijo de Nezaj Mur Asyb.

NAJLA MUR ASYB

Hija de Nezaj Mur Asyb.

NAJOR MUR MEVNORÁS

Patriarca de los Mur Mevnorás y hermano menor de Izíah Mur Mevnorás.

NEFILI

Factótum al servicio de Nezaj Mur Asyb, oriundo de Noorlond.

QUERRÚ

Mayordomo de la villa de Zaiel Mevnorás.

QUILMEB MUR ASYB

Padre de Nezaj Mur Asyb, patriarca anterior de linaje de los Mur Asyb.

RASHA MUR ASYB

Hija mayor de Nezaj Mur Asyb. Está casada con Izíah Mur Mevnorás, con el que ha tenido una única hija, Betzabé Mur Mevnorás. Su matrimonio con Izíah es infeliz.

TALEB MUR MEVNORÁS

Antiguo patriarca de los Mur Mevnorás. Padre de Najor e Izíah.

TERAMAL MUR ASYB

Hijo de Leydn Crenath y Najla Mur Asyb, hermano de Daramad. Huérfano.

UGUZ

Muñidor de origen cimrrio, al servicio de Nezaj Mur Asyb.

Otros linajes de sangre:

EURISTO MUR BERAJ

Patriarca del linaje solariego de los Mur Beraj y egregio del Cónclave.

SILVARA MUR BERAJ

Hija casadera de Euristo Mur Beraj.

EISEC QUIRAB

Preboste de Mur'ubi. De origen gremial, está casado con una Mur Quirab.

La qabila de Mur'ubi

ARVAD

Yadiq de la qabila, par de Raser.

EZAB

Yadiq de la qabila, par de Naúd.

NAZAYA

Hija de la qabila.

RASER

Yadiq de la qabila, par de Arvad.

URÁ

Instructor de armas de la qabila.

YEZRAH

Mab'ni de la qabila.

La Armada

DUMAZ

Capitán de mar y guerra de la Armada de Mur'ubi. Amigo inveterado de Zaiel.

HADI

Secretario del senescal de Mur'ubi.

LEYDN CRENATH

Antiguo senescal de Mur'ubi. Durante la campaña contra los Reyes Piratas cimrrios obtuvo celebridad y fortuna. Casó con Najla Mur Asyb, con la que tuvo dos hijos: Daramad y Teramal.

NAHIB

Viejo compañero de la Armada de Zaiel, antiguo tintorero. Dejó la armada para ser nocherniego y cofrade.

Extranjeros

SALAFIR

Emisario del Imperio taibnio y maestro de sombras del Ghizem, el servicio secreto del emperador.

BERNARO

Apodado el Comediante, Bernaro, de origen aranés, fue dueño de una

compañía de teatro en Mur'ubi. Esposo de Liara. Fallecido.

LIARA

Apodada la Comedianta, Liara fue una actriz de renombre en Arán, de donde es oriunda. Viuda de Bernaro.

NEERA

Raqhaila de origen myrmyro, ejerce de prostituta de alto nivel en una mancebía del barrio de los Candiles.

Sistemas de medida

Cómputo del tiempo

La mayor parte de las culturas del continente de Septentrión utilizan el llamado calendario erídeo para la medición del tiempo. En este calendario, el año, cuya duración es de 365 días, se divide en doce meses de treinta días de duración cada uno. Para completar la duración del año, se añaden cinco días tras el último mes. Este periodo de cinco días recibe el nombre de *días colendos*, del tamarquío *colendus* (venerable). Los días colendos no tienen nombres y tan solo se conocen por su ordinal (primer día colendo, segundo día colendo, etc.).

Los meses

A modo de guía, la siguiente tabla establece la relación entre el calendario gregoriano (el oficial en buena parte de nuestro mundo) y el erídeo:

| Calendario gregoriano | | Calendario erídico | |
|-----------------------|-----------|--------------------|-----------|
| Mes | Orden | Mes | Orden |
| Enero | Primero | Undembre | Undécimo |
| Febrero | Segundo | Duodembre | Duodécimo |
| Marzo | Tercero | Ineo | Primero |
| Abril | Cuarto | Secundo | Segundo |
| Mayo | Quinto | Tertio | Tercero |
| Junio | Sexto | Cuartembre | Cuarto |
| Julio | Séptimo | Quintembre | Quinto |
| Agosto | Octavo | Sextembre | Sexto |
| Septiembre | Noveno | Septembre | Séptimo |
| Octubre | Décimo | Octembre | Octavo |
| Noviembre | Undécimo | Novembre | Noveno |
| Diciembre | Duodécimo | Decembre | Décimo |

Las estaciones

El calendario erídico ordena las cuatro estaciones de la siguiente forma: primavera (de ineo a tertio), verano (de quartembre a sextembre), otoño (de septembre a novembre) e invierno (de decembre a duodembre).

Los inicios de cada estación están señalados por los solsticios y equinoccios, según el hemisferio:

Septentrión (hemisferio norte)

| Estación | Comienzo |
|-----------|--|
| Primavera | 21 de ineo (Equinoccio de primavera) |
| Verano | 21 de quartembre (Solsticio de verano) |
| Otoño | 21 de septembre (Equinoccio de otoño) |
| Invierno | 21 de decembre (Solsticio de invierno) |

Meridi6n (hemisferio sur)

| Estaci6n | Comienzo |
|-----------|---|
| Primavera | 21 de septembre (Equinoccio de primavera) |
| Verano | 21 de decembre (Solsticio de verano) |
| Otoño | 21 de ineo (Equinoccio de otoño) |
| Invierno | 21 de quartembre (Solsticio de invierno) |

Las semanas y los días

Cada mes se divide en semanas de siete días. Los días no reciben un nombre especial y se suelen nombrar con el ordinal y el término jornada: primera jornada, segunda jornada, tercera jornada, etc. El sexto día recibe usualmente el nombre de vísperas, y el séptimo, solaz.

Las horas

Los saremios siguen la divisi6n tamarquia, atribuida al hijo y discípulo de Erides, Erides el Joven. Esta divide el día en cuatro *cuartas* (periodos de seis horas), dos diurnas y dos nocturnas; las cuartas tienen seis horas que se componen a su vez de sesenta minutos.

La primera cuarta, llamada *cuarta prima*, comprende las seis primeras horas del día, de las 6 a las 12 horas (el término de la primera cuarta es el mediodía); la segunda cuarta, o *cuarta secunda*, es de 12 a 18 horas (el

principio es el mediodía); la tercera, *cuarta tertia*, de 18 a 24 h. (el término de esta cuarta es la medianoche); y finalmente, la última cuarta, llamada *cuarta de vigilia* o *cuarta postrema* ocupa las seis últimas horas de la noche (de 24 a 6 h). Es frecuente obviar el término cuarta: así, el día se divide en *prima*, *secunda*, *tertia* y *vigilia* o *postrema*.

Pesos y longitudes

Nota: se han redondeado en muchos casos los equivalentes históricos de estas medidas.

Distancia

Legua = 4,2 km, 1/3 de milla, 3000 pasos, 5000 varas, 15 000 pies.

Milla = 1,4 km, 1000 pasos, 5000 pies.

En viajes, una medida de distancia habitual es la jornada. Equivale a 8 leguas o 24 millas, unos 34 km. Proviene del ejército tamarquío, que podía desplazarse esa distancia por sus caminos tras cinco horas de marcha.

Longitud

Estadal = 3,36 m; cuatro varas, doce pies.

Braza = 1,68 m; dos varas, tres pies. (Uso preferente, que no exclusivo, del ámbito marítimo.)

Paso = 1,40 m; cinco pies.

Vara = 84 cm, dos codos, cuatro palmos, tres pies.

Codo = 42 cm; media vara, dos palmos, un pie y medio.

Pie = 28 cm; tercera parte de la vara.

Palmo = 21 cm, cuarta parte de una vara, doce dedos.

Pulgada = 2,33 cm, la doceava parte de un pie.

Dedo \approx 1,75 cm, la doceava parte de un palmo.

Peso

Tonelada = 920 kg, 20 quintales.

Quintal = 46 kg, 4 arrobas, 100 libras.

Arroba = 11,5 kg, 25 libras.

Libra = 460 g.

Onza = 28,75 g.

Adarme = 1,8 g.

Quilate = 0,205 g.

Equivalencias: 1 quintal = 5 arrobas = 100 libras; 1 libra = 16 onzas, 1/20 de arroba; 1 onza = 16 adarmes = 140 quilates; 1 adarme = 8,75 quilates.

Capacidad (líquidos)

Cántara = 8 azumbres, 16 litros.

Azumbre = 2 l, cuatro cuartillos.

Cuartillo = 0,5 litros.

Glosario de términos

aprendizo. ‘Aprendiz de un gremio’. Los aprendizos entraban jóvenes en un gremio (entre los diez y catorce años), bajo la tutela de un maeso, por un tiempo mínimo de cinco años y máximo de diez. A cambio de manutención y el aprendizaje del oficio, debían trabajar a diario y obedecer a su maeso.

arjai (plural arjaid). En la lengua de los qabiln, un *arjai* es una disciplina o destreza utilizada con fines marciales. Comprende conocimientos teóricos y prácticos. Su transmisión es oral. Algunos arjaid son Yamruq (destreza de mano vacía), Silajq (destreza con armas), Gizliq (sigilo), Jidnu (lenguaje de signos), Ozgur (destrezas de evasión) y Qilyab (destreza del dolor).

burdelera. ‘Moza de burdel’. Las burdeleras trabajan en mancebías como alcahuetas y camareras. No suelen ser prostitutas. En toda mancebía hay una burdelera que hace de factótum (mano derecha) del padre de mancebía.

cagatrueno. Nombre genérico para los artilleros y arcabuceros.

calhré. El calhré es una infusión preparada con las hojas de un arbusto muy común en Myrmyrá. Es una bebida vigorizante, algo agria y picante al paladar.

celoso. Criado de mancebía. Los celosos de mancebía trabajan como porteros y vigilantes al servicio del padre de mancebía.

cristalmas. Mineral cristalino, brillo vítreo y color variable, entre azul y verde. El cristalmas tiene una propiedad única: expuesto a la luz del sol, puede emitir un brillo fosforescente en la oscuridad.

dharec. ‘Proscrito’. Un miembro de una qabila que rompa uno de los talimd se considera *dharec*, y deberá comparecer ante la madre de la qabila para

responder por sus crímenes. Si el dherec es un yadiq, el otro yadiq del par también se considera dherec hasta que su par sea juzgado.

factótum. Un factótum es una persona de plena confianza de alguien de cierta importancia. En los linajes, los mur tienen a factótums (invariablemente, plebeyos) en los que delegan toda clase de tareas.

ferai (plural feraid). Un *ferai* es un miembro varón joven de una qabila, que recibe adiestramiento para convertirse en yadiq. El adiestramiento comienza a los siete u ocho años y dura al menos siete.

guardapostigo. V. celoso.

hierba de montaña. Planta cuyas hojas se fuman. Deja los dientes amarillos y un olor peculiar en los que la fuman. Con mucha frecuencia, la hierba de montaña es una mezcla de varias hierbas, como artemisia y bardana.

iab. En una qabila y dicho de un yadiq respecto a un ferai, podría traducirse como ‘tutor’. De ser posible, todo ferai se vinculará a un yadiq en una suerte de apadrinamiento.

mab’ni. ‘Padre’. Es la máxima autoridad masculina en una qabila. Organiza el adiestramiento de los feraid y las encomiendas de sangre de la qabila.

maeso. ‘Maestro’. Es un título de respeto que se otorga a gente de oficios. *Sensu stricto*, se aplica al oficial de gremio que, tras pasar la maestría, consigue la licencia del gremio para ejercer como maeso.

murciglero. V. murcio.

murcio. ‘Ladrón, ratero’

nafar. Droga narcótica que se consume fumada.

nocherniego. ‘Que anda de noche’. En Mur’ubi, los nocherniegos son los plebeyos a sueldo de la gente de sangre para ejercer como guardaespaldas, matones, factótums y muñidores. Suelen ser exsoldados de la Armada.

Qandarpa. Dios myrmyro del amor y la lujuria.

Quradj. En el culto a la diosa Mahyarat, los qabilnd consideran un sacrilegio representar de forma antropomórfica a la diosa. La Quradj es su efigie, una roca sagrada considerada simbólicamente como un hueso de esta deidad; alrededor de ella se construyen los templos de Mahyarat.

raqhaila. En Myrmira, las raqhailas son prostitutas sagradas, sacerdotisas de Qandarpa.

reprobatio dignitātis. Moción de desposeimiento para un egregio, si se lo considera indigno de ocupar su cargo.

sashda. Espada tradicional qabiln, hecha de acero forjado, según las leyendas, con hierro meteórico. Su morfología es similar a una kaskara (espada típica de Sudán), pero pensada para esgrimirse tanto a una como a dos manos.

seña. ‘Señora’. Lenguaje coloquial.

sirij. ‘Hogar’. El sirij es un refugio secreto para los shalaj. Con frecuencia, se establece en el mismo templo a Mahyarat.

Talimd. El Talimd es el conjunto de talim que rigen la conducta de los yadiqd. Un talim es un precepto que no debe romperse so pena de ser considerado *dherec*. Los talimd mayores son cuatro: Silencio (Zeratz), Lealtad (Sadak), Fraternidad (Dernek) y Honor (Odeme).

thasor. El thasor es una baraja de cartas, muy similar al tarot de nuestro mundo. Se compone de dos tipos de cartas: los Triunfos (los Arcanos Mayores del tarot) y los Menudos, las cartas normales (Arcanos Menores del tarot). Se usa con frecuencia como método de adivinación.

Typhos. Typhos, Padre de Monstruos, es el dios primordial de los huracanes, tifones y terremotos en la antigua cultura elídea.

yiruiq. Espada curva, similar al kilij (*kiliç*) turco. Es el arma característica de

los taibnios.

NOTAS

- 1 Después del *Azote*. El *Azote* fue una pandemia que redujo drásticamente la población del mundo conocido (el equivalente de la Peste Negra en nuestro mundo), cuyo comienzo se tomó como referencia para el cómputo temporal en años venideros. Antes de eso, las distintas culturas tomaban referencias dispares, como el año de fundación de ciudades importantes, invasiones, coronaciones de reyes, guerras, etcétera. [[←](#)]
- 2 En situaciones de extrema urgencia, las Atarazanas de Mur'ubi alcanzaron tal nivel de eficacia en la fabricación naval que, según los registros, eran capaces de manufacturar un buque de guerra al día. [[←](#)]
- 3 A partir del s. III d. A., Mur'ubi adoptará un patrón bimetálico. [[←](#)]
- 4 Antes de la adopción del sistema métrico decimal, la ley de la plata se medía en dineros y granos. La plata pura tiene 12 dineros; un dinero equivale a 24 granos. [[←](#)]
- 5 No es infrecuente la llamada *piratería de bahía*, que asalta barcos atracados en los muelles o fondeados en la bahía para saquearlos. [[←](#)]
- 6 El turco, no obstante, está bastante escondido. [[←](#)]
- 7 Aquí aplicaría lo de «*Excusatio non petita, accusatio manifesta*». [[←](#)]
- 8 Mención especial para el uso indiscriminado de signos ortográficos ajenos al español, como el umlaut. [[←](#)]
- 9 No es tan fácil como parece elegir un término para referirse a esta arma.

Si bien *espada larga* es discutible por tratarse de una traducción un tanto mocosuena del *langschwert* alemán o del *longsword* inglés, considero que es claro. Otros términos utilizados para esta arma son *espada de mano y media*, *espada de guerra* o incluso *espada de dos manos* (este último término, no obstante, es impreciso, pues podría definir cualquier espada que se esgrima con ambas manos, como estoques medievales, montantes, espadas bastardas e incluso algunos bracamartes). [[←](#)]

- 10 Tampoco es fácil utilizar un término apropiado. Es muy común llamar a estar armaduras, por influencia de las malas traducciones de juegos de rol, *armaduras completas*, *armaduras de placas* o incluso *corazas*. [[←](#)]
- 11 V. *Tesoro de villanos*, de María Inés Chamorro, s. v. *broquelista*, *broquelero*: ‘pendenciero que usa broquel’), o el término inglés *swashbuckler* (‘espadachín, bravucón’), que literalmente sería un ‘golpeabroqueles’. [[←](#)]
- 12 Puede que al lector le suene la expresión española *Tener la mosca detrás de la oreja*. El origen está, precisamente, en esa acepción del término *mosca*: los arcabuceros, durante las esperas, o cuando necesitaban tener las manos libres (por ejemplo, para recargar el arma), se colocaban la mecha (mosca) sobre la oreja, como ahora nos colocaríamos un lápiz, para tenerla preparada en caso de necesidad. [[←](#)]

SOBRE EL AUTOR

Huelva, 1976. Pese a estudiar ingeniería técnica y especializarse en prevención de riesgos laborales, su verdadera vocación es la narrativa. Ha compaginado su carrera en el montaje y mantenimiento industrial con el oficio de corrector y maquetador. Sus autores favoritos son, entre muchos, Pío Baroja, Gabriel García Márquez, Cormac McCarthy, Dashiell Hammett, Rafael Sánchez Ferlosio, Raymond Chandler, Edgar A. Poe, Henry Rider Haggard, Quevedo, James Ellroy, H. P. Lovecraft y Fritz Leiber.

Aficionado a la historia militar, la mitología y las artes marciales, ha tenido la suerte de poder practicar esgrima histórica en varias escuelas de la AEEA, la Asociación Española de Esgrima Antigua.

Puedes encontrar más información sobre el autor y su obra en www.jmbravo.com.

Índice

| | |
|------------------|-----|
| Créditos | 3 |
| Dedicatoria | 4 |
| Agradecimientos | 5 |
| Mapa de Últer | 6 |
| Plano de Mur'ubi | 7 |
| Libro I | 8 |
| 1 | 10 |
| 2 | 15 |
| 3 | 25 |
| 4 | 32 |
| 5 | 45 |
| 6 | 56 |
| 7 | 63 |
| 8 | 73 |
| 9 | 90 |
| 10 | 97 |
| 11 | 108 |
| 12 | 119 |
| 13 | 133 |
| 14 | 150 |
| 15 | 159 |
| 16 | 169 |
| 17 | 178 |
| 18 | 187 |
| 19 | 198 |
| 20 | 214 |
| 21 | 220 |
| 22 | 228 |

| | |
|--|-----|
| Notas sobre el trasfondo de Sombras y ceniza | 244 |
| Sobre Últer | 244 |
| Sobre Saremia | 244 |
| Sobre Mur'ubi | 245 |
| Descripción | 245 |
| Economía | 246 |
| Poder político | 247 |
| Sociedad | 247 |
| Fuerzas del orden | 250 |
| Religión | 251 |
| Ritos funerarios | 254 |
| Sobre el imperio Taibnio | 255 |
| Sobre la qabila de Mur'ubi | 256 |
| Sobre los idiomas | 257 |
| Sobre el combate y las armas | 258 |
| Dramatis personae | 264 |
| Sistemas de medida | 270 |
| Glosario de términos | 275 |
| Sobre el autor | 281 |
| Notas | 279 |